Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Gamboa

Páginas de vuelta



PÁGINAS DE VUELTA

SANTIAGO GAMBOA



Biblioteca Breve

SANTIAGO GAMBOA

Santiago Gamboa (Bogotá, 1965) estudió Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá. Se trasladó a España, donde vivió hasta 1990 y se licenció en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, y después a París, donde cursó estudios de Literatura Cubana en la Universidad de la Sorbona. Debutó como novelista con *Páginas de vuelta* (1995), obra con la que despuntó como una de las voces más innovadoras de la nueva narrativa colombiana; después vinieron *Perder es cuestión de método* (1997), que supuso el reconocimiento de la crítica internacional, en sus traducciones al italiano, francés, griego, portugués, checo y alemán, y de la que se prepara actualmente una película, *Vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000), novela que también ha dado el salto internacional y que ha multiplicado su prestigio, y su última.

Diseño colección: Josep Bagá Associats
Cubierta: *Paisaje nocturno*, Jorge Olave,
Cortesía de Ediciones Forma y Color Colombia

Primera edición: Editorial Norma, 1995
Primera edición Editorial Planeta: enero de 2003
Segunda edición Editorial Planeta: junio de 2003

Calle 21 N° 69-53, Bogotá

Colombia: www.editorialplaneta.com.co
Venezuela: www.editorialplaneta.com.ve
Ecuador: www.editorialplaneta.com.ee

ISBN: 958-42-0459-9

Impreso por Cargraphics S.A.

A Pablo Gamboa y Carolina Samper,
Que me alimentaron con novelas y
a José Pablo, que me enseñó a leerlas.

PRIMERA PARTE

UNO

La luz de los faroles forma un resplandor a través de la cortina. Los objetos del cuarto se adivinan entre las sombras, en medio del silencio y la oscuridad. Arturo se da vuelta buscando el frío de la sábana. Mira el reloj, ve brillar las agujas fluorescentes. Ya debería dormir, sólo le quedan seis horas de sueño.

Podría escapar a una zona selvática: el Amazonas, piensa, o tal vez el Pacífico. Pero, ¿escapar de qué? Le gustaría ser cónsul en alguna isla tranquila, con nativos que permitan montar un pequeño comercio, peces y perlas, frutas, un barco cada semana con noticias y comida, el correo oficial, tiempo para pescar y nadar. Robinson: una cabaña al lado de la playa, una nevera repleta de cervezas y ron. Tenderse en la hamaca hasta que el sol baje y ya se pueda salir al mar aguantando el tirón de la marea, saludando a los pescadores que vuelven a la playa con las redes llenas, ¿le dejamos algo? Y él: un par de pargos, para comerlos esta misma noche. Trabajar luego debajo de una lámpara asediada por los insectos; sí, pero, ¿qué hacer? No tiene respuesta.

Se da vuelta y vuelve a ver el reloj: cinco horas. Debía dejar de mirarlo si quería dormir. Ya no importa. Alarga la mano hasta la cajetilla, enciende y fuma con calma.

Piensa con nostalgia: no quiere volver a la facultad, ¿cómo fue que se le ocurrió estudiar historia? Por descarte (no Descartes, ja). A él lo que le gusta son los libros, charlar, jugar ajedrez con Hipólito en la finca, todo eso que no tiene sello ni nombre y que tanta gente deja para después.

¿Nada más que le guste? Cosas pequeñas: dar una vuelta por la carrera 13, olisquear las fotografías del pasaje Libertador y de todos los cines de la avenida, ver las vitrinas, los juguetes en el Tía, los matchbox que venden en los puestos de la calle. Recuerda: «¡Arturoo! Pase a comer, mijo», y él triste porque tenía que dejar sus carritos en el cuarto, el Willys amarillo y el Ford Cortina, y no quería ir, hasta que llegaba la tía y lo sacaba del brazo, «¡Malcriado!». ¿Qué otra cosa? —indaga, busca— ¿Clarita? Sí, pero

eso no define a nadie. Se ve en esta misma habitación, con las cortinas cerradas y el proyector de slides congelado en una foto familiar. Clarita se quita los zapatos, se suelta un tirante del overol mientras él la besa. Resbala su mano por debajo de la tela hasta sentir la carne tibia de sus caderas, «¿Seguro que tus papás no entran?», le pregunta Clarita, «No, boba», dice muy seguro cuando ya tocaba con sus dedos la piel tostada de los muslos, el hilo del calzón que protegía el sexo y que era tan difícil de quitar sin que se rompiera por algún lado.

Recuerda: mejor Robinson en su isla, las perlas y el océano, ¿pero, y? No importa, va a haber cerveza y ron en la nevera, tiempo libre, novelas; una vida con un ritmo distinto en la que el cuerpo se acople a la imagen como el molusco a su concha. ¿Es esto algún oficio? Largo bostezo, se acomoda. Escucha la voz de la abuela, «¡Arturito! ¡A comer! ¿Dónde se escondió el niño?»… Bosteza de nuevo, se da vuelta, encoge las piernas, «¡Ya voy, abuelita!». Se deja ir… Duerme Arturo, por fin.

DOS

«Yo hablo, tú escuchas», piensa Natalia.

—¿Vas a ir donde el viejo esta tarde? —Carlos bosteza como si la pregunta estuviera escondida en su estómago.

—Sí, te lo dije anoche.

—Podrías quedarte, esta tarde ensayamos.

—¿Aquí?

—Sí, a las tres. Quédate.

Habían dormido toda la mañana en el apartamento de la avenida Jiménez —en esa parte donde la calle se angosta y es como un remanso que lleva al parque de Los Periodistas—, dormido desnudos, trenzados en un abrazo que a Carlos le parecía la continuación lógica del amor y a la vez una demostración de que la vida, su vida en todo caso, tenía un sentido más allá de esos pequeños actos cotidianos.

Natalia se levanta sin hablar. Va a la ducha, la abre y deja correr el agua. Cuando está caliente pone el tapón y espera que la tina se llene.

«Éste es mi cuerpo», piensa, «ésta soy yo en cada centímetro, en cada pelo que se desprende y cae sobre las baldosas, en cada gota de saliva.»

—¿Quiénes van a venir? —continúa mirándose en el espejo con una cierta ebriedad; ve sus senos firmes, sus nalgas duras.

—Arturo, Fernando, Jaime.

Se quita la pulsera y entra a la tina sentándose despacio, sintiendo el agua tibia empaparle los muslos.

—¿Qué parte ensayan hoy? —enjabona la esponja y la pasa con suavidad por el vientre.

—Un pedazo de la tercera parte, la pelea con Jenkins. ¿Qué haces?

—Me lavo.

—Estás obsesionada, ven.

—Ya termino —se enjuaga, coloca el chorro entre las piernas y

sube la presión—. Si no te gusta duérmete, es mi cuerpo.

—No hablé en serio, boba —la ve venir con la toalla a la cintura y luego; con pereza, ponerse el calzón antes de caer entre las sábanas. «Cada arruga, cada pestaña, cada granito en las axilas o las nalgas, todo eso soy yo.»

Cierran los ojos un rato más.

—¿Hay café? —Natalia bosteza estirando los brazos.

—Se acabó ayer. Qué, ¿entonces te quedas? Yo puedo llamar al viejo, decirle que estás enferma, que tienes fiebre. No va a pasar nada.

—Detesto incumplir.

«Silencio, silencio, silencio.»

—Podemos estar juntos casi toda la tarde. El ensayo es un rato solamente.

—¿Qué hora es?

—Las once —Carlos le besa los hombros, intenta deslizar su mano a través del calzón pero Natalia lo detiene.

—Déjame dormir un rato, ¿cómo es posible que sigas teniendo ganas? Trata de leer, pon música.

—Me gustas. Te quiero.

—Ahora voy a dormir. No se va a acabar el mundo esta mañana.

Escuchan el ruido de la calle: pasos apurados, vendedores de periódico, pitos, motores que aceleran, carros de balineras. El sol avanza hacia el mediodía convirtiendo la calle en una feria de oficinistas, loteros, señoras que se pelean por un puesto

en el bus o en la fila del teléfono con una moneda bien guardada en el puño.

—Imagínese, ayer le raparon los aretes a mi cuñada mientras se subía a un taxi, en las narices de todo el mundo, ¿y usté cree que alguien movió un dedo? Nadie. No hay derecho.

—Eso no es nada, señora, el otro día…

—Señorita, haga el favor.

—Perdone, señorita. Decía que eso no es nada. El otro día a una compañera casi le arrancan el dedo por robarle el anillo; ¿a usté le parece? El dedo por una basura de argolla que no vale ni 500 pesos.

—Es que con esta situación. El señor es…

—Estilista, estilista unisex. Mi tarjeta.

—Gracias… Entonces el señor ganará bien, ¿no? Fíjese, yo, en cambio, 16 años de secretaria en catastro y para qué le digo, con la mamá inválida en la casa. Una cruz. Siempre contando los pesitos para llegar a fin de mes.

—Por eso da tanta rabia que le roben a uno, y encima lo dejan lisiado, porque un dedo es un dedo, ¿verdad?

Natalia abre un ojo, se tapa los hombros con la colcha mientras mira el reloj: casi las doce. Ve la luz entrando a chorros por la ventana.

—Voy a llamar a la clínica, pásame el teléfono —se incorpora tensando los músculos—. Ojalá mamá no me haya llamado anoche.

—¿A la clínica?

—Sí. Acuérdate, para ella yo estaba de turno. Dame.

Carlos marca el número y le pasa la bocina.

—¿Marta? Sí, Natalia. ¿Me llamó alguien?… Ah, y… ¿qué dijo? Ah, bueno. No, yo lo veo mañana… ¿A mí? Superbién. Sí, mucho… Bueno, gracias pues. Chaíto —clic.

—¿Llamó tu mamá?

—No. Sólo un compañero, Gabriel. Dice Marta que tres veces, ojalá no me haya llamado a la casa.

Carlos la mira interesado.

—¿De tu curso?

—Sí. El que te conté de Melgar, ¿te conté o no? Cada tanto le da por llamarme.

—¿Tuviste algo con él?

—Nada importante, tú sabes cómo son esos paseos.

—¿Pero tuviste…?

—Imagínate.

—No me imagino nada. ¿Qué pasó? —una sombra le cruza la cara, se incorpora.

—No te hagas el bobo. Ya te conté.

—No me contaste nada.

—Pues imagínate.

Una bailarina de porcelana los observa muda desde la mesa de noche. Los ojos son dos puntos negros, la cara un óvalo blanco con una rayita en medio de color rojo. Lleva un faldellín azul cielo que está quebrado en el borde. Al lado un cenicero y más allá un libro: *El lobo estepario* de Hermann Hesse en una edición del Círculo de Lectores. Un tiquete de parqueadero marca la página 27.

—Supongo que se besarían.

—Eso —Natalia lo mira aburrida.

—¿Y nada más?

—Para qué quieres saber.

—Tú empezaste a contarme. A ver, ¿sólo eso?

«Fuerza, piensa, hazle ver que no eres lo que él cree.»

—También lo otro, ¿contento?

Carlos siente un frío en el estómago; un golpe de sangre que sube por su cuello y le presiona las sienes. Permanece un rato callado, saca un cigarrillo y lo enciende con rabia.

—Era eso lo que querías oír, ¿no? —se arrepiente, lo mira compasiva—. Quita esa cara, bobo. Cuando pasó ni te conocía.

—Hubiera preferido no saber…

—Olvídate, no tiene importancia. A mí ya se me había olvidado.

«¿Lo quería? —se preguntó Natalia años después, contándole su historia a una amiga—. ¿Era por eso que trataba de explicarme? Ya te dije que sí, al fin y al cabo estaba con él, aunque no sabría decir por qué. Fíjate, ¿has leído *El gran Gatsby*? ¿Viste la película al menos? Pues algo así como el amor que siente Daisy por Tom. Y era inconsciente, pero bueno, en esa época no podía ser de otro modo.»

Natalia se levanta y va de nuevo al baño. En la puerta se voltea hacia él, desnuda: ¿vienes conmigo?

En la ducha se abrazan.

Ella lo quiere, piensa Carlos, claro que sí. Con la esponja le acaricia los hombros. No puede imaginar ese cuerpo en manos de otro, y ahora odia a ese tal Gabriel. Se aprovechó, malparido. Imagina la escena: la fue emborrachando hasta llevarla al agua. Luego los chistes, los juegos. No habría mucha luz, hijueputa, ¿cómo habrá sido el primer beso? «A ver esos labios», algo así, a Natalia le gusta que la hagan reír. ¿Le habrá quitado el bikini sin resistencia? No puede ser, ese maricón se había tirado a su novia y la veía todos los días; podría acordarse, mirarla cada vez como la vio esa noche. Lo imagina flotando en el agua, emasculado, descompuesto, con el cuerpo lleno de moscas y lagartijas que entran y salen por las órbitas vacías de sus ojos.

Con el mediodía la calle se convierte en un insospechado bazar de humanidades revueltas. Los andenes se inmovilizan por la anaconda que devora vitrinas; las cafeterías revientan de clientes conocidos, de amigos de todos los días. *Hoy: Ajiaco con pollo. Bagre. Mojarra.* $350.

—Henry, no es que no te quiera. Es que… ¿Cómo te lo explico? Me recuerdas tanto a mamá…

—Ese Iguarán es mucho puntero. Le juro que si no lo llaman para la selección le abro un sumario a la Federación de Fútbol. Eh, ave maría, qué estilo tiene el negro. ¿Y sabe qué le digo? Es el hombre gol, The Golman, ¿me entiende?

—Los mismos consejos, los mismos regañitos por pendejadas. Hasta te gustan las mismas películas que a ella, Henry, y eso pues…

—Es que ya está muy catano. Ahora quieren gente joven, hermano, si yo del negro me acuerdo desde el colegio.

—¿Por qué crees que en mi casa te quieren tanto? Y es al revés que mis amigas. Si salgo contigo mi mamá se queda tranquila, sabe que no va a pasar nada, y con razón, ¿no?

—Qué viejo va a estar. Puro chanchullo, hermano. Dizque viejo. Vea ese driblin, ese cambio de piernas, ese pique que tiene.

—Henry, no llores… Es sólo una crítica chiquita. Son bobadas, cosas que es mejor hablar y que aprovecho para decirte aquí, ¿no ves que en la oficina ya casi no nos vemos?

Luego: cocineras empapadas de sudor contemplan el desastre de sartenes y ollas sucias. Las canecas llenas. Los meseros barren y toman gaseosa, deshidratados, mientras los últimos van a unirse a la anaconda de los que regresan escaleras arriba, llenando ministerios que un rato antes estaban vacíos. Ascensores, livings, oficinas de bancos.

—Henry, ¿me perdonas?

Natalia ojea una revista. Enciende de vez en cuando el secador, se alisa el pelo y vuelve a apagarlo. «Lindo día, tranquilo.» Carlos lava los platos en la cocina, contento porque después de la ducha había podido quitarse de encima el mal sabor de la mañana.

Claro, así las cosas ya vuelve a sentirse feliz, afortunado, como si la vida continuara la charla luego de un horrible tartamudeo. El recuerdo queda, pero piensa que Natalia estaba muy sola por esa época y que hoy, por decir algo, jamás haría una cosa así; ¿tiene ella alguna necesidad que él no pueda cubrir? Obvio que no, y eso se ve en la relación; por dura que haya sido la charla luego vino la reconciliación. ¿Y eso qué significa? Fácil: que ella también lo quiere, a su manera dura y fría y a veces tan difícil de comprender, pero ahí está. ¿Qué le impide irse? Nada. Si está es porque está.

—¿A qué hora viene Arturo? —Natalia va a mirarse al espejo: espejito, espejito. Le queda bien el bluyín.

—A las tres. Bueno, eso fue lo que dijo.

—Me gustaría verlo —habla con la boca llena de ganchos de pelo, recostada sobre el lavamanos, con la nariz a un centímetro del cristal del espejo—. ¿Dónde pusiste el desodorante?

—Detrás de la colonia. El frasquito verde —asoma la cabeza por la puerta—. Quédate, así lo saludas.

—¿Por qué nunca salimos con él? Fíjate, ustedes que son tan

amigos.

—Suficiente con vernos todos los días en los ensayos.

—Estoy mamada de tus compañeros del hospital. Habría que cambiar un poco, ¿no?

—Psí… —vuelve a esa mirada suplicante—. Qué, te quedas o no.

—Caray, te dije que no me gusta incumplir, y además odio que me bombardees a preguntas.

Arturo se pasea por el centro después de clase. Le gusta meter la nariz en las librerías al final de la mañana, cuando hay un ambiente de actividad en la ciudad que le permite disfrutar mejor sus ratos de ocio. Lleva meses buscando los cuatro tomos de *El hombre sin atributos*, de Musil, y nada, ni rastro. Los encargó en varias librerías, recorrió la ciudad entera y nada. Es lo malo, siempre termina leyendo lo que quiere en fotocopias. En la 7a con 19 se resigna a dejar de buscar en las casetas de libros, compra una rosquilla y sigue vagando, mirando el cielo detrás de los cerros, aspirando el monóxido que sueltan los buses y el tráfico, oyendo el concierto de pitos y frenazos de la avenida.

Mira el reloj y ve que se acerca el mediodía. Entonces comienza a regresar hacia la universidad para las clases de la tarde y, a las cuatro, ir a ensayar a la casa de Carlos. Al pasar frente al teatro Jorge Eliécer Gaitán ve a un viejo vendiendo libros usados sobre una caja de frutas. De un golpe de vista abarca todos los libros y comprende que no hay nada para él, pero en una segunda observación algo lo retiene: es un libro de tapas azules con la imagen de Cristo en la portada. Lo abre: *Vida de un joven sacerdote de provincia*, de h.l.p., sj. Lee las primeras frases y siente curiosidad.

—¿Cuánto por éste?

—Cien pesitos, llévelo.

Paga y lo guarda en su bolso. Un poco más allá lo saca y camina leyendo.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia

por H.L.P., SJ

La educación del Joven se realizó en un claustro en las afueras de Tunja tutelado por los Hermanos Cristianos, y desde muy pronto —¡índice que señala desde lo alto al elegido!— su nombre empezó a corretear entre los chismorreos de los internos.

—¿El turquito? Es hijo de una monja que trabajó hace tiempos en la enfermería del internado.

—¿Sí?

—Sí, y de un padre.

—¿Un hermano? —abrieron la boca, dejaron la cuchara en suspenso.

—Sí, un padre que había venido de Pasto. Todos se le burlaban por el acento, pero él no decía nada, claro, sabía que después la monjita lo esperaba y eso le da ánimos a cualquiera, ¿no? Se la culeaba todas las noches, toditas, en donde fuera, en la cocina, en los lavaderos, en las butacas de la capilla, hasta en el techo, no paraba el curita, donde le venía la gana ahí la montaba. Claro, terminó haciéndole un hijo y todo se supo.

—¿Y por qué es turco?

—Por la monjita. Era de familia, se llamaba Soraya.

—¿Y qué les hicieron?

—Al curita casi lo expulsan de la orden, fue un caso que llegó hasta el arzobispado. A ella la mandaron a una misión jesuita en Bayunca, la Labor Misional Hermanas de los Pobres de San Pedro Claver, pero por poco, porque después la trasladaron a una misión en el Casanare. En el informe Su Reverencia recomendó que la cuidaran, dijo que tenía inclinación al meretricio y a la *expositio* de sus partes blandas, ¿ah? Me acuerdo bien: recomendó que para no tentar al Diablo, haciendo caso de la sabiduría clásica expresada en la sentencia *ubi irritado ibi fluxus*, la separaran de todos los hermanos que estuvieran por debajo de los 65 años.

—¿Tanto?

—Así me lo contó Demetrio, decía que sólo con verla los hombres se enloquecían. Pero según él era un arreglo de los curas para echar tierra al problema del hermano; en fin, que era mentira que fuera una casquifloja. Él sabía porque una vez se la quiso culear y no hubo forma, ¿ven?

Estudió los padres de la Iglesia y las vidas de los santos, leyó los *Apotegmas de los monjes del desierto* y aprendió de memoria las 126 pruebas lógicas de la existencia de Dios. Estuvo de acuerdo con san Agustín en *De civitas Dei* y con Pascal en *Felicidad del hombre con Dios* —los leía de rodillas sobre la piedra de la celda, con el volumen recostado en un atril del coro de misas cantadas—, y sólo hallaba descanso en la oración o en la lectura del *Florilegio de odas cristianas y algunos villancicos*. Rezó como nadie jamás ha rezado,

noche y día, lluvia o sol, dolor… Se ilustró en la imaginería medieval, en los iconos románicos y los pálidos prerrafaelitas, aprendió el gusto por lo barroco a manera de sabor pegado al paladar que iba desde un torso en afectada expresión hasta su propio y simple plato de habas, forma ilusoria, que lo dejaba con una sensación de lombriz extendida desde la lengua hasta la boca del esófago: vacuidad.

Leyó y releyó con disciplina el *Martirologio* reviviendo para su solaz el sufrimiento del santo en cuestión, tembló de alegría conmovido por el milagro de santa Casilda y hasta tiró lagrimeas, tan bueno era. Practicó los Evangelios jurando difundir su doctrina, su Santa Palabra, y desde muy niño lo vieron armando grupos para discutir sobre el verdadero sentido de la pasión de Nuestro Señor.

—A la monjita la tuvieron escondida en el monasterio hasta el parto. Vinieron a cuidarla dos enfermeras de la labor misional bajo promesa de no decir nada. Era un secreto.

—¿Tan grave?

—Sí, y luego se la llevaron sin dejarle ver el niño. Su Reverencia dijo que no tenía derecho porque su cópula no había tenido como fin traerlo al mundo. En su argumentación frente a los emisarios del arzobispo el Superior lamentó que la vía cristiana para engendrar fuera la misma del pecado, y aseguró que sólo en casos como éste se podía separar con claridad lo que había sido en su origen un simple y grosero *anitnus fornicandi* de la natural ampliación de los hijos de Dios.

—¿Entonces al niño lo criaron en el claustro?

—Sí. Las laboristas lo amamantaron con mil inventos. Le hacían los pañales para no tener que salir a comprarlos y se lo turnaban por las noches. Le enseñaron a hablar jovencito para que pudiera confesarse, orar, en fin, todos aquí estaban convencidos de que el niño iba para santo.

—¿Y por qué ese nombre?

—Fue lo único que pidió la monjita antes de irse, que le pusieran ese nombre.

—Pobrecita. A mí me da lástima.

—Su Reverencia no aceptó, claro, ¿cómo iba a aceptar un nombre así? Lo que pasó fue que después del bautizo las laboristas lo siguieron llamando Hamurabbi y entonces todos nos acostumbramos; ellas se habían hecho muy amigas de Soraya y también les daba lástima. El otro nombre casi nadie lo sabe, sólo el Superior, que es el único que se lo dice. Yo me acuerdo, es Horacio.

Un día, a los nueve años, mientras repasaba la *Analecta hímnica del medioevo*, el niño se sintió sacudido por un extraño deseo: quería viajar a la ciudad, cruzar los portones del claustro y conocer la realidad de esas láminas que tanto había observado en los libros sobre la heroica Tunja.

Salió sin ser visto y echó a correr por uno de los andenes hasta la esquina. Ahí se detuvo, espió un rato el portón y, cuando estuvo seguro de que nadie lo seguía, comenzó a internarse por las calles en dirección al centro.

Estaba asombrado: la antigua ciudad virreinal, cuna de proceres y grandes familias y actual capital del próspero Boyacá, era un muladar infecto repleto de basuras, de gentes cuya vulgaridad y grosería estaba a flor de piel: nadie contestaba a su saludo, nadie comprendía el latín.

Almacenes, puestos de helados y frutas. Las calles estaban llenas de carretas ambulantes que levantaban nubes de polvo e insectos. Entonces recordó a Cristo, la expulsión de los mercaderes del templo. ¿Serían así? ¿Tan sucios? ¿Tan feos? No. Había visto muchas láminas sobre el tema y, bueno… Éstos le impresionaban más. Escuchó la música del radio en los puestos de avena, los carros atascados por el tráfico y el ruido de los pitos. Comprendió de pronto, como si una puerta de luz se entreabriera, el profundo sentido de las palabras de Horacio: *odi profanum vulgus et arceo*. Entonces decidió volver al claustro.

Problema: tan absorto estaba el Niño en su aventura que olvidó soltar las migas de pan que había preparado para señalar el camino. ¿Qué hacer?

Cuando la radiopatrulla estacionó frente al monasterio y todos vieron bajar al Niño de la mano de un agente el Superior sintió una dolorosa picada en el estómago. «Es la úlcera», pensó retirándose de la ventana. «¿Dónde puse el bicarbonato?»

Se sentó en el sillón, estiró los pies y cerró los ojos. Ya le pasaba. Había sido fuerte, como si una cuchara de aceite hirviendo se derramara dentro de sus tripas.

Abrió la puerta y llamó al secretario para que hiciera subir al Niño a su cubiculum. Se miró al espejo, humedeció con saliva la peinilla y se alisó el poco pelo que aún le quedaba alrededor de la cabeza. El Niño entró haciendo una venia.

—Siga, Jovencito, siéntese.

—Gracias, Su Reverencia.

—¿Se puede saber quién le dio permiso para salir? —tamborileó con los dedos sobre el escritorio mirando hacia la lámpara del techo.

—Nadie, Su Reverencia.

—¿Nadie?

Bajó la mirada hasta él. Hamurabbi sintió un frío glacial al verse frente a los ojos acuosos del Superior.

—No, Su Reverencia.

—Entonces fue idea del propio Joven, ¿me equivoco?

—No se equivoca, no Su Reverencia.

—Bien, bien. Y… ¿puedo preguntarle al Joven si está arrepentido?

—Más o menos Su Reverencia.

—¿Más o menos? —el Superior sintió otra vez la punzada en el estómago, estiró los pies por debajo del escritorio y se repitió en la mente: «Calma, calma, recordar la úlcera.»

—Sé que no pedí permiso, Su Reverencia, pero aprendí muchas cosas, y eso no puede ser malo.

—Lo que hizo el Joven contradice la norma de disciplina y el principio de autoridad del claustro, ¿verdad?

—Sí, Su Reverencia.

—Y estará de acuerdo el Joven en que algo así debe castigarse, porque no puede ser bueno lo que tiene por origen un acto de orgullo.

—Sí, Su Reverencia…

—¡Un acto de vanidad, de irrespeto, de desaire al Superior y a todos los que aquí le enseñan, en fin, un acto de total indisciplina que resquebraja los principios que mantienen el orden en nuestra comunidad!

—Pero Su Reverencia…

—¡Silenciooo! —el estómago le ardía, diez millones de hormigas tambochas le devoraban las paredes del esófago y los intestinos—. ¡Cuando el Superior habla todos se callan, carajo!

Va ahora mismo a la capilla a pedirle al padre Carpió que lo escuche en santa confesión, y luego al dormitorio, y una semana de castigo sin merienda, ¿entendido?

—Sí, Su Reverencia —el Niño se levantó, hizo una venia y salió al corredor. Con la manga del delantal se retiró una lágrima mientras caminaba hacia la escalera.

Al cerrarse la puerta el Superior se abalanzó sobre la bolsita de bicarbonato, disolvió dos cucharadas en un vaso y lo tomó de dos

sorbos largos. Fue a la puerta y llamó al secretario: «No me pases llamadas ni visitas por una hora, voy a estudiar.» Se descalzó y se tendió en el sofá dejando salir un pequeño eructo. Una siesta y se curaba, él conocía bien su estómago.

Estaba escrito que esa tarde sería para Hamurabbi de grandes enseñanzas: al salir del cubiculum del Superior, el Niño fue directamente a la capilla. Se sentía sucio, quería purificarse. Pero la capilla estaba vacía. ¿Habrá salido el padre Carpió? Fue a los excusados más con la idea de hacer tiempo y, tras lavarse las manos, entró a uno de los wc. Entonces escuchó un llanto, la voz de alguien quejándose del otro lado del biombo metálico. ¿Qué era? Sin hacer ruido se encaramó en la cisterna para espiar. Ahí estaba el padre Carpió, con la sotana subida hasta la cintura. Frente a él, de espaldas, vio a Crisanto, arrodillado sobre la taza con las nalgas descubiertas. El sacerdote se unía y separaba del joven coime tomándolo de la cintura; ambos se balanceaban y el pobre Crisanto dejaba escapar quejidos ahogados. Algo le impidió anunciarse. ¿Sufren? Cuando terminaron, Hamurabbi siguió acurrucado, sin respirar siquiera para que no se notara su presencia.

El padre Carpió lo escuchó en confesión escondiendo un leve temblor de manos; le asignó una penitencia y luego ambos oraron. El Niño regresó al dormitorio con la cabeza llena de preguntas y, antes de dormir, cerró bien la puerta, tenía miedo de volver a soñar con vampiros.

El vicio de la lectura permitió que en la biblioteca se edificara su segundo templo: el del párvulo que dejaba el misal para internarse en las páginas del padre Isla, de Torres Villarroel, del benedictino Feijoo. Cada noche, después de las lecciones de coro o cristología, el Niño subía al salón de lectura para quedarse hasta la última hora. El hermano Hilario era el encargado y, muchas veces, cerca de la medianoche, Hamurabbi debió despertarlo para que cerrara las vitrinas, apagara las luces y fuera a dormir.

Allí descubrió la poesía y con ella el sentimiento profundo: se enterneció con *Epitafio a una perrita llamada Armelinda*, de Porcel, sintió la solemnidad en *Deucalion*, del conde de Torrepalma; se destapó el orgullo con *Sitio, ataque y rendición de Lérida*, de Eugenio Lobo —su preferido—, cuya *Selva de las musas* había literalmente devorado.

Su numen se manifestó así, en sus inicios, en forma de bellas adaptaciones, pues las poesías que tanto amaba estaban

ambientadas en ciudades y lugares extraños. De esa época leemos:

Cerca de Tunja, recostado
a la sombra de un eucalipto copioso,
mientras mis ovejitas al verde prado
el pasto repastaba presuroso.

Aprendió de memoria todos los versos que insuflaban en su ánima el *flatus vocis lírico*, el místico rubor de la palabra en nuevo molde, el acerbo nobiliar, la admiración por los dones recibidos de la Razón Primera que todo lo explica y que al fin y al cabo era Jesús, y repetía por los corredores del claustro, ya en la noche, los versos de Lista y Aragón que resonaban sobre la soledad del patio:

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente
y su triste gemido
oye el Dios las iras complacido
Ven, ángel de la muerte…

Y ahí callaba porque sus mejillas se bañaban en lágrimas. ¿Era también su culpa? Sí, también. Él era responsable de la muerte en la cruz. Entonces fue consciente de que todo su llanto era como un mísero grano de arena en el inmenso playón del pecado que los hombres habían cometido. Trató de imaginarse el portal de Belén, la única imagen que podía consolarlo; el nacimiento de Jesús, la llegada del Unigénito. El origen eterno le hacía menos triste el fin, en el Gólgota, ¿cómo pudo el hombre ser tan cruel? Volvía a Belén, se situaba entre los animales del pesebre para estar al lado del Niño. ¿Y ella? ¿María? La extraña María lo inquietaba. No acababa de comprenderla. Siempre la miró al entrar a la capilla, allá, puesta en su lugar de honor en medio de los santos. ¿La Madre? El pequeño Hamurabbi se entregaba a la reflexión sin dejar de observarla.

—Pero… ¿se sabe algo más de la monjita? ¿Sigue estando en la misión del Casanare?

—No. El padre que le hizo el hijo vino un día de visita y le contó a Crisanto que la había ido a buscar y que nada. Demetrio fue una vez al Guainía y oyó hablar de una ex monja que regentaba una casa de mujeres.

—¿Y por qué tiene que ser la misma? Hay muchas que cambian

la cofia por la sábana. Además el pueblo está a más de 800 kilómetros de la misión a donde la mandaron.

—Allá trabajan con indios. Ellos no quieren a los misioneros porque los sacan como animales de la selva. Quién sabe, un dardo envenenado, un flechazo. Algunos son caníbales, a lo mejor se la comieron.

—Para mí que se metió a la guerrilla.

—O se escapó al Ecuador, desde ahí es facilísimo.

—¿Y el turquito no sabe nada de todo esto?

—No, y si alguno de ustedes le suelta algo se la ven conmigo, ¿entendido?

—No somos sapos, pero… Algo habrán tenido que decirle al turquito, ¿no?

—Sí, que los papás murieron en una epidemia de tifo, que lo encontraron en un canasto en una de las bancas de la capilla.

—Pero… ¿el papá sí lo conoce? ¿Se lo dejan ver?

—Sí, verlo sí, pero acompañado. Les da miedo que le dé un ataque y le cuente todo. Pobrecito, sigue teniendo la misma jerarquía del principio y, cuando viene de visita, Su Reverencia le dice a Crisanto que tire una cobija en el piso de la cocina para que duerma. Imagínense, con el frío que hace y la cantidad de alacranes.

—Ya estará acostumbrado.

—Sí. Es como un animal.

TRES

Jaime abre el ojo antes de las siete. Mira su habitación. Atisba. Trata de escuchar algún ruido y se da cuenta de que está solo, que el tiempo y el espacio le pertenecen. Hace un recuento del día: a las once clase de presocráticos, luego por la tarde inglés y el seminario de Kant. A partir de las cuatro ensayo en la casa de Carlos con Arturo y los otros. Baja a la cocina y se sirve un café bien cargado. Vuelve a su cuarto y se sienta en la mesa delante de varios montones de papeles. ¿En cuál trabajará esta mañana? Lleva varios años de escritor así, usando la Remington del papá, escondiendo manuscritos, copiando pedazos enteros de libros que admira para darse cuenta de que lo bueno está a su alcance, que es una cuestión de genio pero que con una vieja Remington también se puede ser Truman Capote.

¿Poesía, prosa, pensamiento? Esta mañana se siente novelista: elige un morro de páginas y lo pone delante de los ojos. Recuerda que el trabajo literario, según Hemingway, comienza por corregir a lápiz lo que se ha escrito el día anterior. Y ahí empata con Vargas Llosa: «el día anterior», porque la literatura es cosa de todos los días: sábados, domingos y feriados. No hay vacaciones, el escritor nunca descansa. Tiene casi tres horas por delante. Lee por centésima vez su título: *Ahora el amor*. Y más abajo sus notas: «Novela de inspiración romántica y corte realista. Emilio Zola. Cecilia Valdés. Agustín Lara.»

* * *

Ahora el amor

UNA NOVELA DE JAIME JERÓNIMO PALACIOS

A Oliver Twist y Nana

Se hacía llamar Tati dentro de la casa para evadir a los clientes que a veces la encontraban por la calle y querían saludarla. Ya le había pasado, entonces tenía que decir no señor, usté se equivoca, y

seguir muy segura alzando a Chelita que aunque todavía está sardina se da cuenta de todo y a veces pregunta quién y por qué. Por eso se hacía llamar Tati, pero su nombre en serio era Gaitana.

Su recuerdo más antiguo era del patio de su casa, en Sasaima: una lombriz grande que vino hacia ella, que pareció hipnotizarla con los colores de su lomo y su forma de avanzar entre las hormigas que subían por el árbol. Entonces venía la mamá dando gritos, «¡Auxilio!». Mataba la lombriz a golpes y la alzaba de un brazo, «¡Auxilio! ¡Una talla x picó a la niña!».

Luego el puesto de frutas, en la carretera, pero eso fue después de que el papá las dejara. Se acuerda: llegó muy tarde, oliendo a cerveza. «Voy a matar a la niña», dijo, y ella se acordaba cuando levantó la cobija y la miró con odio, sosteniendo un objeto brillante en el puño, y ahí se quedaron un rato, ella con tanto miedo que no era capaz de mover los ojos y él con esa mirada fría y perdida.

A los 14 años entró al servicio de la finca Bosconia, propiedad del doctor Pulido en Albán, recomendada por el rector de la Concentración Escolar, padre Dámaso Pastor, en donde cursaba el quinto elemental.

—¿Qué habrá querido decir Petronio con esto? —se preguntó el abogado Numa Pulido mordiéndose un padrastro en el dedo anular.

Le gustaba echarse por las tardes en la hamaca del estudio a repasar obras clásicas. Sabía que la mejor digestión era la de un estómago cuya mente estuviera en ejercicio, activa, y, de paso, con franquicia para abandonarse al sueño reparador de la siesta (sobre todo si llovía: el golpe del agua en el techo de eternit era para él lo más cercano al útero materno que podía encontrarse, como él decía, «de este lado del paraíso»).

El doctor había tomado hacía cuatro años la decisión de vivir en Bosconia, y ahí estaba, dedicado a los libros y mordisqueando el pasado: la muerte de su mujer hacía menos de un año, su prematura viudez y, sobre todo, el difícil futuro de sus dos hijos. En vida de su esposa los niños lo tenían todo; ella sabía tratar con esas criaturas privadas de toda razón y, en cambio, generosamente bañadas por la idiotez. Pero ahora, ¿qué hacer? Gracias a su discreción pocas personas los habían visto. Era evidente que necesitaba a alguien que se ocupara de ellos. Fue el párroco quien se encargó de conseguir una persona de confianza.

—Tal vez sea el universo, ¿por qué no? —el doctor Pulido continuó alistando el pedacito de piel con los dientes antes del tirón final. Entonces fue dejando que el libro resbalara sobre su barriga,

cerró los ojos, mordisqueó el trozo de pellejo sin llegar a cortarlo, bostezó como un felino y, cuando casi dormía, sintió un estrépito que lo hizo saltar.

—¡¡Buuuum!! ¡¡Apfrrr!! —el abogado se incorporó, las gafas rebotaron lejos de él y el mundo se convirtió de pronto en un campo neblinoso, visto a través de un cristal cubierto de vaho—. ¡¡Akrrr!! ¡Blpppaaaa! ¡Ppapp! —el mayor de los niños, al que Gaitana apodaba con cariño Gran Mogol, se mecía colgado de su pierna.

—¡¡Gaitanaaa!! —bramó el doctor lleno de cólera, debatiéndose entre la sorpresa y el asco—. ¡Gaitanaa!

—Sí doctor, sí —la muchacha vino al momento.

—¡Le tengo dicho que no me los deje subir al segundo piso, carajo! —se le puso al frente, la miró a los ojos a unos centímetros

de su nariz—. Sabe que no me gusta que suban al estudio, ¿qué tal si llego a tener visita? Yo no quiero regañarla, pero su trabajo es tenerlos a la vista.

—Entré un momentico al baño, doctor… —Gaitana lloraba, escondía los ojos y la voz era apenas un murmullo—. No puedo tenerlos mientras hago mis cosas… Ellos siempre quieren verlo a usted, por eso se escapó el grandecito…

—Ya cálmese, saque al niño del estudio y ayúdeme a encontrar las gafas. No llore —Gaitana le alcanzó los lentes y él los revisó—; pero eso sí, que no se repita, ¿entendido?

—Sí, doctor—se limpió las lágrimas, se agachó, sonrió para que el niño no sintiera miedo—. No vuelve a pasar, prometido.

—Es un castigo de Dios. Alguna maldad harían —Isaura batía la masa del pastel; cada tanto metía el dedo para probar y agregaba una cucharada de azúcar, un trozo de mantequilla—. La señora era muy joven. Eso son cosas del patrón, Gaitanita, créame.

Para los vecinos la presencia de Gaitana en Bosconia era un misterio y al poco tiempo comenzaron las habladurías. Primero se dijo que la niña había seducido al doctor para robarlo, pero al ver que el delito no se consumaba pensaron que su trabajo era remplazar a la señora Hilda en lo que ellos llamaban «asuntos del bajo vientre».

Una vecina, en el colmo de la indignación, se tomó el trabajo de bajar en flota hasta Sasaima para prevenir del escándalo a la mamá de Gaitana. Al oír la narración la madre se hizo la señal de la cruz. Sirvió el almuerzo a la visitante y redactó una carta en la que le prohibía decir que era su hija, firmar con el segundo apellido y, claro, regresar nunca jamás a Sasaima.

—Pero… ¿trabaja en una casa de camas? —la mamá preguntó asustada, queriendo medir el alcance de la mácula.

—No, eso no… Es, ¿cómo se llamará?, una especie de servicio privado, ¿me entiende?

Antes de despedirse la mamá fue al cajón donde guardaba las cartas de la niña, cogió el atado y lo tiró al fogón provocando una llamarada.

—Cuéntele lo que está viendo, no se le olvide —fueron las últimas palabras. Luego agradeció a la vecina y volvió al mostrador de la frutería.

Cuando la niña leyó la carta se hizo una pregunta: ¿Debía desmentir? Pasaba las noches rezando, pidiendo consejo a san Martín de Porres: ¿Debía contar la verdad? No, le había jurado sobre la Biblia al doctor mantener el secreto de los niños.

Así, rezando, le fue sugerida la única explicación: era que Dios la ponía a prueba, ¿qué otra cosa iba a ser? Dios quería saber hasta dónde llegaba su fe. Sí, eso era, y lo iba a demostrar. ¿Qué era lo suyo comparado con las pruebas de Job, con los dolores de Jesús? Una minucia. Ahora estaba tranquila, sabía que las cosas tenían un sentido y esto le daba fuerzas; supo que era difícil interpretar los designios que la manejaban pero… ¿y Job? ¿Los entendía él?

—El doctor quiere que vayas con los niños al estudio —Isaura entró corriendo a su cuarto con gesto preocupado—. Vino un médico de Bogotá, se los lleva.

Gaitana se quedó perpleja, los niños se escondieron llorando entre los pliegues de su falda.

—En un momento voy con ellos.

Sintió tristeza al verlos en la camioneta con los gorritos de lana que ella misma había tejido. «Es un gran especialista —había dicho el doctor—. Una eminencia, en ningún otro sitio van a estar mejor.»

Gran Mogol dio tres berridos a través del vidrio y le hizo una mueca de adiós. El pequeño en cambio miraba sin sorpresa, sin darse cuenta de que su actitud no correspondía a la situación.

—Todo va a ser mejor sin ellos en la casa —le dijo Isaura al oído —. Vas a ver cómo ahora todo cambia.

Ese fin de semana el doctor volvió a llamarla al estudio.

—Gaitanita, me da mucha tristeza lo que te voy a decir… — clavó los ojos en la taza de café, luego miró por la ventana al inmenso valle y, al fondo, la mancha oscura de la cordillera—. Es que, sin los niños en Bosconia, tu trabajo… ¿Me entiendes?

—Sí, doctor, ya lo había pensado.

—Y… ¿tienes algún proyecto?

—Ninguno, doctor.

—Puedes trabajar en algo, ¿por qué no vuelves a Sasaima?

—No puedo, doctor. Si tengo que irme, lo mejor es Bogotá.

—Pienso pagarte todo este mes y también el siguiente, así te puedes ir tranquila. Además te doy el pasaje, y algunos teléfonos. Tengo mil conocidos en Bogotá que te pueden ayudar.

—Gracias, doctor.

—Puedes trabajar en una casa, hay muchas familias que buscan empleadas de confianza.

Cuando bajó a la cocina Isaura estaba despeinada y roja, como si hubiera metido la cara en el fogón. El jardinero acababa de salir por la puerta del patio.

—Me voy a Bogotá, Isaura.

—Sabía. Primero te daña y luego te bota —respiró hondo, se alisó la falda arrugada—. Te dije que el patrón era un diablo.

—No, Isaura, él tiene sus razones. Yo hice una promesa.

—Bueno, si no hay remedio. Tengo una prima en Bogotá. Ella trabaja, le va bien. Puede ser que te ayude.

Fueron al cuarto de la cocinera y revolvieron un montón de papeles hasta encontrar una libreta descuadernada.

—Aquí está, mira. Le cuentas que somos amigas, que te botaron del trabajo. Ella es buena gente.

A las siete de la mañana Gaitana estaba en la carretera. Hacía frío, caía una llovizna helada que la obligó a refugiarse debajo de un árbol para no hacer el viaje con la ropa húmeda. Isaura y Baraón la acompañaron hasta el cruce y, antes de salir, el doctor le estrechó por primera vez la mano. «Voy a llamar a mis conocidos, ellos te van a colocar en dos patadas.»

Ahora estaba sola, esperando. Vio venir una flota allá abajo, cerca de los viaductos. «En diez minutos llega», pensó. Se sentó en la maleta, abrió el bolso y buscó el espejito de la polvera. Se miró a los ojos: «Ahora sí es verdad que me fui.» Sintió nervios. Entonces levantó la mirada y pudo distinguir al fondo la silueta de los nevados. El aire estaba trasparente, no había muchas nubes a pesar de la llovizna.

La flota apareció en la curva y Gaitana le hizo seña. «A Bogotá», dijo, y un temblor nervioso la estremeció mientras el ayudante le indicaba un puesto al fondo. «Ya está hecho», volvió a decirse. Buscó en el bolsillo el papel con los teléfonos que el doctor le había dado y, sin querer, lo apretó fuerte entre los dedos. Sabía el camino:

en poco tiempo se llegaba al alto de la Tribuna y de ahí la recta hasta Bogotá. Pensó en Cristo, se repitió mil veces que ahora estaba en sus manos.

CUATRO

Natalia y Carlos oyen radio mirando revistas, sentados en la sala mientras esperan la llegada de los otros.

—¿Seguro te dijeron a las cuatro? —Natalia mira su reloj de pulsera.

Había decidido cumplir su cita con el doctor pero antes de salir quiso esperar a que llegaran los compañeros de Carlos con el secreto deseo de ver a Arturo.

—Sí. Ya deben estar por llegar —Carlos también mira el reloj, odiando la aguja que avanza a paso firme hacia el momento en que tal vez Natalia le diga «chao, te llamo», o algo así de triste, dejándolo en ese abismo profundo, en ese purgatorio de una tarde y una noche sin ella.

Afuera se escucha el pregonar de un vendedor de prensa: ¡Tiempoo! ¡Espectador! ¡Sigloo! También décimos de la lotería de Bogotá, que deja caer al paso del cliente.

—Es la suerte, jefe, ¿vio? Apenas usté pasó se desprendió el pedacito. ¿No se lo lleva? Mire, son 12 millones.

Si además logra colocar un ejemplar de prensa ya se va a la fuente de soda El Burro Feliz a pedirle al Negro un jugo de papaya.

—¿Qué tal el sábado, fueron a La Calera? —el Negro pregunta sin dejar de partir tajadas de queso y rodajas de tomate para los sandwiches.

—Sí, fuimos con Fermín y mi cuñado. Si viera, lleno de guisitas.

—¿Entraron a la discoteque?

—Claro, y qué música. Fermín se levantó una hembrita de Neiva, yo una de Cartago. En cambio mi cuñado nada, se emborrachó y hubo hasta que llevarlo al baño. Ese marica no sabe tomar.

Se termina el jugo, le pide el cuncho al Negro y lo apura de un sorbo.

Suena el timbre y Natalia da un brinco hasta la puerta; ¿será Arturo? Es la hora. «¡¿Cómo estás?!» Lo abraza muy sorprendida de

estar tan feliz y él dice apenas «bien, ahí, la misma vaina», pensando que Natalia es muy rara. Mira a Carlos y le hace un gesto, «quihubo», pero él apenas lo mira, molesto, con una resignación como de momia egipcia descubierta, y es verdad, porque Carlos siente que su espacio protagónico frente a Natalia se diluye en la tríada —¿figura trágica? No lo piensa, sólo ahí, cara larga, saludando apenas, «¿bien o qué?», sin quitarle el ojo a Natalia, espiando cada movimiento, cada gesto que pueda indicarle si van a estar juntos al final de la tarde; ¿cómo podía ella no querer? Él siempre quiere, sí, y por eso Natalia puede destruirlo. Pero qué importa, se dice, le gusta tanto que picaría piedra el resto de su vida, sería capaz hasta de comer caca, lo que fuera con tal de volver, y ahora Arturo, ambos preguntándose cosas, «¿por qué no te dejas ver más seguido?», como si esas preguntas tuvieran respuesta, y él, «estaba por ahí, nada especial, ¿terminaste ya los exámenes?». La pelea de la mañana aún está encendida en sus tripas. No puede borrar la imagen de Gabriel besándola, acariciándole los senos, metiéndoselo mientras le dice frases obscenas al oído. ¿Y ella? De pronto todo se nubla, el mundo se oscurece en un instante: Natalia coge su bolso, viene hacia él con los labios en aro y le da un beso en la boca, «chao mi amor, ¿me llamas?». Odia ese tono, hubiera querido odiarla para siempre en ese instante.

Arturo y Carlos se miran. La ausencia de Natalia les pesa como una confesión hecha a destiempo.

—A trabajar, hermano —dice Carlos.

Se levanta intentando reponerse. Va al estante y busca el libreto entre un montón de papeles.

—Aquí está, vamos a leerlo —Arturo se sienta y enciende un Pielroja pensando en la mirada de Natalia, en lo que había visto detrás de sus ojos.

Por fin suena el timbre; escuchan risas. «Llegan tarde, huevones. Otra vez y no les abro», regaña Carlos mirando el reloj. Fernando y Jaime entran, dejan maletines y chompas en la mesa y sacan sus libretos. Jaime le confiesa a Arturo por lo bajo: «Paramos en Buchholz, mire, imprescindible para la novelita que estoy escribiendo.» Arturo estira la cabeza, lee en el lomo del libro, *Fanny HUI*. «Ah, buena vaina, pero léalo despacio. No vaya a despellejarse.»

Arturo también le muestra un libro: es la vieja edición de tapas azules con la imagen de Cristo en la portada. *Vida de un joven sacerdote de provincia*, de h.l.p., sj.

—¿Y dónde lo compró? —Jaime mira el librito con aire

divertido, ojea la primera página.

—En la calle, frente al Jorge Eliécer Gaitán. Me gustó la portada, ¿no le parece bonita?

—Sí. Léalo y luego me lo presta.

Comienzan el ensayo y Jaime se desinteresa mirando en la pared el afiche de una representación: *Los intereses creados*, la primera obra de teatro que habían hecho juntos, en sexto de bachillerato. Recuerda el colegio, el pequeño escenario improvisado debajo de la ceiba del patio de alimentos. Al final de la función dos compañeras de quinto lo felicitaron y le dieron un regalo, ¿qué era?

—Nos gustó muchísimo, lo hiciste superbién —le dan, tímidas, un botellón de masato hecho en la clase de alimentos—. ¿Es verdad que vas a estudiar actuación?

La preocupación grande por esos días era la rehabilitación de matemáticas, sí, y lo de la carrera; todos los compañeros le decían que no fuera bestia, que no estudiara filosofía. «Se va a morir de hambre, huevón, ¿quiere pasarse la vida dando clases en un colegio?» O el Largo Díaz: «Piense en sus hijos, hermano, usté no tiene derecho.» Él se defendía: «Ya veremos, cuando sea un Marcuse se van a acordar de mí.»

Esos recuerdos eran para Jaime el preámbulo del gran tema de su vida, o mejor, de su gran frustración: Chela.

Chela fue el motivo de sus decisiones más importantes, pero ella ni siquiera supo de su amor porque él nunca se atrevió a hablarle; jamás se le acercó. Él fue el primero en verla, el primero en darse cuenta una tarde, después de la clase de gimnasia, de que Chela tenía los pies más lindos de todo el bachillerato. Por eso fue tan injusto cuando en quinto Fer se cuadró con ella, ¿qué derecho tenía? Fer era como todos, se había pasado los años mirando a Marcia y a Silvia.

El tiro de gracia le vino un domingo; Fer lo despertó a las nueve de la mañana: «Tengo que contarle una vaina importante…»

—¿Qué pasó? —fueron a sentarse a la cocina, Jaime sirvió dos vasos de Coca-Cola y alcanzó la canasta del pan.

—Me la comí anoche, hermano, ¿se imagina? Me comí a Chela.

Jaime sintió un temblor en los tobillos, creyó que sus piernas se iban a derrumbar mientras que un aire helado le recorría los intestinos.

—Comenzamos a acariciarnos en la fiesta de Páez, luego Julián me prestó el carro y la llevé a La Cita. Uy, no se imagina.

Jaime intentaba no oír, se repetía mil veces que Fer siempre

había sido un hablamierda. Un inventor de historias.

—Si viera qué cuerpo, man, un culo redondito, una tetas chiquitas pero duras y paradas. La chimba la tiene del mismo color del pelo.

Jaime comenzó a sentir un temblor en la mandíbula que le impedía hablar; sólo respondía con gestos.

—Le salió sangre y todo, pero casi no le dolió.

Recuerda que al quedarse solo estuvo sentado varias horas en el techo de su casa: «Me tiro, es una puta.» Pero se dio cuenta de que nadie iba a saber la razón. «¿Qué le habrá pasado a Jaime, se habrá resbalado?» Al final comenzó a lloviznar y bajó del techo ileso.

—¡Ey, huevón! ¡Despierte! —Carlos manotea con el libreto frente a su nariz—. Concéntrese, hermano, ¿sí?

Al terminar el ensayo Fer se levanta y va a la ventana.

—Ya está lloviznando otra vez. Qué mierda de ciudad —fuma lanzando el humo contra el vidrio.

—¿Muy duro? —Arturo piensa en el camino de vuelta mientras se acerca a la ventana; ve la Jiménez repleta de buses, los andenes llenos de gente y algunos anuncios de neón encendiéndose en medio de un resplandor que viene del fondo de la calle.

—Bueno, una última pasada y terminamos, ¿sí? —Carlos vuelve del baño mirando el reloj—. A ver.

Un agente de policía camina sin ganas por el andén izquierdo de la Jiménez. Tiene frío y se protege de la llovizna con un impermeable. Mira hacia la avenida y luego hacia el parque. Nada. Entonces decide entrar a El Burro Feliz.

—Siga, mi sargento —el Negro deja el cuchillo sobre la tabla, taconea cuadrándose con la mano en la frente—. ¿Qué se le sirve mi sargento?

—Descanse, Negrito. Sírvame un tinto doble —rebusca entre el bolsillo de la casaca hasta encontrar una cajetilla arrugada de Nacionales. Calcula: hoy me fumo éste y dejo tres para mañana.

—¿No le provoca un aguardiente? Con este frío…

—Estoy de servicio, Negro, ni hablar.

Otro policía entra al local y, al ver al sargento, titubea.

—Siga, agente, siga. Acompáñeme este tinto.

—Gracias mi sargento, con permiso —se sienta en la barra, manotea las gotas de llovizna del impermeable.

—Con el frío que hace es de humanos dejarse tentar, ¿no?

—Sí, mi sargento, sí. Aunque le digo, yo sólo entré para ir al

baño.

—Entonces siga, agente. No se vaya a reventar por ser bien disciplinado.

El agente va al fondo y se pierde detrás de una cortina. Un minuto después regresa.

—Mi sargento, si no es indiscreción. ¿Cómo sigue su señora? ¿Ya salió de la clínica?

—No agente, gracias por preguntar. El médico dice que hay que trasladarla a Marly, fíjese, así no más, trasladarla. Ellos no se atreven a hacer la operación por falta de medios —toma un sorbo de tinto, mira hacia afuera—. En fin, un familiar me prestó unos pesitos, se van a vender algunas cosas de la casa.

—Lo importante es saber que se va a curar, mi sargento. Lo demás no importa, se arregla.

—Claro que sí. ¿Qué se debe Negrito?

Pagan los tintos y salen a la calle. En la esquina se separan. El sargento continúa caminando sin ganas hasta la 7a. «Carajo, con esta lluvia me voy a resfriar», murmura entre dientes.

Terminan la escena luego de varias lecturas; Carlos sirve gaseosa y todos se recuestan en los cojines. Jaime saca unas hojas manuscritas de su maletín y se las muestra a Arturo con mano tímida.

—Es apenas el principio, la cosa va a tener este tono.

Arturo lee despacio. Jaime escruta por encima de su hombro.

—¿Cuándo la comenzó?

—El fin de semana pasado. El título provisional es *Ahora el amor*, ¿ah? Todavía no sé bien cómo va a ser, pero la idea que tengo es simple: una joven del campo llega a Bogotá escapándose de una falsa acusación, pero aquí termina convertida en eso tan feo de lo que la acusan. Y poco a poco, eso tan terrible que le han dicho, y con tanta injusticia, termina salvándola, dándole sentido a su vida.

—¿Y para qué quiere *Fanny Hill*?

—Luego va a ver, cuando avance un poco se la vuelvo a mostrar.

—Está bien.

—¿Y usté no volvió a escribir?

—Poco.

—Usté todo es poco, ¿no? Poca charla, poco escribir…

Se levantan, van hasta la ventana.

—¿Sigue lloviznando? —Fer se cruza de brazos, bosteza desinteresado.

—Sí.

—Mierda, son casi las ocho. Me voy —Jaime acerca su maletín. Arturo lo mira interrogante.

—¿Qué afán tiene?

—Tengo que pegarle una leída rápida a los primeros capítulos de *Fanny Hill*, hermano, y además no quiero perderme *Kojak*.

Jaime acaba de guardar sus cosas y, cuando comienza a despedirse, los bombillos hacen un balbuceo, se encienden otra vez y titilan como a punto de estallar hasta apagarse por completo.

—¡Mierda!

—Lo que faltaba.

—¿Qué pasa?

—Habrá sido un corto, esperen.

—No, es en toda la zona —Arturo se asoma a la ventana.

Los faros de los carros forman chorros de luz atravesados por gotas de llovizna. Las luces traseras dejan un resplandor rójizo sobre el asfalto mojado de la calle.

Carlos piensa en Natalia, en lo rico que sería estar con ella en el sofá, abrazados. «¿Pensará ella lo mismo?» Una vez más le viene a la mente la discusión de la mañana, y la pregunta, ese cuchillo helado: ¿lo volvería a hacer? Se siente huérfano, una profunda tristeza lo invade.

—Deben estar haciendo pruebas. En cualquier momento vuelve.

Arturo piensa: le gustan los cortes de luz. De niño la abuelita lo buscaba y él se quedaba callado, detrás de la cortina, mirando la mancha negra de los cerros, oyendo ese silencio tan distinto.

El sonido de una sirena corta el aire en dos mitades desde la zona del cerro. Los cuatro se miran en la oscuridad.

—A lo mejor pasó algo, un atentado.

—No creo.

Abajo en la calle ven avanzar una columna de soldados por el andén del frente. Se miran angustiados.

—¡Soldados, mierda! Aquí pasó algo grave —Jaime se muerde las uñas.

—No. Es un relevo —Carlos mira sobre los hombros de los otros.

—¿Y a quién están relevando?

—Es un relevo, huevón, fíjese cómo los del final se van quedando.

—Traiga el radio. A lo mejor hay noticias.

—¿Será una redada? —susurra Jaime angustiado—. Mierda, y yo sin libreta militar.

—Fresco, mire que no están pidiendo papeles.

—Ahorita no, ¿pero luego? De aquí yo no salgo, la 19 debe estar llena de ejército.

—Todavía no sabemos nada, no arme escándalo —Carlos va pasando las emisoras con la oreja pegada a la rejilla.

La música se interrumpe de pronto: «…Seguimos informando sobre el corte en el fluido eléctrico que desde hace aproximadamente 21 minutos mantiene a oscuras la capital de la república y varios pueblos del distrito. ¡¡Aquí Bogotáá!! ¡Radio Caaadena informaaaando! Bogotá: unos 22 minutos aproximadamente llevan en la oscuridad semiabsoluta la capital de la república y varios pueblos del distrito por la caída de una de las torres de la central del complejo hidroeléctrico de Chivor. Estamos en contacto telefónico con el ingeniero Dimas García Burgos, responsable de operaciones y seguridad de este importante complejo hidroeléctrico… ¿Aló? ¿Chivor? ¿Nos escucha ingeniero buenas noches?… Sí, buenas noches… Ingeniero, cuéntele a los oyentes de Radio Cadena cuál es la causa del daño que mantiene a oscuras a la capital de la república y varios pueblos del distrito, ¡lo escuchamos ingeniero! Sí, pues, lo que se sabe hasta ahora es que una descarga muy fuerte, ¿no?, pudo haber sido un rayo, hizo saltar la caja central de la torre repartidora. Lo que no se sabe todavía, digamos, a ciencia cierta, es si el daño alcanzó a una sola de las cajas centrales, ¿ve? ¿Y cuánto tiempo considera usted, ingeniero, que puede demorar el arreglo de los daños para restituir el suministro normal a la capital de la república y pueblos del distrito?… Pues, ¿no le digo? Eso depende de la gravedad del daño en la torre repartidora. Cuando se sepa bien el alcance del daño se podrá evaluar la duración del mismo y el tiempo aproximado de arreglo… Para que nuestros oyentes se hagan una idea, ingeniero, ¿vamos a desayunar caliente mañana en la capital de la república y pueblos del distrito?… Bueno, sí, para mañana eso ya tiene que estar resuelto… Muchas gracias al ingeniero Dimas García Burgos, ¡Radio Caaaadena informaaaando desde Chivor!…»

Carlos apaga el radio y mira a Jaime con un gesto de burla.

—¿Sí ve, huevón? Ahora cálmese un poco.

—A mí lo que menos me importa es el apagón. Me importa la redada que van a comenzar a hacer allá abajo.

—Yo me tengo que ir —Fernando se levanta.

Arturo también se prepara.

—Vamos, Jaime, fresco —le palmea el hombro—. Si se lo llevan yo le aviso a su mamá.

Se separan. Arturo espera frente al hotel Bacatá y, con el resplandor de la entrada, saca su librito y lee.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (n)

«Abridme mi corazón, Señor; entrad en esta plaza rebelde que los vicios han ocupado. Ellos la tienen sujeta; entrad ahí como en la casa del fuerte y del poderoso enemigo que la domina, y tomad enseguida los tesoros que hay dentro.»

El Niño sintió cansancio y cerró el libro, miró hacia el pupitre del hermano Hilario y lo vio recostado en el respaldar del sillón, respirando fuerte, moviendo la cabeza al ritmo de cada ronquido. Miró el reloj de la sala y comprobó que su hora «interna» y la del cierre habían vuelto a coincidir. Eran las doce.

—Su Reverencia, ¿me oye?

El sacerdote levantó la cabeza desconcertado; se arregló el pelo y miró con sus ojos bizcos preguntando «¿Qué pasa?».

—Ya son las doce, Su Reverencia.

—Estaba pensando un poco y, bueno, cerré los ojos. Qué susto me diste, ¿ya son las doce?

—Sí, Su Reverencia, acaban de dar.

—Vamos entonces. ¿Dejaste el libro en el estante?

—Sí, Su Reverencia.

—No vuelvas a darme esos sustos, hijito. Me hacen daño —apagó la luz de la sala, cerró con llave y salieron juntos al corredor.

Había cumplido los 12 años. El Niño santo se convertía a pasos veloces en una verdadera y dulce ánima, en puro amor a Dios, detestando cada vez más la plomada, el carnumen que lo obligaba a permanecer unido a la tierra, lejos de la trompeta de Gabriel y de las primeras esencias.

¿Por qué se apuraba en regresar al dormitorio? El Niño santo había sustraído un costal de las despensas y, por las noches, luego de redoblar las oraciones exigidas por el culto, lo extendía en el piso, al lado del catre, y se tendía sobre él aguantando sin un gesto el horrible picor en la espalda y el frío glacial que emanaba de las baldosas.

Esta atrocidad era para el Niño un supremo deleite: ¿podía compararse este sacrificio con el muelle de la eternidad en Dios? El Santo sabía que este acto simbólico tenía como fin asegurar una

holgura ultraterrena. Pedía: «Dios, llévame a tu morada, quiero ser Tu esclavo.»

Se sentía capaz de cualquier prueba. Deseaba con fuerza poder demostrar su fe, como Daniel o Moisés. Pero inútil, su vida en el claustro era tranquila. Sus días transcurrían apacibles, sin el menor sobresalto.

—Su Reverencia, quiero pedir consejo.

El Superior, prematuramente envejecido por las responsabilidades de su cargo, pidió al Niño que se sentara.

—Habla, Horacito. ¿De qué se trata?

—Su Altísima Gracia, es esto: quiero dar a Dios pruebas de mi fe que vayan más allá de lo exigido en el claustro porque, usted sabe, a todos nos llega la hora de ser como Job; cada cristiano debe encarnarlo y, si me permite, superarlo. Por eso quiero que me dé consejo, ¿cuál es la mejor manera? Yo ya pensé una cosa: ir castigado al cuarto de los arreos. Comer pan duro y agua, hacer caridad entre los enfermos de los barrios más pobres de Tunja. ¿Le parece bien a Su Paternidad?

El Superior lo miró perplejo, tamborileando con sus dedos sobre el escritorio, hasta que de un golpe se inclinó hacia adelante y lo bañó con una mirada dulce y paternal.

—Mira, hijito. El que quieras dar esa prueba me confirma el profundo amor que ya te suponía, la devoción y el temor a Dios; pero no estoy de acuerdo con una parte de tu *expositio*: dijiste que a todo cristiano le llega un momento en la vida en que tiene que emular a Job, ¿no? Hasta ahí bien, pero, problema: ¿por qué supones que ese momento te ha llegado? A tu edad, la mejor prueba de amor al Señor es la siguiente: tener un comportamiento respetuoso con los superiores, con los hermanos que te educan y sacrifican su vida por ti. Esto, y la aplicación en el estudio, la oración y el temor a Dios encaminados a corregir los vicios de la infancia, son sin duda la mejor prueba, ¿entiendes? Lo otro sobra, ya te llegará más adelante.

—Sí, Su Alta Gracia —el Niño bajó la cabeza con desánimo, avergonzado y triste: ¿tenía derecho el Superior a interponerse entre él y Cristo?

—Es una locura conceder lo que me pides, además puede ser peligroso para tu salud. Una cosa es el amor a Cristo y otra el cuerpo. Es como una planta, Horacito, mientras crece está en el invernadero, bien cuidada y regada, con lo mejor a su disposición para hacerse fuerte. Una vez que está robusta se trasplanta al jardín, ¿comprendes? ¿Qué pasaría si sacamos un tallo apenas germinado a

la inclemencia exterior? Se muere, se seca. Y aquí igual —respira satisfecho de su exposición, vuelve a recostarse en el espaldar de la silla.

—Pero, si me lo permite Su Reverencia, entrar a la jaula de los leones tampoco es bueno para la salud, y sin embargo ahí está Daniel… Quiero decir, Padre, que si no fuera difícil de cumplir, entonces… ¿qué prueba sería?

—Mira, Horacio, te voy a contar la historia del hermano Humboldt. Quiero que la escuches con atención y no pierdas de vista la enseñanza, ¿entendido?

El Niño cruzó los brazos y arrugó la frente.

—El hermano Humboldt vino de Buenaventura. Desde que llegó a la comunidad se mostró como uno de los más fervientes defensores de la punición física, en todas las áreas. Así, cuando él mismo no sabía responder a una pregunta hecha en clase, le pedía al maestro que le pegara con la regla en el dorso de la mano. Claro, los hermanos no sabían qué hacer, Humboldt los intimidaba con su vozarrón, con su metro ochenta y pico a los 15 años, y por eso los hermanos cumplían sin rechistar todo lo que insinuaba. Consecuencia: se prohibió hacer preguntas durante las clases, pero entonces, cuando llegaban los exámenes y tenía alguna falla, Humboldt volvía al maestro por sus azotes, con lo cual los maestros decidieron no volver a encontrar errores en las pruebas de Humboldt y, digamos, con este método, muy rápido se convirtió en el primero de la clase. En el reparto de labores Humboldt fue asignado al campo; fue lo peor: cuando sabía de algún campesino que había faltado a la iglesia el domingo o que no había comulgado, iba a sacarlo de su casa a golpes para llevarlo arrastrando hasta la capilla a pedir perdón a Dios y al padre Carpió. Tuvimos mil quejas, la mitad de la gente no volvió a los campos y todos andaban escondidos, con miedo de que Humboldt los encontrara. Un día lo mandé llamar. Hablamos, le expliqué que la religión no podía ser una imposición violenta y que, por eso, tenía que abandonar sus métodos. Le hice ver que por su culpa el trabajo con los campesinos no progresaba, pero nada, me oía como quien oye llover, sin retractarse. Lo amenacé con la suspensión, incluso con la expulsión o el traslado a alguna de las comunidades de la Amazonia, pero él tranquilo; me decía mándeme, Su Paternidad, a mí no me importa, yo voy a servir a Dios por igual en cualquier parte de la creación.

Una tarde que hubo salida bajé con Carpió a revisar su dormitorio. El catre estaba incólume, no lo usaba. Al lado encontramos escondida entre los zapatos una caja llena de piedras y

pedazos de raíz que él extendía por las noches para dormir. En la valija había más cosas que, la verdad, ya no nos sorprendieron: correas de cuero, un zurriago, pedazos de alambre de púas con manchas de sangre, un zuncho, mil cosas horribles. Más abajo, en un bolsillo escondido detrás del forro, encontramos algo que nos asustó: dos navajas automáticas y un revólver con dos cajas de munición. No hubo lugar a dudas: metimos todo en una bolsa y yo mismo la guardé en este despacho. Cuando Humboldt regresó de su salida lo mandé llamar.

—¿Me necesitaba Su Altísima?

—Siéntate, quiero que charlemos.

—¿Sobre qué, Su Reverencia? A mí también me fascina charlar.

—Esta vez es un asunto grave, Humboldt, muy grave. Se trata de unos artículos que encontré en tu valija. Mira, éstos —sacó la bolsa y la desocupó de un golpe sobre la mesa—. ¿Los reconoces?

—Sí, Su Reverencia. No sabía que se podía esculcar la propiedad ajena en los días de salida —le clavó los ojos furioso, el Superior hincó las uñas en su hábito.

—Eso no importa ahora. Lo que quiero saber es qué hacen estas armas en tu dormitorio.

—Son para la defensa, Su Altísima.

—¿Defensa? ¿Defensa de quién? —ya le comenzaba esa extraña molestia en el estómago.

—Mía, y suya, y de todos los hermanos.

—Y… Dime, ¿de quién nos vas a defender?

—Su Reverencia, me extraña usted —el negro lo miró, escrutando, tratando de adivinar el motivo de semejante pregunta —. ¿De quién va a ser?

—No voy a adivinarlo, Humboldt, ¿de quién?

—Ya sé —dio un golpe sobre la mesa que estremeció el cubiculum—. Su Reverencia me está probando, ¿cierto?

—No, Humboldt, te estoy haciendo una pregunta. ¿Cuál es el enemigo del que nos quieres proteger con estos artefactos?

—El Inmundo, Su Altísima, Lucifer, ¿quién más iba a ser? Él está esperando cualquier descuido nuestro para meterse al claustro y quemarnos vivos.

—La comunidad no necesita este tipo de protección. Ya estamos protegidos; la oración nos protege, Dios nos protege. Lamento decirte que me quedo con todo esto —cogió la bolsa y la guardó en el cajón de su escritorio.

Humboldt inició entonces una guerra, que él llamó

«sanctissima», contra la autoridad, es decir, contra mí. Predicó entre los hermanos a favor del individuo contra la norma disciplinaria, y así, por ejemplo, propagó la costumbre de hablar en las comidas, de salir a deshoras, etc.

Una mañana el hermano Cristino me vino a despertar con la noticia de que Humboldt se había fugado.

—¿Cómo…?

—Fugado, Su Altísima. Se voló, con maletas y todo.

—Llámeme ahorita mismo al hermano Sangam. Él debe saber a dónde fue. Eran amigos, ¿no? —el Superior arrugó la frente, sacó el hábito del armario y se disculpó un momento; pensó que lo iban a matar si continuaban viniéndole a esas horas con esas noticias.

—¿A dónde se fue, Sangam?

—Ni idea, Su Altísima. Imagínese, yo fui el primer sorprendido.

—¿Ah sí? —lo miró retándolo—. Sangam, ¿le gustaría volver a la misión del Putumayo? Fíjese, preciso ayer recibí una nota. Otra vez les está faltando gente.

—¿Al Putumayo? Su Reverencia no sería capaz…

—Yo mismo me sorprendo de lo que sería capaz con tal de ayudar a esos compañeros, Sangam.

—Pues, no sé… Puede ser que se haya ido al desierto de Ráquira, ¿no? Él siempre dijo que quería repetir la hazaña de Cristo y, claro, hablaba de ayunar, de 40 días y… Bueno, a lo mejor se habrá ido para allá, ¿no?

Salimos con varios hermanos en la camioneta. Preguntamos en el terminal de buses, en las chivas, pero nada. Hicimos viaje hasta el monasterio de la Candelaria para advertir a los frailes y pedirles que si lo encontraban nos avisaran. Así esperamos dos días, tres, y la preocupación cada vez era mayor. Al pasar una semana decidí alertar a la policía de Tunja.

—Eso se sale de nuestra jurisdicción, Padre. Qué pena con usté. Es mejor que hable con el mando de Ráquira.

Fui entonces al batallón: estaba seguro de que ellos sí podrían ayudarme.

—Un metro ochenta, sargento, pelo crespo.

—¿Cómo dijo? ¿Hurmon?

—Humboldt, Humboldt Durán.

—¿Cómo es que no vino antes, Padre? Dijo que el loqui… perdón, que el estudiante se escapó hace una semana, ¿no?

—Es que pensamos que iba a volver. Mire, sargento, lo único que yo le pido es que cuando lo encuentren me lo traten bien. Le

digo esto porque conozco a Humboldt; él es un poco… impulsivo.

—Récele a Dios para que lo encontremos, Padre. ¿Sabe la extensión que tiene ese desierto?

—Usted es un ejemplo de eficacia en todo Boyacá, sargento. Yo, sabiendo que usted va a ocuparse, ya me quedo tranquilo.

—Gracias Padre. Bueno, al menos eso es lo que dicen…

Esa misma tarde salió una patrulla con cuatro soldados en un jeep. La comunidad se hizo cargo de la manutención y gastos de gasolina e incluso les ofrecimos aportar un hermano a la expedición, pero el sargento no aceptó alegando que la disciplina de las armas era algo muy duro para un religioso.

Al otro día por la noche el sargento me llamó: se había comunicado con sus soldados, y en varios pueblos les habían hablado de un negro loco que se creía profeta: «¿Ése será, no?» Yo le repetí que por Dios no fueran a hacerle daño, que recordaran que él era un poco impulsivo, aunque nada peligroso.

Tres días después volvió a llamarme.

—Ya Padre, ya lo traen.

—¿Cómo está?

—Me dijeron que llevaba varios días sin comer, que se arrastraba como un leproso entre las piedras. Se resistió cuando lo fueron a subir al jeep.

—Le advertí que era un poco impulsivo.

—Sí, Padre. Un soldado viene con un brazo roto. Otro con la nariz vendada. Fue un milagro que no le dispararan.

—¿Cuándo van a llegar?

—Esta noche. Mañana temprano puede venir por él.

—¿Mañana?

—Sí, hay que cumplir con las formalidades, mantenerlo como mínimo 12 horas bajo arresto. Ni por hacerle un favor a usté puedo saltarme las normas, Padre.

Al otro día fuimos con Cristino a recogerlo. Lo hubieras visto, parecía un marrano de lo sucio y tenía la cara tan hinchada por los golpes que era difícil reconocerlo. Al verme saltó enfurecido, me gritó que le había mandado a la tropa para matarlo; fíjate, incluso llegó a decir que lo habían torturado. ¿Sabes dónde está ahora el hermano Humboldt?

—No, Su Reverencia —el Niño había seguido la historia sin pestañear.

—En una misión, Horacio, en el Guainía. Una de las más difíciles. Por eso no quiero que me vuelvas a pedir ese tipo de

permisos, y espero que lo que oíste te haya dado una buena base de reflexión.

—Sí, Su Reverencia, lo entiendo, pero yo no tengo esas obsesiones. Yo no estoy loco como Humboldt, Padre, yo sólo quiero alimentar mi vida interior, hacer ejercicios ascéticos. ¿No lo dice san Ignacio de Loyola?

—Sí, claro que sí —pensó: ¿Qué decía san Ignacio de Loyola?—. Pero te repito, tu problema es la juventud. Mira, lo que en un hombre mayor es virtud en un joven puede ser defecto. Hay «estados», hijo, que ordenan la vida, establecidos desde la doctrina por los Padres de la Iglesia. Crece, dale tiempo a tu cuerpo para estar preparado, y luego sí cumplirás las mortificaciones que quieres, pero no antes; hacerlo ahora podría trastornarte la voluntad y, quién sabe, eso es gravísimo.

—Los años no importan, Su Paternidad. Para recibir a Dios sólo se necesita el espíritu, y el espíritu no tiene edad.

—Pero el espíritu se encarna, encuentra protección y forma en el cuerpo y, si el cuerpo es débil, el espíritu será caprichoso, inapto para recibir la fuerza de la Suprema Luz. Te va a enceguecer si no, Horacio, por eso tienes que esperar.

—¿Enceguecer? Pero si su contacto siempre enceguece, Su Reverencia, pero llena de luz también. Yo sólo quiero seguir cada uno de los pasos y, claro, siempre se comienza por lo más terreno. ¿No están en este punto de acuerdo todos los místicos? Vea, Su Reverencia, son los *exercitia spiritualia* de san Ignacio, el *pasivo purgativo* de san Juan…

—Hijito, tu soberbia del conocimiento es una de las pruebas reconocibles de tu flaqueza de espíritu. Esa vanidad del saber es más del Demonio que de Dios.

—¿Por qué, Su Reverencia?

—Porque lo digo yo, y eso para ti debe ser suficiente. Te recuerdo que no por milagro soy el Superior de esta casa. Ya te llegará el tiempo, pero hasta entonces tu problema va a ser siempre el mismo: quieres saber lo que a tus años es mejor ignorar. Mira, la ignorancia es un reino, una ciudadela, ¿entiendes? El que vive en ella no tiene grandes problemas, no sufre, está tranquilo porque su interior está vacío, y lo poco que lo llena nunca lo va a rebasar. En la edad adulta este reino es inadmisible y, si quieres, injusto. En la niñez, en cambio, es necesario. El joven debe ignorar más de lo que sabe para que su interior esté en equilibrio y logre la armonía, y así pueda irse llenando de forma mesurada, inteligente y devota. Yo sólo quiero tu bien, por lo tanto me vas a escuchar porque no

quiero tener que repetirlo: nada de encierros, nada de pan duro y agua, ¿entendido?

—Sí, Su Reverencia —el Niño bajó la guardia, miró a su alrededor ansioso, inquieto.

—Alguna otra cosa querías comentar.

—No, Su Paternidad, con permiso.

Se levantó, hizo una pequeña venia y salió.

¿Darse por vencido? Nunca. Si el Superior le prohibía la acción aún le quedaban otros recursos: imaginaba que había sido hecho prisionero por un pueblo pagano, que lo obligaban a adorar a otros dioses, crueles y extraños, a renegar de su fe. Entonces se veía soportando los más duros tormentos; su sangre corría por la piedra y él firme, sin quejarse, sin ceder un ápice en su convicción. ¡Nunca! Ahí estaba san Eustaquio, el propio san Francisco de Asís; jamás negaría a su Señor. Pero… —una tremenda duda llegó a nublarle el rostro—, ¿y Pedro? ¿No lo había negado acaso? Tres veces. ¿Cómo entenderlo? Había dormido en la noche de Getsemaní mientras Jesús era apresado. ¿Tendrá razón Su Reverencia al decir que hay cosas que es mejor ignorar? Pensó que él nunca sería capaz de algo así. Vio el potro separando sus huesos, el fuego quemando sus visceras, todos los tormentos, la sed y el dolor, pero al final, en el límite, el cielo que se abre, la Luz que baja hasta su frente y al fin Dios, llegando ante sus ojos.

CINCO

—Soy Natalia.

La empleada del doctor Medina la recibe con una sonrisa.

—Siga, señorita. El doctor la está esperando en la biblioteca.

Atraviesa el jardín, sube una escalerita de piedra y entra a la casa. Lo encuentra de espaldas, mirando el atardecer desde la ventana.

—Perdone el retraso, doctor, había un tráfico terrible… —deja el bolso sobre el canapé, se quita la chaqueta.

—Te vi bajar de un taxi. ¿Siempre vienes en taxi? —le da la mano y Natalia siente los dedos fríos, húmedos de sudor.

—Es que se me hizo tarde. ¿Cómo se ha sentido? ¿Sí está haciendo los ejercicios?

El doctor gira de nuevo hacia la ventana.

—Todo lo que dijiste.

«Había trabajado para el gobierno —le contaría a Arturo después—, había sido un abogado importantísimo. La biblioteca estaba llena de libros escritos por él: ensayos de historia, manuales de política, hasta un curso de derecho romano, ¿te imaginas? Yo siempre le dije, ¿por qué no vuelve a escribir? Pero él decía que no, que ya no valía la pena. Yo lo admiraba por todo eso, y desde la primera vez que lo vi sentí en él un aire familiar. Me recordaba las descripciones que mamá me hacía de papá: un señor ausente, tristón, silencioso. Una persona frágil.»

—¿Y de ánimo? ¿Cómo vamos de ánimo?

—Mejor, Natalita, un poco mejor.

«Por todas partes tenía fotos suyas con gente importante: embajadores, políticos, ministros. En el escritorio, junto a la lámpara, tenía enmarcada una carta del presidente López Pumarejo en la que le deseaba feliz cumpleaños.»

—Eso está muy bien. Es lo que importa —saca los instrumentos y los va ordenando sobre la mesa. El doctor levanta el brazo y la deja hacer sin quitarle los ojos de encima, esos ojos acuosos que

llenan de tristeza el salón y que para Natalia son como dos cavernas, como las ventanas de una casa deshabitada.

«El problema era el alcohol, pues salía de una serie de depresiones fuertes. ¿Qué podía ofrecerle yo a cambio? Sacarlo del alcohol era llevarlo a una vida llena de angustias. Mil veces me hice la pregunta: ¿Qué sentido tiene quitarle lo único que lo mantiene firme? Él sufre, me decía, él sufre y sólo yo puedo ayudarlo.»

—Estamos igual que la semana pasada. ¿Seguro que hizo los ejercicios?

—Todos, Natalita, pregúntale a Edelmira si quieres. ¿Te falta mucho para acabar la universidad? —el doctor se vuelve a apuntar el puño de la camisa.

—Dos semestres solamente.

—¿Y cuando acabes… vas a seguir viniendo?

—No sé, doctor, todo depende… —Natalia siente nervios.

—¿De qué? —el doctor toma el café en sorbitos cortos.

—En cada semestre las prácticas son distintas. A lo mejor tengo que seguir todo el tiempo en la clínica, no sé.

«El principio fue lo más difícil; tuve que recoger un montón de botellas de whisky que él escondía por toda la casa. Luego supe que mandaba al chofer a comprar trago y le daba propinas. Yo le di unas pastillas fuertísimas que lo hacían rechazar el alcohol pero que, además, le producían depresión. Por esa época llevaba ya varios meses sin probar ni gota.»

—Pero… ¿a ti te gustaría seguir viniendo? —habla sin mirarla, con la vista fija en un punto del suelo.

«¿Lo que me gustaría? Irme lejos, correr, viajar al Pakistán, ir por el Asia de ermitaña, qué sé yo lo que me gustaría.»

—Pues… Claro que sí, doctor. Me va a dar lástima si me cambian.

—Lo importante es eso —hace un largo silencio—. Tú eres la única persona que me ha podido ayudar. Mírame, yo soy como un reloj viejo, sin cuerda. Sigue siendo un reloj pero ya no sirve de nada… Perdona, estoy diciendo tonterías.

De pronto las luces se debilitan; dos, tres chispas, un pequeño relámpago y luego un fogonazo lento hasta apagarse.

—Qué cosa tan rara. ¡Edelmira! —grita a oscuras.

Se levanta, camina hasta el vano de la puerta llamando a la empleada. Natalia da un respiro, la conversación le crispaba los nervios.

—Se fue la luz, doctor —la voz de Edelmira llega desde el

corredor—. Es en todo el barrio, ya ahorita les traigo unas velas.

Regresa con dos candeleros encendidos y Natalia se le acerca.

—¿Me presta uno? Voy al baño.

—Espere, señorita, la llevo.

Salen juntas, caminan por el corredor hasta que la empleada se da vuelta y la mira con ojos angustiados.

—Señorita, tengo que decírselo —trata de esconder la vista, arruga las puntas del delantal—. Es que...

—Qué pasa Edelmira, dígame...

—No es cosa mía, señorita, pero... Es que el doctor ha estado tomando.

—¿¡Qué!? ¿Tomando alcohol?

—Sí, señorita.

Natalia siente latir el pulso en el cuello. Se enfurece.

—¿Quién se lo dio? —muerde el aire en cada palabra.

—Es... Es el señor Bray, señorita. Un amigo del doctor. Hacía rato que no venía y... Pero no le vaya a decir que yo le dije, ¿sí? Se pone muy bravo, señorita, se congestiona.

—Cálmese, Edelmira, ¿cuándo fue la última vez que ese señor estuvo aquí?

—Ayer, señorita; estuvieron hasta tardísimo encerrados en la biblioteca.

—Vamos a hacer una cosa —saca su libreta, arranca una hoja—. Éste es mi teléfono. La próxima vez que ese señor venga usted me llama, ¿bueno?

—Sí señorita, yo la llamo —dobla la hoja hasta hacer un cuadradito diminuto que se pierde en el bolsillo del delantal.

Entra al baño preocupada. Si vuelve al alcohol no va a resistir. Quiso de pronto gritarle, decirle que estaba con él... ¿Por qué habrá vuelto a tomar? ¿Quién es ese tal Bray? El doctor odia su enfermedad, piensa. Odia la angustia que el licor le produce, y estaba logrando salir. Por eso la conversación. Por eso las preguntas.

Vuelve a la biblioteca y lo encuentra sentado en el mismo lugar.

—Todo Bogotá está sin luz, acaban de dar la noticia en el radio —Edelmira entra escondiendo un gesto nervioso. Evita los ojos de Natalia y pasa de largo hasta la ventana.

—Sólo queda esperar. ¿Te quieres quedar a comer con nosotros? —el doctor se recuesta en el sofá.

—Gracias pero... Tengo que irme a mi casa. Mi mamá me está esperando —ve el gesto casi suplicante del doctor y, por un

momento, duda.

—Edelmira, dígale a Alfonso que saque el carro.

—No se preocupe, doctor. Puedo llamar un taxi.

—Alfonso te lleva, así aprovecha y da una vuelta. El pobre se pasa el día viendo televisión en la cocina.

—Es que usted debería salir más, doctor. Estar siempre encerrado no es bueno. Fíjese, con la cantidad de cosas que se podrían hacer.

El chofer entra acomodándose la corbata.

—A sus órdenes, doctor.

—Hágame el favor de llevar a la señorita a su casa.

Bajan a la 7a y doblan hacia el norte. Natalia ve la oscuridad de la avenida Pepe Sierra; ¿qué hora sería? Enciende la luz interior: las ocho. Ve pasar la cantera de Usaquén, la Texaco de la 127 iluminada con lámparas de mano.

Quiso hablar con alguien y pensó en Arturo, pensó que con el apagón todo era posible.

—Alfonso, ¿me puede llevar hasta la 106?

—Con mucho gusto, señorita. ¿106 con qué?

—Vaya por la 15, yo le indico.

* * *

Ahora el amor (11)

¿La llegada? Llovía durísimo, hacía frío. Gaitana bajó del bus, miró alrededor y sólo vio ventas de cigarrillos, gamines; ¿a ver? Lo primero era buscar una pensión para dejar la maleta, luego llamar por teléfono a las personas que el doctor Pulido le había recomendado. ¿Ésta es Bogotá? Suciedad, automóviles y, allá, al fondo, detrás de una cortina de niebla y lluvia, la silueta de las montañas recortada por enormes edificios. «Ahí debe ser el centro.» Atravesó la avenida y fue a preguntar a un policía.

—¿Qué bus me sirve para ir al centro?

Al rato ya estaba en camino, sentada al lado de la ventana para mirar. Cogió bien duro la maleta porque ya iba advertida. ¡Qué cantidad de gente! Estaba un poquito asustada pero también feliz. Era Bogotá, y ahí, en un bus, ella, Gaitana Cadavid. Podría trabajar, ahorrar plata para volver a Sasaima y explicarlo todo. La mamá lo entendería. Sí, ambas iban a ser muy felices.

Bajó en la 7a y caminó hacia el sur. ¿Será por aquí? Menos mal que había dejado de llover; ahora salía un poquito el sol aunque el

viento húmedo seguía. En el bus le habían dicho que llegara a una plaza grande, que buscara la catedral y los edificios del gobierno. Sí, para allá iba. Le gustó mirar las vitrinas, la ropa tan bonita, todo lindo; luego un cine, un almacén de discos y los restaurantes con la comida expuesta en la calle; avisos de luz, mil cosas, y de pronto vio la plaza, la catedral, ahí estaba, y no terminó de pensarlo cuando vio venir una nube de jóvenes: ¿Una fotico, madre? ¿Brickets, lapiceros, estampas?

—No gracias, estoy buscando cuarto.

—¿Alojamiento? Es su día de suerte, madre. ¿Me permite la maleta?

Caminó detrás del muchacho hasta una casa por la misma calle de la catedral. Al entrar una señora salió a atenderla, le dio una moneda al chino y lo despachó de vuelta a la calle. «Todavía quedan seis cuartos, mijo, apúrese.»

—¿Nombre? —la propietaria sacó un cuaderno, pasó varias páginas y escribió con un lápiz mordisqueado.

—Gaitana Cadavid.

—¿Apellidos?

—Ah… Cadavid Sáchica —se alisó el pelo, miró a todas partes pensando que era una casa vieja pero limpia, bien cuidada.

—¿Procedencia?

—Albán, Cundinamarca.

—¿Trabajo, visita familiar, placer?

—Hm… Trabajo.

—¿Cuántos días?

—Pues… Una semana.

La señora la miró a los ojos, ¿una semana? Se permitió una sonrisa de burla, luego hizo una seña y otro muchacho, un poco más joven, apareció por la escalera. «Suba la maleta de la señorita a la 16.» Le dio la bienvenida, le dijo si no sería molestia que le pagara ahí mismo, por adelantado, porque, en fin, la gente que viene a buscar trabajo a Bogotá, fíjese usté, tres semanas, cuatro, y no es que quiera insinuar nada, pero ayer mismo se les había volado uno debiendo un mes de arriendo, y así mil veces.

—No hay ningún problema, ¿cuánto vale la semana? —abrió el bolso con un gesto de orgullo, sacó el monedero.

—Dos mil ochocientos, desayuno incluido.

Subió al cuarto y abrió la ventana. Qué lindo, podía ver las montañas y la iglesia de Monserrate. Isaura le había dicho que subiera, que era divino y que se podía ir a pie o en funicular. Ahí lo

veía subir, esa cajita roja. ¿Qué horas eran? Miró el reloj: las nueve y media. Quería descansar un poco del viaje, recostarse antes de salir. Pensó que debía preguntar por una iglesia cercana, ¿habrá misa en la catedral? Quería dar gracias por estar ahí, pedir por su mamá y por la salud de los niños. Pensó en Bosconia, en Sasaima, en las clases del José María Urdaneta. Volvió a decirse que no estaba sola, que Dios la acompañaba.

Toda la semana estuvo haciendo llamadas, esperando razones aquí y allá, volviendo a llamar, aguantando frío en la puerta de alguna casa, pero siempre era igual: le ofrecían menos de lo que ganaba en Bosconia por el doble de trabajo.

Una mañana, barajando papeles, encontró el teléfono de la prima de Isaura. ¡Claro! Se había olvidado. Recién llegó llamó dos veces pero no le contestaron. Podría volver a ensayar… Salió corriendo con la extraña sensación de que le quedaba una puerta, que no estaba del todo sola. Cambió un billete de cinco pesos en un puesto de dulces y se puso en la fila del teléfono. Cuando le tocó el turno marcó con fuerza y al terminar cerró los ojos… Ocupado. Colgó y dijo: ¡hay alguien! Volvió a ponerse en la fila, pero no, pensó, seguro ya no vive ahí. Cuando le volvió a tocar turno marcó el número sin ganas; no quería emocionarse porque, desde que llegó a Bogotá, cada vez que se entusiasmaba con algo terminaba un poquito frustrada; se recostó el auricular en el hombro convencida de que iba a perder el tiempo y la moneda, y volvió a cerrar los ojos. Al oír una voz de mujer que decía «¿Aló?» casi pierde el habla.

—Soy Gaitana Cadavid, una amiga de Isaura.

Le explicó todo en un minuto, le contó sus desgracias sin dejarla siquiera responder, pero Claudia la interrumpió:

—Hace un montón de tiempo que estoy esperando que llame. Isaura me avisó que usté venía, ¿en dónde está?

Gaitana contestó hablando rapidísimo y casi le salió una lágrima cuando la escuchó decir «Véngase para acá, aquí se puede quedar».

Qué felicidad, preciso al día siguiente se le terminaba la semana en la pensión y ya había buscado una más barata que la verdad sí le daba un poco de miedo.

Empacó cantando entre dientes, radiante de felicidad, y media hora después estaba en la puerta de entrada despidiéndose de la señora.

—Aquí ya sabe, señorita, siempre a sus órdenes.

Al hijo mayor lo encontró en la calle.

—Chao, Nelson, me voy.

—¿En serio? Es lo malo de aquí. Uno se encariña con la gente y ahí mismo se van —se le acercó, le dio las dos manos—. Bueno, bizcocho, déjese ver, ¿no?

Compró unas empanadas para llegar con algo y a las dos en punto puso pie en la puerta del edificio. La zona era bonita y bien situada, a un paso de la avenida Chile y de la Caracas.

—¿Por qué no me llamó antes? —Claudia le recibió las cosas, la invitó a sentarse y le sirvió café. Gaitana se dio cuenta por el pelo mojado de que acababa de salir del baño.

—Traté pero nadie contestaba. Luego se me perdió el papelito con el número. Fíjese, hasta que lo encontré.

Claudia encendió el radio y Gaitana sacó las empanadas. Hablaron de Albán, de la finca, de Bosconia.

—¿Isaura sigue con el dolor de várices?

Claudia le contó que había llegado a Bogotá hacía ya tiempos, que al principio había trabajado como doméstica.

—Ése es buen trabajo, pero cansa. A veces las señoras joden mucho.

—¿Y ahora tiene trabajo?

—Sí, mucho mejor. Es una cafetería que abre toda la noche, ¿ve? Por eso no hay problema de que se quede aquí.

Le dijo que ganaba bien, como dos mil y pico al día, que no se quejaba. Gaitana abrió los ojos, ¿todo eso?

A las seis y media Claudia se levantó.

—Me voy —la llevó a la cocina—. Éste es el fogón que calienta, se enciende aquí. Aquí hay comida, mire, hágase lo que quiera —abrió la nevera—. La leche es de ayer pero está buena, también hay Coca-Cola.

—Gracias… Yo mañana hago un mercadito.

—No, tranquila, cuando se acabe. Si se quiere bañar, venga. Ésta es la caliente, tiene que esperar un poquito a que se atibie. Ahí tiene champú y rinse, el desodorante —salieron y Claudia la llevó al cuarto—. Si quiere ver televisión se enciende con éste.

Cuando se quedó sola Gaitana bendijo a Dios. Es un ángel, pensó, ¿por qué había gente tan buena en el mundo? Porque Dios existe, claro.

Se cocinó un arroz con cebolla y una gota de aceite, un huevo frito y café, y luego lavó un poco de ropa. Al terminar buscó escoba y trapeador para hacer la limpieza de la casa que, se dio cuenta, falta le hacía: el piso, el sofá, el baño, todo lo dejó brillando. Luego se recostó en la cama y prendió el televisor. Qué rico, ahí estuvo

hasta dormirse.

Pasó el tiempo y nada, igual que antes. Siempre le ofrecían condiciones durísimas y poco sueldo. Lo malo era que ahora sí se le estaba terminando la plata. ¿Qué más podía hacer? Con Claudia se veían poco pero de todos modos se habían hecho amigas. Así, con más confianza, Gaitana se atrevió a confesarle.

—A lo mejor me regreso a Sasaima. Se me va a acabar la plata y no encuentro nada.

—Véngase a trabajar conmigo. En la casa siempre falta gente.

Gaitana la miró extrañada.

—No le había dicho antes porque… No sé, si quiere le pregunto a la Señora esta noche.

—Y… ¿es muy difícil? —Gaitana sintió que el corazón le batía a cien.

—Noo… Mejor se viene conmigo y así conoce a la Señora, ¿bueno? Total ella es la que decide.

—Tanto gusto, niña. Claudita ya me dijo que querías trabajar —la Señora estaba sentada en un sofá azul, elegantísimo. Gaitana pensó «¿Cuántos años tendrá?».

Subieron a una habitación con Claudia y ahí la Señora dijo que sí, que le daba el puesto. Gaitana no podía creerlo, ya creía que esa frase había dejado de existir.

—Y… ¿qué tengo que hacer?

—De todo, mijita. Ahí vas a ir aprendiendo. Claudia, esta noche tú te quedas con ella, ¿bueno? Así le vas mostrando.

—Sí, Madam.

Claudia le dijo que se bañara otra vez, que se lavara bien el pelo porque le iba a hacer el blower, «¿el qué?», «no importa, la voy a dejar como una reina». ¿Qué era tanto misterio? Mientras la peinaba Claudia le contó que a la casa venían señores, gente educadísima, y que ellas tenían que hacerles compañía, charlar. ¿Charlar? Gaitana soltó la risa y pensó que no sabría hacerlo: ella era tímida, se confundía.

—Es fácil, usté sólo tiene que ir diciendo sí con la cabeza y sonreír siempre. No más. ¿Ve lo fácil?

La llevó al armario. «Ahora un vestidito bien lindo.» Sacó varios, se los fue probando por encima hasta que le eligió uno. Gaitana soltó la risa y abrió la puerta del baño para cambiarse.

—Póngaselo aquí, boba, para eso somos mujeres —Claudia le daba vueltas: ¿cómo le iba a explicar?

—¿Sí ve? Le queda divino. Qué le dije.

Gaitana fue al espejo y sí, no se reconocía de lo bonita.

—Ya está lleno, niñas… Ah, cierto que estás aquí —la Señora entró al cuarto y al ver a Gaitana arrugó un poco la frente—. Claudita, mi amor, ¿por qué no le presentas a alguno de tus amigos? Así pueden reunirse aquí mismo, tranquilos.

—Sí Madam, ya bajo.

—Tú espérala aquí, cielo. ¿Quieres tomar algo?

—Una gaseosa, gracias.

—Cuando bajes, Claudita, dile a Poncho que le suba una gaseosa a la niña, ¿me oyes? Que le ponga un poquito de drink, así le queda más rico.

Ambas salen y Gaitana piensa: ¿Iba a tener que hablar con gente desconocida?

—Te presento a estos amigos, Gaitanita. Sigan.

Sintió las mejillas ardiendo, la voz congelada en la garganta. Los miró y se dijo qué elegancia.

—Muchísimo gusto —alargó la mano, dio un apretoncito y la retiró.

Se sentaron. Claudia cerró la puerta y puso música; bajó las luces y propuso bailar. Gaitana se levantó con uno de los señores, sintió los brazos que la apretaban pero no se opuso porque con los drinks la sensación le gustaba. Más tomaba gaseosa y más sentía el mareo, como si flotara, y de pronto, en una vuelta, vio a Claudia dándose un beso con el otro señor. Casi enseguida sintió una mano rodando por su espalda, bajar por la cadera y volver a subir acariciándole el pecho. Un beso húmedo en el cuello la puso alerta. Se retiró un poco, sintió una mano levantándole la falda y pensó: ¿qué pasa? Se dejó llevar a la cama y sintió el cuarto girando; cerró los ojos, ¿soñaba? Algo forcejeaba entre sus piernas hasta que un ardor la hizo gemir.

Al otro día, al despertarse, Gaitana no recordaba bien lo que había pasado. Se asustó: un hilo de sangre le bañaba los muslos.

Por la tarde Claudia la hizo subir al desván para explicarle. En un corredor había un huequito desde el que se veía un dormitorio y Claudia le dijo espera, dentro de un momento vas a ver. Una pareja entró, se empelotaron dándose besos y luego fueron a la cama entre gemidos y gritos.

—¿Por qué hacen esas caras y esos ruidos? Ni que los estuvieran matando.

Claudia la miró perpleja: ¿qué decía Gaitana? Pero de niña lo había visto muchas veces, cuando el papá todavía estaba en la casa.

La Señora llegó al momento.

—¿Qué tal anoche, mijita?

Y Gaitana respondió que bien, que se había mareado un poquito por los drinks pero que bueno, que sin problemas.

Entonces se quedó. A la siguiente noche bajó al salón y charló con los señores en la barra. Una sola vez subió al dormitorio por consejo de la Señora, «como está recién abierta es mejor no abusar».

Tres años después, una tarde en que había decidido ir de compras a los Barrios Unidos, Gaitana empezó a sentir mareos, a perder el equilibrio hasta desmayarse en plena calle. Luego vinieron los vómitos, las molestias. Claudia la acompañó a una clínica del barrio Restrepo para hacerse los exámenes y, a la semana, cuando Gaitanita ya no podía más, salieron los resultados.

—Bueno —Claudia la miró preocupada—. ¿Qué va a hacer?

—Voy a tenerlo —dijo emocionada—. Quiero que sea una niña para ponerle Cheli, como la abuelita —se abrazaron, cayeron lágrimas, se dijeron secretos al oído.

Había conseguido un apartamentico en el mismo edificio de Claudia; fue una suerte porque de pronto se desocupó y ambas dijeron claro, casi podían hablarse a través de la pared.

Cuando nació la niña todas las de la casa le hicieron una fiesta con mil regalos y ponqué. La Señora se portó muy bien, había que decirlo, porque le ayudó mucho en los meses que tuvo que dejar el trabajo empleándola en otros oficios. «Es como si fuera hija de todas, ¿cierto?», dijo Madam, y felices se peleaban por alzarla, le cantaban, le decían arrurrú y se derretían de cariño no más de verla.

Con la niña Gaitana tuvo que pasarse al turno de tarde. Le daba miedo dejarla sola y así estaba bien: Claudia la podía cuidar mientras ella trabajaba, y por la noche se cambiaban.

Así, con el tiempo, Gaitana aprendió a vivir con lo que tenía. La niña le ocupaba la vida con pequeñas preocupaciones que la llenaban de felicidad y, en la casa, se sentía querida y respetada por todas las compañeras y hasta por Poncho y el chino Arbeláez, que una vez le confesaron que era la más buena gente.

Laura era la única rara. Todas la miraban con desconfianza porque decían que estaba ahí por gusto. Gaitana no sabía si creer, pero contaban que estaba casada en los Llanos antes de venirse a Bogotá. Que el marido la había echado.

—Dejaba entrar a los obreros de una construcción al frente de la casa, Gaitana, y se dejaba culear sin cobrarles nada, ¿ah? El esposo

no la mató de milagro.

—Y no es por la plata. Qué va. Si no toma vinos en la barra es porque tiene úlcera y luego las tripas le arden y caga sangre.

Pero con ella era muy querida; al llegar le dio un montón de consejos sobre cómo gustar: le dijo que fuera sentimental, que sólo mirara para adelante y un poquito arriba, «y si quieren algo que te lo pidan varias veces, ése es el secreto».

Abajo la sala estaba repleta. ¿Qué horas eran? Las cuatro, hora de comenzar. La Señora ya había subido dos veces a apurarlas y ella pensó que le gustaría bailar un poco, oír la música antes de volverse a subir. La Señora volvió a entrar, vio a Tati planchando y le dijo «Apúrale mi amor, si a ellos lo que les gusta es lo que tienes debajo. A ver, niñas, apuren, y tú Luisa, quita esa cara de profesor de aritmética. Malú, que no te emborrachen hoy, ¿bueno mamita? Que luego te culean doble y ni te das cuenta.»

Salieron por fin. Poncho puso la marcha nupcial y los clientes aplaudieron con entusiasmo al verlas bajar por la escalera.

SEIS

Carrera 13. A bordo de una buseta 127a.

Arturo está sumergido en la lectura del librito. La historia del joven sacerdote lo absorbe a pesar de los brincos y la falta de luz. Los ojos le arden, la retina salta con el vaivén.

En la Caracas el puesto de la ventana queda libre y como un autómata salta a ocuparlo. Ve el gentío caminando por los andenes, los puestos de cigarrillos y dulces alumbrados con velas; luego la oficina de Telecom, las casetas de comida y revistas de la 63, y vuelve a olvidarse. Las imágenes lo absorben: el pasaje comercial del cine Libertador, las casas de empeño, las florerías y, al final, la avenida Chile, antes de subir a la 9a y apurar un poco la marcha.

Al fin la buseta llega a la 106. Arturo se levanta del puesto pensando en la lluvia, baja y camina en la oscuridad.

Entra a su casa:

—¿Ya comieron? —pregunta a la empleada.

—Sí. El doctor salió hace un rato y su mamá está arriba. La niña Constanza está en el estudio con don Rafael. ¿Le sirvo?

—Bueno, Nubia, gracias. Ahorita bajo.

Suena la campana y Arturo baja al comedor; un rato después escucha unos tímidos golpes en la puerta.

—Arturo, es para usté —la voz de la hermana.

Cuando la vio los ojos le dieron un salto.

—Quería charlar un rato contigo, ¿tienes tiempo? —sonríe Natalia.

—Sí, espera. Vamos a mi cuarto.

—¿Te da pereza salir?

—No.

Salen de la casa.

—¿Cómo supiste mi dirección?

—Una vez te trajimos con Carlos, ¿no te acuerdas?

—Sí, sí. ¿Cómo se te ocurrió venir?

—Así…

Luego de un par de frases tontas empezó a contarle todo. La depresión, la idea súbita de ir a buscarlo; ¿por qué a él? No sabía.

—¿Y Carlos?

—No sé. Debe estar en el hospital.

Fueron a una pizzería y le habló largo del asunto del doctor.

—Deberías tratar de encontrar al otro tipo, ¿dijiste que se llamaba Bray?

—Sí, Bray. No sé. De todos modos yo siento que hay un límite.

—¿Hay algo concreto que puedas hacer por él?

—Tal vez sí. Cada vez que dice algo a mí me parece oír detrás un grito de auxilio. Una especie de súplica.

—¿Vive solo?

—Sí, no tiene a nadie. La esposa se mató en un accidente de tráfico.

—¿Y el tratamiento médico?

—Yo creí que servía. Tenía confianza, pero ya ves.

—A lo mejor necesita algo distinto.

—Todos los días me hago esa pregunta, pero no sé. No sé qué darle a cambio. Le dije a la empleada que me llamara cuando volviera a tomar, pero me da miedo.

—Llámame cuando vayas a ir.

—;En serio?

—Gracias.

Era tardísimo cuando salieron de la pizzería y ella sintió temor: ¿habrá llamado Carlos a su casa?

—Entonces me llamas, ¿bueno?

—Sí, gracias —le da un beso muy rápido cerca del labio; él siente la humedad de su saliva.

—Chaíto, otra vez gracias.

Entra al edificio. Arturo espera en el jeep hasta que las luces del hall vuelven a apagarse.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (m)

Una tarde el Superior lo mandó llamar a su cubiculum. Lo invitó a tomar asiento en un pupitre, extendió en la pared un telón con una silueta grabada y dijo al Joven que de ahí en adelante tendrían cada día una pequeña charla.

Dicho esto comenzó.

—Mira esta figura con atención —le señaló la efigie. Era fácil abstraer los rasgos de un cuerpo. El Joven miró con interés y pudo reconocer una silueta femenina.

—¿Reconoces algo?

—Sí, Padre.

—Bien. Ahora te voy a pedir que fijes tu atención solamente en este punto —señaló un triángulo negro situado al inicio de las piernas; el Superior lo miró ansioso queriendo descubrir alguna señal—. ¿Sabes lo que es?

—Sí, Su Alta Gracia. El sexo de la mujer.

—Perfecto. Ahora dime: ¿qué idea trae a tu mente éste triángulo?

—El pecado, Padre, el vehículo de condenación a través del cual la mujer entrega la especie al Diablo.

—Bien. Vamos a precisar. Mira, hijito, la mujer se compone de dos partes: una es la Dama, formada por el espíritu del Amor en la Tierra. Es la encarnación de lo divino, la Generatriz: María. Otra es la instigadora, la entregada al vicio, podestá del Averno y concubina del Demonio. Dime, ¿cómo podrías diferenciarlas?

—No sé, Su Alta Gracia.

—Mira aquí —mostró un corazón marcado en rojo con una cruz en el centro, a la altura del pecho—. ¿Reconoces este símbolo?

—Sí, Su Reverencia. Es el amor.

—Pues bien, el triángulo inferior es la entrada a los Infiernos, la horrenda puerta que comunica al hombre con el Inmundo y su emisaria, ¿lo entiendes?

—Sí, Padre.

—Ese mundo es inferior, por eso está situado debajo del vértice. Mira, arriba tienes el otro mundo —el Superior señaló cada zona con el dedo—: el del espíritu. ¿Ves los elementos? El símbolo del Amor unido al símbolo Generatriz. El pecho es la marca de la continuidad, de la gran matriz, y fíjate bien en dónde está, ¿lo ves? Al lado del corazón, símbolo del Amor y de la entrega a Dios. Ambos están alejados de ese oscuro Averno inferior, del triángulo. Ahora dime, ¿qué concluyes?

—Que la condenación y la vida eterna habitan el mismo ser, Padre. El Demonio y Cristo, ¿cómo es eso posible?

—Es una alegoría, hijito. Recuerda que el hombre está en proporción con los astros, con el cielo, con la naturaleza. Recuerda los principios: el rostro es al cuerpo como la faz del cielo al éter, el pulso es la palpitación que corresponde a los astros dando

movimiento y vida, rotación. Las siete cavidades del rostro emulan la presencia de los siete planetas. ¿Me sigues?

—Sí, Su Reverencia.

—Bien. Si Luzbel cae de la cruz colocada en el corazón hacia la oscuridad horrible del triángulo, se condena. Cristo, en cambio, es una emanación del pecho generatriz que continúa en sí mismo el ascenso a los cielos, su morada única, original. De esta forma podríamos trazar dos flechas, dos caminos contrarios, ambos a partir de la cruz situada en el corazón: una sube al Supremo Reino, otra baja al Orco, pero fíjate, ambas están contenidas en este cuerpo.

—Pero… ¿No hay mujer sin mal?

—Es difícil distinguir entre una y otra, hijito. Nosotros, viviendo en Dios, rechazamos el contacto con la mujer física porque no podemos conciliar el Corazón con el Triángulo, ¿entiendes? La presencia de Dios nos hace incompatibles con Luzbel.

—¿Y las monjitas, Padre, la hermana Pía por ejemplo?

—Ellas han clausurado esa entrada, han puesto cadenas a su puerta infernal entregándose de lleno a Cristo. Se salvan por la fe y la entrega, Horacio.

—Pero, ¿y el sacramento del matrimonio? ¿Tiene sentido entonces?

—Muy bien. Sólo mediante el sacramento que mencionas se puede reconvertir ese camino trágico en sendero de ascensión, pero bueno, esto nos permite pasar a la segunda parte de la charla: el hombre nace de la mujer, la comunidad de hijos del Señor se amplía a través de la maternidad, ¿cierto?

—Sí, Su Alta Gracia.

—Te estarás preguntando entonces por qué en unos casos es pecado y en otros ley natural, bendición.

—Sí, Padre.

—Pues escucha bien: el sacramento del matrimonio redime el pecado, reconduce la vía inferior hacia lo alto, ¿y por qué? Porque el camino que conduce del Cielo al Averno es el mismo… —tomó aire, miró con gravedad al Joven—. Sólo cambia su ubicación frente al vértice, y así, cuando el Triángulo es bendecido por Dios, iluminado por la Luz divina, se convierte en posible vía de ascenso, ¡pero cuidado! Incluso después de ser bendecido ese Triángulo puede ser recuperado por el Inmundo, porque la materia que lo compone es tan sensible al pecado que responde al mínimo acercamiento, ¿vas entendiendo?

—Sí, Su Reverencia.

—Entonces pasemos al tercer punto: la cópula.

—Es la unión entre hombre y mujer, ¿me equivoco, Padre?

—No te equivocas, Horacio. Hay dos tipos de cópula natural; la que tiene como fin ampliar el Reino del Señor en la Tierra, y la que responde al vicio, al fornicio lascivo sin intención creadora. Es aquí donde puede haber confusiones, porque, ¿te das cuenta?, ambas pueden estar bendecidas, pero sólo la segunda te lleva directo al pantano. El acto o cópula sin sentido generador es adulterio incluso en el seno del sacramento matrimonial, porque hombre que pisa el Averno, y escúchame bien pues sobre esto los Padres de la Iglesia están todos de acuerdo, alma que se acerca a Satán, es inmediatamente convertida. ¿Lo ves?

—Sí, Su Altísima.

—Bien. Hay otra cópula vergonzante, hijito, de la que no te hablaría si no fuera porque el propio san Pablo la trata. Es la cópula contra natura. Aléjate de ella como de la peste, Horacio, nunca permitas que esa ignominia manche tu espíritu. Al lado del estanque de aguas pútridas infestado de reptiles que esa unión supone, los demás pecados nos parecen leves. Pero olvidémoslo, no le demos importancia hablando de él, volvamos más bien a la categoría de cópula bendecida: el hombre religioso no accede ni siquiera a esta última porque su connubio con el Señor le impide limitar su amor a un sólo ser. El religioso no puede activar su vértice inferior, ni siquiera para sí mismo… —carraspeó el Padre, miró de reojo al muchacho tratando de leer en su cara—. Porque no sé si sabes, en fin: este vértice nos humilla, es nuestra constante prueba, pero desgraciadamente no se puede cortar como a la parte enferma, y por eso siempre estará ejerciendo su empuje lascivo sobre el resto del cuerpo. La oración es el antídoto, hijito, el único capaz de salvarnos de ese veneno.

El Superior se sentó en el sillón, abrió un libro y pasó varias páginas respirando con fuerza, cansado por su exposición.

—Bien, por hoy ya es suficiente. Medita acerca de estos temas y busca conclusiones personales. ¿Entiendes por qué comienzo a darte esta formación ahora?

—Sí, Su Reverencia, porque estoy terminando la niñez.

—Claro. Ahora que vas a perder ese hermoso reino es necesario que vayas teniendo armas para enfrentar lo que te espera.

—Gracias, Su Altísima.

—Es mi responsabilidad, hijito.

El Joven se levantó. Fue hasta la puerta del cubiculum y la abrió, pero antes de salir miró de nuevo al Superior.

—Padre, ¿le puedo preguntar algo?

—Claro, hijito, habla.

—¿Y mi madre, dónde está?

Un chorro de lava ardiente le desgarró los intestinos. Empalideció, buscó a tientas la bolsita de bicarbonato y le pidió al Joven con voz trémula que volviera a sentarse.

Luego de un breve silencio encontró el equilibrio y pudo hablar:

—Hace años que estaba esperando este momento, hijito. La pregunta que acabas de hacer siempre simbolizó para mí el fin de tu niñez, y yo sabía que estaba cerca —¿Lo sabría? ¿Sería inmune a las habladurías que llegaban incluso a las puertas de su cubiculum?

—Tu madre trabajó con nosotros en el claustro, Horacio. Era una persona muy querida por todos, siempre atenta, amable; fíjate, un carácter parecido al de la hermana Pía.

—¿Y dónde está ahora, Su Reverencia?

—En el cielo, hijito. Ella murió al tú nacer. Se llamaba Soraya.

—¿Murió… al yo llegar? —el Niño se entristeció.

—Ahora está con el Señor, hijito, no la compadezcas. Piensa que ya ganó la Gracia Divina y, claro, eso no te puede poner triste porque es la condición a la que todos aspiramos —el Superior se retorcía en el sillón; a pesar del bicarbonato continuaba sintiendo dolores; gotas heladas de sudor le cruzaban la frente y la espalda, el hábito le quemaba, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse y su cara continuó inmutable.

—¿Cómo era?

—Ya te lo dije, una verdadera santa.

—¿Y mi padre?

De nuevo la llamarada: ¿cómo decir algo que había pensado, formulado, vuelto a pensar tantas veces?

—Él se fue después de la muerte de tu madre, Horacio. Fue algo muy triste, tú debes comprender y perdonar —el Joven escondió los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, ¿por qué nunca ha venido a verme?

—No puedo responder a esa pregunta, Horacio. Sólo él podría hacerlo, pero no llores, aquí en el claustro todos somos tu familia, todos nos esforzamos por darte lo mejor.

—Sí, Padre, sí.

—Éste es un momento crucial en tu vida, hijito, trata de estar a la altura —le pasó la mano por la cabeza al ver que las lágrimas

continuaban—. Trata de sobreponerte al dolor y reflexiona. Acude a la oración, ahí vas a encontrar las verdaderas respuestas.

—Sí, Su Alta Gracia.

El Joven se levantó, hizo una venia y salió.

Al verlo cerrar la puerta el Superior volvió a saltar sobre la jarra de agua para disolver un poco más de bicarbonato. Lo tomó sintiendo que iba a reventar justo en el momento en que sus entrañas recibieron la bendición salutífera. Cayó en el sillón preguntándole a Dios por qué lo castigaba de esa manera, ¿no era acaso un sacerdote ejemplar? La imagen de su interior le pareció un pantano infecto, una oscura madriguera repleta de víboras rabiosas. ¿Por qué esa humillación? Lágrimas le vinieron a los ojos al sentirse prisionero de un cuerpo corroído y enfermo.

En el prado, cerca de los campos de siembra, el Joven también lanzaba preguntas al vacío: ¿Por qué el Superior le había escondido la verdad durante tanto tiempo? ¿No es un derecho de todo ser humano el conocer su origen? Estuvo ahí un rato hasta que encontró alivio mirando las montañas oscurecidas por la tarde, sintiendo en su mano la frescura de la tierra que continuaba engendrando y que era para él una prueba del bien. Al sentirse fuerte decidió subir a la biblioteca para distraerse un poco, pero sin éxito: las preguntas continuaban rondándolo como murciélagos: ¿Por qué? ¿Soraya? ¿Él la mató al venir al mundo?

Soñó con una joven desconocida corriendo por los muros de una ciudad remota. ¿Quién era? Lloraba, gritaba, corría entre las sombras inquiriendo a los guardias. El Joven se acercó. ¿Él? ¿Otro? Vio los ojos acuosos de la mujer constelados de antorchas, enfermos de símbolos. Entonces alguien la llamó desde lo alto y él pudo escuchar varios nombres. Ennoia, Isis, Tú. Se alejó pero él pudo seguirla; alguien la llamaba desde una ventana, en lo alto.

En un instante él pudo ver la imagen: viejo, barba cana, nariz larga.

—¡Ven, Helena! Sube. Estoy aquí.

—¡Simón! —la muchacha entró a la casa y el Joven la siguió hasta el vano de la puerta; ahí permaneció mirando a las demás prostitutas. Una de ellas lo llamó, vino hasta él.

—Extranjero, ¿entras?

Al decir esto la mujer levantó su falda y le mostró el Triángulo. Recordó el de la efigie, pero había algo más: en sus bordes tenía dos hileras de colmillos brillantes. Él la rechazó. La Joven de las murallas se había perdido tras las cortinas del fondo del salón.

Desalentado se fue a esperar el amanecer en la playa. Ya no quiso regresar a la ciudad. Miró de lejos, el sol comenzaba a salir. ¿Soñaba? Un timbre, una habitación oscura que se iba clareando con los primeros rayos. Era la hora. Saltó rápidamente del catre y rezó. Luego fue al baño a esperar la campana de las seis.

Toda la mañana estuvo el Joven con un nombre en los labios: Soraya. Tras la misa se fue a buscar al hermano Hilario.

—No la conocí, hijito. En esa época yo todavía estaba de profesor en el seminario del Valle.

Pensó entonces en Demetrio. Él vivía con los hermanos desde niño.

—Claro que me acuerdo, Hamu, era una mujer de Dios —recordó:

¿Me lo dará? Salió del dormitorio y fue a la alberca. Se lavó; no quería que lo rechazara por el olor a estiércol. Subió la escalera, caminó hasta el fondo y sintió un temblor al ver la puerta. Se acercó, dio dos golpecitos.

—¿Quién…?

—Soy Demetrio, ¿puedo entrar?

—Sí, entra. Qué susto. ¿Te pasa algo?

Recordó el golpe: una bata a medio cerrar, la luz de la lámpara que le hacía ver la silueta a través de la tela. La imaginó entonces con el padre Ángel, desnuda, revolcándose como en las películas que de vez en cuando veía a escondidas en el cine Iris.

—Tengo un dolorcito, Soraya. A lo mejor con una aspirina…

—¿Dónde te duele?

Le señaló el estómago y ella asintió. Fue al gabinete a buscar una tableta, se agachó y Demetrio vio sus caderas inflarse. La abrazó por la cintura: «Deje la aspirina, mamita, ¿vamos al catre bien riquito?» Ella lo miró asustada.

—Pero Demetrio, ¿te volviste loco?

—No, o mejor dicho sí. Loco por usté.

Intentó abrazarla pero ella se escapó. Le dio una cachetada y levantó en la mano una botella de alcohol.

—¡Fuera de aquí, animal!

—Sorayita, perdóneme… Le juro que… —la miró a los ojos, suplicante—. ¿Y por qué al padre Ángel sí lo deja?

Lo enfrentó ya sin miedo.

—Si sales ahora mismo de aquí no se lo cuento a nadie, te doy hasta tres… ¡Fuera!

Salió muerto de la vergüenza y volvió a la alberca; estuvo un rato largo mirando el agua sucia, reconociéndose en ese líquido estancado repleto de insectos; luego fue a sentarse humillado y lloró en silencio hasta el amanecer.

—Era una santa, Hamu, de veras.

—¿Y el marido?

—De él no volvimos a saber nada. Pregúntale al Superior —pensó en el cu rita Ángel durmiendo en el suelo de la despensa y sintió compasión por el muchacho.

Las clases con el Superior continuaron puntuales.

Una tarde, al término de la charla, el sacerdote sorprendió al Joven con una nueva cuestión.

—Has llegado al momento crucial de tu vida, Horacio.

—¿Cuál, Padre?

El muchacho dejó el lápiz sobre el pupitre, levantó los ojos.

—La elección. Fíjate, en mi caso ése fue el momento más feliz.

—¿Tengo que elegir ahora, Su Reverencia?

—Sí, y debes pensarlo bien; reflexionar. Bueno, a menos que ya lo hayas hecho y puedas darme una respuesta. ¿Vas a abrazar la fe o quieres seguir el camino seglar?

—La fe, Su Reverencia. Esto lo tengo decidido hace muchísimo tiempo. Me extraña que lo pregunte, Padre.

—Se trata de tu vida, hijito. Tienes que elegir con total libertad.

—Es lo que hago, Su Altísima. Elijo la ordenación.

—Me haces muy feliz, Horacio. Pero ahora debes ser fuerte para escuchar lo que voy a decirte.

—¿Qué, Su Reverencia?

—Tus estudios en el claustro terminaron. Vas a tener que continuar en Bogotá —el Joven sintió un frío helado y miró con ojos huérfanos, como si caminara por una cornisa y viera de pronto la fragilidad del borde que lo sostiene.

—¿Es la única posibilidad?

—Sí, hijito. La única. Tú vales mucho para quedarte aquí. Mereces la mejor educación, es lo que te corresponde.

Mordisqueó el lápiz.

—Me da mucha tristeza, Padre.

—A todos nos entristece, Horacio. Todo cambio importante implica un sacrificio. Dios estará contigo.

—Sí, Padre.

Al terminar la clase el Joven salió al corredor con los ojos

tristes. Miró el patio del caserón con nostalgia, los campos al fondo, la capilla y, atrás, la silueta de las montañas que tantas veces le habían hablado de Dios. «Un sacrificio», pensó.

SIETE

Ya en la buseta Jaime da un respiro. No había soldados como pensaba y, sobre todo, la policía no estaba pidiendo papeles. Mira a Fer de reojo, luego su reloj.

—¿Qué, un cinecito?

Desde el colegio Jaime era el hombre de los cines; a veces le hacían caso y salía con una buena, pero a veces no, la cagada, somníferos, y por eso nunca confiaban del todo en él. Darío sí le comía lo que fuera, pero ni Arias ni los demás le hacían caso porque a ellos les gustaba *Tiburón* y *Aeropuerto*, mientras que Jaime andaba siempre por el San Carlos o el Radio City buscando títulos viejos, ciclos de Costa Gavras, Bergman o Polanski. Se acuerdan cuando los llevó a ver *El inquilino*: Chela salió enfurecida diciendo que era una película para sádicos; David dijo que había sudado frío, y los demás que era aburridísima.

—Muy lenta, hermano. Me dormí como tres veces.

—Tiene su interés, man, pero en este género es mejor *Halloween.*

Así siempre, por eso al final había decidido ir solo a cine, o con Fer, que a veces lo acompañaba a las de Jack Nicholson porque le gustaban sus caras. En *El resplandor* le sacó el gusto, y luego fueron a ver en el Trevi *Atrapado sin salida*, de reestreno, y fue el remate. Le fascinó.

El teatro preferido de Jaime era el Trevi; ahí había visto El último tango en París, El matrimonio de María Braun y Zabriskie Point, eso sí, todas un poquito recortadas, y sobre todo *El último tango en París*, que duró menos de una hora por los tijeretazos.

El Comedia le gustaba por *Lo que el viento se llevó y El libro de la selva,* y tenía un lindo recuerdo del cine Santa Fe, de hacía ya como mil años, cuando la tía Tony lo llevó a ver *Las aventuras de Simbad el Marino*. El San Carlos, en cambio, era los westerns: *Los siete magníficos, El bueno, el malo y el feo y Por un puñado de dólares*, mientras que el Metro Riviera era más bien las de guerra: *Donde las águilas se atreven, Los cañones de Navarone y El gran escape.*

—Están dando *Nunca te prometí un jardín de rosas* en el

Almirante, ¿vamos? —Jaime saca la página de cines de El Tiempo doblada en su bolsillo—. El Almirante tiene planta eléctrica, seguro que hay función.

—¿Y de qué se trata?

—No sé, man, pero me han dicho que es buenísima.

—¿Quién le dijo?

—Uno del barrio. Un cinéfilo que no se pierde sesión de la Cinemateca. Sabe cualquier cosa de cine.

—Bueno, vamos. Pero si me aburro me devuelve la plata, ¿bueno?

—Fresco, acuérdese de la última que vimos. ¿Sí o no que le gustó?

Bajan de la buseta en la 85 y ven las luces del cine en medio de la oscuridad; hay poca gente, el viento empuja la llovizna y de vez en cuando un goterón helado se les cuela por el cuello atravesando la bufanda.

—Ojalá salga empelota. Al menos bonita sí es —Fer mira las fotos a la entrada del teatro.

—Puede ser, pero aquí echan tijera. El otro día vine a ver *La enfermera*, con Ursula Andress, y nada. Sólo una vez le vimos el pelo, en esfumato y de lejos.

—Ésa la dieron sin cortes en el Imperio. Qué conchudos, uno paga por verla entera.

Se va formando la fila, la ventanilla de las boletas se ilumina y van pasando uno a uno los pocos que esperaban. Al subir la escalera se quedan paralizados.

—¡Chela!

Era ella. Entraba al teatro del brazo de un desconocido. «Ella», piensa Jaime; con el pelo más corto, más delgada y hasta más alta. Qué linda. Sí, sí es, y Fer también se queda sin aire al verla. «¿Vamos a saludarla?», propone Jaime con un malestar que ya le enfriaba la mandíbula. «Espere, mejor espiémosla para saber quién carajo es el tipo, ¿ah? La saludamos al final de la película.»

Se instalan en el balcón, justo encima de ella.

—Turnémonos para espiarla —Fer está nervioso.

Apagan las luces y comienzan a pasar la publicidad en diapositivas. Luego el documental de la ufa y enseguida las propagandas.

—Espíela usté. Yo vine a ver la película —Jaime piensa que nadie se escapa del látigo, de la cruz que la vida nos cuelga en la espalda. «Se jodió el filme», piensa triste.

—Está bien linda, ¿no? —Fer no para de mirar hacia abajo.

—Ya comienza la película, man, ahora calladito, ¿sí?

—Yo creí que a ella no le había importado nuestra separación, man, pero luego supe que se pasaba el día llorando. Lo peor es que después de eso nunca hablamos.

—Sí, pobrecita, shh… —Jaime siente un temblor en las manos: ¿seguía siendo un sufrimiento? Claro, ahí está la prueba, ahí se nota la verdad: le duele igual que en el colegio. Otra vez lo invade esa mezcla de autocompasión y desprecio, repulsión hacia sí mismo. Nunca fue capaz de hablarle, nunca, ni siquiera después de que ella y Fer terminaran.

—Está lindísima, ¿no? —Fer insiste recostándose sobre la baranda del balcón para ver más.

—Sí, huevón. Ya cállese.

El sargento va a orinar al baño de la comisaría y ahí se encuentra con Téllez, que también está ya de civil y listo para irse.

—Bueno Ornar, otro día que volvemos a la casa sin que nos hayan metido una bala entre las tripas.

—Sí, ya ve. A pesar del apagón la cosa estuvo tranquila. Buena suerte, así nos vamos temprano a dormir.

—Sí, sólo 47 detenidos.

Terminan de orinar, salen juntos a la 13 y de ahí a la Caracas.

—¿Verdad que va a llevar a su esposa a Marly, Ornar?

—Sí. Usté sabe cómo son los médicos. Primero le dicen a uno que no es nada y luego lo mandan a separar la caja. Quién entiende. Yo ya me estoy comenzando a alarmar.

—No sea pesimista, Ornar. Fíjese, uno como no sabe se asusta, pero al final siempre sale bien. Rosita es joven, dentro de dos meses ni se van a acordar.

Se despiden. El sargento sube al bus y va a sentarse al fondo. Piensa que al día siguiente va a levantarse a las cinco para ir al hospital antes de entrar en servicio: ¿qué hora es? Mira el reloj: las diez. Siente hambre y busca la billetera. Trescientos pesos. Mejor guardar, así mañana puede llevarle cualquier pendejadita antes de que la trasladen.

Desde un corredor del hospital San Ignacio Carlos observa la ciudad con gesto reflexivo. ¿Cuál es el límite? No puede verlo. Apenas una mancha negra al fondo, la colina de Suba, las luces del aeropuerto, los faros de los carros formando hileras de luces blancas

y rojas, el huevo resplandeciente del coliseo cubierto.

No tiene sueño; está acostumbrado a esas noches en blanco y casi las prefiere a estar solo en su apartamento. Recuerda entonces la pelea con Natalia, la manera como ella lo dejó ahí, a la deriva, como un náufrago. ¿Por qué era así? Se lo pregunta por milésima vez. Él estuvo mal, lo reconoce, pero no pudo evitar caer en ese desfiladero de preguntas, en ese fatalismo del que sólo podía salir con una confirmación final, algo que Natalia en esas circunstancias jamás iba a darle.

Ahora se siente más tranquilo; está seguro de que Natalia es suya, sí, y más ahí, cuando ya comienza a oler en el ambiente la llegada de algo definitivo. No le había dicho nada a Natalia pero, en fin, ya lo piensa, y cosa curiosa, no sólo él. Recuerda el sábado en la casa del tío: «¿No crees que ya va siendo hora de casarse, Charlie, tú que tienes esa novia tan linda?», y él, «Sí, tía, ¿verdad?», poniéndose colorado, sintiendo que el postre de borracho resbalaba dentro del plato. «Natalia está cañón, hermano, usté siempre fue un suertudo para las viejas. Le juro, si no fuéramos primos…», y él se reía, claro, y cruzaba miradas con papá que ya le había prometido el consultorio para después de la graduación. Óptimo: ambos terminaban, ¿y qué mejor? Podrían trabajar juntos en el consultorio y, bien charlado con papá, hasta podría llegar a alargarse a la cuota inicial de un apartamento. Al principio se arreglarían en el de la Jiménez, pero por poco, y luego sí a vivir de lo lindo.

Termina la película y ambos se miran: «¿Le gustó?», pregunta Jaime, pero Fer está en otro lugar, no ahí, a su lado, sino abajo, en el pasado, un par de años antes. «Hermano, voy a tener que repetirla otro día. No hice sino pensar en Chela.» Va hasta el balcón y la ve poniéndose la chaqueta, charlando con su amigo.

—Camine, ya van a salir.

Bajan justo cuando ella llega a las vidrieras y los tres se miran sorprendidos.

—¡Fer! —se abrazan fuertísimo y Jaime comienza a sentir un río de sangre subiéndole por el cuello.

—¡Jaime, qué sorpresa! —le da un beso rápido, tibio, sin abrazo, una caricia en el hombro que le arde la piel y le paraliza los músculos.

—Sí, qué sorpresa… —Jaime lucha a muerte contra esa maldita rigidez en la mandíbula. Un airecito sube y baja por su estómago dejándolo congelado en una sonrisa idiota—. ¿Te gustó la pelí?

Mala suerte: Chela ya se había dado vuelta para dirigirse a Fer

dejándolo con la palabra en la boca.

—Les presento a Rodrigo, compañero de la universidad.

Un tipo alto, amable y bien vestido que luego de saludar se despidió rápidamente diciendo «perdona, Chela, no me puedo demorar mucho».

—¿Cómo está tu mamá, Fer, y Rodrigo?

—Superbién. Cada rato preguntan por ti. ¿Y Marina?

—Lo mismo. Vive preguntando cuándo vas a venir. Tiempos que no pasas por la casa.

Jaime explora el techo deseando con fuerza un cataclismo que abra los suelos y lo trague.

—¿Por qué no vamos a tomar algo?

Chela se cuelga del brazo de Fernando y los lleva hacia el parqueadero de la clínica del Country. Suben al carro y Chela propone Unicentro, «¿bueno? Porque con el problema del apagón va a ser difícil encontrar algo abierto en otra parte.»

Avanzan por la 15 en medio de la oscuridad.

Jaime, en el puesto de atrás del Alpine, piensa desconsolado que la tristeza y el dolor han sido siempre el móvil de su obra. Las mejores ideas, los mejores momentos de sus novelas se nutrían de sus etapas melancólicas, de sus horas de angustia, de sus momentos de insostenible *spleen* y tristeza; y sus reflexiones (si bien cada día más escasas), no provenían de la lectura de Platón, Wittgenstein o Marcuse, sino de la frustración que le producía el amor clandestino por Chela.

Los mira hablando sin él, adelante, y un temblor helado lo recorre: ¿Se irán a reconciliar ahora? Capaces, claro. Se miran, sueltan risitas recordando cosas íntimas que lo dejan por fuera; ¿qué hace ahí él, en realidad? «Me tiro», pensó, «en la próxima curva me tiro», y los ojos se le llenan de amargas lágrimas, como en esa película que tanto adoraba. Es un intruso, sobra. Piensa que ni siquiera tiene el valor de irse, como Edgar Poe.

—¿Una cervecita? La Taberna Alemana debe estar abierta —Chela no pierde la sonrisa y Fer está por las nubes.

Recuerda entonces la fiesta del club Militar, hacía más de mil años: corbata, cuello perfumado, unos aguardientes en la tienda del barrio para ponerse a tono y dos cajetillas de Marlboro en el bolsillo. Él no tenía invitada, pero no era el único, y ya en el salón, antes de que Los Ocho de Colombia comenzaran la fiesta, vio llegar a Chela tristísima: a última hora Fer no había podido venir. Una

sonrisa maléfica le iluminó el espíritu.

—Pero… ¿Qué le pasó?

—Hubo un robo en la finca, tuvo que irse volado con el papá.

Pensó que no era gratuito y, por fin, creyó ver la apariencia de un destino.

—¿Vamos a bailar?

Bailaron dos piezas, justo el tiempo de darse cuenta de que tenía en sus brazos a Chela, que olía su perfume, que sus palabras y respiros eran sólo para él, que sentía su espalda cubierta por un velo de pliegues que caían con gracia y elegancia sobre su cintura. Pero de pronto zuás, aterrizó junto a ellos uno de sexto, saludó con sonrisa de maricón y se la llevó al centro de la pista. Él pensó, «tranquilo», al fin y al cabo tenía la noche por delante.

Se rió, contó chistes y tomó mares de aguardiente con David y Fabio que tampoco tenían pareja, hasta que miró el reloj y vio que eran casi las once. ¿Dónde estaba Chela? La vio al fondo; ahora bailaba con el hermano de Cristina. Dos canciones más tarde la vio venir y se sintió contento.

—Me voy a sentar un rato con ellos, ¿bueno? —Chela tomó su chaqueta y su bolso y se dio vuelta sin apenas dejarlo decir «Sí, Chel, te esp…».

Bueno, se propuso, dos canciones más y la saco. Nada: cuando se levantó y fue hacia ella a paso firme, con la decisión de un hijo esquizoide que se venga de los asesinos del padre, el flaco Otálora la sacó. Menos mal que por ahí quedaban los baños, porque ella lo había visto venir y así pudo disimular haciendo como que iba a hacer pipí.

—¿Tú también quieres cerveza? —pregunta Chela, ahí en la taberna, y él dice sí, repentinamente herido por el «también» de la pregunta.

Al final pudo sacarla a la pista pero, en una vuelta, la cara de Chela se iluminó, pegó un grito y lo dejó abrazando sombras.

—No fue nada, menos mal —dijo Fer con su mano bien puesta en la cintura de Chela, un cigarrillo en la boca y la expresión del héroe que regresa de matar al dragón—. ¿Cómo va la rumba?

Al salir de la taberna Chela baja por la 127 y Jaime comienza a sentir sus propios latidos: la ruta quería decir que él era el primero en bajarse. Ve pasar la autopista norte; los primeros edificios de Niza, la avenida Suba. ¿Buscarán luego un sitio tranquilo dónde estacionar, alejados de la luz y de los postes? ¿Se irán más bien a un motel a hacer el amor? Siente un tableteo en las venas del cuello.

—¿Es por aquí? —Chela dobla por la esquina del Carulla—. Me tienes que ir diciendo porque no me acuerdo muy bien.

—Sí, por ésta… —las manos le sudan. El aire no le llega a los pulmones.

Al llegar a su casa vino el momento temido.

—¿Quieren seguir un ratico? —pero una voz le habla en su mente: «No podrás retenerlos, imbécil.»

—No gracias, ya es tarde —Chela le da un beso—. Qué lindo habernos visto.

Al fin se baja, les hace un doloroso adiós con la mano desde la puerta y entra corriendo a la sala. Abre la licorera del papá y busca, ¿qué hay? Un poco de vodka, sí, eso puede servir. Coge la botella y sube corriendo a su cuarto, se tira en la cama dando sorbos larguísimos que le queman la garganta. Comienza a sentir mareo, un cierto bienestar que, sin embargo, apenas sentido desaparece. Toma dos tragos más, se desviste y va a acostarse con rabia, secándose el llanto con la punta de la sábana.

Pero no puede dormir. Entonces se levanta, enciende la luz y va a la mesa. Su novelita sentimental lo espera escondida en un sobre, Abre, relee y corrige.

* * *

Ahora el amor (m)

A Tati sí le está gustando lo del apagón, sobre todo porque Madam no tuvo más remedio que ordenarle a Poncho encender los candeleros del salón y poner una vela en cada mesa y, así, con esa luz tan bonita, la casa parecía una iglesia, ¿no es cierto? Ella no sabía bien cómo explicarlo, era algo… especial. No estaba de acuerdo con lo que decían Laura y Malú, eso de que sin música esto parece una fiesta de primera comunión. Lo que pasa es que a ellas les gusta el ruido, ya están acostumbradas al sonsonete del tocadiscos y odian no poder hacer lo que siempre hacen: soltar risotadas, criticar, pasarse secretos. Claro, así toca hablar bajito y puro en la oreja, si no todos van a oír y qué vergüenza. A ella eso no le importa porque jamás dice vulgaridades, y menos permite que alguien se las diga, no señor. Laura en cambio habla durísimo, no le importa que la oigan y hasta estuvo aplaudiendo para hacer un ruedo y salir al centro a bailar. ¿Cómo podrá ser tan guaricha? Pobrecita, todas nos dimos cuenta de que lo que quería era hacer un estriptís.

Lo del señor buenmozo fue como una continuación de eso tan especial que estaba sintiendo en el ambiente. Bailaron hasta que llegó el apagón y luego, cuando el chino Arbeláez entró diciendo que era en todo Bogotá y que había sido la guerrilla, que al fin la revolución, los dos se fueron a sentar tranquilamente en una mesa apartada. Él le contó de su vida, de su trabajo, y le dejó muy claro que, eso sí, no engañaba a nadie viniendo a la casa. Era soltero y no tenía compromiso. Venía porque le gustaba estar con alguien, ¿me entiende, señorita? Sólo por eso. Era un adulto y, como se dice, uno no es de madera. «Y no me malinterprete, señorita, si estuviera casado venir aquí sería puro vicio, y eso es faltarle a usted también, ¿ve?» Le dijo que estaba sorprendidísimo, «una flor como la que ven mis ojos no se encuentra todos los días». Le explicó que había intuido en su mirada a un alma hermana, sentimental.

—A que le gustan los boleros, ¿me equivoco?

La charla siguió tan bien que cuando él le dijo de subir a ella le pareció lo más natural del mundo. Se levantó dándole la mano, subieron la escalera abrazados y, ya en el cuarto, cerrada la puerta, se disculpó para entrar un momentico al baño y lavarse. Ahí supo Tati lo que era un caballero: qué educación, qué formas. Al momento volvió a salir con la bata de los clientes, envuelto entre vapores de agua de colonia. Lo que es ser gente, pensó ella, no como esos indios que vienen oliendo a sudor, incapaces de darse al menos una pasadita con la toalla húmeda. Qué porquería.

Tati se quitó la blusa, la falda, las dobló con cuidado y fue a mirarse un momento al espejo. Ahí se fue retirando los ganchos de pelo, uno a uno, para que no lo pincharan. Terminó y fue a la cama en calzón y liguero, jurándose que por primera vez lo hacía con gusto.

Abajo, en el salón, Laura también estaba feliz a su manera; había logrado animar a la gente a aplaudir y cantar haciendo justo lo que Tati se había imaginado. Poncho era el más entusiasta, y, con *Se va el caimán*, vio volar la camisa y el brassier pasando saliva hasta tener frente a sus ojos ese par de bultos macizos, redondos, duros como la piedra. Luego, acabando de complicar las cosas para Poncho, que ya tenía la cintura dormida de tanto contener, Laura comenzó a pasarse los dedos ensalivados por los pezones dejándolos más duros, brillantes y dulces. Siguieron cantando y rodó la falda. Se oyó un ¡uy!, y luego un silencio. Poncho se metió la mano al bolsillo ante el espectáculo de esa carne perfumada: piernas largas, muslos anchos, caderas redondas y nalgas infladas queriendo salirse

del calzón, una telita de encaje negro con un corbatín rojo delante. Poncho aguzó el ojo y pudo detectar la sombra negra a través de la tela, la barriguita lisa y sin pelos. Pensó, «hm, lo que me perdí», y volvió a recordar el encuentro de la semana pasada. Había ido al baño a hacer pipí y, de pronto, sin saber cómo, Laura apareció detrás suyo con los ojos clavados en su cintura:

—La próxima vez échele llave a la puerta, bizcocho. ¿Vino a chichisear? —Laura vio el miembro descomunal y una idea se fijó de inmediato en su cabeza: aplicárselo, ya mismo y sin demoras.

—Sí, Laurita. Ya acabo.

—Termine tranquilo, churro. No sabía que estaba cruzado con caballo —le acarició el cuello y trató de hacer un cálculo: ¿cuánto medirá? Poncho terminó de orinar y, antes de subirse la cremallera, sintió unos dedos cálidos que lo frenaban.

—Usté tiene picha de ministro, Ponchito, ¿permite?

Antes de contestar ya había sentido la mano apretándolo, palpando y moviendo con picardía su sexo. Pero de pronto oyó la voz de Madam que lo llamaba y se acordó del proverbio del chino Arbeláez: «Es mejor no meter el pipí en la nómina.» Entonces salió del baño despacito, sin que nadie lo viera.

Los aplausos y gritos subían de tono y Laura comenzó a reptar en el piso, como una culebra herida. Muslos, pies, tetas, todo se lo iba acariciando con la mano y, cuando comenzó a estirar el cauchito del calzón para bajárselo, bien despacio, Madam saltó de una esquina y gritó ¡stop!, termina el show, el que quiera ver el resto tiene que pagar y subir con la niña, como Dios reza. El que estaba más cerca, un hombre de aspecto modesto y más bien tímido, saltó al ruedo enajenado: «¡Yo!», gritó, mostrando con la mano en alto dos billetes de mil. «¡Yo después!», y así hasta nueve, y Malú se fue a un rincón, furiosa porque su cliente estaba tercero en la lista y ya no la miraba.

Tati no podía entender lo que estaba sintiendo. Como si un terrón de azúcar se le disolviera en la sangre, allá abajo, y le hiciera cosquillas. Burbujas que le calentaban la piel. Pensó en los drinks de Poncho que son fríos pero queman; un ardorcito en la parte que no llegaba a ser dolor, bien rico, como arrancarse una costra seca o rascarse una roncha; cada vez le era más difícil mantener los pensamientos, todo se le perdía entre las cosquillas que subían y bajaban. Iba dándose cuenta de que el mundo desaparecía a su lado, que los pies comenzaban a calentarse hasta hervir y de pronto un instante de vacío la hizo tensarse, recogerlos músculos como una

hidra, contraerse para aguantar la avalancha de terrones y costras y ronchitas rascadas que le invadían todo el cuerpo; entonces pudo oírse muy lejos: quejidos, griticos, ayes. No podía parar, imposible, hasta que cerró los ojos oyéndose ¡aaaaahhhhh! y apenas tuvo fuerzas para seguir conteniendo y ya se olvidó de todo: del cuarto, del señor, dejándose arrastrar por ese remolino que la empujaba al fondo de algo que era como un sueño ciego, y volver a abrir los ojos y casi preguntarse ¿dónde estoy? ¿qué pasó?

La Señora iba y venía por la sala saludando, picando el ojo y dejándose pellizcar las nalgas por los clientes más asiduos, aunque inspirando un respeto militar. Laura ya subía en brazos del cuarto y la concurrencia, incluido Poncho, no sabía cómo hacer para quitarse esa sensación de agua fría en la nuca. Las demás mujeres estaban enfurecidas: ¿era justo? Nadie las miraba, todos los clientes se habían sentado cerca de la escalera, charlando entre ellos con la esperanza de agarrar a Laura cuando bajara.

Laura, arriba, pensaba nostálgica que le hubiera gustado terminar su show como ella sabía, como mil veces lo había hecho frente al espejo quebrado de su pieza, sin que nadie la viera, sin un aplauso, sin una mirada cálida. «Otra vez será..», se dijo recordando a Leonardo Favio, y volvió a concentrarse en su cliente que ya estaba por terminar murmurándole al oído «grita, grita, muge».

Tati se quedó abrazada un rato sin saber qué pensar. Quería dormirse, acabar la noche en ese momento. El señor se volvió hacia ella acariciándole el pelo, dándole besos cortos en la frente y las manos. Tati sintió temor de que llegara el momento de salir. ¿Qué era? Tal vez un anuncio.

Dos golpes retumbaron en la puerta y ambos dieron un brinco. Escucharon la voz de Madam:

—¡Quihubo, Tati! ¿Ya?

—Un segundito, ya va.

—Van 30 minutos, ¿me oyes mijita? Dile al señor que si quiere echarse otro tiene que salir a pagar.

—No, no. Ya va, ya sale.

Salió de la cama avergonzada y triste. Comenzó a arreglarse el pelo frente al espejo, luego entró al baño y se sentó en el bidé.

—Si se puede vuelvo por aquí la semana entrante y… Bueno, si no le molesta me gustaría poder preguntarla.

—Pero claro…

—Eso sí me tiene que prometer una cosa.

—¿Qué?

—Acordarse al menos de mi cara.

—Aunque no quisiera, pero por las dudas, si me dice el nombre…

—Heberto Huambisa, muy a su mandar.

—Tiene un apellido lindo —Tati se subió las medias coloradísima.

—Usté sí que es linda, señorita, y perdone que le diga, un pedacito de cielo.

—Ay… Un segundo —entró rápido al baño, se echó agua en las mejillas: ¿cómo pudo saber que ése era su disco preferido?

Otra vez los golpes en la puerta.

—Tati, ¿qué pasa?

—Nada Madam, ya va —las mejillas le ardían—. Ya sale, tenga un poquito de paciencia.

—¿Paciencia? Una cosa es la paciencia y otra ser bien conchudo. Ya va a ser una hora que subieron.

El señor estaba apenadísimo. Se puso la gabardina y buscó nervioso el paraguas por el piso.

—La señora tiene razón. Me gustaría pagar el tiempo de más.

—Ni más faltaba, esto yo lo arreglo después.

—No va a tener problemas por culpa mía, señorita, insisto.

Dejó un billete de quinientos sobre el tocador y ella lo abrazó. Luego bajaron la escalera bien juntos, rozándose las yemas de los dedos en cada escalón.

—Si no vuelvo la próxima semana que me busquen en los hospitales, señorita, o de una vez en La Inmaculada. Tendría que estar muerto para no querer verla.

—No diga eso. Uy, toco madera.

Le dio un beso en la mano y salió a la calle. Lo vio irse, asomada a la puerta hasta que dobló la esquina, y luego entró despacito al salón, feliz, triste, dándole gracias a Dios por haberle dado ese momento.

Claudia salió de la ducha y fue a mirar el reloj, apuradísima, diciéndose que otra vez iba a llegar tarde. ¿Qué horas eran ya? Esculcó entre la ropa de la cama, alzó a Cheli, miró en la repisa empapándolo todo hasta que por fin lo encuentra y puede ver: mierda, las ocho pasadas. Saltó a la cocina y puso una olleta con leche en el fogón para el tetero de la niña; volvió al cuarto, se vistió

a mil, organizó sus cosas y vio a Cheli despierta. Pensó que la niña iba a tener que quedarse sola un ratico mientras llegaba la mami, pero no importaba, ¿cierto que no, amorcito? Para eso era bien juiciosa. La alzó, le dio un beso, saltó al baño para arreglarse la cara y en el corredor oyó la leche derramarse. Ay, otra vez. Voló y le sirvió el tetero, se lo llevó, buscó las llaves y salió. Chao amorcito, un besito a la tía, a ver, y cuidado, nada de ponerse a jugar con las velas.

Tati se despidió del Chino, de Poncho y de Luisa y salió a la calle tapándose el cuello con las solapas. Brr, qué frío, qué oscuridad. ¿Iría a llover? Uy, para qué lo pensó, ahora le caía una gota en la nariz. Estaba preocupada, Claudia ya debe haber salido y la niña estará sola. Tenía que apurarse porque a lo mejor estaba asustadita, así con esta oscuridad.

En la Caracas se paró en un puesto de dulces y compró dos paquetes de frunas. Luego atravesó corriendo la calle y saltó dentro del primer bus. ¿Será que vuelve? A lo mejor. Quién sabe. Le picaba en la boca, quería contárselo a Claudia. Se repitió en la mente las frases amables, románticas del señor: «un pedacito de cielo», y las mejillas se le volvían a colorear de la emoción. Recordó el olor de la colonia, el aliento fresquito, los buenos modales, y ahí, en el bus, comenzó a imaginarse cosas: ¿Qué hacer si un día le propone que salgan? Y más adelante, si salía bien, ¿qué iba a pensar de Cheli? A lo mejor se espanta, pensó, una persona tan fina dirá ¿un hijo así, sin saber ni de quién es? Qué podía hacer, no inventarse historias. Volvió a oír «Heberto Huambisa, muy a su mandar».

Al llegar a la casa Cheli la recibió con una sonrisa feliz; Tati la alzó, le dio un beso en la mejilla, ¿cómo está la niña? ¿ya tiene sueñecito? La arropó para pasarla hasta su cama y, al llegar, la acostó con cuidado. Ya estaba dormida.

Siguió fantaseando; si se casara podría volver a Sasaima, conseguir el perdón de mamá y mostrarle a Cheli, la nieta. Se iban a abrazar, iban a llorar y perdonarse, a olvidar por completo y a recomenzar la vida. Tenía los ojos aguados cuando sopló la vela y fue a dormir.

Casi amaneciendo, Claudia se plantó en la cocina de la casa para tomar un poco de café. Se moría de sueño, le dolía la espalda. En eso llegó Laura con la camisa por fuera y le pidió una taza de café. ¿Puedo? Levantó la olleta, se sirvió.

—¿Cómo le va, hermana? —Laura se sentó del otro lado de la

mesa, pegó un sorbo y quitó rápido los labios murmurando: «Está hirviendo.»

—Estoy rendida.

—¿Cuántos lleva?

—No me acuerdo, hermana. Ni me importa —comenzó a sacarse las horquillas del pelo.

—Esta tarde hice un estriptís en el salón, ¿sabe? Ahí, cuando se fue la luz. La Señora no me dejó acabarlo, pero fue chévere.

—Ah…

—Es lo que más me gusta. Me imagino que hay alguien de la televisión entre la gente que mira, y que luego me llama y me contrata para actuar. Yo quiero ser una artista famosa, ¿entiende? Es lo que más me gusta en la vida.

—Un poco tarde, ¿no?

—No crea, yo apenas tengo 35. Y aparento menos, por ahí 27. Si hubiera visto cómo me miraban esta tarde, se les iban los ojos… Por eso me quedo a trabajar la noche, no me queda mucho tiempo.

La Señora entró enfurecida con una copa de aguardiente en la mano y la voz pastosa.

—¿Es que no piensan bajar, niñas? Abajo hay tres señores solos con ganas de mandarse pesar. Apúrenle.

Miró a Laura con la camisa por fuera, con las medias arrugadas y el pelo enredado.

—Pareces una sirvienta, mi amor. Y tú, Claudita, quita esa cara. Ni que te hubieran descubierto un cáncer esta mañana.

Salió y la escucharon por el corredor golpeando las puertas de los reservados.

Claudia abrió el gabinete y sacó por séptima (¿octava?) vez el tubo de labios. Se miró al espejo y pensó que Laura estaba loca, artista famosa, ja. Se miró la cara y vio que a ella tampoco le quedaba mucho: ¿Qué podría hacer después? Con los dedos se estiró las bolsas de piel debajo de los ojos, se limpió los restos de lápiz y volvió a delinearse la ceja. ¿Está triste, cansadita la niña? Pensó que le gustaría volver a nacer, como Cheli. ¿Tiene sueño el bebé? Se arrulló con los brazos, miró el reloj y otra vez sintió angustia, porque tenía miedo de que llegara la hora en que todo se rompe, esa burbujita que se iba haciendo con la música y los vinos y que al romperse las dejaba ahí, como desnudas en plena calle, y claro, a ella la angustiaba porque esa burbuja era lo único que tenía, ella vivía dentro.

Sacó la bolsita de marihuana, se sentó en la taza y armó un

cachito jurándose que éste sí era el último de la noche. Lo encendió y fue a la ventana, lo fumó tirando el humo bien lejos, sintiendo el aire frío de la madrugada. Luego el spray para tapar el olor, una roceadita y ya, la angustia iba desapareciendo.

Al fin salió, bajó al salón y fue a sentarse en la barra. Laura ya tenía cliente, se sentó junto a ella y pidió un vino.

—¿Sabe? Me sentó mal el hijueputa cafecito —dijo Laura.

Claudia le contestó que para eso tenía la leche de magnesia, que todas sufrían de algo, que no fuera floja. Un cliente se le acercó y le puso la mano en el cuello desnudo.

—¿Mucho sueño, churro? —calvo, obeso, aliento a cerveza—. Yo la ayudo a despertarse con un juego, ¿sí, mamita? Se llama el monstruo de las dos espaldas, ja, ja.

Hizo un esfuerzo por parecer alegre y sólo pensó en subir, en recostarse en la cama. Por la escalera sintió una mano explorando debajo de su falda. Entonces le vino un ataque de risa que alcanzó a contener mordiéndose la punta de la lengua. Se metió en la cama a medio desvestir y cerró los ojos. Imaginó que era Cheli, que estaba lejos. Que era feliz. Escuchó: ¿Tiene sueño la niña?

OCHO

Arturo da vueltas en la cama y se pregunta: ¿por qué lo buscó a él? Ve a Natalia en el apartamento de Carlos, esa tarde, con su inquietante sonrisa. La vuelve a ver entrando a su casa y, luego ahí, junto a él en el jeep, en medio de la oscuridad.

Enciende un cigarrillo, fuma.

La historia del doctor era confusa: alcohólico, depresivo, solitario. Pero había algo que no concordaba, como si Natalia sólo conociera los efectos, lo que estaba por fuera, en la superficie. Natalia debía entrar en él, indagar en el origen, piensa. Estaba seguro de que una cura médica no sería suficiente: ¿Por qué un hombre como él llega a una vejez alcohólica y solitaria? Pensó en la biografía que Douglas Day hizo de Malcolm Lowry y recordó lo que, según el autor, era el motor de su dependencia alcohólica: el deseo de anularse para la escritura, de autodestruirse por temor a no alcanzar de nuevo la calidad de *Bajo el volcán*; ese horror a la incapacidad que Hemingway también padeció.

De pronto una imagen vuelve a su mente: los labios de Natalia rozando su boca, las luces del hall del edificio. Piensa en Sofía: se ve en su apartamento, solo, cuando ella sale temprano y él se queda tendido en el sofá, observando ese espacio extraño pero amigo, olisqueando los álbumes de fotos, los discos, los libros.

Se da vuelta y abre su librito: avanza sin mucha convicción pero al rato se da cuenta de que ha pasado 30 páginas y que aún no siente ganas de dejarlo. Y sigue leyendo.

Jaime lucha, da vueltas en la cama reprimiendo una amarga sensación en la boca del estómago. Escucha en su mente:

—Son las cuatro ya, vamos —Chela, con la falda levantada y los senos bailoteando, levanta el espaldar de la silla—. Ayúdame a buscar mi brassier.

—Aquí está, toma —Fer enciende un cigarrillo, con la luz del fósforo busca sus calzoncillos en el piso del Alpine.

—¿De verdad me quieres?

—Mucho, de verdad.

Su mente lo tortura; las imágenes que produce le rompen los intestinos en pedazos. Es una máquina infernal que no puede parar.

—Volvamos, júrame que ya no vamos a separarnos—Chela lo besa.

Los ve incorporarse. La ve subiéndose las medias de nailon, abotonándose la falda y alisándola con la mano. ¿Era cierto? Fer, Chela, retrocede y de pronto es el colegio, las charlas en el campo de agricultura, tendidos al sol; el ensayo, los soldados en la avenida Jiménez y las imágenes del cine. Todo una sola cosa junto a ese magma carnoso de Fer y Chela clavándose las aristas, los bordes de la silla y la barra de cambios con tal de amarse, de poseerse con fuerza para recuperar el tiempo en que estuvieron separados.

—¿Me vas a querer entonces?

—Toda la vida.

—Yo también, toda la vida.

—Tócame, bésame, quiero sentirte.

¿Y mañana? Iba a esconderse. No quería encontrar a Fer en la clase con una sonrisa de felicidad.

—Jaime, hermano. Luego de que usté se bajó Chela y yo nos arreglamos. Quiero que sea el primero en saberlo: nos vamos a vivir juntos. Chela quiere que usté sea el único en saberlo.

No es verdad, es la rabia que siente. Se acabó, ahora hay que olvidar. Cierra los ojos. Vuelve a escuchar:

—¿En serio, Fer, toda la vida?

—Sí, Chela, toda.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (iv)

El Joven fue llenando las cajas con su equipaje: el crucifijo, los hábitos, dos rosarios, varias láminas de la *Anunciación* de fray Angélico con detalles de las figuras y del ángel, un reloj de sol construido por él, la novena de aguinaldos y las figuras del pesebre que el hermano Sangam le había cocido en el horno del pan.

—Bien, Horacio, ya llegó la camioneta —el Superior entró de pronto, nervioso, agitado por la novedad.

—Ya termino, Su Altísima. Espérese que amarre con piola las cajas.

—No hay afán, hijito —se limpió la frente—. Los choferes se van a tomar un café en la cocina.

Miró al Joven, husmeó el equipaje. Se sentó sobre el tejido

metálico del catre.

—Mira, tengo esto para ti —buscó entre los faldones, abrió un bolso—. Te va a ser muy útil en la ciudad.

Le alargó un libro encuadernado con el escudo del claustro. El Joven lo recibió emocionado. Leyó en la portada: *El paraíso abierto a Philagiay por medio de cien devociones a la madre de Dios, fáciles de practicar.*

—¿Cómo puede ser, Su Reverencia, devociones «fáciles» para abrir el cielo?

—Sí, escucha. Déjame que te lea un párrafo —pasó varias páginas, se acomodó los lentes—: «Todas las devociones a la Madre de Dios que encontraréis en este libro son otras tantas llaves del Cielo, que os abrirán el Paraíso de par en par, con tal de que las pongáis en práctica», y mira las conclusiones, escucha: «Se contenta con que se practique una sola», ¿te das cuenta hijito?

—¿Cuáles son esas devociones, Padre?

—A ver, te leo algunas: «Saludar a la Santísima Virgen cuando se encuentra alguna de sus imágenes, rezar el pequeño rosario de los diez gozos de la Virgen, pronunciar a menudo el nombre de María. Encargar a los ángeles que la saluden de nuestra parte, desear construirle más iglesias que todas las que le han edificado todos los monarcas juntos, darle todas las mañanas los buenos días y al anochecer las buenas noches, rezar a diario el Avemaria en honor al Corazón de María…», ¿qué te parece?

—Es una salvación muy fácil, Padre, de ser así nadie se condenaría.

—Mira, Horacio, tú has tenido la suerte de crecer entre nosotros, de formarte en un ambiente de disciplina y temor a Dios, por eso no conoces hasta dónde puede llegar la dureza del corazón en algunas personas. Fíjate cuánta gente sería incapaz de repetir a diario «buenos días», «buenas noches», ¿y sabes por qué? Porque esto no puede hacerse sin un pequeño esfuerzo de la memoria. Por eso el padre Barry les ofrece devociones aún más fáciles, como ésta: «Llevar día y noche un rosario, o bien una imagen de la Virgen.»

—Pero… ¿todos esos santos que llevaron una vida austera, sacrificada?

—A cada persona se le exige de acuerdo a su complexión espiritual. ¿Recuerdas hace unos años, cuando quisiste encerrarte en una habitación para orar a pan y agua?

—Sí, Su Reverencia.

—Bueno, ahora tienes una respuesta más precisa a mis razones

de entonces. Para tu complexión esa prueba era exagerada. No lo permití porque sabía que podías llegar a lo mismo practicando otras devociones, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, Padre.

—Además, una cosa es la salvación y otra la santificación. Este libro busca sólo la primera.

El Joven terminó de amarrar las cajas y las ordenó al lado de la puerta. Dobló el colchón y lo colocó junto al catre.

—Bueno Padre, estoy listo.

—Salgamos. Demetrio se encarga de subir tus cajas a la camioneta.

Al salir al corredor encontró a los hermanos en fila. Se despidieron de él haciendo una venia y la señal de la cruz. El ultimo en la fila era el hermano Hilario.

—Llévate esto, Hamurabbi —le acercó un paquete envuelto en papel de tienda—. Es un regalo, destápalo sólo al llegar; cuando ya estés instalado.

—Gracias, Su Reverencia. ¿Me da permiso para escribirle de vez en cuando?

—Claro, hijito.

Le dio un abrazo y sintió una cortina de lágrimas. Alcanzó a contenerla justo cuando escuchó la voz del Superior:

—Vamos, Horacio. Ya nos están esperando.

En la puerta de entrada la hermana Pía lo bendijo y le entregó una bolsita con pastillas verdes.

—Son para el mareo del viaje. Cuídate mucho y no nos olvides.

Le dio un beso a la hermana y sintió la humedad en sus mejillas. Vio la puerta abierta de la camioneta y volvió a llegarle esa angustia enorme, esa sensación de perder el fondo contra la que tanto había luchado esos días.

—Bien, Horacio. Llegó el momento de la despedida. Saluda de nuestra parte a tus nuevos compañeros, llama cada vez que sea necesario; estudia mucho y, sobre todo, no te dejes llevar por el consejo ajeno sin previa reflexión, ¿entendido? Recuerda que no estás solo, que aquí está el lugar de donde saliste, en el que recibiste la fe y donde Dios y Cristo te dieron forma humana, espacio entre los seres. Recuerda el claustro cómo algo tuyo, algo que llevas y vas a llevar siempre dentro y al que algún día, sin duda, volverás.

—Sí, Padre, sí…

El Joven tenía la cara bañada en lágrimas, las mejillas marcadas por la huella del húmedo áspid.

Los choferes volvieron de la cocina haciendo chistes, ¿cuál era el pasajero? Al ver la solemnidad del momento decidieron subirse muy rápido al carro. El Joven dio un paso al frente, se presentó con voz recia y ocupó su puesto en la parte trasera del vehículo.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Cuatro horas, depende del tráfico.

Con la cara pegada al vidrio vio alejarse el edificio del claustro. Las figuras que le hacían adiós desde el portón se fueron haciendo chiquitas. Vio señales, consejos de última hora, llantos. Al fin volvió la cara hacia delante y fue ahí cuando sintió que de verdad se iba, que por primera vez en su vida algo grande se rompía.

Un rato después besó el recuerdo de la hermana Pía, cuando sintió las primeras contracciones en el estómago. Las curvas lo mareaban: de pronto la boca se le llenó de un sabor amargo, la cabeza giró como un péndulo desgarrado de su imán. Aire, aire. Bajó la ventanilla y tragó varias bocanadas, luego la pastilla de la hermana y todo comenzó a reordenarse. Pensó: ¿Hacia dónde iba? El estudio, la carrera eclesial. Había elegido ese camino y ahora debía ser fuerte. Jesús iba con él, lo sentía.

Un rato más tarde comenzó a escuchar un picoteo en el techo de la camioneta, como si alguien dejara caer diminutas piedras de acuario sobre el metal: llovía. Una cortina muy frágil humedecía el paisaje y así el Joven se fue entregando al sueño del liquen. Repitió en la mente: «La flauta que de un ligerísimo trino lo trasladó sin violencia al vientre del cielo.»

—¿Sabes volar?

El ángel aleteaba a su lado, estático, como un colibrí atrapado en el aire.

—No.

—¿No? —rugió enfurecido.

—Bueno, pues…

Los bucles amarillos se convirtieron en durísimas espinas de pezuña de vaca. El rosado en pergamino; el celeste del ojo en la mirada llameante del corcel de san Telmo.

—Entonces no podrás ir al cielo. ¡Tendrás que descender!

Gritó, quiso seguirlo cuando en un instante la trampa pareció abrirse y el andrógino desapareció de entre las cosas.

El horrible caos, condenado: lloró, intentó escapar pero sintió sus miembros húmedos, inertes, intentando correr en línea en

medio del agua para gritar con fuerza, abriendo con angustia su muda garganta: *¡Absolutio! ¡Absolutio!*

Ruge el mar, cae la tempestad. Virgen, él te saluda. Gran Madre, Mujer, él te besa, te da las buenas noches. Míralo, lleva un rosario atado a sus carnes sangrantes y tu imagen tatuada con fuego en sus partes más sensibles.

Nada que rompa esta línea única: justicia, fe en la justicia divina, fe en la justicia… piensa el gladiador mientras repite en su cabeza los consejos de asfixíalo con la malla, que no tenga tiempo de entender lo que le hiciste y se vea sin interrupción en la tiniebla inmunda del orco preguntando angustiado, «¿A dónde fueron todos?»

—Ohhh… —bostezó Horacio abriendo los ojos—. ¿Ya llegamos?

Metió la cabeza entre los hombros como queriendo volver al sueño, luego se perdió mirando las luces, los avisos, escuchando con temor el ruido de los otros carros que los adelantaban por la larguísima avenida.

«¿Es esto ya?» Supo que sí. Ahora sólo le quedaba la fuerza de la oración, y esa cadena, el recuerdo y el dolor de sus años en el claustro. El tiempo ya pasado.

PÁGINAS PARALELAS I

HAMURABBI Y SUS MORALISTAS:

Bossuet, ¿qué otro podría ser? Y esto a pesar de la célebre respuesta del iluminado prete: «Desengáñese señor, no quiero ser ni un gran poeta ni un gran moralista; soy un sacerdote de Jesucristo. Que hable o que escriba, mi fin es siempre el mismo: engendrar a Dios en las almas.»

Su pasión sacerdotal lo unía a Bossuet y, en cambio, lo alejaba de Montaigne en ese regusto por enumerar las contradicciones humanas; de La Rochefoucauld, por su enfermiza necesidad de crear un sistema psicológico basado en el amor propio; del mismísimo Pascal, tan adorado en su juventud, por anteponer lo intelectual en su examen de las miserias y aberraciones comunes.

Era la humildad lo que más amaba en Bossuet, esa persistencia de los valores sencillos en los que el Joven reconocía la heredad del Unigénito; entonces aparecía Bossuet con su famoso discurso sobre la dignidad de los pobres de la Iglesia. Sí, el Joven también creía que la Iglesia era la ciudadela del pobre, que los ricos sólo tenían acceso a ella tras despojarse de su lastre mediante la limosna. Claro, el pobre con mayúscula, porque ¿de qué sirve la pobreza si se está mancillado por la avaricia y la envidia? Bossuet declara: «Pobres, ¡cuán ricos sois! Ricos, ¡cuán pobres!»

Le gustaba en Bossuet el respeto de los Evangelios como palabra verdadera y única, la observancia del ejemplo de los apóstoles y, en general, del catecismo: la inocencia del origen, la caída y su continuación, la encarnación, la Pasión, la Vida Eterna, la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, cuyos sacerdotes tienen en la mano las llaves del Cielo y del Infierno, y el Supremo precepto: imitar a Cristo y amar en Él al prójimo.

Le gustaba su manera de abordar el mundo de la Gracia: sus ideas sobre la purificación de las almas, sobre el silencio y la soledad, las virtudes cristianas, el abandono a Dios y la caridad fraternal, la compasión por los enfermos y los pobres. Según opinaba el Joven, nadie, después de san Francisco de Sales, había

exaltado tanto como él el amor divino, y repetía su máxima: «Todo es amor. Todo ama a Dios a su manera, aún las cosas insensibles.»

Para Hamurabbi, Bossuet sólo tenía equivalente en el pasado, en los Supremos Doctores, y principalmente en Tertuliano y san Agustín. Claro, esto era una idea suya, caprichosa: ¿vanidad del conocimiento? Tal vez, pero sincera, porque Bossuet escondía tras sus máximas al poeta que todo gran pensador debe albergar. Entonces, la claridad de ideas unida a la expresión bella, sublime, ¿qué daba? Un Doctor, un Sabio en el sentido verdadero que, además, desdeñaba el alejamiento de los problemas terrenos y que usaba su hermosa ciencia para honrar a Dios en cada hombre, en cada hermano. Sí, sin duda, Bossuet.

SUS POETAS:

El santo, el supremo san Juan. Cada mañana y cada noche, tras completar sus oraciones a Dios y a la Virgen, el Joven repetía los versos máximos con la misma devoción con que rezaba el Credo o el Ángel de la Guarda. Con las manos adelante, arrodillado:

En una noche escura
con ansias en amores inflamada
¡o dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada

Y continuaba hasta el final con una palidez brillante en su rostro, con una luz en sus ojos que no era de este mundo, y al final decía «Amen»; abría los ojos y se levantaba, seguro de que nada, por extraordinario o demoniaco que fuera, podría dañarlo.

PASIONES SECRETAS:

Jaime tenía una pasión inconfesable por los métodos de idiomas. Parte de su biblioteca estaba ocupada por unos misteriosos volúmenes de tapa azul en los que se leía *Teach Yourself Malay, Urdu, Irish, Swahili.*

Aprendía las grafías, los saludos, los días de la semana, alguna frase larga, y así investigaba sobre las profundas diferencias que una lengua imprime en cada pensamiento.

Pero lo más importante era su propia contribución: hechizado por la *imitado* renacentista, Jaime le dio al *Método de idiomas* rango de género, de molde expresivo, utilizándolo para evacuar sus más profundos y aterradores fantasmas. De esta pasión nació el

empóriko.

Nota histórica

Su origen es bastante impreciso. Se cree que una flota de piraguas malayas atravesó el mar del Japón remontándose hacia el norte. De alguna forma —se ignora el cómo y el por qué—, estos navegantes llegaron al océano Ártico para luego iniciar un descenso sobre las costas de Irlanda.

San Brendan, en unos pergaminos del siglo vi, relata con asombro su encuentro en alta mar con unos «maderos tripulados por efigies cobrizas que evolucionaban velozmente hacia el sur». Se sabe que desembarcaron en las costas cántabras de la península ibérica e incluso que tuvieron contacto con antiguas comunidades visigodas. De esta unión nació el empóriko.

El primer texto fechado es anónimo y data del siglo vii: *Canción de Módulo, tallador de piraguas.*

Las sectas herméticas del medioevo conocieron el empóriko y lo usaron como clave en muchos de sus textos. H.G. Wolff, historiador alemán (1817-1893), nombra y describe su aparición en los manuscritos originales de varios tratados, incluido el famoso *De Astrología y universos concéntricos*, de Aries Toll, llegando a afirmar que muchas de las frases usadas para regir la influencia de ciertas constelaciones menores provienen de los cantos o *kalendas empórikas.*

La Florencia de Cosme de Médicis recibió también esta tradición. Junto con la mística oriental, el sufismo, la emblemática derivada del culto a los jeroglíficos y el neoplatonismo, la idea empórika del «más allá presente aquí» jugó un papel de cohesión generadora en el hermetismo renacentista.

La fechación y autoría de textos empórikos es bastante imprecisa. La obra más importante del pensamiento empóriko, *Series indivisas del éter*, atribuida a Kul Marón, está rodeada de enigmas[1]. ¿Hay una edición anterior a la de Amberes de 1537? ¿Son fiables las sevillanas de 1540 y 1541? Si atendemos a los pocos datos biográficos podríamos afirmar que la princeps es Amberes, pero existe un problema relacionado con una traducción latina del mismo año, Milán 1537. ¿Cuál fue el texto base de esa traducción? La proximidad de fechas permite barajar dos hipótesis: 1) Hay una edición anterior a Amberes 1537.2) Hubo un error de impresión en la fecha de publicación de Milán 1537. Y más aún: ¿Corrigió Kul Marón las ediciones sevillanas? ¿Qué cambios introdujeron los editores para burlar la censura y el terrible Índex?

Series indivisas del éter es sólo una muestra del atraso en que se encuentran los estudios filológicos empórikos con respecto a otras lenguas como, para citar un ejemplo al azar, el español.

La leyenda del vampiro está estrechamente ligada a la tradición empórika. Se sabe que la palabra «vampiro» proviene de la húngara «upir», la cual designaba a un tipo especial de hechicero que sobrevivía a la muerte y asolaba a los vivos difundiendo la peste. En la tradición malaya encontramos el «berbalang», especie de muerto en vida que transmite con su mordedura el «amok», o locura de la sangre. Esta leyenda llegó a la península con los nativos empórikos. Ya en occidente, el «berbalang» se encontró con el vampiro originario de Turquía, con el «brukolak» griego, con el «verdulak» serbio, con el «nosferat» de ciertas regiones de Alemania y los «guls» árabes.

En su *Informe sobre vampiros* hecho para el cardenal Richelieu, el abate Calmet describe con horror el berbalang empóriko. Explica cómo al unirse con los ritos matriarcales del País Vasco y con la leyenda del hombre lobo de Galicia, «amenazó con devolver a la antigüedad pagana toda la zona norte de la península».

La difusión del empóriko en América fue notable, especialmente en la zona de las Antillas y el mar Caribe. ¿Por qué? El clima ecuatorial y la cercanía del océano son el medio ideal para el asentamiento del empóriko.

El profesor Medardo Yumiseba, entre otros, ha señalado en sus trabajos la importancia del sentimiento de emancipación empórika en la gesta libertadora americana.[2]

Para Yumiseba, la famosa frase del general Santander, «Las armas os dieron la independencia, las leyes os darán la libertad», está tomada textualmente del canto xi de la gesta de *Módulo*. ¿Conoció Santander el *empóriko* y la traducción es suya? ¿Recibió la influencia a través de España o, ya en América, desde el grupo asentado en las Antillas?

Una última nota histórica: el lamentable uso que de nuestro idioma hizo el oscuro monje Jórg Yon Liebenfiels. Este maligno personaje difundió la idea de una liga «heroicamente aria» desde su castillo de Werfenstein, en la Austria meridional. Liebenfiels creó su héroe o «helding» desvirtuando el sentimiento de orgullo de las *kalendas*, y utilizó el *empóriko* en algunos manuscritos en los que expuso su idea de una lucha racial como contraposición a la lucha de clases. Desde su castillo, y protegido por la aristocracia, auspició un programa de procreación y exterminio, de esterilización en las ramas consideradas por él inferiores, de deportación a lo que llamó

«la jungla de los simios».

La reunión del grupo de Belgrado (1967) tuvo entre otros propósitos el de rescatar al empóriko de este nefando pasado, restituyéndole su carácter de lengua libre, creativa y dinámica.

Introducción

1. El idioma que usted se dispone a aprender es hablado en la actualidad por centenares de personas en todo el mundo.

2. Su extensión geopolítica es difícilmente precisable.

3. Es la lengua oficial del Uperihda (Unión Para el Rescate Inmediato de los Habitantes de la Antártida).

4. Su vocabulario, junto con el del etíope y el del danés, es uno de los más sosegados en su aprendizaje.

5. El presente método sigue las normas establecidas por la Convención de Lingüistas de Belgrado.

6. Por su increíble paralelismo, Berlitz lo ofrece adjunto al método de español.

Lección única[3]

El empóriko usa el alfabeto latino, su acentuación es libre y su estructura idéntica a la española salvo en los siguientes casos:

a. Las palabras siguientes no existen: «oneroso», «adusto», «cervatillo», «corzo», «altisonante», «ínclito», etc.

b. Son imposibles las siguientes combinaciones:

-Tesoro de nuestra lengua

-Digresión harto larga

-Unánime sentir

-Albo verso (cabello, plumaje, mañana, etc.)

-Patético corcovo

-Ortega y Gasset

c. Las disyunciones monoléxicas al interior del sintagma binario monoprimo pueden no hacerse, tranquilamente, sin que esto afecte para nada el sentido[4].

d. Las palabras «taxidermista» y «endocrino» son muy usadas por los jóvenes hablantes debido a la influencia de otras lenguas como el sueco y el lituano.

e. Como es sabido, el empóriko sufrió sustanciales cambios luego de la reunión de Belgrado[5]. He aquí los más importantes:

-La frase insultiva «¡Atáquese al bus!», de influencia claramente

italiana, fue suprimida por carecer de fuerza. En su lugar se introdujo «¡Vaya al muro, endocrino!»[6]

-Sobre la palabra «berenjena» hubo varias posturas: Moses Arnhem, de la Universidad de Jerusalem, señaló su importancia como lexema clave para entender el neoliberalismo empóriko de fines del xix. También a favor de «berenjena» fue la ponencia del profesor Yumiseba, de la Universidad de Quito. Para él, dicha palabra fue fundamental en la filiación de núcleos empórikos dispersos, imprescindibles y definitivos en los profundos movimientos sociales de América Latina. A pesar de la fundamentada defensa y de un largo debate, el vocablo «berenjena» fue suprimido del vocabulario tras las contundentes razones de Longisland y su grupo, quienes señalaron la connotación positivo-mercantilista y racial de la misma, que suponían un evidente freno para el nuevo carácter creativo y libre que el Congreso se proponía dar a la lengua.

-Creación del *Diccionario de sinónimos sonoros*, en el que las palabras se agrupan por su parecido fónico (muy usado por los jóvenes poetas empórikos). En él, las palabras «caballo», «cabello», «cepillo», «cebolla», «capullo», «camello» y «canilla» son sinónimas.

-Uno de los logros más importantes fue la fijación, para el empóriko escrito, de la antigua *Ortografía kastellana nueva i perfeta*, del polígrafo latinista Gonzalo Korreas (1630). Este préstamo del castellano fue justificado de la forma siguiente por el Congreso: «No keremos ke por el uso de nuestra lengua se puedan distingir las klases sosiales osiosas kon tiempo para aprender bisantinismos kuya únika funsión es benerar el étimo imperial latino.»

Esta *Ortografía* aboga por una correspondencia entre representación escrita y expresión oral. El único punto ambiguo es el referente al fonema /z/: el hablante de tradición peninsular lo marcará, el americano no. Esta doble vertiente, lejos de ser una incongruencia, significó para el grupo de Belgrado[7] una muestra de la libertad idiomàtica, tan alejada de la anterior actitud frente al hablante empóriko americano, considerado «prevaricador y advenedizo, neófito y bastardo».

Como ejemplo ilustrativo, y como lectura, trascribimos aquí un párrafo de la *Ortografía* correspondiente a la letra k:

«Ésta /la k/ nos kunplirá sola lo ke la *c* y la *q* no bastaron a kunplir. Algunos giados por su antoxo, ó pereza, dizen ke es difikultosa de eskribir: i engáñanse, ke tiene para el uso de su boz, i ke ahorramos con ella de *cq*, anbas koxas i de enrredo. Es por ventura más fazil, que, kon tres letras, ke eskribir ke kon dos? Más

fazil de eskribir es la *c*, konzédolo, pero ke inporta, si no kunple ni basta, y obliga a usar la *q*, ke es muy embarazosa con la *u*. Vaia fuera de abezé kristiano la media luna moriska, blasón de turkos. Destos dos estreñios la k tiene el medio: i no es difikultosa más de en no estar usados a eskribirla: más se tarda en una *m*. Kon esta fazilidad se eskribe, hacer una r, i al tiempo ke se llega arriba, volver atrás formando una *c*, kon los mobimientos de una n.»

—Por último, el grupo rechazó en pleno la creación de una Academia de la Lengua Empórika, por considerar que una institución semejante estaría en oposición con el verdadero carácter del idioma. Ésta fue la propuesta aprobada en las actas: «Rechazamos la creación de un organismo tal por considerar que tiene tanto que ver con el idioma como un cubo de hielo con el río de Heráclito.»

Así se divertía Jaime en los ratos de ocio, en los momentos de escritura que prefería no dedicar a sus novelas tal vez por angustia, por eso que él llamaba, wildeiano, el «de profundis». Estos papeles iban al fondo del escritorio, su único fin era poder encontrarlos algún día y sorprenderse a sí mismo, recuperar una sonrisa antes de devolverlos a la nada de la que habían sido extraídos. Nunca participó a nadie de estas pasiones, ni siquiera a los más cercanos.

Trabajaba también en un diccionario en el que las palabras se colocaban por orden de importancia, pero aún no daba con la primera.

SEGUNDA PARTE

UNO

Salta de la cama, se frota los ojos, está sudando. ¿Qué hora es? En la pesadilla el timbre del teléfono le perforaba el cerebro y él corría por los cuartos de un inmueble nocturno levantando auriculares mudos, líneas muertas que no silenciaban el aullido metálico. De pronto escucha su propia voz diciendo: «¿Aló?»

—Arturo… Soy Natalia, ¿estabas dormido?

' —¿Natalia? —se desperezа—. Espera, voy a encender la luz.

Busca el interruptor de la lámpara, bosteza y mira las agujas brillantes del reloj: la una.

—¿Te llamó la empleada?

—Sí. Están juntos. A mí me da un poco de miedo ir, ¿tú qué dices?

La voz de Natalia es apenas un murmullo.

—¿Qué le dijiste a la empleada?

—Que me dejara una llave debajo del portón.

—Espérame en la puerta del edificio. Llego en 20 minutos.

—Listo, chaíto.

Baja a la calle a esperarlo, elude al guardia de su edificio.

—Qué frío hace —sube al jeep, se saludan—. Vamos, es en Santa Ana. ¿Tienes un cigarrillo?

El viento arquea los eucaliptos de la avenida Pepe Sierra. Hay tormenta. La llovizna les llega en ráfagas y Arturo intenta esquivar los enormes charcos. Al llegar a la 7a doblan al sur.

—Por aquí a la derecha. Dale despacio.

Gira.

—Es ésa de allá.

Arturo estaciona frente a un muro lleno de buganvillas. Mira al segundo piso y ve una misteriosa ventana iluminada.

Un vigilante se acerca con gesto de alarma, reconoce a Natalia y vuelve a encerrarse en su caseta murmurando palabras incomprensibles.

—Te espero aquí, suerte.

Recoge la llave y abre el portón. Más allá estaba Edelmira, esperándola angustiada.

—No le diga que yo la llamé, señorita, ¿me lo promete?

—Tranquila, vamos.

Oye sus voces desde la puerta; también se escucha un tintinear de vasos. Le pregunta a Edelmira cuánto tiempo llevan y ella dice que un rato largo, que el doctor Bray había llegado antes de la medianoche.

Siente el pulso en las venas, pone la mano en la chapa de la puerta, mira a Edelmira confundida, sin saber qué decir. De pronto dice ya, toma aire y abre de golpe.

La casa del director del colegio estaba situada en lo alto de la montaña de Suba, y para llegar había que subir por la misma carretera destapada por la que cada lunes se hacían las maratones de gimnasia de los alumnos de bachillerato.

Un poco antes de las once los de sexto se reunieron en la casa de los Sanabria, en las afueras del pueblo, para subir juntos a la casa del director y darle una serenata de cumpleaños. Monsieur Laurent, el profesor haitiano de francés, señalaba el camino a buen paso. Detrás iban todos haciendo chistes, fumando como marinos y echando larguísimos tragos de brandy y aguardiente. A las doce en punto entraron a la propiedad cantando el Happy Birthday y el himno del colegio.

Él se quedó con Clarita un poco atrás, sentado en un muro de piedra al que no llegaban las luces del jardín. Ella se sentó en sus piernas, se besaron largo rato y, por primera vez, dejó que le acariciara los senos. Recuerda el placer inmenso con que palpó esa carne tibia, la excitación de Clarita que, de todos modos, no despegaba un ojo del grupo. Cuando el director abrió las puertas y los invitó a pasar él y Clarita salieron del escondite. Adentro les ofrecieron una copa de aguardiente. Nana tocó varias canciones con su guitarra y, antes de la una, ya estaban de vuelta en Suba, un poco mareados y felices. Nadie sospechaba el escándalo que una oscura profesora de física preparaba para el día siguiente.

El lunes, de vuelta al colegio, la profesora —que acumulaba a su curul el ridículo cargo de psicóloga—, lo mandó llamar en medio de una clase.

—Vamos a tener una charlita sobre sus costumbres, señor Pombo.

Lo que más le dolió fue que la profesora, en el colmo de la mezquindad y el odio por el amor, hizo venir al colegio a la mamá

de Clarita para contarle lo que su hija hacía por fuera de la casa y en las compañías que andaba.

Algunas compañeras gozaron con el escándalo; se secreteaban y dejaban escapar risas al paso de Clarita. Eso te pasa, la superlinda, caíste por puta, pensaban, mientras que a Arturo lo miraban más bien con una cierta atracción atolondrada. Pensó que al final todos se habían jodido (y sobre todo la oscura discípula de Tycho Brahe y Galileo), pues él y Clarita siguieron queriéndose durante mucho tiempo y ese mezquino incidente no hizo más que unirlos.

Enciende otro cigarrillo y piensa con nostalgia, ¿cuál era la magia de esas primeras aventuras? Pero esta noche es distinto: espera a Natalia, fuma en el jeep estacionado frente a una casa desconocida, lejos de sus habituales noches de preguntas. Una imagen llega a su mente: la del joven sacerdote del librito. ¿Por qué no pensó en traerlo?

—¡Natalita! ¿Qué haces aquí? —el doctor deja el vaso sobre la mesa y la mira extrañado—. No sabía que estuvieras…

—¡No tiene derecho a hacerme esto! —mira la botella de whisky semivacía, encara al amigo del doctor con odio—. ¡¿Y usted, qué hace?!

—Él es… Bray Stefano, te presento —el doctor mira con una expresión de sorprendida vergüenza.

—Encantado, Alfonso me ha hablado de… —Bray la saluda intentando sonreír: estira la mano, la retira en el aire y vuelve a sentarse en su rincón.

El doctor ve las lágrimas de Natalia e intenta abrazarla. Ella siente el contacto frío.

—¡Déjeme! —se suelta con brusquedad.

—Natalita, cálmate. Te lo puedo explicar…

—No hay nada que explicar, usted me había prometido… ¿Por qué? Estaba mejorando, iba muy bien —encara a Bray—. Es culpa suya, ¿no se da cuenta de lo que hace?

—Siéntate, Natalita. Vamos a hablar un poco.

Mira hacia la ventana.

—Bray está aquí porque yo lo llamé, Natalia. Él no tiene la culpa de nada. Ahora escúchame, te voy a contar algo que no sabes.

—No quiero oír nada, usted puede destruirse si quiere, pero no tiene derecho a herirme así. ¿No se da cuenta? Todas esas charlas, todo lo que hablamos… ¿Era mentira?

—Natalia, óyeme. Luego te vas si quieres, a lo mejor no vuelves

nunca, pero primero óyeme.

Tenía los ojos hinchados, todo lo veía entre nubes y se sentía confusa. Se dio cuenta de que ya no podía echar atrás, ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que romperle el alma, ser dura en ese momento para lograr una reacción.

—Todo es culpa mía, Natalia, culpa mía por no contarte… —camina hasta la ventana y es como si una terrible sobriedad le cayera encima.

—Tengo una hija, una muchacha de tu misma edad. Era mentira que no tuviera familiares. Se llama Claudia.

Natalia mira sorprendida, se seca las lágrimas.

—Cuando Elsa y yo nos separamos ella prefirió irse con su mamá y, bueno, después de la muerte de Elsa yo le pedí que volviera. Le dije vente a la casa, aquí no te va a faltar nada, ni libertad, puedes hacer lo que te dé la gana. Pero no aceptó, ¿y sabes por qué? Me odia, ella cree que la muerte de Elsa fue mi culpa —el doctor habla despacio. Bray tiene la vista clavada en la punta del zapato.

—Luego Claudia se fue a vivir a Estados Unidos sin avisarme. Yo lo supe por una hermana de Elsa que vive allá. Me escribió diciéndome que Claudia había llegado por sorpresa, que qué hacía. Le mandé plata pero al poco tiempo la devolvió, sin agregar palabra. ¿Te das cuenta? Yo intenté olvidarme de ella, hacerme a la idea de que jamás iba a estar conmigo, pero es la única persona que tengo, Natalita. Me horroriza pensar que nunca va a volver, que me va a seguir odiando hasta el final.

Baja la cabeza, permanece en silencio unos segundos observando un cortaplumas toledano.

—Claudia es muy joven, tiene casi tu edad. Yo tengo la esperanza de que, con el tiempo, volvamos a reunirnos, pero eso depende de ella, yo siento que ya no puedo hacer nada.

—Y… su hija, ¿dónde está ahora? ¿Sigue en Estados Unidos?

—No —mira a Bray—. Supe que volvió a Bogotá. Bray es el padrino de Claudia, por eso lo llamé. Él me está ayudando a buscarla.

—Perdóneme señor, yo no sabía que…

—No te preocupes, tienes que ser muy valiente para venir a estas horas a enfrentarte con dos viejos gruñones.

—¿Y dónde puede estar su hija?

—No sabemos todavía. Contraté a alguien para buscarla, alguien especializado, ¿sabes?

Los ojos del doctor parecen llenarse de vida; entre sus pupilas brilla una lejanísima llama de esperanza.

—Yo podría hablar con ella —dice Natalia—. Explicarle la situación, hacerle ver que usted la necesita.

El doctor se levanta, va al escritorio y saca un álbum de fotos. Lo abre y pasa varias páginas.

—Mira, ésta es la foto más reciente. Del entierro de Elsa, hace casi seis años.

Ve a una jovencita de pelo corto, delgada, de rasgos finos. Los ojos tienen la misma expresión ausente del doctor.

—Me parece bien lo que ella propone, Alfonso. A lo mejor así, hablando con alguien de su edad, Claudita entra en razón.

El doctor permanece en silencio. Sólo mira con tristeza la foto. Natalia entiende su miedo. «Cree que sólo le queda una oportunidad», piensa.

—Yo podría no decirle nada de usted. Hacer que nuestro encuentro parezca algo casual. Podría intentar volverme su amiga.

—Te rechazaría al saber que me conoces. Tú no sabes cómo es Claudia.

—Es una buena idea, Alfonso. Podría salir bien.

—De todos modos hay que esperar a que la encuentren.

Pero poco a poco se fue convenciendo de que era lo mejor y finalmente le dijo a Natalia que le avisaría cuando el detective les diera noticias.

—Doctor, quiero pedirle disculpas por haber irrumpido así. No tenía mala intención, sólo que…

—No te disculpes, Natalia. Ahora me siento mejor; quiero decir, ahora que tú también sabes lo de Claudia. Ya es muy tarde, voy a llamar a Alfonso para que te lleve.

—No se preocupe, doctor. Me trajo un amigo, está esperando afuera.

—¿Afuera? Caray, con el frío que hace.

Pensó que la historia de la hija era la única solución al problema del doctor y que al fin tenía algo para ofrecerle.

¿Habrá tenido algún problema? Mira el reloj; casi las tres. De repente se da cuenta de que ya casi no le quedan cigarrillos y piensa en la licorera de Usaquén; ¿estará abierta? Tal vez sí. Mira

el portón, la luz en la ventana izquierda continúa encendida. De pronto oye un ruido metálico, la puerta se abre y Natalia sale abotonándose la chaqueta. Sube al jeep.

—¿Qué tal?

—Salió bien. Vámonos, ahora te cuento.

Bajan a la 7a y doblan hacia el norte. De pronto la llovizna se hace más fuerte y Arturo disminuye la velocidad. Natalia respira profundo, al tiempo que aspira con ansia un cigarrillo.

—Vamos a Usaquén. Te invito a un perro caliente mientras te cuento —dice ella.

* * *

Ahora el amor (iv)

—Tati, la llama un tal Huambisa —Malú se apareció de un salto en combinación rosada. Todas le habían dicho que le quedaba chiquita, que parecía una morcilla, pero ella no hacía caso y se metía dentro chupando barriga, casi sin poder respirar.

—Dígale que ahorita bajo, un segundito —pensó, ¿era él? ¡Uy, qué nervios!

—No, boba. Es al teléfono. Apúrese.

Salió del baño corriendo, se enroscó una toalla en la cabeza y bajó al hall. Al ver a las otras hizo un gesto de indiferencia y levantó el auricular.

—¿Aló?

La miraban, sabía que estaban pendientes de cada sílaba pero se dijo no, no les doy el gusto. ¿Qué les importa a ellas? Alargó el cable hasta la ventana y habló en voz bien bajita.

—Buenas tardes, señorita. ¿Cómo me le va?

—Muy bien, gracias, ¿y a usted?

—Mal por no verla, de resto bien.

—Ah… ¿Y qué ha hecho?

—Pensarla.

Metió la mano en el chaleco, agarró la bocina entre la oreja y el hombro y buscó en los bolsillos del pantalón. Sacó papeles, facturas, recibos del banco, un calendario de Uniroyal. ¿Dónde había puesto las monedas? Al fin las encontró en un bolsillo interior del chaleco. Sacó dos de a peso y las echó por la ranura del teléfono.

—¿De verdad?

—Por mi diosito.

—Pues se agradece. ¿Y cuándo va a venir?

—Para eso la llamaba, señorita. Quería estar seguro de que usté estaba esta noche y quería hacerle una preguntica: ¿Será mucha indiscreción si la invito después a comer?

Las mejillas le hirvieron, miró alrededor achantadísima: Malú se terminaba de depilar un muslo, Lila se pintaba las uñas de los pies con esmalte verde y Laura se sacaba espinillas en el espejo de la polvera. Fumaban, oían radio, hacían chistes sin quitarle el ojo de encima. Todavía era temprano para bajar al salón.

—Pues, ¿a qué hora pensaba venir?

—Depende, señorita, ¿a qué hora sale?

—Yo a las nueve, pero… —pensó en Chelita; tendría que ir primero a la casa, dormirla. ¿Le pasará algo? No le gustaba dejarla sola.

—En todo caso voy a estar ocupada por ahí hasta las diez, ¿si no le importa tan tarde…?

—Ni más faltaba. Entonces nos ponemos de acuerdo cuando vaya, ¿sí?

—Bueno. Aquí lo espero.

—Dios mediante, señorita.

Colgó, salió de la cabina y miró el reloj: ¿las tres apenas? Todavía faltaba un montón y el corazón le daba saltos en el pecho. Había aceptado. Pensó en darse una pasadita por el banco, ahí se le pasaba el tiempo rapidísimo, pero no, había pedido el día y ya estaba hecho. Atravesó la Jiménez y entró al Crem Helado. ¿Le habré gustado? ¿Será entonces que no tiene novio?

Tati se sentó en el sofá al lado de Lila que, con unas tijeras, se recortaba los pelos que le sobresalían del calzón luego de que Madam le dijera «¡Se te ven los mostachos de la cuca, amorcito, pareces una gitana!». Lila y Vanesa se miraban, se picaban el ojo señalando a Tati.

—Qué, ¿ya le salió príncipe azul? —Lila agarró la pinza de Malú y comenzó a depilarse el entrecejo.

—Qué príncipe azul ni qué nada —se dio vuelta, cogió una Cromos y pasó varias páginas.

—Uy, tan arisca —Vanesa se estiraba las medias frente al espejo, mirándose las nalgas a la caza de algún granito o pelo que la afeara —. Ni que fuera verdad.

—Es un amigo.

—¿Amigo? Por algo se comienza… ¿Un cliente de la casa?

—Hm, cómo molestan —miró concentrada las fotos de la revista, sin hacerles caso.

Tati pensó: le gustaría contárselo a Claudia. Ella era la única que sabía todo, que podía darle consejo. Recordó la charla de esa

mañana:

—Es normal, hermana. Uno siente eso cuando está enamorada.

—¿En serio?

—Sí, siempre pasa.

—¿Usté lo ha sentido?

—Sí, hace años. Yo tenía un novio cuando estaba en el servicio doméstico. Siempre que estaba con él pasaba. Es chévere, ¿cierto?

—Pero yo no…

—Tranquila, eso es que le gusta. A veces una se demora en darse cuenta, pero pasa, y si pasa es por algo.

La Señora entró al hall corriendo:

—¿Dónde dejé el monedero, nenas? —levantó cojines, abrió carteras—. Los de la Coca-Cola están esperando abajo, qué cabeza la mía. Niñas, váyanle apurando.

Un rato después bajaron. Tati no podía quitarse de la cabeza la voz de Heberto y pensó que la tarde le iba a parecer eterna. Se sentó en la barra mirando el reloj y le pidió a Poncho una Bretaña, diciéndose en la mente que pase el tiempo, que pase rapidito.

El chino Arbeláez estaba feliz. Los de la Coca-Cola le habían regalado un yo-yo Russell y ya llevaba varios días practicando mañana y tarde, en cualquier rato libre y hasta en horas de trabajo.

—Hacen concursos, hermano. Si uno gana se lleva premios, ¿sabía?

—A ver, ¿qué sabe hacer? —Poncho lo miró con una sonrisa burlona, retándolo.

—La estrella, ¡mire! —tiró el yo-yo, lo durmió, levantó la . cuerda trenzándola entre los dedos—. ¿Ve? La torre fiel, ¡mire, mire! Paseando el perrito, la vuelta al mundo, el motocrós, vueltas y vueltas.

—¿Cuántas se hace?

—Treinta, es que apenas estoy empezando.

La Señora llegó enfurecida y regañó al chino.

—Termíneme de entrar esas canastas, carajo. Luego sigue jugando con esa porquería de yo-yo.

El chino salió, entró con dos canastas y se volvió a sentar en la barra del salón.

—A los campeones los llevan al Club de la Televisión. Ahí se hacen famosos y ganan un montón de plata. Acuérdese de mí.

—Luego me cuenta, chino. Mire que Madam va a venir y nos va volver a vaciar si lo ve aquí sentado.

—¡Cucha hijueputa! Usté si tiene suerte, hermano. Aquí dentro, con todo el material rajado frente a los ojos.

Salió haciendo vueltas y vueltas con el yo-yo y al pasar por el corredor se encontró a Malú y le pellizcó una nalga.

—Qué, mamasota, ¿nos vemos el sábado?

—Cuando sea campeón de yo-yo, chino, por ahora más respetico —le agarró la mano y le dio un pellizco de monja que le dejó rojo el pedacito de piel.

Pasó la tarde haciendo esfuerzos, mirando con angustia el reloj cada vez que pasaba por el hall. Qué alegría, se había cumplido el deseo de volver a verlo y eso era lo más importante. Sentía algo nuevo. Un entusiasmo que nunca antes había sentido. ¿Será eso estar enamorada?

Siguió pasando el tiempo. Un poco antes de las ocho tenía que volver a subir y pensó ya, éste es el último antes de él. Dieron las 8:30 y Tati miró con ojos huérfanos hacia la puerta, espiando ansiosa cada movimiento en la entrada y a la vez con miedo de que otro cliente llegara a invitarla. Pero de pronto el mundo comenzó a girar muy rápido: Heberto entraba al salón elegantísimo, con un vestido a rayas verde oliva y camisa azul.

—Buenas noches, señorita. Vuelvo a la vida no más con verla.

—Cómo molesta… Mire que voy a acabar creyéndole.

—No hay que tenerle miedo a la verdad. ¿Qué toma?

—Un moscato. ¿Y usté?

—Permítame que la acompañe con lo mismo.

Poncho les sirvió los vasitos y los dos se fueron muy juntos a tomarlos a una de las mesas más alejadas y oscuras del salón. Las demás la miraban pensando ése es; era fácil saber porque Tati nunca tomaba licor. Vanesa le hizo una seña a Lila, Lila a Malú, y así todas fueron picándose el ojo. Al rato la pareja se levantó y fue a la pista a bailar un bolero. Heberto se lo cantó completo en la oreja con la respiración entrecortada.

—¿Tanto le gustan los boleros, señor Huambisa?

—Llámeme Heberto.

—Bueno, Heberto, ¿tanto le gustan?

—Sí, porque son la más clara expresión del corazón enamorado. Y el amor es lo más importante que hay en el mundo, ¿no?

—Sí. A mí me gustan por lo mismo.

Decidieron subir. La cogió de la mano pero ella se soltó con dolor en el alma sólo para evitarse las burlas de las compañeras.

¿Volvería a sentir lo mismo que el otro día? Sí. Una vez más sintió ese vértigo, esa sensación de abismo, ese temblor hirviente en los pies. Al terminar se quedaron abrazados.

—Entonces, ¿nos vemos a las diez?

Tati sintió de pronto angustia; el amor la había sensibilizado.

—Pero, mire quién soy yo. ¿Cómo va un señor como usté a salir a un restaurante con una mujer de la vida?

—¿Cómo va a salir…? —la miró con ojos profundos—.Va a salir saltando en una pata de la felicidad, señorita.

Ella se rió, lo abrazó con fuerza.

—Será para burlarse.

—No diga eso, señorita. No nos pongamos tristes hoy, ¿sí?

Heberto comenzó a vestirse y ella se fue al baño; se miró al espejo y sintió ganas de llorar, sin saber si de alegría o de amargura. ¿Por qué la vida era tan confusa?

—Hay un restaurantico en la Caracas con 70. Casi llegando a la avenida Chile —le dio la mano mientras ella se apuntaba los botones de la blusa—. Se llama La Chinita, ¿le parece bien?

—Será carísimo.

—No se preocupe, señorita, la plata está para eso, ¿si no para qué?

—Entonces nos vemos ahí a las diez y media.

Le dio un beso en la mejilla y salió. Se fue caminando por el andén hasta la Caracas, pensativo. ¿Por qué le habrá dicho a las diez y media? Imaginó: querrá tener tiempo para arreglarse, vivirá lejos. Caminó al azar, lleno de dudas, hasta las escaleras del pasaje Libertador. Decidió entonces subir a mirar las fotos de los cines en las carteleras: *Rocky ///*, ya la había visto. *La caída de Nueva York*, ésa no. Podría entrar un rato, verla hasta la mitad y luego salirse, así estaría distraído y se ahorraría la ansiedad de la espera. Hizo una fila corta, compró un paquete de choquis en la dulcería y fue a sentarse en las butacas de la mitad.

Tati salió de la casa un rato más tarde. Corrió a la Caracas y saltó al primer bus para llegar antes de que Claudia se fuera. Quería contarle todo: iba a estar más tranquila si su amiga le daba consejo. Miró los semáforos, el reloj, calculó. Al llegar a su calle atravesó la avenida corriendo y vio a Claudia en el paradero del bus.

—¡Claudia, Claudia!

—Quihay, ¿qué le pasa? —se extrañó.

—Imagínese —dijo Tati, agitada—. ¿Se acuerda del señor

Huambisa?

—Sí, ¿fue hoy?

—Sí, y me invitó a comer esta noche a un restaurante chino. Voy a la casa a dormir a Cheli y a cambiarme.

—Eso es que le interesa. No le suelte mucho, que vea que en la calle usté es una mujer decente.

—Claro. Quería contarle no más. Me muero de nervios.

—Tranquila, eso seguro que le va bien.

Se despidieron y Tati corrió a la casa. La niña estaba acostada mirando televisión. La alzó, le dio un beso en la frente. Chelita, cielo, ¿te gustaría tener un papá? Te vas a tener que quedar un ratico sola, bien juiciosita. A ver, arrurrú; le sirvió otro tetero; la pasó con cuidado al cuarto y le siguió cantando hasta ver que cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza. Fue al baño, se cambió a mil y comenzó a arreglarse al lado de Cheli, sin hacer ruido. Antes de salir apagó las luces y encendió el radio, así la niña se iba a sentir acompañada. Le dio un beso en la frente, bien largo, porque le pareció que esa noche Dios sí había comenzado a oírla.

¿A ver? Miró el reloj aprovechando la luz de la pantalla; las diez y cinco, apenitas. Otro día iba a volver a ver el final de la película, estaba chévere. Bajó a la Caracas pensando que podía encargarle al dueño algún bolerito para después de la comida. ¿Tendrá discos? Pensó que hubiera podido traer un casete. Bueno, ojalá tenga. Subió a una buseta pensando en lo que le faltaba: volver a peinarse, echarse agua de colonia, ¿la tenía en el bolsillo? Tocó y sintió el bulto duro del frasco. Sí.

Claudia había terminado de despachar a un cliente. Estaba lavándose en el baño, sentada en el bidé. Miró la hora y pensó en Gaitana; ojalá le esté yendo bien, caray. Pensó que era la única forma de salir de la casa y, ¿quién sabe? A lo mejor ese Huambisa tenía algún amigo; un compañero de la oficina, por ejemplo, que sea bien churro, platudo y que se fije en ella. Se levantó del bidé, puso la oreja en la puerta y revisó que no estuviera la Señora. Sacó el cachito y fue a la ventana; fumó rápido, tragando el humo con fuerza y tirándolo lejos. Se miró entonces en el espejo del tocador: ¿Podrá enamorar a alguien todavía? Se agarró duro las nalgas, apretó el estómago chupando el aire. Claro que sí, ¿no se ponían como locos algunos al verla en calzones? ¿No le pedían a veces la entradita trasera? Pensó que si se animaban a semejante porquería será porque está buena. Hm, ya le estaba subiendo. Le entró un

ataque de risa y tuvo que sentarse en la taza, doblarse, meterse la toalla en la boca y morder bien duro; qué bareta tan buena le había conseguido el chino esta vez.

Poncho iba llevando las canastas de gaseosa a la cocina y en el corredor del patio se encontró de frente con Laura.

—Qué, bizcocho, ¿mucho trabajo? —le puso la mano en el cinturón; con un dedo le abrió la camisa y le acarició el ombligo.

—Más o menos, reina. ¿Y usté?

—Igual, bizcocho, igual.

Dejó la canasta en el piso y la abrazó, empujó la puerta de la despensa y cerró con llave. Sintió la mano de Laura buscando entre su pantalón hasta agarrarle el miembro.

—Uy, bizcocho, ¿en dónde se lo vendieron? — dijo ella, y él soltó una risita y le levantó la falda hasta la cintura sacando con la mano unas nalgas rosadas y abundantes. Laura se bajó el calzón hasta los tobillos y se sentó en un taburete abriendo las piernas.

Si no me lo pongo ahora no me lo pongo nunca, pensó, y lo abrazó haciendo fuerza para adentro. Entonces fue que sintió el desgarro, un dolor intenso que la hizo separarse de golpe.

—¡Ayyy! Pare, bizcochito, pare…

Ponchó volvió frenético pero ella sintió de nuevo el dolor, como si un cuchillo le abriera el vientre y separara su cuerpo en dos mitades.

—Pare, Ponchito, pare que me muero… Otro día, papito, ¿sí?

Él salió directo al baño y ella a los tualets del segundo piso. Luego de calmarse un poco, Poncho regresó a la barra pensando que de todos modos era un tipo de buenas, que al fin y al cabo las viejas se morían por él.

DOS

Jaime está sentado al fondo de una cafetería en la 70 con 9a, esquina, detrás del último mostrador, en una mesa estratégicamente situada para su labor de vigía. Tiene la cara escondida detrás de una carpeta, gafas de sol, un sobretodo y una revista Cromos abierta en una de las páginas centrales.

¿Qué hace?

Vigila la entrada de la Escuela de Textiles con la secreta esperanza de ver a Chela. Pensó en traer un libro (el *Ulysses*, que acababa de leer y que ahora releía lápiz en mano), algo que le ayudara a pasar el rato, pero al final se decidió por el manuscrito de su novela sentimental.

¿Cuánto tiempo lleva en esta absurda espera?

Un rato largo, tiempo suficiente para consumir sin afanes tres Pony Maltas, tres rodajas de salchichón con mogolla, una gelatina de pata y un tinto doble, amén de seis o siete cigarrillos.

¿Qué planes tiene en caso de verla?

Lo había pensado todo: abordarla, declararle de un golpe la profundidad y fidelidad de su amor, toda la verdad, en suma, y esperar impávido su reacción (con las variantes: «salir corriendo después» o «afirmar que se trataba de un chiste»). Seguirla, espiarla (y aquí el estómago se le congelaba ante la idea de lo que podría descubrir). Escribir en una tablilla el nombre del día y la hora de salida, repetir la experiencia toda la semana hasta conocer sus horarios (idea que podía extenderse a las noches y, por qué no, a los fines de semana).

¿Qué pensamientos paralelos llegan a su mente?

La fiebre voraz con que había leído *Ulysses*, el deseo de ser esa novela, como Dedalus, como Bloom, de vivir en Dublín; los argumentos y la factura de sus pobres novelas de ideas o sentimentales; la comparación con el monumento de Joyce y el resultado lógico de tal oposición: la convicción de que nunca llegaría a escribir algo de importancia, de que su obra, en todo caso, estaba dirigida a un público más amplio, menos selecto que el de

Joyce (y aquí se sonrojaba de la pedantería de sus ideas, y daba un respiro al pensar que gracias a Dios nadie podía escucharlas), que, por decirlo de algún modo, sus libros, de publicarse alguna vez, nunca llegarían a las facultades, no, más bien se quedarían en esa especie de purgatorio que es el reconocimiento del lector común, no cultivado, lugar que ocuparía sin complejos aunque sí con el dolor de no pertenecer al otro grupo (la primera división, en términos de fútbol), pues como bien dijo Horacio, «nadie está contento con su condición».

¿Dónde pudo Jaime encontrar la fuerza para iniciar tal aventura?

Es bien sabido que el dolor vuelve peligrosos a los hombres, que la frustración es prima hermana del crimen y que el rencor conduce a los hechos más atroces. Jaime sentía odio hacia sí mismo cada vez que la imagen de Chela lo rondaba, pero lo peor era que desde el fatal encuentro en el cine Almirante había comenzado a sentir que ese interior viciado y abyecto comenzaba a desbordarse, ese nudo de lagartijas y reptiles daba peligrosas muestras de vida exterior proyectándose sobre los otros y, más grave aún, sobre Fer, su amigo. Asustado, decidió hacer algo y, recordando una vieja novela de Graham Greene, eligió la técnica del seguimiento pasivo, sin una idea muy precisa de hacia dónde lo conduciría. Recordó el rencor con el que, al día siguiente del encuentro en el Almirante, clavó los ojos en Fer al verlo llegar a clase. Había entrado bostezando, con ojeras y signos visibles de un agudo dolor de cabeza, y en la pausa Jaime se le acercó con curiosidad enfermiza, lo acorraló en su silla y comenzó a dispararle preguntas: ¿Qué hicieron después de dejarme en mi casa? ¿Bien con Chela, man?, y así, y Fernando con evasivas, respuestas vagas que se metían en su carne como clavos ardientes.

No supo cómo fue. Se dio la vuelta un momento para llamar al empleado y pedir otra Pony Malta y cuando volvió a su almena de vigía se dio con ella en las narices, sentada frente a él, sonriendo como si hubiera llegado tarde a una cita y buscara disculparse.

—¿Por qué me estás vigilando?

—¿Vigilando? ¿Yo? —mira sin entender, pierde el habla.

—Te vi ayer también, tenías la misma revista en la mano. No vine a saludarte porque llegaba la buseta.

—La revista, sí. La Cromos. Tengo que devolvérsela a un amigo, y, bueno, ayer no vino —mira el reloj con un gesto ridículo que hace tambalear su vaso—. Debe estar por llegar… Mi amigo, sí.

Lo mira con picardía, los ojos verdes le brillan y de repente todo está claro para Chela:

—¿Te mandó Fer, cierto?

—Chela, yo…

—¡Déjame terminar! —lo mira fijo y él piensa trágame tierra—. Dile que me parece muy bajo esto, ¡una ceba!

Chela se levanta y Jaime va tras ella. Vuelven a sentarse.

—Te lo voy a explicar, Chela, déjame que te explique. Él no me dijo nada —no tiene alternativa, el estómago se le congela, siente un temblor en las piernas y un profundísimo desamparo.

—¿No te dijo él? ¡Y entonces qué carajo haces espiándome!

Jaime empalidece; siente que la lengua se rebela: apéndice inerte, estalactita enfriándose en su boca. Conjura a Orfeo, se llena de coraje:

—Fer no sabe nada de esto. Es pura cosa mía.

—¿Tuya?

Ya está. Piensa que su deber es aclarar las cosas, contarle toda la verdad y… ¿Y luego? Desaparecer, cambiar de personalidad, operarse la cara, irse del país.

—Es que, mira. Desde cuarto bachillerato, mucho antes de que te cuadraras con Fer, yo… Tú me gustabas. Nunca le conté nada a nadie, ni siquiera a los amigos porque… Luego tú y Fer se cuadraron y ahí sí que menos. Vine porque… Porque me gusta verte, así, de lejos. Ya me acostumbré y, bueno, la otra noche, en el cine, me di cuenta de que todavía, ¿entiendes? Pero no te preocupes, no estoy proponiéndote nada, ya sé que no hay caso… Sólo te lo digo para que me creas, no quiero que haya un problema con Fer por culpa mía.

Chela lo mira extrañada: no puede ser verdad. ¿Jaime? Absurdo. Una sensación de vergüenza ajena la incomoda. No es cierto, es una disculpa.

—No digas eso, Jaime. Tú sabes que no es cierto.

—Sí es cierto, ¿por qué no puede ser cierto?

—Porque es ridículo.

—¿Ridículo?

—Sí, me da lástima verte así, llegando a estos extremos para defender a Fer. Yo sé que me estás tomando el pelo, y no me gusta.

—Chela, te juro que es la única verdad. Desde cuarto bachillerato.

Chela se levanta en silencio. Jaime saca un billete de 200 pesos y lo deja sobre la mesa haciendo una seña al empleado. Salen, ella

camina delante con los ojos fijos en las hierbas que brotan del andén. En ese momento Jaime le parece un desconocido, como si tuviera una piel nueva. Una piel que, piensa, es húmeda y fría.

—¿Ornar Cubillos…? ¿Sargento?

El doctor sale del quirófano y va directo a la sala.

—Sí doctor, ¿cómo está?

—Bien. Gracias a Dios no hubo complicaciones.

—¿Podría verla?

—No, todavía no se ha despertado de la anestesia. Mañana al mediodía puede venir.

—Gracias doctor.

Vuelve al sofá, el cuñado se levanta y se abrazan. Piensa que va a pedir otro permiso mañana, claro, en la central todos están pendientes.

Bajando la escalera de la clínica encuentra a dos compañeros.

—¿Salió bien, sargento?

—Bien.

—Bendito sea Dios, sargento. Ahora ya nos quedamos tranquilos.

—El teniente Parra le manda un saludo. Dijo que le avisáramos tan pronto se supiera algo.

Sale contento de la clínica y camina al azar por la 13, mirando vitrinas y pensando que es verdad lo que les habían dicho en la escuela de formación: el cuerpo es como su familia. Piensa que había valido el esfuerzo, los 80 mil pesos del ingreso. Téllez tenía razón, lo importante es que va a curarse.

Natalia y Carlos pactan una separación.

Fue así:

—No entiendo, Natalia. Mira: tierra caliente, una piscina para nosotros solos, mucha calma. Es lo que estamos necesitando, ¿por qué no vienes?

—No quiero. Ahora no.

La cafetería del hospital está repleta de estudiantes. En un rincón, al lado de la cristalera del patio, Natalia y Carlos naufragan en la charla.

—La tía Mar estuvo entusiasmadísima con la idea, fíjate, así le estrenamos el golfito que acaba de construir en el prado, ¿ah? Descansamos y encima le hacemos un favor a la vieja. Es sólo un fin de semana, ¿por qué no?

—No insistas más, Carlos, digo que no voy y punto. ¿Quieres que acabemos peleando?

Intenta atraerla, le aprieta la mano bien fuerte, quiere darle un beso pero ella lo rechaza.

—Déjame, ahora no.

—¿Qué pasa?

—Estoy nerviosa. Me bombardeas.

—Es que te adoro, tú me obligas al decir esas cosas. Piénsalo, es absurdo perder la oportunidad.

¿Absurdo? Quiso gritarle que absurdas eran sus ideas, esa vida facilona y alegre que no era otra cosa que un montón de fórmulas aprendidas y repetidas. Ella ya tenía una idea.

—¿Y en qué consiste esa idea? —Carlos comienza a ponerse muy nervioso.

—Creo que nos vemos demasiado. Estoy pasando por un momento difícil, trata de entender —lo mira a los ojos—. Me gustaría que nos separáramos por un tiempo, quiero estar sola.

Carlos siente un viento helado; la cafetería comienza a girar, el hospital desaparece y sólo ve a Natalia en medio de un ruido de voces, de murmullos confusos.

—Pero… ¿Qué te hice yo?

—Nada. Es que necesito pensar.

—¿Ya no me quieres?

—Carlos, por favor.

—¿Hay otra persona?

—No. Ya me estás bombardeando otra vez.

—¿En qué quieres pensar?

Sí lo quería, eso era seguro. Pero lo quería sobre una base que cada vez era más frágil, como la capa de hielo de esos lagos congelados que, con el buen tiempo, se va haciendo delgadita hasta convertirse otra vez en agua. Así.

—No es nada tuyo, Carlos. Soy yo. Trata de entender.

—¿Cuánto tiempo vas a pensar?

—No sé.

—Es que, si tienes algún problema, creo que es conmigo con quien tienes que hablar, ¿no? Te conozco bien, a ver, dime.

—Carlos, por favor.

—Yo soy tu novio, ¿por qué no me cuentas?

La cafetería comienza a desocuparse por el comienzo de las clases. Natalia se levanta y mira el reloj con una expresión de

cansancio.

—Ya lo decidí, Carlos. Quiero que dejemos de vernos por un tiempo.

—¿Ni siquiera un ratico, de vez en cuando?

—No. Y por favor no me llames. Eso empeoraría las cosas.

—¿Y entonces cómo voy a saber hasta cuándo?

—Yo te llamo, bobo… Chao, tengo clase.

Sale de la cafetería apurada, un poco perdida entre los corredores. En la escalera da un respiro y se da cuenta de que siente una extraña libertad.

—¿Vas a seguir espiándome?

—No, Chela, te lo juro. Pero… ¿por qué dices espiar?

—A las cosas hay que llamarlas por su nombre —lo mira con compasión—; además, mírate con esa pinta. Pareces un niño jugando a policías y ladrones.

Camina con lentitud, se resiste a mirarlo a los ojos.

—En serio, no me espíes. Sólo pensarlo me asusta. Fíjate, a ti que te gusta tanto el cine, es como en esa película de Hitchcock en la que una mujer recibe llamadas de amenaza, ¿te acuerdas? Al final detectan al asesino y le avisan a la pobre que está en su propia casa —lo mira de pronto a los ojos, le agarra el brazo—. Perdona, no sé ni lo que digo. Es que estas situaciones me ponen nerviosísima.

Jaime naufraga en un líquido viscoso. Está a punto de dar media vuelta y correr, de sentarse a llorar como un niño en el borde del andén. Ya no le importa nada porque nada está en juego. Al menos eso es lo bueno de perder, piensa.

—Jaime, perdona, de verdad. Es que… Me causa una impresión grande, no sé cómo explicarte.

—No te preocupes. La próxima vez que nos encontremos yo me escondo para que no te asustes.

—No digas eso. Ven, caminemos un poco —lo agarra otra vez del brazo—. Demos una vuelta sin hablar.

Estaba desecho: de niño siempre era Roy Rogers, el Llanero Solitario, Linterna Verde. Y ahora, de pronto, la persona que más quería en el mundo lo convertía en el malo, lo pasaba de un plumazo al mundo de los anfibios maleantes. Se dio cuenta de que la ilusión de casi cuatro años se le escapaba como agua entre los dedos; se hizo entonces la dolorosa pregunta: ¿No hubiera sido mejor seguir viviendo con la idea de Chela? (Y, al margen: ¿Qué

pasaría ahora con su inspiración?) No, se dijo, porque ella existía, era real, y tarde o temprano volvería a encontrarla en cine, en un bus o en cualquier reunión de ex alumnos. Así debía ser, aunque llegara cinco años tarde a descubrir la verdad de esas frases que tanto se había repetido en la mente y que, claro, aquí sonaban tan distintas.

Un poco más adelante Chela mira el reloj y dice que ya es tarde. Pasan el Colombo-Americano y ella se acerca a la calle para esperar buseta. Entonces se voltea hacia él, comprensiva.

—Ven mañana a la misma hora. Te invito a almorzar.

—¿Almorzar?

—Sí, pero te advierto que si vienes con esa gabardina ni te saludo.

La ve irse y piensa que ni siquiera esas últimas palabras podían consolarlo. Su desgarro era más profundo, era él, su ridicula figura, y esa mano que le hacía gestos de adiós desde el interior de la buseta. Gestos, eso era todo.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (v)

Después de presentarse a los superiores y saludar a los nuevos compañeros, Horacio subió al dormitorio que le habían asignado.

La casa estaba situada en el Boyacá, barrio pobre y alejado del centro, pero era grande y en las habitaciones entraba mucha luz. El Joven miraba y miraba. ¿Cómo sería ahora su vida? El dormitorio era apenas un poco más grande que su celdilla del claustro; al lado de la cama había un catre muy angosto y, en la pared, una estantería. Todo muy limpio. Un seminarista le ayudó a subir las cajas y el superior le mostró dónde quedaba el baño.

—A cada uno se le da su propio rollo de papel higiénico. Tienes que pedir el tuyo abajo, la cocinera los reparte.

Cuando quedó solo el Joven aprovechó para abrir el paquete que el hermano Hilario le había entregado en la despedida. Lo destapó y sintió deseos de llorar: *Obra comentada de san • Juan de la Cruz*. Se llevó al pecho el volumen que tantas veces había abierto en la biblioteca del claustro. Miró hacia arriba y dio gracias a Dios agradeciendo ese don que era la amistad.

Ordenó la ropa en el armario, colocó los pocos libros que traía sobre el estante y, por último, colgó el crucifijo en la cabecera de la cama.

—¿A qué hora se celebra la última misa? —volvió a preguntar a su compañero, un joven bajito, tímido, bizco.

—A las nueve. Después de la comida.

Miró el reloj, todavía era temprano.

—¿Y la biblioteca, dónde está?

Lo llevó por un dédalo de corredores y puertas hasta un salón pequeño, con repisas a lado y lado. Tres muchachos estudiaban y sólo uno se dio vuelta para mirarlo. Esto le causó buena impresión.

—¿Qué libros le gustan? —el muchacho bizco se llamaba Orlando.

—Teología, filosofía, cristología…

Orlando le mostró uno de los estantes; el Joven se sorprendió.

—¿Sólo hay eso?

Le explicó que en la universidad había una biblioteca enorme, que los libros podían retirarse por varios días.

—¿No le gusta la literatura? —Orlando bizqueaba.

—Sí. Torres Villarroel, Feijoo, Lucas Fernández, en general el teatro navideño.

—A mí me gusta Pío Baroja, Dostoievski, Balzac…

Horacio no conocía esos nombres y pronto se desinteresó de la charla. A la primera oportunidad se disculpó con Orlando para leer un rato. El muchacho bizco se alejó avergonzadísimo; «claro, claro», dijo a la carrera.

Al terminar la misa el Joven salió muy confundido. Entonces decidió acercarse a su nuevo superior.

—¿Por qué Su Alta Gracia pidió rezar un Credo al final de la misa?

—Tenemos esa costumbre.

—Es que… perdone que se lo diga, Su Reverencia, pero según el ritual hoy toca misa a la Santa Cruz, y como es votiva no lleva Credo ni Gloria. ¿No se sigue el misal aquí?

El Joven se fue a la cama con una idea muy poco feliz. La liturgia era inamovible, ¿qué era eso de «tenemos la costumbre»?

> Recordado Padre, Su Gracia Altísima:
>
> El Espíritu Santo esté siempre en el alma de Vuestra Merced y le dé Su santo amor y temor, amén.
>
> Desde el primer día de estancia en la ciudad fui presa de todo tipo de dudas. Por eso me dirijo a usted, Su Reverencia, con el ánimo de continuar a la distancia (a través de horaciano género) esta relación que con tanta desproporción

de ganancias usted se ha dignado a mantener conmigo.

A Su Reverencia suplico tomar en consideración algunas de estas dudas, de las cuales destaco:

¿Puede variarse el culto del misal por razones de costumbre, circunstancia, gusto?

Sobre el atuendo y ciertos usos que he podido observar entre mis compañeros, ¿obliga la ciudad a un relajamiento en la disciplina del hábito, la media negra y el zapato charolado?

¿Supone alguna pérdida espiritual el dejarse llevar por la curiosidad y, sin tener por qué, mirar lo que se ofrece en las vitrinas de los almacenes, comercios en general? Y en esta misma línea: ¿antojarse de algo (bizcocho, gelatina de pata, bocadillo o pedazo de salchichón) entre el tiempo riguroso de las comidas, y comerlo, supone una falta de temple, es indisciplina?

De mis primeras impresiones, Santo Padre, debo decirle: la ciudad no es en conjunto ni un pálido destello de lo que esperaba; sin embargo, el barrio donde vivo es muy bonito, aunque sencillo; lleno de tiendas y gente alegre. Los domingos hay mercado a unas pocas calles de nuestra casa y, en él, he podido ver esa bondad natural del hombre simple, esa *tranquila vida* de la que hablan los Evangelios.

Una cosa me ha impresionado en esta ciudad, Padre: son unos seres desarrapados, medio locos, que deambulan por las calles. Van descalzos, sucia y a jirones la ropa y el pelo en bubosa costra de mugre que parece dar razón al pagano Chardin en su idea del chimpancé como ancestro del hombre. Yo pensé en Bartolomé de Las Casas, ¿qué haría este santo frente a seres tales? Una vez más sentí la falta de su verbo iluminado, Padre, su charla calurosa y didáctica. Al ver a esos hombres desarrapados, víctimas de la repulsa, se impuso con fuerza la imagen de Cristo. Sí, Padre, pensé que esa expresión un poco ausente, superior, mirífica del Unigénito, estaba de alguna forma en estos pobres hombres. ¿Cómo veían al Hijo de Dios los ciudadanos de la urbe sino de esta misma cruel y despiadada manera?

Lo que arriba expongo me ha llevado a un firme propósito: intentar acercarme a ellos. Lo primero que pensé, infantil inocencia, fue ganarlos con obsequios. No resultó. Ensayé entonces una segunda técnica: hablarles con naturalidad, mirarlos bien fijo a los ojos. Así he podido

acercarme a algunos de estos hombres y, poco a poco, conocer algo de sus vidas.

¿Qué debo pensar, recordado Padre, de estos desposeídos, considerados como monstruos por sus conciudadanos?

No abuso más de su paciencia y bondad, Su Alta Gracia, y aquí me despido, rogándole que considere mis dudas y les dé sabia respuesta en la medida de su disposición.

El Divino Rostro esté con Su Merced y me lo guarde.

Indigno siervo de usted,

Horacio

El Superior terminó de leer la carta y volvió a guardarla con cariño en el sobre. Se levantó de la banca de piedra en el patio del claustro y caminó de vuelta hacia su cubiculum. Estaba emocionado, la lectura le había hecho brotar lágrimas y con la alegría su corazón había saltado como una pelota de goma.

Ahora podía disipar esas terribles ideas que el Inmundo le murmuraba en sueños. ¿Cuáles? Que cuando el Joven estuviera instalado en la ciudad, bajo la tutela de sabios profesores y maestros, se alejaría de sus consejos al punto de recordarlos entre risas y burlas. Era Lucifer el artífice de estas bellaquerías, pensó, el que se las soplaba al oído. El entusiasmo del Joven por sus consejos le daba fuerzas, pero algo le preocupaba; algo dentro de él le decía que ese interés de Horacio por los mendigos no era bueno. Él podía entenderlo, sin embargo. La evangelización es una suerte de fiebre que lleva a todo religioso a cometer excesos. Pensó en las mil caras del Demonio, en cómo hasta hacer el bien podía llegar a convertirse en un vicio ególatra.

Una ligera molestia estomacal, producto de las emociones de la carta, lo obligó a anclar en su despacho a la hora de las onces. Quería escribirle al Joven y, tras disolver un poco de bicarbonato, se concentró en la carta. La hora de la comida lo sorprendió en ese mismo lugar, acurrucado sobre el papel, garabateando con un entusiasmo que no recordaba desde las épocas de novicio en Duitama.

* * *

Ahora el amor (v)

Heberto miró el reloj, agachó la cabeza para mirar por la ventana y, al final, un poco nervioso por la hora, decidió bajarse en el semáforo de la 67 para continuar a pie. Fue dando saltos hasta el

andén de la 13 y caminó sin afanes, con las manos en los bolsillos. Había comenzado a silbar una de Pedro Infante cuando sintió el llamado a sus espaldas.

—¡Deténgase el civil!

Vio un grupo de personas apoyadas en las casetas de flores, con las manos en alto. Un policía se le acercó.

—¡Documentos!

Trató de sonreír mientras sacaba la billetera. El agente fue revisando: cédula, libreta militar…

—Se me coloca ahí para una requisita, me hace el favor —le señaló el tabique metálico de una de las casetas.

—¡Sepáreme bien las piernas!

Le devolvió los documentos. El policía regresó al grupo y le dio el «siga, circule» que Heberto apenas escuchó. Miró hacia el furgón y vio a varios detenidos esperando que terminara la redada para ir a la estación.

Entró a La Chinita, escogió una mesa en el rincón de la ventana y mandó poner un jarrón de flores. De pronto se acordó, voló al baño y se repasó el peinado con la peinilla humedecida; luego el agua de colonia, unos buchecitos de agua para el aliento y… Uy, una espinilla de última hora: ¡afuera! Volvió corriendo a la mesa y miró impaciente por la ventana.

—¿Qué flores le pongo, jefe? —el chino lo vio nervioso, agitado.

—Las mejores. Es que me quiero cuadrar a una hembrita.

—Tranquilo. Éste es el sitio.

—Si no fuera molestia, a ella le gustan los boleros… Si se pudiera hacer sonar un disquito después del postre.

—Claro, claro, jefecito, y fíjese, aquí a la vuelta hay un club de música, si quiere le puedo contratar un trío.

—Con el tocadiscos está bien.

El chino se fue a traer las flores y Heberto se instaló en la ventana. ¿De qué lado de la Caracas vendrá? Miró con atención todas las busetas que paraban, los grupos que atravesaban por el semáforo; una pareja de estudiantes discutía frente a la ventana mientras comían empanadas chinas y, de pronto, caminando muy rápido, le pareció reconocerla. Sí, era ella. ¿De dónde vendrá?

—Perdone el retraso, señor Huambisa —le dio la mano mirando el salón del restaurante y pensó qué pena, debe ser carísimo.

—No es nada, señorita, pero prometió decirme Heberto.

—De verdad perdone, Heberto.

No dejaba de repetirse en la mente «qué maravilla»: la piel

morenita, los ojos negros como dos tizones, lindo peinado, y ahí, sentada con él en lo que, aun si nunca lo hubiera reconocido, constituía su primera cita con una mujer (que no fuera de su familia). Volvió a hacerse la pregunta: ¿qué hacía una flor como ella trabajando en esa casa? Tan tímida, tan noble, tan sensible.

—¿Un aperitivo?

—Si insiste, sólo por acompañarlo.

Pidieron dos copas de cherry y la carta. Entonces Tati sintió vergüenza: era la primera vez en su vida que entraba a un restaurante chino. No sabía qué pedir, no entendía los nombres y sintió angustia del ridículo.

—¿Qué van a comer? —el chino la miró de arriba a abajo.

Entonces Heberto tomó, galante, la palabra.

—Si me permite, señorita, le recomiendo éste de aquí —señaló uno con el dedo y aprovechó para rozarle la piel.

—¿Es rico?

—Una delicia.

—Pues ése.

El chino tomó nota y voló a la cocina.

—Nunca había venido a este restaurante, Heberto. Qué pena, será carísimo.

—No… Yo siempre que puedo vengo.

—¿Sí? Quién sabe a cuántas habrá invitado…

—Usté es la primera. Jurado. Bueno, miento… —hizo una pausa y Tati lo miró un poco sonrojada—. El año pasado invité a mi hermana para su cumpleaños.

—Ah… ¿Tiene una hermana?

—Sí, se llama Elvia. Vive en Sogamoso.

—¿Ustedes son de Boyacá?

—Sí señorita, ¿y usté?

—De Sasaima. Claro que vivo aquí hace tiempos.

El chino trajo los platos mirando a Huambisa con expresión cómplice. Comenzaron a comer y Tati se sintió feliz.

—Está delicioso, Heberto. Me aconsejó bien.

Más la miraba y menos entendía. ¿Quién la habrá llevado a trabajar a la casa? Era tan diferente a las otras… Además sabía vestirse.

—Quíteme una duda, señorita. ¿Vive muy lejos de aquí?

—Noo, aquí cerquita. ¿Por qué?

—Es que la vi venir del otro lado de la Caracas, entonces pensé

que vivía hacia el norte.

—Me vine caminando.

—¿Sí?

—Sí, vivo a diez minutos. Apenas pasando la Caracas.

—Como me dijo que iba a demorarse yo pensé que vivía lejos.

Tati se sonrojó otra vez, pensó que ya estaban en el punto al que no quería llegar. ¿Debía decir de una vez lo de Cheli? Se sintió confundida.

—Tenía cosas que hacer en la casa.

—Ah… ¿Y vive sola?

—No, con una amiga —se atragantó un poco, disimuló clavando la mirada en su plato.

—Y usted, ¿vive solo?

—No, señorita. Qué más quisiera. Vivo con mi mamá. No es que me parezca mal pero, usté sabe, para un hombre soltero tiene sus problemas vivir con la mamá.

Tati se sonrojó.

—Pues yo no conozco Boyacá. Dicen que es bonito.

—La pura verdad: los pueblitos, el paisaje, la comida… ¿Ha probado el cocido boyacense?

—No.

—Es de chuparse los dedos. Y nuestro ajiaco, ¿no? Lleva habas. Otro día, si permite, la llevo a un sitiecito de comida boyacense, ¿sí?

—Me da pena con usté, gastarse la plata así…

—¿Pena? La platica es para disfrutarla, señorita, y más con alguien como usté. Así debe ser la felicidad.

—No diga eso, Heberto.

—Es la pura verdad. Le hablo con el alma.

Terminaban ya de comer y Tati pensó en la niña. Miró con disimulo el reloj, ¿estará dormida? Sí, se dijo, Cheli nunca se despierta por la noche.

Pidieron helado de postre y Tati volvió a sentir vergüenza de la invitación, pero de pronto el corazón comenzó a latirle más rápido, las piernas le temblaron y las mejillas le hirvieron de emoción: sonaban los primeros compases de Solamente una vez.

—Se la dedico, señorita —Heberto le cogió la mano apretando fuerte pero ella sintió miedo y se soltó ahí mismo.

—Gracias… Es mi disco preferido.

Desde el fondo del salón el chino les lanzó una mirada

complacido.

—Si no es mucho pedirle, señorita, me gustaría llevarla en taxi hasta su casa.

—No gracias, si vivo aquí no más. Yo le agradezco lo mismo, Heberto.

—Entonces déjeme acompañarla a pie. No son horas para andar sola por la calle.

Estuvo tentada pero prefirió irse sola. No quería que él supiera dónde era su casa, nunca se sabe, le daba miedo que un día viniera a esperarla y la viera con Cheli.

—Muy amable, Heberto, pero de verdad que no.

Se despidieron en el semáforo con un beso rápido. Tati se fue con la cara ardiendo, como hipnotizada. Él caminó por la Caracas fumando un cigarrillo, pensando que esta vez la suerte parecía estar con él.

Metió la llave bien despacito, empujó tratando de no hacer ruido y se quitó los zapatos. ¿Estará dormida? No había terminado de pensarlo cuando oyó la voz en la oscuridad.

—¿Es usté, mijo?

—Sí, sumercé… —sintió el reproche en el tono, encendió la luz—. Es que se me hizo tarde, salimos con unos compañeros de la oficina y…

Vio dos bolsas negras alrededor de los ojos, marcas de lágrimas en las mejillas.

—Mijo, la próxima vez haga el favor de llamar, ¿sí? Ya se lo dije una vez, ni que me quisiera matar del susto.

—Salí con dos compañeros y se nos ocurrió ir a comer a Chapinero. No más.

—¿Y es que la comida que le hago acá no es buena o qué?

—Claro que sí, sumercé, pero por una vez…

—De vez en vez va a terminar matándome, Tico.

—Le prometo que no vuelve a pasar, sumercé. ¿Me cree?

—Esperemos.

—También es que yo ya no soy un niño, me sé cuidar. No entiendo qué es lo que le preocupa.

—Su papá también decía lo mismo, mijo, que se sabía cuidar. La noche que lo mataron me protestó con esas mismas palabras.

—Yo no me meto en política, sumercé —sintió un temblor en el labio y pensó que nunca le contaría la verdad—. A mí no tiene por qué pasarme nada.

—Bendito sea Dios que no, mijo.

Fue a la cocina, sacó la botella de leche y sirvió un vaso, luego se asomó a la ventana y miró sin interés. Llovía. La poca gente caminaba pegada a los muros y él pensó que al fin tenía un motivo, algo por lo cual aguantarse las levantadas a las seis, los regaños del subdirector y las chocheras de la mamá. Esa hembrita era para él. Estaba escrito.

Tati entró feliz a la casa, fue al cuarto y encontró a Cheli durmiendo, linda, juiciosa. Se miró al espejo: ¿Será bonita? Pero ahí mismo le pidió perdón a Dios por la vanidad y se disculpó con los tullidos y desfigurados de san Lázaro. Se desvistió despacito, se puso el camisón y se metió despacio a la cama, al lado de la niña. Pasó un rato intentando dormirse pero nada: recordaba cada palabra, cada detalle, y pensó que si estaba despierta bajaría a esperar a Claudia a las seis para contarle.

Claudia se acurrucó al oír los pasos, luego sonaron los golpecitos en la puerta de la despensa y ella dijo con una voz apenas audible:

—¿Quién es?

—Yo —la voz del chino Arbeláez entró afilada por el quicio.

—¿Me la consiguió?

—Sí, huélala —le pasó la bolsa—. Es buena bareta.

Le dio los billetes y salió por la otra puerta sin despedirse. Subió volada al baño para armarse el cacho de la prueba y cuando le dio vuelta a la llave se acordó de Tati. Fumó dando larguísimos tirones, ¿cómo le habrá ido con su príncipe azul? Ojalá que bien.

Poncho dio un salto hasta el cuarto de Laura, empujó la puerta y vio su silueta a través de la cortina del baño. La descorrió despacito y la encontró en el bidé, con los calzones por las rodillas y la falda levantada hasta la cintura.

—Ahorita no, churro, estoy rota.

Le acarició las piernas, le pasó el dedo por el sexo.

—Otro día, papito; ¿sí? Ahora ya me está doliendo. Mire la hora que es.

El chino Arbeláez salió por la puerta del garaje con la plata. Fue hasta la esquina y pegó un chiflido. Una sombra pasó por el muro del frente y, antes de llegar a la luz del poste, contestó el saludo.

—Tengo aquí el billete, hermano, completico —le dio los 400 pesos. Acarició en el bolsillo los 100 de ganancia.

—Venga la próxima semana. La chimbita se está dando duro en

la cabeza y a lo mejor le vuelve a comprar.

Volvió a la casa, buscó el trapeador y comenzó a colocar las sillas sobre las mesas, a ordenarlas a los costados del salón. La Señora pasó con una bata estampada y se sirvió un aguardiente en la barra.

—Trapéeme bien los rincones, chino, ¿me oye?

La vio atravesar el dancing con esas chanclas japonesas que él había visto en San Andresito y dijo entre dientes «cucha hijueputa».

—¿Qué dice, chino?

—Nada Madam, estoy rezando.

TRES

El hombre era bajito, barrigón, con ojos pequeños enmarcados por inmensos lentes de carey negro. Natalia y Arturo habían leído la placa en la entrada del edificio: *Orígenes Lemos Detective*; pasaron con cierto temor por entre escándalos de fotocopiadora y un terrible olor a amoniaco hasta llegar una puerta metálica, un corredor angosto y, finalmente, una salita con varias sillas en la que una secretaria los recibió sin mirarlos, dejando a un lado su tricota y ajustándose las gafas.

—¿Tienen cita?

Contestan que no, que vienen de parte del doctor Medina.

—Ah… Un momentico por favor, siéntense —descuelga el teléfono, le da a un botón verde y murmura una frase entre dientes —. En un segundo los atiende.

Arturo registra toda la habitación recordando las novelas de Dashiell Hammet, de James Ellroy y R D. James. Sobre la mesa había un montón de revistas *Enigma* y algunos números de *Selecciones del Readers Digesty El Mió Cid ilustrado*, y sobre el escritorio, lleno de anotaciones a lápiz en los márgenes, un volumen de *Las mil mejores poesías de la lengua castellana.*

El botón verde de la secretaria se enciende de pronto.

—Ya pueden seguir.

Se había levantado para recibirlos. Olía a cigarrillo; Arturo sintió un ligero desagrado al estrechar sus dedos regordetes y húmedos.

El despacho es una habitación oscura, atestada de legajos y ficheros. Por la ventana puede verse el muro desconchado del edificio vecino y, más allá, al fondo, un cuadrado del cielo gris y lluvioso. Natalia se adelanta hasta un sillón empolvado y toma asiento; Arturo permanece de pie, atento a las evoluciones del detective que acaba de encender otro Nacional.

—¿Un tintico? —su voz es dulzona; en un gesto nervioso se lleva los dedos a las cejas para retirar pequeñas partículas de caspa que luego sopla con el humo del cigarrillo.

—¿De parte del doctor Medina? Bien, bien —mira pensativo la

punta de su zapato, luego explora el techo arrugando la frente—. Supongo que vendrán por lo de… —abre una carpeta descosida, pasa varias páginas con sus dedos de uñas mordidas.

—Claudia Medina —Natalia comienza a impacientarse.

—Claudia Medina, eso es.

Tiene unas mancornas en forma de carabela. Un pisacorbata le adorna el pecho y una mancha de sudor se extiende por debajo de cada brazo.

—Un papá buscando a su hija… —mira a Natalia—. ¿Hay en el mundo algo mas noble? El drama del árbol con las ramas que se rompen, con los frutos que caen. Hay animales que matan por sus hijos, otros en cambio se los comen —sonríe, su cara se pierde entre la humareda del Nacional—. El hombre también mata para defenderlos, señorita, ¿y sabe por qué? Porque después, cuando lo entierran, esos hijos siguen existiendo encima de él… Vienen a ponerle flores, a rezarle, así es la cosa —abre un cajón, saca un cuaderno y hace varias anotaciones a lápiz. Lo vuelve a guardar y se disculpa.

—Queríamos saber si ha conseguido alguna información sobre Claudia Medina.

El timbre del teléfono la interrumpe de pronto; el detective levanta el auricular y se da vuelta en la silla.

—¿Pudo comunicarse, Tulita? ¿Sí…? Pásemelo, entonces… Doctor, buenas tardes, ¿cómo me le va? Ahí, bien. Tengo aquí a unos amigos suyos.

Natalia y Arturo se miran sorprendidos, ven la espalda obesa de Lemos y las gotas de sudor resbalando por cuello.

Cuelga, vuelve a girarse hacia ellos y los mira con una sonrisa que pretende ser amable.

—Disculpen esta pequeñísima *verificatio*. Entenderán que la disciplina de Descartes es el abc de mi oficio, ¿no? Hay que dudar de todo, hasta de nosotros mismos, porque, ¿qué somos? —se interrumpe a sí mismo—. Perdonen, ya ven que soy propenso a la reflexión. ¿Qué me decía, señorita?

—Preguntaba si tenía alguna información sobre Claudia.

Saca otro Nacional, lo enciende con el chicote del anterior y da dos inmensas bocanadas. Luego busca el pañuelo en uno de sus bolsillos y se lo pasa por la frente, por las sienes cargadas de sudor.

—Veamos… La señorita Claudia no llegó sola a Bogotá, no —mira un papel extraído de la carpeta, lee—. La acompañaba el señor Andrew Pitt, con pasaporte inglés número tal y tal… Se alojaron en

una residencia en la calle 70 con 9a. El viernes 22 se cambiaron a otra casa en la calle 8a con 4a, y de ahí salieron con rumbo transitoriamente desconocido…

—¿Y ahora dónde está?

—Señorita, ¿usted cree que si esto fuera tan fácil habría gente licenciándose en las escuelas de detectives? —agarra varias partículas de caspa y las sopla entre sus dedos—. Esto toma su tiempo, yo ya sé dónde no está, pero claro, de ahí a…

—¿Y dónde no está?

—Aquí, en Bogotá —sonríe triunfal mientras dos columnas de humo bajan con fuerza por sus fosas nasales.

—¿Y cómo sabe que no están en Bogotá?

—Yo tengo mis métodos, señorita, y le aseguro, no está muy lejos, y va a volver —los mira fijo y toda su cara se trasforma—. Hay que ponerse en la mente de la persona, ¿y no le parece normal que lleve de paseo a su amigo? Existe la psicología, señorita, pero no la magia. Hm, si yo tuviera esos poderes… Imagínese, ¿estaría aquí? Ellos no están muy lejos, ¿a dónde se fueron? Ahí entra la imaginación, *Vimaginaire*: ¿A dónde llevaría una muchacha de 23 años a un joven inglés? ¿Qué relación exacta hay entre ellos? Señorita, *Vimaginaire* es la curva en dónde la lógica se pierde. El ser humano es muy complejo. Pero sus actos se rigen por impulsos que, modestamente le digo, están al alcance de cualquiera que se atreva a interpretarlos. Ahí entro yo. Tengo los libros que la señorita Claudia leía en el colegio, las cartas, lo que debió leer… ¿Entiende? Sólo cuando pueda ser ella voy a poder encontrarla —tira una bocanada inmensa y vuelve a clavar los ojos en la punta de su zapato.

—Nosotros vamos a hablarle tan pronto usted la encuentre. Soy la enfermera del doctor.

—¿Pero está enfermo? No sabía… Yo lo veo muy bien, una salud de hierro, ¿me entiende? ¡Por la forma como empina el codo! Otro ya estaría trapeándole corredores a don Sata —deja salir una carcajada que inmediatamente contiene, un chorro de sudor le humedece el cuello de la camisa.

—Para el doctor esto es muy importante… Entre más rápido la encuentre va a ser mejor. Yo supongo que él le habrá hablado…

—Sí, claro —vuelve a encender un cigarrillo y Natalia comienza a marearse.

—Quería dejarle mi teléfono, así cuando sepa algo me puede llamar.

—Déjeselo a Tulia, si yo lo anoto lo pierdo. A mí me pasa igual que al poeta Juan de Dios Peza, que tenía que memorizarse los versos y llevárselos así al impresor. Una desgracia.

—¿Cuánto tiempo calcula usted, señor Lemos?

—Ah, el tiempo. Señorita, ¿se ha fijado usted en la precisión con que las abejas se encuentran después de las larguísimas recolecciones del polen? ¿No? Es un prodigio, todas se reúnen en el mismo instante y, sabiendo eso, yo le preguntaría: ¿ha visto alguna vez a una abeja mirando un reloj? No, señorita, la solución de cada misterio es como una de esas abejas: siempre llega a tiempo. Usted quédese tranquila que yo la llamo.

Extiende su mano fláccida, se despiden rápido y salen a la calle con el deseo de respirar.

«Quince años», pensó Natalia, creyendo que soñaba. Por fin. Mamá le había dicho que harían una fiesta por todo lo alto, que invitara a esos muchachos del Gimnasio Moderno que eran tan educados, y ahí estaba, viendo a los de la miniteca armar las luces en la sala, probándose el vestido y llamando sin parar a Mónica, a Juanita, a su prima Tere.

La mamá también iba y venía: los pasabocas, la comida, el licor para los grandes, el maní y las aceitunas. Natalia había abierto esa mañana los regalos de mamá y casi lloró de alegría al ver las medias veladas, los zapatos altos. Ya era una mujer. El vestido que se iba a poner era divino, nada que ver con esas baticas que tanto odiaba: tenía un escote atrevido, le ceñía la cintura y la falda se abría hasta la mitad del muslo.

A las nueve comenzaron a llegar los invitados. La familia primero, la prima Tere con su novio y, un rato después, una por una, todas sus compañeras del Gimnasio Femenino. El baile empezó enseguida, primero un vals con el tío, pero luego empezó la fiesta de veras y para ella la felicidad, pues Javier había venido temprano y con el mejor regalo: un libro de fotografías de artistas. Bailó con él escondiendo la emoción. Javier era su traga.

Pasada la medianoche la familia comenzó a despedirse y ella se sintió feliz de estar sola con sus amigos. Sólo se quedaron la prima Tere y el tío Raúl, los más jóvenes. La miniteca estaba contratada hasta las doce, pero el tío Raúl, que era el que más bailaba, sacó la chequera y dijo que se quedaban hasta que el último se durmiera. Natalia pudo entonces bailar una serie de vallenatos con Javier y, entre vuelta y vuelta, se fue recostando en su hombro, lo animó a bajar la mano y lo sintió apretarse contra ella. Se moría de ganas de

darle un beso pero era imposible, a lo mejor a la despedida, pensó. Lo malo era que a cada rato la venían a sacar y como Javier era tan tímido no protestaba.

Juanita bailaba pegadísima con Juan Arturo, y Ménica y Jimena ya se habían dado besos con sus novios.

En la despedida, mientras todos charlaban en la puerta fumando el último cigarrillo, Natalia llevó a Javier a su cuarto con la disculpa de buscarle la chaqueta. Ahí lo abrazó y por fin se besaron. Ella sintió su mano en la cintura, los dedos que subían buscando sus senos mientras todo su cuerpo temblaba contra el suyo. Por primera vez en su vida sintió ganas de acostarse con un hombre. Antes el sexo era una pura abstracción, algo que sucedía en su mente, pero en ese instante, con Javier, las fantasías tomaban cuerpo, se concretaban en esa mano que le apretaba los muslos con torpeza, que intentaba meterse entre la red de sus medias. Cuando la prima Juanita entró al cuarto buscándola se separaron bruscamente; Javier salió despidiéndose rápido, avergonzado. Ambas se tiraron a la cama muertas de risa y, ella, de felicidad.

Caminan por la 7a, sin afán, mirando las fotos de los cines y de vez en cuando alguna vitrina. En la 19 Natalia piensa en ir al paradero de las busetas del norte, pero mira un poco alrededor y siente ganas de estar un rato más con Arturo.

—¿Tienes algo que hacer?

—No, ¿y tú?

Caminan hasta el Planetario con la idea de ver la proyección pero una vez allí ven el cartelito de «completo» en la taquilla; dan una vuelta por el edificio, miran las pinturas en el segundo piso y luego se fascinan con las arañas en el Museo de Historia Natural. Al salir vuelven a la 7a, se quedan un rato en las vitrinas de la Buchholz, frente al Centro Internacional, y finalmente van a sentarse a una cafetería. Oscurecía, eran más de las seis de la tarde.

—¿Vamos después a tomar algo? Total hoy es viernes —Natalia toma un sorbete de curuba. Se siente alegre y de pronto es como si estuviera en una ciudad desconocida, como si Bogotá fuera un lugar al que llegaba por primera vez.

—Podemos ir al Boliche. Está aquí cerquita, ¿lo conoces?

—No. Vamos, llévame.

El lugar es pequeño, oscuro; en cada mesa hay una vela encendida y todas las paredes están recubiertas con afiches, letras de canciones, poemas, caricaturas. El Boliche es como una embajada en el centro, a las orillas de ese infierno que para

cualquier joven del norte representa la ciudad más allá del parque Nacional.

Hablaron de Carlos. Ella le contó su absurda relación con él.

—¿Y entonces por qué sigues?

—No sé. Es una vida castrante pero a la vez fácil, atractiva, ¿entiendes? Yo soy muy débil, siempre me ha hecho falta alguien que camine delante.

—¿Débil?

—Sí. Y ahora lo que quiero es hacerme fuerte, fuerte sin él, ¿entiendes? Sin lo que él representa para mí. Pero… ¿y tú? ¿No sales con nadie?

—De vez en cuando veo a una amiga, pero no somos novios… ¿Tienes hambre?

Son casi las ocho. No saben qué hacer. Al fin van a comer algo y luego se quedan indecisos: ¿no era viernes? Podían irse a bailar a El Goce Pagano, a Quiebracanto.

—Probemos Salomé, a ver si no está muy lleno.

¿Le gusta Natalia? Hay que estar atento, tener cuidado con el ron y no dejarse llevar. Siente euforia, una especie de soplo que lo empuja hacia ella. Fue Natalia quien propuso venir y era ella la más entusiasta con el baile cada vez que el tocadiscos cambiaba de ritmo. Es su temperamento, piensa, ¿por qué había acudido a él? Siente que todo va a dañarse esa noche, que las cosas van fatalmente hacia un fin. La mira y ve en su cara la misma euforia que él siente, que él teme.

Bailan abrazados. Arturo siente vergüenza al no poder evitar una aparatosa erección; piensa que ella se da cuenta y comienza a pensar en crímenes, en los dolores de muela cuando el doctor Peralta, pero nada. Un sudor pegajoso le baña la espalda y de repente decide separarse.

—Perdona, voy un segundito al baño.

Se sienta en la taza luego de hacer un esfuerzo para orinar. Piensa: ¿querrá algo Natalia? Imposible. Es sólo su cabeza, está borracho.

Van hasta el jeep caminando muy despacio. Arturo no para de fumar.

Al llegar a la casa se estaciona unos metros antes de la portería.

—Bueno… Llegamos. Chaíto pues —dice, y ella lo abraza hasta llegar a sus labios. Están muy excitados.

Llegan al motel y Natalia se pregunta si será capaz. Se desnudan tocándose. Natalia se recuesta en la cama y separa las piernas mirándolo a los ojos. Arturo viene a su lado, termina de desnudarla y la besa. No se dicen nada, no se miran. De pronto él siente sus manos como hierros frenándolo, su voz entre suspiros.

—Espera, espera… —ve su cara descompuesta, los ojos hinchados, desfigurados por las lágrimas—. Perdóname, no puedo.

La ve vestirse muy rápido, guardar todo en su bolso e irse a la puerta crispada de nervios. «Llévame a mi casa, por favor, llévame rápido.»

¿Se dejó llevar? ¿Quería? Había querido hasta que los ojos, la imagen entera de Carlos vino a interponerse. Quiso volver atrás, estar de nuevo en ese hotelito con Arturo y hacer el amor hasta quedar exhausta, pero al rato volvía a arrepentirse y deseaba no haber salido nunca con él.

Se levanta del bidé sin hacer ruido, se seca las ingles y el sexo y camina desnuda hasta su cuarto. Desde un rincón del corredor la mamá la observa en silencio, sin entender: ¿qué hace Natalia? ¿De dónde viene? Mira la hora en el reloj de la cocina, es tardísimo.

* * *

Ahora el amor (vi)

—Te vas a tomar una agüita de ortiga con cinamón, cielo. Así se te calma un poco. A ver, alguna que baje a decirle a Poncho.

La Pastusa estaba metida en la cama, tiritando, con 39o de fiebre y una cara tan pálida que hasta la Señora llegó a preocuparse.

—¿Cuándo comenzaste a sangrar, mamita?

—Ayer por la noche.

, Alrededor estaban Malú, Tati y Laura, todas diciéndole cosas al oído para que se distrajera del dolor.

—Tranquila, Pastusita, no es nada —le dice Laura—. A mí también me duele el mes, pero eso se quita rápido. Ya va a ver.

La Pastusa era la más jovencita, tenía apenas 17 años y había comenzado en la casa la Navidad anterior.

—¡Qué hubo de la infusión, carajo! —la Señora asomó la cabeza por la puerta y gritó escaleras abajo.

Lila apareció al minuto con un charol, la teterita y la taza. Estaba tan nerviosa que derramó un poco de agua hirviendo y casi se quemó las puntas de los dedos.

—A ver, mamita, esto hay que tomárselo bien caliente.

Tati estaba asustadísima. ¿No podía ser algo grave? Miraba a la Pastusa y se le aguaban los ojos. Cómo le dolía, como se retorcía entre las sábanas.

Esa tarde Tati había llegado contenta a la casa porque durante el almuerzo había podido contarle a Claudia la comida en La Chinita, con pelos y señales. Claudia le dio un abrazo asegurándole que antes de fin de mes le echaba el cuento y pasaron felices imaginando bobadas de matrimonio y hermanitos para Cheli. Pero al llegar a la casa, cuando estaba con todas haciéndose lo que Madam llamaba «la tualet», vieron a la Pastusa partirse en dos, vomitar y dar gritos de dolor hasta desmayarse.

—Voy a hacerte un masaje, cielo. A ver, levanta la camisa.

De vez en cuando una lágrima rodaba por la cara de la Señora —Malú hubiera jurado que eran gotas de sudor—; tenía las mangas subidas hasta el codo y las manos bien untadas con un linimento casero que ella fabricaba.

Las manos callosas de uñas pintadas y anillos de la Señora iban y venían sobre el vientre liso de la Pastusa esparciendo la crema.

—¿En dónde te duele más, mijita?

—Debajo del ombligo, madre, por ahí…

Poncho llegó hasta la puerta, metió la cabeza y clavó los ojos en el cuerpo desnudo de la Pastusa. Tati le cerró el paso.

—¿Qué le pasa?

—No sabemos, pero debe ser grave. La Señora la está curando. Ande, bájese, si lo ve aquí le arma problema.

—Suban unas toallas y pónganlas en agua caliente. Está volviendo a sangrar.

Lila se asustó de veras. Eso ya no era la regla, era algo más grave. Tati bajó corriendo, fue al cuarto de la plancha y cogió un montón de toallas. Malú tenía abierta la llave caliente del lavamanos, una nube de vapor empañaba los vidrios y el espejo.

La Pastusa comenzó a tener contracciones, a abrir los ojos con angustia volteándolos hacia adentro hasta dejarlos en blanco.

—Llamemos un médico, Madam. Se nos va a morir —Malú le sostuvo la cabeza, le acarició el pelo.

—Qué médico ni que nada, yo sé manejar estas cosas mejor que nadie, ¿qué va a saber un médico de mujeres que yo no sepa?

—Pero madre, ¿qué es lo que tiene?

La Pastusa abrió los ojos, la miró entre lágrimas.

—Sí, madre. ¿Qué me pasa?

La Señora la miró con cariño. Le limpió el sudor de la frente con un trapo y dijo despacio:

—Estabas embarazada, mamita. ¿Cómo no te habías dado cuenta? Ahora vas a botarlo.

—¿Botarlo…? —Tati y Malú se miraron angustiadas. La Pastusa se olvidó del dolor por la sorpresa.

—No pongas esa carita, cielo. Va a salir bien. Es una cosa natural. Como éste ya traté yo miles, si me haces caso la semana entrante ni te vas a acordar. ¡A ver las toallas, carajo!

Tati las trajo corriendo y la Señora comenzó una fricción de alcohol para dormirle la zona. Continuó el masaje haciendo cada vez más fuerza.

—Malú, mi amor —miró el reloj—. Baja y dile a Poncho que cierre la puerta, esta tarde no se trabaja. Que cuelgue un letrero en la puerta que diga «Cerrado por enfermedad». ¡No, espera! Mejor «Cerrado por viaje de la propietaria».

El chino Arbeláez jugaba con su yo-yo detrás de la barra, Poncho oía radio con la oreja pegada al aparato para no hacer ruido.

—Era la Pastusa, hermano, y qué cara tenía. Estaba pálida como una baldosa. Tati lloraba, man, y si mandaron cerrar será bien grave.

—Ojalá se salve la Pastusa —el chino hacía figuras—. Me cae bien esa hembrita.

—A mí me gusta como habla. Así digan que los pastusos son tarados. Pura mierda de la gente, ¿sí o no?

—Uy, hermano, y aquí entre nos: es un chimbonón, y bien blanquita.

—No sea grosero, chino. La Pastusa enferma y usté pensando esas cosas.

—Uy sí —juntó las manos y las dirigió hacia la escalera—. Perdón Pastusita.

Tenía la frente empapada, pobre, cómo debía dolerle. Tati le pasaba el pañuelo húmedo para refrescarla y para que el maquillaje no le chorreara por el cuello con el sudor.

—¿Falta mucho, madre?

—Un poquito. Todavía no lo ha botado. Lo importante es parar después la hemorragia.

Al fin se contrajo y la Señora movió la cabeza en señal de victoria: ¡ya salía! Como un coágulo, así de chiquito. La Pastusa debió sentir algo de alivio porque dejó de contraerse, de mover los

ojos. Ahora venía lo difícil porque había perdido hartísima sangre.

—Más paños, agua fría, a ver. Hay que parar esto —la Señora se puso seria, las miró con gravedad—. Levanta las piernas, mamita. Así, bien, ya sale menos. Lila, trae el cinamón. Mi amor, te va a doler un poquito pero luego te sana, ¿sí? A ver, muerde. Otra vez, échale unas gotas aquí. Muerde mamita, aguanta que ya pasa. Tati, agárrala bien. Ya pasa mi amor, ya…

La sangre fue disminuyendo hasta parar y la Señora soltó un bufido que llenó el ambiente de un olor agrio. Estaba extenuada, alrededor de los ojos tenía dos bolsas negras y las manos le temblaban.

—Baja Malú. Dile a Poncho que me suba un aguardiente.

—Sí, Madam.

—Y que vaya calentando más agua. Hay que darle otra infusioncita para que se le quiten los nervios.

—Ay, madre. Usté es un ángel… —dijo la Pastusa, medio delirando.

—¡Chito, mi amor! Tú descansa —se dio vuelta, se sentó en la cama sudorosa y las miró—: ¿Ven? Para eso sirve la vieja. Con la edad una tiene que convertirse en esto. A veces amiga, a veces madre, hospital para estas cosas. Ustedes dirán de qué sirve ser vieja, y es ley, pero luego, con la enfermedad, ¿se dan cuenta? Hay que salvarlas. Hm, la juventud.

—La fiebre todavía no le ha bajado —Lila le puso la mano en la frente.

Poncho subió con el aguardiente, la Señora lo bebió de un sorbo.

—Gracias, mijo. Súbame otro con el agua para la infusión, ¿sí?

De repente oyeron sonar el teléfono abajo y Malú salió disparada a contestar.

—¡Tati, para usté! El mismo de ayer, apúrele.

Se miraron todas con una risita que hizo sonrojar a Tati. ¿Era tan gracioso que alguien la llamara? Pura envidia, pensó.

—¿Aló…? —sintió un temblor en el pecho.

—Señorita, buenas tardes.

—¿Cómo le va, Heberto?

—Bien por lo conforme.

—¿Y qué ha hecho?

—Pensarla… —carraspeó—. Es que me acordé de usté porque vi que en el México dan *La ley del monte*. Como es una película bonita pensé que a lo mejor le gustaba verla esta noche.

—Pues… Gustarme sí, pero hoy no se va a poder.

—¿Y eso por qué? ¿Sale muy tarde?

—No, si hoy ni siquiera se trabaja. Es que una compañera tuvo un accidente y entonces entre todas tenemos que cuidarla.

—¿Ah sí? Ojalá y no sea grave.

—Ya está medio curada, pero hay que atenderla.

—¿Y si lo dejamos para otro día? El cine, digo.

—Yo podría el domingo. Si a usté le queda bien…

—Pues el domingo. ¿A qué horas prefiere?

—Pues… —pensó en la niña—. Matiné, así salimos temprano.

Lila pasó picándole el ojo y haciendo un gesto obsceno, pero Tati entendió que al fin y al cabo no había que ponerse cafuche por esas cosas. Total era como un juego.

—Encontrémonos en la 7a con 26, ¿sí? En las escaleras del Planetario —Heberto se frotó las manos con satisfacción.

—Bueno, ¿como a las dos?

—Bueno, a las dos. Entonces será hasta el domingo —carraspeó de nuevo—. Y… ¿sí me ha pensado?

—Hm, cómo molesta.

—¿Sí o no?

—Sí, adiós —Tati sintió las mejillas hirviendo y una profunda felicidad le llenó el cuerpo. Pensó que era malo sentirla ese día, cuando la Pastusita había estado tan grave.

Subió otra vez al cuarto y la encontró dormida. Todas alrededor la arrullaban, le cepillaban el pelo, la acariciaban mientras la señora, al lado de la cama, se lavaba las manos en una tinaja de agua tibia.

Colgó cuando ya le estaban dando golpecitos en el hombro. Que le apurara. Apúrese, Huambisa, ¿no ve la cantidad de gente que hay? El teléfono de la oficina no está para andar llamando viejas.

Volvió a su caja contento, sin importarle la mirada de odio de los clientes que hacían fila esperándolo. Qué caray, por dentro estaba feliz. Tati dijo que lo había pensado y eso le hacía sentir un escalofrío y hasta una presión rara por allá abajo, y todo eso mientras sellaba cheques y repartía plata sin mirar siquiera las caras de los clientes furibundos que desearían saltarse el vidrio y romperle la nariz.

Volvió a sonar el teléfono. Contestó Jiménez y le hizo una seña. «Para usté», y él pensó que ahora sí lo iban a linchar. Cogió el auricular con temor, sintiendo en su espalda el odio de los otros.

—¿Aló…? —cruzó miradas a izquierda y derecha—. Sumercé,

¿le pasa algo? Claro que sí, sumercé, yo voy a comer, sí. Pero no me llame tanto, mire que aquí no les gusta que se use el teléfono. ¿Cómo? Sí, adiós, sumercé…

Colgó y, al darse vuelta, encontró delante la nariz puntiaguda de Carrizo, el supervisor de agencias. Tenía en su mano una libretita, anotaba su nombre y código con un lápiz mordisqueado.

—¿Ya terminó? Si quiere estar más cómodo pase a la oficina del gerente…

—Era mi mamá, es que está…

—No la vaya a enfermar ahora para justificarse —Carrizo lo miró con desprecio de arriba a abajo—. Debería darle vergüenza, un hombre de su edad viviendo a costillas de la mamá…

Heberto regresó a su ventanilla abatido, lleno de odio y rencor. Contreras se le acercó, le puso una mano en el hombro.

—¿Problemas con Carrizo? No le pare bolas, a ese hijueputa lo vamos a poner en la calle, espere y lo verá —se sentó en una banquita al lado de Heberto, abrió un maletín y sacó varios papeles mimeografiados—. Mire, aquí está la convocatoria para la asamblea de Neiva. Los de Paz del Río participan, hermano, la vaina promete. Ah, y otra cosa, la reunión de mañana se aplaza hasta nueva orden; volvieron a amenazar el local y la policía lo selló por 24 horas. Hasta parece que fueran los hijueputas de gerencia los que amenazan —le entrega un montón de papeles—. Tome, repártase algunas entre sus amigos, yo mañana le aviso para cuándo quedó nuestra reunión.

Contreras cerró el maletín, se levantó encorvado y desapareció entre el laberinto de escritorios y mesas.

Como no hubo trabajo se dedicaron todo el día a hacer la limpieza de la casa. Al principio Laura no estuvo de acuerdo, se encolerizó.

—Yo podré ser puta, pero manteca ni muerta.

Se negó a coger la escoba hasta que Tati la convenció diciéndole que no iba a dañar un día así, de tanto compañerismo, con esa actitud tan fea. Que lo hiciera pensando en la Pastusita pues, al fin y al cabo, el mínimo la Señora se los iba a dar, como si fuera lunes.

Laura acabó barriendo el salón de abajo mientras Poncho y el chino Arbeláez viruteaban la escalera. Lila repasó los vidrios con papel periódico húmedo y todas asistieron al milagro de la trasparencia. «Parecen anteojos de periodista», había dicho Madam. Tati aspiró el tapete de arriba y luego, iniciando una ronda de

canciones a voz en cuello con Malú y Vanesa, trapearon los baños y el patio.

Lo de las canciones fue lo que más gustó, y así, al poco tiempo, por toda la casa se oía *La iguana, Moliendo café, La casa en el aire* y *El rey*. Poncho les sirvió unos pasaboquitas por orden de la Señora que, sabiamente, había opinado: «Para que la Pastusa se cure tiene que sentir la alegría de la vida.» La gran sorpresa se la llevaron todas cuando Laura, en un intermedio de canción, comenzó con tono decidido el himno nacional de Colombia. Al principio les pareció que estaba loca, pero luego lo fueron diciendo con ella hasta emocionarse.

La Señora se dedicó a cepillar las alfombras y a repasar los cojines y el forro de los muebles intentando componer los quemones de cigarrillo. Con un trapo brilló la barra, las mesas del salón y las estanterías de licores.

—Qué cosa, ¿no niñas? Son los problemas de la vida galante —volcó de un trago el aguardiente y dejó la copita vacía sobre la mesa.

—Sí, Madam, claro que sí —Laura le picó el ojo a Poncho, se acurrucó bien en la escalera para que él pudiera verle los calzones de hilo rojo y los muslos tamizados por las medias de espina de pescado.

CUATRO

Jaime se mira en el cristal de la vitrina y ve su imagen desaliñada, torpe. Se pasa un dedo ensalivado intentando contener el mechón de pelo que le cae sobre la frente pero es imposible.

¿Qué hace, una vez más?

Espera a Chela. En realidad la esperaba desde el día anterior, justo después de haberse despedido, contando el paso de cada segundo como quien espera una ejecución; intentó trabajar en su novela sentimental pero nada, ni las aventuras de sus personajes lograron quitarle de la mente la angustia del encuentro.

Durante la mañana había visto acercarse la hora con temor y, hacia las once, una idea lo aterrorizó: Chela iba a olvidarse. Sí, la invitación había sido tan frágil que, al poco tiempo, se debió borrar de su memoria: apenas una frase vaga que llegó hasta él entre el ruido de los buses. Estaba paralizado por la angustia cuando levantó el teléfono, pero a medio camino se detuvo: ¿a dónde iba a llamarla? Ni siquiera tenía su número. El anuario del colegio estaría por ahí, así que se lanzó en una búsqueda desesperada que lo dejó exhausto y con las manos vacías. Era injusto, cruel. Sintió ganas de gritar, de estar desahuciado en un hospital de caridad para que alguien viniera a ponerle la mano en la cabeza y todo el mundo se enterara de su sufrimiento. Entonces vio a Chela muerta de risa, la vio mirando el reloj y diciendo ¡uy!, y alguien junto a ella preguntando, ¿qué pasa?, y ella, nada, se me olvidó una cita, pero no importa.

Ahí estaba, frente a su reflejo en la vitrina de la tienda, angustiado al ver que sólo faltaban tres minutos para el mediodía y que a partir de ese instante la humillación vendría a hundirse en él como una flecha indochina envenenada. Ve su estúpida nariz, sus ojos apagados, la absurda desproporción entre su cuello y el tamaño de su cara. Piensa que la naturaleza había sido implacable con él, ni la más mínima concesión. Muchas veces se había preguntado el por qué de esa avaricia, ¿habría cometido algún horrendo crimen en una vida pasada? En su físico había ensañamiento, como si alguien

hubiera querido herirlo a propósito.

—¿Llegaste hace mucho? —dos golpecitos en el hombro, como el picoteo de un pájaro en la rama del árbol.

—No, acabo de llegar —siente un golpe de sangre en el cuerpo al verla: su hermosa cara, suéter negro y falda escocesa.

Toda la angustia, todo ese mundo oscuro y doloroso que ya presentía se ilumina de pronto. Vuelve a mirar su reflejo en el vidrio y, escondiendo una sonrisa, se siente ingenuamente feliz. Los años de torturas e insomnio tienen de pronto un sentido. Piensa entonces que la vida comienza en ese instante, en esa calle de Bogotá en la que por primera vez tiene una cita con Chela.

Caminan hasta un restaurante en El Lago intercambiando preguntas triviales. Se sientan cerca de la ventana y Jaime no para de repetirse en la mente: «¡Vino, vino!», riéndose del otro Jaime, del de hace una horas, el que jamás tenía una cita con una mujer y al que, de los espaguetis, le tocaba siempre tomarse el agua de la coladura.

Hace memoria: ¿cuándo había comenzado todo? Recuerda: cuarto de bachillerato, un examen de geografía:

—Tercero: describa la cuenca fluvial del Pacífico —Triangulito, el profésor, había hecho alinear las filas de pupitres para que no hubiera copias y en un prurito de orden les ordenó a todos cambiar de puesto.

Copiaron las preguntas entre bostezos, temblando de frío. Afuera helaba, eran las ocho de la mañana y desde hacía varios días una llovizna regular encharcaba los campos.

—Profe, ¿se puede sacar el atlas? —preguntó Zambita, desde el fondo.

—Usté es bobo, o qué. ¿Cómo les voy a dejar el atlas si ahí está todo?

Comenzaron a contestar. Jaime se sintió alegre al ver que podía con el cuestionario.

—Profe —otra vez Zambita—. ¿Podemos contestar las preguntas en desorden?

—Sí, ¿más preguntas?

Jaime estaba tan concentrado que al principio no sintió los golpecitos en la espalda. ¿Qué era? Se recostó en el sillón y echó atrás la cabeza.

—¿Me dejas ver la segunda? —pensó que no era la voz de Ernesto y recordó que los habían cambiado de pupitres.

Atrajo su mesa sin hacer ruido, luego se reclinó hacia la

izquierda dejando la hoja en un sitio bien visible. Adelante, en la primera fila, Martínez levantaba la mano.

—¿Puedo pedir una hoja reglamentaria?

—Pídala.

Jaime aprovechó ese instante para darse vuelta: ¿ve bien? Pero al volver sobre su hoja sintió un estremecimiento: ¿era posible? La imagen que tenía de Chela era simple, chata, pero ahí todo le cambió: vio la perfección de sus ojos, el gesto elegante de sus labios, el pelo cayendo sobre el brazo apoyado en el pupitre. Creyó estar soñando, entonces volvió a darse la vuelta y se dijo «[Mierda, es lindísima, ¿cómo no la había pillado antes?». Recapacitó: ya no tenía esas horribles gafas que le escondían la cara, sí, era eso. De ahí hasta el final del examen estuvo volteándose todo el tiempo, mirándola embelesado.

El sonido de la campana del recreo los alertó: la hora de examen se terminaba. Triangulito recogió las pruebas y todos salieron al patio.

—Gracias por soplarme, Jaime, si no me ayudas me rajo seguro —le habló de cerca y él pudo sentir el olor fresco del pelo, el aire limpio de su voz.

La vio irse hacia el patio de bachillerato con Elvira y Juanita y, de pronto, sintió una soledad atroz. Contó el tiempo para el nuevo toque de campana y la esperó sentado en el pupitre, escribiendo versos en una contrapágina de su legajador de química.

—¿Te acuerdas? —Jaime mordisquea un ala de pollo, toma un sorbo de gaseosa y vuelve a mirarla.

—Más o menos. ¿Eras tú el que estaba delante?

Mueve las piernas pensando no importa, ¿qué importa el pasado si ahora están ahí los dos como tanto había querido? Por un momento tiene la visión de lo que, en la vida, es un final feliz, y se siente orgulloso de estar en medio de algo que parece un destino. Es una recompensa por haber tenido el valor de buscarla. El encuentro en el cine Almirante había sido una señal para él, la señal que esperaba desde hacía tanto tiempo.

—Y si estabas enamorado, ¿por qué nunca me dijiste?

—No me atrevía, ya ves que soy bien tímido.

—¿Y a Fer? ¿A él sí? —Chela había logrado en su voz un tono neutro, como si hablara de otra persona.

—Él siempre supo que me gustabas, no más.

Es lo que más le duele. Al principio nadie se fijaba en ella, sólo

él.

—¿Chela, bonita? —dijo Fer—. Pero si es una gafufa, man.

—Fíjese bien. No es como Silvia o Ester, es… una belleza más elaborada.

Los campos de agricultura del colegio estaban detrás de los salones de primaria. Los sábados, detrás del cultivo de maíz, el grupo dejaba los azadones para sentarse clandestinamente a charlar: fumaban, contaban chistes, a veces una botella de aguardiente rodaba de mano en mano.

—No hay teorías, man. Esa gafufa no tiene cuerpo —Marcelo le dio dos chupadas rápidas al Pielroja y lo pasó rápido a Germán.

Por la noche había fiesta donde Nana. Al salir del campo de agricultura fueron dejando los azadones y las botas en la caseta preguntándose unos a otros: ¿Va a ir? ¿A qué hora? ¿Qué va a llevar?

Jaime pasó la tarde tirado en la cama, reconociendo en cada una de las manchas del techo la cara de Chela. Más tarde vino Arias a recogerlo en la pickup del papá. Ahí estaban todos: Mogollón, Arturo y Juan Carlos Elorza, que era el mejor amigo de todos porque era el mejor amigo del mundo. Todos bebían, fumaban y oían música a todo volumen.

Cuando llegaron la fiesta estaba buena. A todos les gustaba donde Nana porque los papás no molestaban y rápido se le podía bajar a las luces. Lara los recibió con un vaso de vodka y naranjada en la mano pero Jaime pasó de largo y revisó la sala de un golpe: Chela estaba sentada al fondo, charlando con Juanita y el Negro.

—Mire, man, detállela bien —Jaime le habló a Fer al oído—. Lo que pasa es que se cambió la montura de las gafas.

Fer la miró con desdén, pero poco a poco se fue interesando y un rato después la invitó a bailar. Chela tenía un pantalón de paño azul marino y una camisa escotada. Jaime se sintió feliz, con la ingenua satisfacción de estar en lo cierto, de haber dado en el clavo, con eso que en su recuerdo era como el inicio de su amor por la verdad, el mismo que lo llevaría más tarde a la facultad de filosofía, en donde se dio cuenta de que la verdad era aburrida y absurda.

Jaime sólo quería bailar con Chela, así que se sentó en la escalera con Arias y Martínez, los eternos ocupantes de escaleras en las fiestas. La atracción de todos era Silvia, que estaba buenísima con sus bluyines apretados.

Hicieron vaca para otra botella y Jaime comenzó a alarmarse.

Fer y Chela no paraban de bailar, de charlar muy cerca entre risas y, de pronto, extrañamente, una idea obsesiva se coló en su mente: Fer ocupaba su lugar. Pasó varias veces a su lado, los interrumpió para pedirles un cigarrillo; pero nada, Fer no la soltó.

—Miren —Pérez le mostró a Cuéllar—. El Fercho se está rumbiando a Chela.

—Hm, aquí la que menos corre vuela, mijita. Mire —Sandra la mostró a Marta—. La mosquita muerta.

—Está como buena la Chela, ¿no? —el enano Lozano la miró pasando saliva, segregando envidia por todos sus poros—. Seguro que cuando bajen las luces se la va a morbosear.

—Sí, y qué amacice, mire. Ya le bajó la mano —Chico Botero le habló al enano en la oreja y luego ambos fueron a esconderse a la cocina para evitar a Lara, que intentaba reunir plata para otra botella.

Chela se come despacito la ensalada. Sí, le gusta hablar de esas épocas, recordar el colegio, pero ahí se siente perdida porque para ella recordar es mirar las cosas como ella las había visto, como las veía hoy, con sus amigas, y la historia de Jaime le cambiaba todo, le trastocaba el pasado.

—Me lo podías haber dicho. No declarándote, claro, sino como un problema que tenías, como algo que te pasaba. ¿No éramos tan amigos?

—Por esa época Fer ya te quería mucho, ni loco te lo hubiera contado. Además, ¿qué sacaba?

—Fer me fue queriendo con el tiempo —Chela se va sintiendo cada vez mejor.

—Pero después te quiso mucho.

—No como yo. Yo le di todo a Fer, viví para él durante esa época, y fíjate, ¿qué me quedó? Nada.

—No exageres. Lo que pasa es que estás brava con él. Espera un poco y verás, él ha cambiado mucho. No vas a juzgarlo toda la vida por lo que hizo a los 18 años.

Chela termina de comer, mira hacia la autopista y ve al fondo, entre una llovizna ligera que comienza a picotear el asfalto, la estatua de Bolívar señalando el norte.

—Yo lo quería mucho —dice—, montones.

Su mirada se pierde del otro lado del vidrio.

—¿Vamos? Dale, Chelita, si dejamos pasar este sábado quién

sabe hasta cuándo habrá que esperar.

—Es que me da vergüenza con Julián. ¿Qué le dijiste?

—Que íbamos a dar una vuelta, que queríamos estar un rato solos. Él es de confianza, no te preocupes. No se va a poner a contarle a nadie.

—Me muero de la angustia, ¿y no hay otra forma de ir?

—Sin carro es un lío. No nos dejan entrar —le habló bajito, en un rincón oscuro de la sala. Poca gente bailaba y el tocadiscos sonaba a medio volumen.

—¿A qué hora le tienes que devolver el carro?

—A las cuatro. Él nos espera aquí.

—Todo el mundo se va a dar cuenta de que nos vamos.

—Si te pones a despedirte sí. Ven, nadie va a mirar.

—¿Y si nos pasa algo?

—Qué va a pasar, bobita. ¿Vamos?

Recuerda bien: Fer pitó y alguien abrió muy rápido el portón. Entraron, un empleado les indicó un garaje. Tras ellos la puerta se cerró y subieron al dormitorio por una escalera de caracol.

—¿Qué te parece? —Fernando revisó el baño, miró el reloj pensando que tenían más de una hora.

—Una ceba. Mira esas cortinas.

Los tabiques de madera dejaban oír con claridad los jadeos y ayes de las parejas vecinas. Chela se sentía mal, el lugar la ponía nerviosa.

No sintió vergüenza al desnudarse porque ya se habían hecho caricias. La cama le dio asco pero hizo fuerza y se aguantó. ¿Cuántos habrán estado ya aquí?

Todo fue muy bien. Fer había sabido llevarla despacio.

Se sintió feliz en ese momento, desnuda entre las sábanas, con los muslos humedecidos por el sudor y la sangre, con los ojos a medio cerrar, porque de alguna forma le decía adiós a la niña mimada, a la colegiala caprichosa. Le gustó porque lo quería y pensó entonces que el amor era eso, algo delicioso, arriesgado, prohibido.

Se levantan de la mesa, salen a la calle y caminan hasta la esquina por el centro comercial. Jaime comienza a sentir un latido nervioso que, desde ya, le anuncia lo inevitable: Chela tiene que irse. Sí, piensa, es cosa de segundos. ¿Qué decir? Daría su vida porque ella le pidiera que volvieran a verse, y espera en vano, hasta el último segundo, cuando la ve en el escalón de la buseta

haciéndole adiós con una sonrisa.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (vi)

Soñó con un valle verde y soleado. Al fondo, tras una hilera de sauces llorones (y tan alegres, en cambio) pasaba una quebrada de aguas trasparentes: los peces bailoteaban felices, los renacuajos jugaban al escondite entre las garras del cangrejo que es tan bueno y no le importa. Las ranas cantaban, las lagartijas se deslizaban por el larguísimo cuerpo de la serpiente apostando carreras entre gritos y chillidos. El copetón se acerca, saluda a la serpiente dándole un beso con el pico y preguntándole qué hay, pero en ese momento sueltan una carcajada porque una de las ranas resbala y cae al pozo, siendo inmediatamente rescatada por el hermano cangrejo.

Al centro, en el valle, el león toma el sol junto a una cabra. Cada tanto, el rey de la selva le pasa la lengua húmeda sobre el lomo para refrescarla, porque siempre pasa vergüenzas y sufre grandes calores.

El lobo lleva de la mano a una oveja ciega a bañarse al pozo y ambos se ríen al llegar porque el agua está fría y les hace cosquillas en las patas.

El conejo, que es un hedonista, duerme acurrucado entre las patas de la zorra aprovechando que el pobre animal tuvo que dejar a sus crías y ahora se muere de la nostalgia.

¿Era el paraíso? Era sólo el mundo con que Hamurabbi soñaba.

> Querido Hijo:
>
> Dios guarde tu santa imagen en Su altar más preciado y así te proteja de los males del mundo.
>
> Fue una inmensa alegría para todos los hermanos la llegada de tu carta y, aunque sólo yo tuve ocasión de leerla por el tácito pero sagrado secreto epistolar, el claustro entero sintió el regalo de algo que era como tu graciosa presencia.
>
> La disposición que muestras a continuar escuchando mi consejo confirma tu incesante deseo de mejora dentro de las siete virtudes teologales, pero también, ya en este mundo, es prueba de algo que a todos nos colma: la formación que te dimos no fue sólo de disciplina, conocimiento, fe y devoción, sino también de amor, de amor al prójimo y de humildad.
>
> Paso así, hijito, a darte consejo sobre los asuntos que me expones en tu carta:

1) El culto sí puede variarse, Horacio, porque la esencia del ser vivo es cambiante. ¿No ves que el hombre interpreta, contradice y expresa honrando a Dios en este acto de libertad? Lo divino es la regla, lo humano es la variante.

2) En cuanto al atuendo, hijito, es obvio que la ciudad hace que la costumbre rescinda. Es el problema de la urbe: del anonimato proviene el desenfado, la pérdida de valores y la consiguiente dejación espiritual (y aquí resaltará para ti una de las razones por las que quien se entrega a Dios entra de inmediato a una comunidad, en donde la mutua observancia le impide caer en ligerezas). Para un alma forjada al acero como la tuya, la prueba de la ciudad es tan importante como la inmolación del hijo para Abraham. Ahora bien, te recuerdo que en el extremo opuesto de esta tesis se encuentra la profunda sabiduría que almacena el dicho popular: «El hábito no hace al monje.» Te doy las dos puntas del hilo, tú debes encontrar la trama. Si dos verdades se oponen levanta los ojos al cielo.

3) La curiosidad en las calles y el deseo de mirar vitrinas es tan natural como alimentarse. El «conócete a ti mismo», hijito, involucra también al mundo que nos rodea. ¿Lo entiendes? La curiosidad que te empuja hacia esos decorados es la misma que alimenta tu deseo de estudio, de perfección, y así las cosas, ¿puede ser malo?

4) Con respecto a los bocados de los que me hablas, me viene una inmediata preocupación: ¿No te dan bien de comer? Si es. así, complacer tus antojos no sólo no es un pecado, es una obligación. A tus años hay que ser dadivoso con el estómago para que la salud se tiemple y el espíritu no se obnubile.

Me gustó mucho la narración de impresiones que nos haces en tu texto, y digo «nos» porque confieso haber caído en la tentación de leer algunos párrafos a la hermana Pía, que tanto te quiere y recuerda. Acerca de esos vagabundos que describes no sé qué pensar: me preocupa que esa afición pueda resultar peligrosa por tratarse de seres privados de razón. ¿Reconoces en ellos la figura del Redentor? Es sin duda una proyección de tu propia alma piadosa. Te alerto contra eso, Horacio, no todo lo que brilla es áureo metal, y para que entiendas con claridad lo que trato de explicarte, escucha (o mejor lee) esta historia:

Un hombre salió una vez a pasear por un bosque en el que había muchos animales y, sin darse cuenta, llegó junto a una serpiente que tenía la cola atrapada en una horqueta y hacía enormes esfuerzos por soltarse. Al ver al hombre la serpiente pidió auxilio, y él, con facilidad, desanudó la cola dejándola libre. Acto seguido la serpiente se enroscó en el cuerpo del hombre y comenzó a apretar con fuerza, a lo que el hombre replicó: «¿Por qué a un bien respondes con un mal, serpiente?» Y ella contestó: «No es un mal lo que está en mi naturaleza», y siguió apretando cada vez con más fuerza. Así que vino un zorro y el hombre, asustado, pidió su mediación. El zorro escuchó ambas versiones, pero sugirió repetir la escena desde el principio para hacerse una idea más ecuánime. Ambos aceptaron y la serpiente fue devuelta a la horqueta. Entonces el zorro le dijo al hombre: «Ahora que estás libre, vete. No vuelvas a inmiscuirte en los asuntos del bosque.»

Hijito, que no te pase como a este hombre inocente. Así es el mundo. El mal, muchas veces, no está en la voluntad del que lo hace sino en su esencia, y por eso siempre hay que estar alerta.

Bueno, Horacito, espero que estos modestos consejos te iluminen. Pía e Hilario te mandan sus saludos, no olvides escribir y vivir en Dios.

Te bendice,

Reverenda Gracia

Salió de la facultad apurado, con ese pasito que tiene, sin hablar con nadie. Avanzó por la 7a hacia el sur muy concentrado, como pensando en cosas elevadas porque sólo levantaba la vista para mirar en los semáforos. Pasó el parque Nacional, ¿a dónde iba? Orlando decidió seguirlo. Al llegar a la 26 empezó todo: se subió a las jardineras y sin más caminó hasta el puente. Él no quiso acercarse mucho pero se veía a un grupo de personas. Podría jurarlo, lo recibieron como a un amigo. Lo más increíble fue cuando sacó algo del bolsillo y todos se vinieron hacia él. ¿Quiénes? Gamines grandes, locos, monstruos. Horacio se quedó un rato con ellos y luego, con el mismo pasito rápido, volvió a la 7a. La cruzó y fue subiendo hacia la 5a por la calle que bordea el parque. Después se metió a la izquierda, ¿sería la 3a? Orlando estaba cansadísimo y un poco asustado, se moría de frío y apenas podía seguirlo. De

pronto paró frente a un lote vacío en el que sólo había basura, montones de arena mojada y pastizales altísimos. Al fondo, contra las paredes traseras del terreno, un montón de latas y cartones amarrados. Horacio entró al lote y comenzó a caminar entre la porquería. Lo van a morder las ratas, le van a pegar la rabia o la peste, pensó Orlando, pero llegó al otro lado, y de entre los cartones salió un perro a recibirlo. Entonces no lo vio más, se metió entre las latas por un rato largo y él no sabía si irse o esperar. Había decidido irse, pues tiritaba por el frío y la llovizna, cuando vio salir de las latas a un monstruo: la ropa le colgaba a pedazos, la cara y el pelo eran una costra de mugre cubierta por una barba llena de tierra, ramas secas y restos de comida. Entonces se fue, cansadísimo y muerto de frío. ¿Qué le pasará a Horacio? ¿Por qué tendrá esos amigos?

Recordado Padre, Su Gracia Altísima:

El Espíritu Santo y la Virgen estén siempre en el alma de vuestra merced y le den su Santo Amor y Temor. Amén.

Le agradezco, Padre, la hermosa y reflexiva epístola que su generosidad me dirigió dando respuesta a tantas dudas. Le agradezco el haber leído algunos párrafos a la hermana Pía, para que ella pudiera enviarme un saludo y darme alegría.

Padre, continúo investigando sobre esos hombres (que yo llamaría Cristos, si me permite) contra los que Su Reverencia, en paternal y conmovedor gesto y a través de un hermoso ejemplo, intenta avisarme. Ya tuve la oportunidad de entrar en contacto con ellos. Al principio fue difícil, pues como le dije son muy desconfiados, pero poco a poco, con el tiempo y la paciencia, se han ido acostumbrando a verme.

Me di cuenta, Su Gracia Altísima, de que estos hombres viven en la prehistoria del mundo, y por eso yo pienso: ¿No serán una señal? Viven entre la basura y los desechos, sólo reciben del mundo la pústula, el despojo, y esto, este rechazo, esta forma de desapego, tiene en mi modesta opinión algo de ejemplar.

No acepto, y usted me va a perdonar, la idea de que están locos. ¿Y por qué? Porque ya los conocí, porque ya pude entrar un poco en su mundo y ver lo que les sucede. Viven debajo de los puentes, en lotes vacíos o en las redes del alcantarillado. Pasan todo el día de aquí para allá, olisqueando las canecas de basura, metiendo la cabeza en las cafeterías con la esperanza de que les regalen algún resto. Cuando no consiguen qué comer, Su Reverencia, se vuelven a

sus casas de cartón en donde encuentran con facilidad una fuente de alimentación que es, digamos, «natural»: los ratones. Sí, Su Reverencia, cazan ratones, los cocinan y los comen. No tiene nada de malo, ¿no son también animales como la gallina o la vaca? Le voy a confesar una cosa, Su Alta Gracia: ya los probé. Al principio sentí asco, pero luego uno se acostumbra. La carne es tiernita, como la del conejo, y un poco dulce. ¿Qué le parece esto, Padre? ¿No dijo el Unigénito que el lugar del cristiano estaba junto al desvalido?

Bueno, Su Reverencia, aquí me despido so pena de abusar de su precioso tiempo. Espero que usted me revele si mis propósitos son buenos, si le parece acertado mi método y la forma que Dios me ha sugerido para enfrentar esta tarea.

Tengo que terminar aquí esta carta. Espero que en el claustro todos se encuentren bien al recibo de la misma.

Indigno siervo de usted,

Horacio

El Superior recibió la carta durante un ataque al estómago que lo obligó a guardar cama. Todos dijeron:

—Qué bueno. Recibir noticias de Horacito lo va a mejorar. Es lo que Dios le manda para ayudarlo.

Entraron a la enfermería, saludaron con una inclinación de cabeza y Demetrio se adelantó hasta el borde del catre.

—Carta del Joven, Monseñor. Acaban de traerla.

Su Reverencia hizo una sonrisa lenta y todos lo acompañaron. Pía se limpió una lágrima pensando, «Sí, es Dios quien la manda».

—Gracias, Demetrio.

—Monseñor, ¿podemos quedarnos aquí mientras Su Merced la lee? —preguntaron emocionados.

Levantó la vista, pasó la mirada por las caras de todos y se sintió incapaz de disipar la emoción que emanaban.

—No veo inconveniente…

Agradecieron y la hermana acercó varios asientos.

El Superior rompió el sobre, se puso las gafas y comenzó a leer respirando despacio, con la cabeza recostada en el almohadón.

Al principio nadie notó la palidez, ni siquiera el ligero temblor de muñecas. No vieron nada hasta que el Superior soltó el papel y murmuró con un hilillo de voz, como salido detrás de una grieta, «¡Oxígeno, rápido, me ahogo…!».

Hubo un revuelo; Demetrio acercó el cilindro mientras que la hermana, con pulso firme, le colocaba la mascarilla. Nadie respiró entonces para no quitarle el aire a Monseñor. Pía recogió la carta del suelo y la guardó en el sobre preguntándose, «¿Será una mala noticia?».

CINCO

—¿Aló? —Natalia sale corriendo de la ducha.

—Detective Lemos, señorita. Llamo para darle información.

—Dígame, ¿encontró a Claudia?

—Más o menos, señorita. Podríamos incluso decir que sí, que ya la encontré.

—¿Y dónde está?

El agua le chorrea por los tobillos haciendo un charquito. La toalla se le cae y una nube de vapor entra al cuarto. Se muere de frío.

—Estas cosas no se dicen por teléfono. ¿Ha visto usted algo más impersonal que un teléfono? La invito a que se pase por aquí cuando pueda, así le entrego los resultados de mi trabajo con calma, ¿bueno?

Tuvo que volver a verlo, volver a su oficina ruinosa y sentir de nuevo la presión de sus dedos cortos e hinchados en su mano.

—Mire, es la del centro. Aquí está la foto ampliada, fíjese, se ve mejor —le muestra una de las pruebas.

—No me ha dicho en dónde está.

—¿No reconoce esta plaza?

—No.

—Usted no conoce Colombia, entonces. Es uno de los pueblos más bonitos y auténticos del país. Vea esa plaza, todos los diciembres ponen un castillo de pólvora y lo queman en medio de las celebraciones, y mire esas casas, mire esos techos de teja.

—¿No me dice dónde está? —Natalia comienza a impacientarse.

—Yo la reconocí de un golpe. Le doy hasta tres para que lo reconozca: uno, dos, tres. ¿Nada?

—No.

—Es Guaduas.

—¿Guaduas? Nunca oí nombrar ese pueblo.

—Lástima. Es una joya. Una perla al pie de la montaña —el detective se da vuelta, abre su cuaderno y anota algo con el lápiz—.

Está como a 120 kilómetros de Bogotá, por la ruta a Medellín.

—¿Está seguro de que es ella?

—Señorita… Usted no me conoce. Si me conociera sabría que Orígenes Lemos nunca dice palabras de balde… Hablar no cuesta nada, claro, pero yo siento un gran respeto por el lenguaje. Por una palabra podemos morir, enamorarnos, ser felices, ¿no le parece? La gente no se da cuenta de que la vida no es sino palabras. Yo por eso las respeto —vuelve a su cuaderno, escribe con rapidez.

—¿Y cuánto tiempo lleva allá?

—Varios días, poco más de una semana —Lemos saca otras fotos y las despliega sobre el escritorio. Natalia las observa con atención y ve a una muchacha de pelo corto, con shorts y sandalias, sentada en la terraza de una cafetería. La acompaña un joven alto de gafas redondas.

—¿Y éste quién es?

—Un amigo de la señorita Medina. Ya le había dicho, el inglés que vino con ella. Se llama Andrew Pitt.

—¿Cómo hizo para encontrarla?

—Ah… ¿Se acuerda de nuestra primera conversación? Yo le expliqué lo que era *Vimaginaire*, el arma más noble que un detective puede utilizar para resolver sus casos. El mundo físico está limitado por nuestra miserable pequeñez, por nuestra vulnerabilidad. *Vimaginaire*, en cambio, es el terreno de la creación, pero también el de la suprema inteligencia. La imaginación, señorita, es el pensamiento en libertad —vuelve a escribir con su lápiz en el cuaderno—, o como dirían los poetas, la inteligencia sin cadenas…

Natalia se sumerge en las fotografías; observa con atención la imagen de Claudia: sonriente, alegre, aunque, en el fondo, cree percibir esa misma frialdad que tanto la perturba en los ojos del doctor. Tiene que ir a ese pueblo, intentar encontrarla y hablarle, hacerla volver. Piensa en Arturo, ¿seguirá ayudándola después de lo que pasó? No se había atrevido a llamarlo.

—… y es que terminar un trabajo me llena de tristeza, señorita, ¿sabe? Llego a cogerle tanto cariño a cada caso, a hacerme una imagen tal de cada uno que… En fin, la pobre realidad, porque yo admiro a quienes busco, porque siempre es gente que ha podido hacer algo en contra, salirse del tablero, ¿me entiende? Y le diría más, si me lo permite: los envidio…

Natalia lee el informe de Lemos: ahí está todo: direcciones, nombres, horarios, fechas. Guarda la hoja en su carpeta y se levanta.

—… porque el meollo de esta profesión es algo que puede resumirse en tres palabras, tres sencillas palabras: amor al conocimiento. ¿Se va?

—Sí.

Da un respiro al llegar a la escalera, y en la esquina de la Buchholz decide entrar a ver los libros. ¿Cuánto hace que no compra uno? Algunos meses, ya es tiempo. Mira las novedades mientras piensa que le gustaría encontrarse con Arturo en medio de los anaqueles, y al final acepta y comprende que ésa es la única, casi improbable razón por la que había entrado a la librería.

Paladeando y repaladeando una frase de *La vida breve*, de Onetti, Arturo mordisquea un palo de regaliz. ¿Escribirá él, alguna vez, frases parecidas? Cierra el libro y mira por la ventana desde su lugar, en el rincón, estirado sobre el tapete del dormitorio. Vuelve a abrirlo en la misma página y lee por décima vez:

> Gertrudis y el trabajo inmundo y el miedo de perderlo —iba pensando, del brazo de Stein—; las cuentas por pagar y la seguridad inolvidable de que no hay en ninguna parte una mujer, un amigo, una casa, un libro, ni siquiera un vicio, que ' puedan hacerme feliz.

Enciende un cigarrillo y continúa pensando en Natalia, en cada uno de los instantes de esa noche en el motel, ebrios, un poco perdidos, y se pregunta de dónde pudo sacar la fuerza para negarse cuando ya estaban el uno en el otro, entregados con la misma voracidad con la que un náufrago bebería de una marmita de agua fresca. La ve de nuevo ahí, en esa cama anónima, y ve a Carlos preocupado durante los ensayos, y se ve a sí mismo, y su vida, y todo lo que le queda por vivir, y siente ganas de correr, de irse, de meterse en una de esas cantinas del centro en las que no pasa el tiempo, en las que nunca pasa nada.

Piensa también en el joven sacerdote del librito y se imagina que a él le hubiera gustado una vida así: ser distinto, ver el mundo como un libro, tener un destino.

Suena el teléfono cuando se dispone a leer por undécima vez el párrafo de Onetti, contesta.

—¿Arturo?

El timbre de la voz lo atraviesa de golpe. Busca a tientas el cenicero.

—¿Sí?

—Natalia. ¿No me reconociste?

—Sí, es que… Estaba medio dormido. ¿Cómo estás?

Le contó todo, su visita al detective y la charla con el doctor, que estaba dispuesto a pagar el viaje al pueblito para que encontraran a Claudia.

—¿Conocías ese pueblo?

—Sí. Unos amigos tienen finca cerca.

—Oye, ¿te molesto si voy un rato a tu casa?

—No, vente. Rico.

Al pasar por el cuarto de al lado sorprendió a su mamá espiándole desde la puerta.

—Te estás equivocando, Nata. No es bueno que le hagas eso a Carlos. ¿Qué van a pensar de la educación que te di? Deberías llamarlo, arreglar con él. Tú no sabes cómo te quiere.

—Quihay, entra, vamos a mi cuarto —le da un beso, adivina su cuerpo a través de la tela amarilla de los pantalones.

—¿Estás bien?

—Sí… ¿Y tú?

—Igual, bien.

Natalia le contó los detalles de su visita a la oficina del detective.

—Ese tipo está completamente loco —terminó.

Arturo ve el pelo de Natalia contra la luz de la ventana, los brazos desnudos, el cuello largo y elegante, y siente que esa noche en el motel fue mentira, una celada del destino para hacerlo débil y vulnerable.

Le dijo también que el doctor había sugerido que pagaría un viaje a Guaduas para buscar a Claudia.

—¿Y vas a ir?

—Pues, yo creo que debería…

—Yo te dije que te ayudaba hasta el final.

—¿Vendrías conmigo?

—Sí.

Se miran por primera vez y Arturo ve algo, una luz detrás de sus ojos. Un movimiento de cabeza los salva de las incómodas palabras que, piensa, serían como ruidosas fichas de metal sobre un tablero de vidrio: sólo apariencia y escándalo.

¿Será ese tal Gabriel? Imposible. Carlos da vueltas en la cama

luchando contra el deseo de llamarla. Las palabras de la mamá de Natalia retumban en su cabeza como detonaciones, como golpes de puñal: «Dice que va donde Jimena, Carlitos, pero yo sé que no es cierto. ¿Por qué no tratas de hablar con ella?»

Esas palabras le estallan en la cabeza cada vez que cierra los ojos, y siente vergüenza: la familia no hacía más que preguntarle, ¿dónde dejaste a tu bizcocho, Charly? Cosas así, todo el tiempo. Si lo deja sería capaz de matarse, y no es porque le falten mujeres. Dios sabe que no, que en el hospital varias compañeras se le tiran de frente. Se ríe de las épocas de Carlos el Terrible, cuando salía a la 15 con Juan Arturo y Tomás a recoger lobas para manosearlas en el carro y, si había suerte, comérselas en alguno de los moteles del norte.

—Mis condolencias, sargento.

—Gracias, Garrido.

La funeraria está llena de compañeros de todos los cuerpos de policía de Bogotá y esa mañana, a primera hora, la central había mandado una corona con el escudo de la policía que le hizo saltar lágrimas.

—Sargento Cubillos, me duele mucho tener que… —la tarde anterior el médico lo había llamado a un lado un minuto antes de iniciar las visitas.

—¿Ya se despertó, doctor?

—Sargento, óigame bien. Su mujer tuvo un problema al salir de la anestesia y… Se hizo lo que se pudo, sargento, pero el corazón le falló… Hay que ser fuertes…

—Pero, ¿qué pasó, doctor? —miró al médico a los ojos sintiendo una marejada de odio, contra él y contra el mundo.

No pudo aguantar las lágrimas, dejó al médico y fue al baño corriendo a limpiarse la cara. Estuvo un rato sentado en el water preguntándose por qué, por qué ella. Sintió cólera, se sintió engañado y se levantó dando un patadón en la puerta que resonó por el corredor. Al salir dijo entre dientes «Me la mataron, carajo».

En la sala de visitas el cuñado le dio un abrazo y un cigarrillo, le propuso dar una vuelta, pero él no quiso alejarse de la sala de espera. Al final le dieron un calmante y lo sentaron en el sofá. Dos horas después pudo verla en la morgue, desnuda y cubierta con una sábana.

—Mañana es día de luto decretado por la central. Mi capitán me mandó que se lo dijera.

—Gracias, Camargo. Fíjese, ahora sí siento lo que nos decían en la escuela, recuerda, ¿eso de que el cuerpo es nuestra única familia?

—Sí, sargento. Es la pura verdad.

Llevan el cajón hasta la iglesia de Egipto para la misa y luego inician el cortejo en varias camionetas de la policía hasta el cementerio de Matatigres, donde reposaba su familia. Después del rezo, el propio sargento se encarga de echarle encima las primeras paladas de tierra.

Jaime termina de leer en voz alta el manuscrito y Fer se vuelve a acomodar en los cojines del cuarto.

—¿Qué tal, convence? —Jaime lo mira inseguro.

—Un poco, la historia es buena aunque muy trillada: una joven del campo llega a la ciudad y se putea. No es original hermano, eso ya lo he leído yo mil veces. ¿Le falta mucho para terminar?

—No sé man. Yo siempre le dejo a la propia novela lo de la longitud. Sé que no es original, pero quería escribirlo yo también. Qué pasa, ¿no puedo?

—Sí, pero no le veo gracia —Fer se mira las uñas—. Me gusta el personaje del oficinista.

—Si…

—Es chévere. ¿Cómo termina?

—Tampoco sé, man. Eso irá saliendo después.

—¿Y como se titula?

—Primero habrá que terminarla. De momento la llamo *Ahora el amor*.

—¿Y de dónde sacó la historia?

—Usté mismo dijo que era trilladísima.

—Sí, pues. Mejor dicho, ¿por qué se le ocurrió escribir esa historia?

—Para ver qué sale.

Fer se levanta pensativo, va a la ventana y mira la cantera, los carros que salen de la estación de gasolina al otro lado de la 7a. Tras un largo silencio dice:

—Hablando de vainas, ¿sabe que no puedo dejar de pensar en Chela? —enciende un cigarrillo, mira serio a Jaime—. Abro los ojos por la mañana y es lo primero que me viene a la cabeza. Me acuerdo de antes, todo el día. En la buseta voy fantaseando que estoy con ella, que salimos juntos, que tenemos cita a las ocho en Cinelandia. Si lo único que me falta es ponerme a hablarle.

—Llámela, explíquele —Jaime se atraganta con las palabras,

siente que traiciona a su amigo.

—Es lo que quiero, pero me da miedo. Esa noche, man, después de que lo dejamos, Chela me dijo que no quería tener nada. Que caput, viejo, ¿ve?

—Pero es que así, tan de golpe. Invítela a pasear, gánele la confianza —siente repulsión por las frases que dice, pero es su amigo; cada palabra es como un trago de jarabe, como un pedazo de berenjena que debe tragar de un bocado.

—¿Usté cree?

—Claro, viejo. Llévela a La Calera, a Guatavita.

—Voy a llamarla ya mismo —Fer se levanta, se pone la chaqueta y sale.

Jaime se vuelve a sentar en su escritorio, pensativo, disfrutando el trágico placer de su situación; tenía un secreto con Chela y eso ya era una victoria, aunque pírrica. Ese secreto lo ennoblecía, le daba un sentido. Convertía esa parcela de tierra seca, llena de cascajo y arena que era su vida, en un jardín tropical con cacatúas y flores gigantes.

Acomoda su Remington y vuelve al manuscrito, cierra la puerta con llave y enciende el radio para que los ruidos de afuera no lo distraigan. No tiene ganas de escribir pero sigue el consejo de Vargas Llosa de que hay que darle un poco todos los días, de que la inspiración no existe, de que las Bellas Letras es la república de los tercos, y presa de un súbito impulso se lanza sobre las teclas como los bucaneros ingleses debían lanzarse sobre los galeones españoles en el golfo, allá por el 1700, sable en mano y arcabuz en ristre, dispuestos a dejar la vida confundida con los aceites de cubierta del bajel enemigo.

* * *

Ahora el amor (vil)

Heberto llegó al Planetario pasada la una de la tarde y se quedó sentado en las escaleras de la entrada, al lado de la gente que hacía fila para ver la proyección de las estrellas y el Museo de Historia Natural. El parqueadero de la Plaza de Toros estaba ya repleto, la fila de carros llegaba hasta la 7a y un montón de chinos hacían de cuidadores. «Bien cuidadito, patrón», y se repartían los andenes a punta de gritos y madrazos según los clientes iban llegando.

Del lado del Planetario la calle estaba invadida: asadores de fritanga, de mazorca y pinchos que soltaban humaredas hirvientes

de aceite y ajo; carritos de helados, puestos de perros calientes con su sombrilla de colores y las canastas de gaseosa al lado; vendedores de dulces y colombinas, de algodón de azúcar, los carretilleros de la fruta, los loteros y feriantes de estilógrafos, los comerciantes de llaveros y escarapelas con la imagen de la Santa María.

Heberto miró el reloj: faltaba poco para las dos y ella era cumplida. ¿Será capaz de declarársele?, pensó. Quién sabe, la película era bien romántica. A lo mejor se animaba.

Tati terminó de hacer los teteros que iba a dejarle a Claudia. Alzó a la niña y salió al corredor un poco apenada, porque sabía que los domingos Claudia siempre tenía guayabo y sólo le gustaba pasarse la tarde metida en la cama, viendo televisión. Pero no importa, pensó, Claudia quiere a Chelita como si fuera hija suya.

—¿Se puede? —dio unos golpecitos, entró con su llave.

—Entre, estoy aquí —la voz, ronca y llena de sueño, venía del cuarto—. ¿Ya se va?

—Sí, aquí le dejo a Chelita.

—Venga mi amorcito —alzó a la niña, le dio un beso—. ¿Qué horas son?

—La una casi, yo procuro venir temprano, ¿sí? Por si usté quiere salir por la noche.

—Fresca, no se afane. Chelita y yo nos quedamos aquí bien rico, ¿cierto que sí, amorcito?

Salió feliz y a paso rápido. Llegó a la Caracas y miró el reloj: ¡Uy! Era ya tardísimo, así que corrió al paradero y se puso en la fila del bus ejecutivo.

Asomada a la ventana, con la niña alzadita, Claudia la vio irse. Volvió a entrar y acostó a Cheli frente al televisor, le dijo espérame un segundito, cielo, y se fue al baño con la bolsa de marihuana. Armó un cachito a mil preguntándose por qué se lo fumaba en el baño. Entonces salió al saloncito, encendió el radio y se lo fumó cantando ¡Noelia, Noelia!, pensando que seguro a ella también le iba a salir su noviecito que la iba a sacar el domingo a jugar bolos y a comer hamburguesa, y luego a terminar el día culeando en uno de esos moteles del aeropuerto en donde dicen que hay camas de agua y luces de colores y uno puede llamar con un timbre a los empleados para que traigan cerveza y arroz con pollo.

—Buenas tardes, señorita. Qué pisperas —Heberto miró sorprendido su batica de colores, el saco de sastre y el moño en el pelo.

—Elegancias las suyas, Heberto, ¿cómo le va?

Él tenía apuntado el saco y sudaba a ríos. La corbata lo asfixiaba.

—Bien por lo conforme. ¿Vamos a dar una vueltica? Todavía falta media hora para el cine.

—Camine, pues —Tati sonrió muy coqueta y él sintió que estaba distinta, sin esa vergüenza del otro día.

Bajaron hasta la 7a y entraron al parque.

—¿Ya almorzó, señorita?

—Comí algo al salir, no tengo mucha hambre.

—Entonces llevemos algo para comer en el cine. ¿Papas fritas? No se me vaya a desmayar después.

Se rieron y en ese instante Heberto creyó que sí, que iba a tener ánimos para echarle el cuento. Entonces respiro hondo y le puso la mano en el hombro, al tiempo que se sentaban en una banca.

—Qué día tan lindo —dijo Tati—. Me hace acordar de Sasaima, cuando chiquita. Yo salía a coger ranas a la quebrada.

—Pobrecitas, ¿y las soltaba después?

—Las guardaba en frascos con agua, para jugar.

Un montón de familias hacían picnic alrededor. Los niños jugaban fútbol, los grandes oían radio o charlaban, todos felices. Tati pensó entonces en Chelita, en lo lindo que sería estar ahí con ella, y con Heberto, los tres, sin secretos ni mordeduras de lengua.

Un mendigo pasó frente a ellos revolcando las canecas de basura apiladas al borde de la calle.

—Mire ese pobre, señorita. Qué vida.

—Sí, siempre hay alguien que está peor que uno, ¿no?

—Bueno, ésa es la vida —sentenció Heberto.

—¿A usté le gusta su vida, Heberto? —Tati lo miró a los ojos sin timidez.

—Depende. Unas cosas sí y otras no. Me gusta ahorita, porque estoy con usted —se puso colorado, se atragantó con el aire, y ella también se sonrojó, pero mantuvo la mirada alta—. O cuando voy a verla a la casa, ahí me parece que la vida es bonita, como un jardín. Mi papá, que en paz descanse, decía que en la vida había que buscar la lírica, y cuando yo la veo a usted, señorita, lo entiendo a él. Entiendo qué cosa es eso de la lírica, porque el resto, en la oficina, o a veces en la casa con mamá, es como si a la vida le diera

un ataque de hipo.

—No diga eso, Heberto.

—De verdad que sí, ¿y a usted, le gusta la suya?

—Me gusta porque es la única que tengo y porque no la escogí sino que me llegó de alguien, a lo mejor de Dios.

—¿Y no se siente a veces sola?

—Para eso está la amistad, ¿no cree? —se sonrojó, se mordió la lengua para no nombrar a Cheli.

—Pero y… ¿nunca ha pensado en tener a, no sé, alguien que, que la acompañe, que la cuide, que le ayude?

—Qué más quisiera —y tuvo vergüenza porque se sintió atrevida, seductora.

De pronto ambos miraron el reloj y dijeron ¡uy!, se hizo tarde, vamos.

Pasaron el puente de la 26 y subieron por la 23 hasta el cine México. Heberto pensó que había dejado pasar un momento bueno, que sería difícil tener otro así para echarle el cuento.

En la fila él le dijo que lo esperara y volvió al rato cargado de colombinas, habas fritas y frunas. Le confesó a Tati que ésa era su debilidad.

—Goloso como yo, difícil —sonrió—. Será por eso que me gustan tanto los niños, señorita, ¿sabe? Delante de un paquete de frunas vuelvo a tener siete años.

—¿Le gustan los niños, Heberto? —hizo la pregunta de forma automática; entonces sintió un aire en el estómago, una sombrita pálida que le subió hasta la cara.

—Me fascinan, no se imagina. Si yo tuviera alguna vez un hijo le juro que sería feliz.

—¿Y no tiene sobrinos?

—No es lo mismo con los hijos de los otros, señorita.

Tati sintió un vahído, se puso pálida al tiempo que pensaba adiós, adiós dolores. Acababa de oír lo que estaba temiendo oír desde el principio.

La fila comenzó a moverse y en poco tiempo llegaron a la taquilla. Compraron las boletas y Tati se paró en la vitrina de las fotos. Quería ponerse a llorar ahí mismo, ¿sería otra prueba de Dios?

—¿Le gusta cerca o lejos de la pantalla?

—No sé, cerca —hizo esfuerzos por hablar, por parecer normal.

—A mí también, señorita. Así parece que la historia es más real, más de uno, ¿no?

Pero ella estaba triste por tener que renunciar a todo lo que había imaginado y más todavía porque veía que Heberto tenía una cosa y era que podía explicarle bien lo que ella sentía o pensaba, así, con palabras bonitas y fáciles.

—¿Le gustan las películas de miedo, señorita?

—Sí… —ya se sentía mejor—. Pero me da vergüenza porque doy gritos y salto.

—A todos nos pasa.

Se apagaron las luces y comenzaron los cortos. Desde la charla, Heberto había ido acercando la mano muy despacio. Un poquito más, otro poco, y al tocar el brazo se erizó de nervios y placer. Sintió que Tati no lo quitaba y pensó, ¿le gustará? También dejó escurrir despacio la pierna, hasta encontrar su rodilla, pero ahí sí sintió que la retiraba.

La Señora consagraba el domingo por la tarde a sí misma, a sus recuerdos. Después de una semana de sonrisas, pellizcos en las nalgas y groserías vulgares, estas horas a solas eran un bálsamo, un aceite que lubricaba los engranajes de su vida.

Pasada la hora del almuerzo, subía al desván de la casa y comenzaba a abrir baúles con el candor y la sorpresa de un niño que escarba en el armario del abuelo. Era ya un lugar común, paso obligado de esa tarde, el momento en que sacaba sus faldellines de danza, sus cancanes y miriñaques de la época del ballet La Vía Láctea. Ahí su curiosidad tomaba carrera y volvía a resurgir: más de una vez, animada por la soledad del desván y los tragos de Cristal, cayó en la tentación de ceñirse el tutú y hacer algunos pasos frente al espejo. El resultado la ponía enferma: ya no tenía agilidad, y la imagen de sus carnes enmorcilladas, capitoneadas por los pellizcos y la fritanga, hacían que casi rompiera en llanto.

Recordaba entonces, entre sollozos, su época dorada, cuando llegó en dos ocasiones a primera bailarina del reparto. Sacaba del fondo del baúl varios recortes amarillentos de El Espectador y leía por milésima vez su nombre en una crónica de espectáculos, soñando con el apelativo que le daban de ninfa terrena. Pero la vida de la Señora había caído en picada, echando humo como una avioneta de feria, al casarse con uno de los empresarios del ballet; la explotó, le robó la plata, la obligó a prostituirse para ir al casino y, al final, la dejó en la calle, tirada como una corbata vieja, como un zapato desjaretado, orinado por los perros.

Hasta que pudo abrir la casa pasó años de trabajo, o como ella decía, «de mucho comer mierda»; pero ahora era distinto, como si

sacara el interés de tanta humillación y tanta desgracia. El precio había sido altísimo: su juventud, su belleza desperdiciada, regateada al mejor postor, la carrera de bailarina, siete úlceras de estómago y duodeno que, a fuerza de abrirse y cerrarse, le habían dejado el píloro como un garfio de leproso, y los kilos de más, porque cada vez que le caía una depresión, cada vez que la vida le pegaba un fuetazo, salía a las fritanguerías del estadio El Campín y devoraba platos de morcilla, bofe, chorizo, longaniza y papa criolla hasta perder el sentido.

La afición al aguardiente era una herencia de su peor época, de la más oscura, o como ella decía, «de cuando la vida me llevaba siete a cero». Ni las amenazas de los médicos ni los dolores de las úlceras le habían podido quitar la costumbre. Y ahí seguía, con su cuarto de botella entre el bolso, del que iba dando sorbitos que combinaba con leche de magnesia Phillips.

Al cumplir los 50 años la Señora se sintió en la cuneta. «Ahora sí me llevó el putas», dijo, y se fue al Campín. Al salir del hospital, luego de que le sacaran a punta de lavados de estómago los siete mil pesos de fritanga que se había comido, decidió tomar una decisión de jugadora de continental: «Aquí me planto», dijo, y de ahí en adelante siguió cumpliendo, cada año, la cincuentena, diciendo que si la vida le había robado ella también podía robarle.

Luego de los baúles la Señora se bajaba al hall a oír el partido de Santa Fe, y ahí terminaba la tarde, tomando Cristal, chupando rodajas de limón y gritando de vez en cuando «¡árbitro hijueputa!» o «¡comprado, comprado!».

Para Heberto la película fue apenas un telón de fondo, una pared iluminada en la que se proyectaban sus propias pulsiones, porque el drama verdadero, su pasión original, estaba ahí, al lado de su silla: desde el primer minuto de oscuridad se había entregado por completo al olfato y al tacto. Sintió el perfume de Tati como un experto catador, respirando despacio para percibir en detalle todas las curvas y desniveles de ese olor; separó sin problemas el aroma del champú del olor suave del jabón de tocador, y por encima, cubriéndolo todo como una envoltura de celofán, una esencia de gusto más fuerte, tal vez unos polvos de piel. Al final un efluvio dulce, penetrante, que seguro se debía a un perfume lacado.

El roce del brazo, ese centímetro de piel que los unía, le permitió a Heberto seguir paso a paso todas las emociones de Tati: temblores, pulso rápido, carne de gallina. Ese pedacito de piel y su olor fueron su universo durante las dos horas del filme.

Cuando salieron Tati se enjugó los ojos y se disculpó un momento para entrar al baño, porque ya no sabía si había llorado por la película o por ella misma, y entonces sólo le quedó pensar en Chelita, y preocuparse, y sentir pena con Claudia e inventar que ya se tenía que ir.

La niña había mirado todo *Animalandia*, con Pacheco que tanto la hacía reír, y por la tarde *Bugs Bunny*, y luego un musical. Ahora estaba medio dormida, chupando uno de los teteros que Tati le había dejado. Al lado Claudia cantaba mirando el techo, siguiendo la música. En la mesita de noche había un montón de cigarrillos desarmados y muchas colillas. De vez en cuando se levantaba al baño para mirarse e iba dando tumbos hasta llegar al espejo. Se veía los ojos enrojecidos y pequeños, casi invisibles tras los pómulos hinchados. Entonces le venían ataques de risa: se dejaba caer al piso, se sentaba en el bidé doblándose hasta tocar con la nariz los baldosines del suelo. Volvía a la cama, miraba el reloj y decía, «Frescura, todavía queda tiempo hasta que venga Tati». Entonces soñaba con un señor rico que la recogía por la calle en un carro elegante, en un Mercedes Benz por ejemplo, y se la llevaba a su casa, como en *La señorita Helena*, y terminaba casándose con él, teniendo hijos y haciendo muchas amistades de sociedad, aunque manteniendo su relación con Tati y con Poncho y con todas las de la casa, y si alguna de esas señoras enjoyadas le recordaba su pasado de puta ella le diría «ustedes son igual, sólo que ustedes se venden de un totazo al mismo y nosotras en cambio nos vendemos de a poquitos y a distintos, y si ustedes tienen hijos nosotras somos libres, y si ustedes tienen la ilusión del hogar nosotras conocemos todos los vericuetos de la vida que ustedes no conocen, porque sus maridos vienen donde nosotras cuando ya no pueden más, y gracias a nosotras ellos no las tiran a ustedes al tacho de la basura o las devuelven a la calle, y si ustedes se van de luna de miel nosotras hacemos con ellos todo lo que ellos no se atreven a hacer con ustedes, y también nos dicen al oído cosas que ustedes nunca oirán, y sobre todo quejas, como que «mi esposa es más fría que una tilapia congelada», o lo de «con mi esposa casi que me tienen que soplar por el culo para que se me pare», y cosas así, y además cuando a ustedes les da por pichar con otro les meten un balazo o las dejan sin plata, y cuando ellos se enferman son ustedes las que les tienen que limpiar la caca», y se moría de risa de todas las cosas que se le ocurrían mientras se armaba otro chicharro, ahora que ya iba a comenzar *El superagente 86*.

Al salir del teatro bajaron otra vez a la 7a y fueron caminando hasta la torre Bavaria. Pasaron frente al Museo Nacional y más adelante entraron a una cafetería, luego de que Heberto la convenciera de que no era tarde, de que se quedara un ratico más para comentar la película.

Tati pidió un salpicón y Heberto una cerveza.

—¿Le gustó la película?

—Sí, es bonita aunque sea triste. Yo no entiendo que alguien prometa amor y no lo cumpla. Para mí esas promesas son sagradas.

—Tiene razón, señorita, pero a esa gente luego le llega el castigo. Fíjese, como en la película.

—Yo hubiera preferido que ambos cumplieran, así ninguno sufría después.

—Así no habría película, señorita. Además ellos siempre ponen la tristeza en el medio, con eso la parte feliz del final queda más sentida.

—¿Feliz el final? Para mí fue triste, yo lloré y todo.

Heberto se acaricia el bigote sin saber qué decir.

—Es que hay que saber encontrar el motivo feliz en todas las cosas, señorita —sentenció—. Aunque no se vea a primera vista, siempre la felicidad está detrás.

—Es muy bonito eso que dice, Fíeberto. Usté dice cosas lindas —se sonrojó.

—Es una tontería no más, pero es que a veces uno tiene la felicidad ahí, delante de las narices, sólo que uno no la ve y entonces se va a buscarla para el otro lado.

—Tiene razón.

Ya no fueron capaces de mirarse a los ojos y ahora fue Fíeberto el que sintió un temblor que le subía desde los tobillos. Había llegado el momento.

—Señorita, yo… —se puso rojo, carraspeó.

—¿Sí…?

—Señorita, desde que la vi, yo… Usted me pareció, especial, ¿me comprende? Y… con todo respeto yo le pediría que me acepte como marido.

Tati sintió un golpe en el pecho, un frío glacial que le llegaba hasta las uñas, paralizándola. Había llegado el momento que tanto esperaba, pero ahora, ahí en la cafetería, sentía que todo iba a dañarse de golpe, que se iba a romper apenas hablara.

—¿Me oyó, señorita?

—Sí le oí, Heberto, pero usted se burla de mí… Usted sabe que yo trabajo en…

—Eso no importa, señorita, porque yo amo su espíritu, que es lo que más vale en una persona, y además, permítame decirle que, modestamente, con lo que gano, que aunque no es mucho, para dos sí alcanza.

Tati pensó en la niña; ¿dos? Cómo le iba a decir ahora que ella no era una, que ella eran dos. Tenía que afrontarlo, si se daña pues que se dañe. Dios dirá, le iba a doler pero qué hacía.

—¿Qué me contesta, señorita?

—Heberto, yo… Yo sí lo quiero —el corazón se le endulzó, la cara se le llenó de alegría al oírla—. Pero, usted no sabe. Yo tengo que decirle una cosa que, a lo mejor, lo hace echar para atrás.

—Dígame, señorita, dígame lo que sea —pensó: ¿Casada? ¿Será viuda? ¿Tendrá alguna enfermedad grave? ¿Será epiléptica?

—Tengo una niña de cuatro años, Heberto. Se llama Cheli.

Poncho descansaba tirado en el pasto, junto a una de las canchas de fútbol de la Universidad Nacional. Habían hecho dos a dos con los de La Esperanza y eso lo tenía contento, además había metido un gol lindo. El zute Viraguas la subió desde el centro a la punta, se la pasó a Cacho que se la llevó por la esquina, bordeando el área, se mamó tres defensas y le hizo el centre; él la paró con el pecho, hizo una gambeta para sacarse al otro defensa y se la cambió al arquero, que se quedó con las manos al frente y como mirando entre el humo. Fue el empate y todos lo alzaron. La verdad era que jugaba del putas, sí. Luego le habían dado un patadón en la canilla y ahora se le comenzaba a inflamar. El arquero, el Chuto, le ayudó a caminar hasta el quiosco de la 57. Ahí pidieron dos Populares y sendos pedazos de salchichón.

Poncho se entrenaba para entrar a algún equipo de segunda. Era su sueño, o mejor dicho, su sueño era que eso le permitiera llegar hasta allá arriba, donde casi ni se atrevía a tocar con la imaginación, que era el Millonarios. Él no se iba a pasar toda la vida en ese puteadero, él quería ser alguien, un deportista. Se le iban los ojos pensando en la selección Colombia, en el Mundial. Le venían a la mente sus goles y los veía repetidos en televisión, con su nombre al lado de la bandera.

Tomó despacito la gaseosa y se acordó de Laura.

—¿Cuándo me va a invitar a ver las nenas, man? —el Chuto mordisqueó el salchichón picándole el ojo.

—No se puede. Yo allá no puedo entrar a nadie. Si paga consumo puede entrar.

—Hm, ¿y son buenas?

—Buenísimas. Usté no ha visto hembras así ni en la televisión.

—Usté ya estará mamado de comérselas, ¿no Poncho?

—No, por ahí, de vez en cuando sale algo. Pero yo prefiero el fútbol, un gol que meto y es mejor que si me comiera a cuatro de esas viejas.

Terminaron de comer y fueron caminando hasta la 30. Esperaron bus debajo del puente y se despidieron hasta el siguiente domingo.

Heberto miró el suelo desconcertado y Tati se dio cuenta. Entonces le vinieron las lágrimas porque sabía que ya era el finish, que ahorita se iba a levantar para irse dejándola sola.

—¿Una niña? —la miró a los ojos.

—Sí, se llama Chelita.

—Pero entonces, ¿estuvo casada?

—No, Heberto. Es que eso es lo peor —no pudo más y arrancó a llorar. Cerró los ojos y creyó que el mundo se terminaba ahí, que la vida era como un carro que ya no andaba para adelante, que se estacionaba en esa cafetería para dejarla.

—Tranquilícese, señorita —Heberto se sintió nervioso. Sintió que el agua fría de la sorpresa comenzaba a entibiarse.

—Es que… —Tati lloró a pierna suelta—, es que… ¡Ni siquiera sé quién es el papá!

Heberto la miró con tristeza. Pensó en lo que iba a decir su mamá, en los chismes que le armarían los del banco cuando supieran. Pero, en fin, pensó también que ésta era la oportunidad para no quedarse solo el resto de su vida. Entonces decidió seguir para adelante.

Tati lloraba a moco suelto y Heberto hacía en la mente complicadas consideraciones: si tenía una hija no era tan malo, ¿no le gustaban luego los niños? Sí, y los compañeros de oficina, con niña o sin niña le iban a tomar el pelo, y sobre todo, lo más importante era que la quería, que sentía que podía dar la vida por ella. Entonces le acarició la mano, le levantó la cara hasta verle los qjos enrojecidos por el llanto.

—No me ha contestado, señorita. ¿Acepta casarse conmigo?

SEIS

Despierta cuando el teléfono lleva un rato sonando. Sale a tientas de la cama, tropieza con una botella de cerveza y alcanza por fin el auricular dándose cuenta de que está desnudo, de que el sol entra fuertísimo por la ventana.

—¿Aló?

—Carlos, ¿no vas a venir a almorzar? —se da la vuelta y mira el reloj: es casi la una. La cabeza le da vueltas, siente una violenta arcada.

—Perdona, mami. Me quedé dormido. Es que anoche me tuve que quedar en el hospital y fíjate, me acosté a las siete de la mañana.

—¿Estabas durmiendo?

—Sí…

—Pobrecito mijo, ¿te desperté entonces? Vete a dormir que aquí te guardamos el almuerzo, ¿bueno?

—Sí, mami. Chaíto.

Va corriendo al baño con el estómago revuelto y vomita abrazado al water, sintiendo la nariz y la boca llenas de un líquido amargo y viscoso. Luego mete la cabeza debajo del chorro hasta que se siente mejor. Mira hacia el piso: tiene enredado un calzón en el pie. Se acuerda de todo y unas fauces de hiena le muerden la conciencia; camina hasta el dormitorio dando tumbos, todavía mareado. Carmen sigue durmiendo y al lado, debajo del asiento, ve los pantalones blancos del uniforme, la blusa del hospital y el brassier.

La cabeza le estalla con sólo abrir los ojos. Recostado siente un poco de alivio, entonces piensa en Natalia: ¿quién será ese amigo secreto? ¿Quién será el tetrahijueputa que se la está quitando? Mira las nalgas blancas y regordetas de Carmen, su espalda lisa y llena de lunares. ¿Se acostará con ese amigo? Carmen se da la vuelta sin despertarse y él ve sus senos pequeños, el vientre poblado de vellos diminutos y, más abajo, la negrura del pubis y los muslos todavía húmedos.

—¿Qué pasa? —bosteza despertándose, sin entender.

—Ven, ven…

Se inclina sobre ella, le acaricia el sexo con suavidad e intenta besarla.

—Espera, espera. ¿Qué hora es?

—La una. Es temprano.

—¿La una? Mierda, me tengo que ir —de un salto deja a Carlos abrazando la sábana.

—Quédate, pasemos el día aquí.

—No puedo, tengo un paseo.

Desnudo, ocupando todo el colchón con las piernas abiertas, la mira vestirse. Cuando ella se acerca para despedirse la empuja sobre la cama y le mete con fuerza la mano entre los pantalones.

—Todavía estás borracho. ¡Qué crees, que soy una puta! —sale dando un portazo.

Carlos no siente vergüenza, sólo una sensación de ridículo que, de pronto, se convierte en una náusea incontenible; vomita sobre la colcha, sobre el sofá y el cable del teléfono. Se siente mejor y se va trastabillando hasta la ducha, la abre y se mete dentro pensando que los domingos sin Natalia eran como esos caminos de montaña llenos de ortigas y grietas por los que él tenía que ascender hasta una improbable y lejana cúspide.

Jaime pasa la tarde dándole al microfútbol con la gente del barrio. Le gustaba, no creía que hubiera una forma mejor de pasar el domingo, esa extensión de tiempo tan impenetrable, tan difícil de atravesar. Cuando están a un gol del empate con los de Santa Ana llega Fer y le pita desde la calle haciéndole señas.

—Quihubo, man. Súbase, vamos a tomar algo.

Compran el periódico en el semáforo y Jaime comienza a pasar las páginas sin mucho interés, esperando llegar a la cartelera de cines. De pronto una noticia lo retiene: «Pistoleros armados irrumpieron en una reunión sindical en Neiva: cuatro muertos.» Piensa: ¿pistoleros armados? No puede evitar una sonrisa.

Lee el titular en voz alta pero Fer no nota nada extraño.

—¿Qué le pasa a esa frase?

—¿Cómo que qué le pasa? Si dice «pistoleros» cómo va a decir luego «armados». ¡Es una redundancia!

—Ah… —Fer lo mira burlón—. Usté que escribe, man, en lugar de burlarse de eso debería plantearse un problema deontológico: frente a una tragedia de este tipo, con cuatro muertos, usté, man, un escritor consumado —y Jaime piensa, consumado por sus

frustraciones, mejor diría consumido—, ¿lo único que tiene que decir es que el titular está mal escrito? Qué intelectualía…

—Puedo decir otras cosas, man, pero aquí, domingo, en pantaloneta de microfútbol y tenis, yendo a Cota a tomarme una avena fría, es lo primero que se me ocurre.

Pasan el cementerio de Suba, la plaza y, más adelante, doblan por la entrada de las antiguas instalaciones del colegio. Jaime no puede dejar de sentir un frío en el estómago al ver los antiguos salones de clase ahora derruidos, llenos de plantas parásitas en el lugar en donde estaban los pupitres. Como siempre, paran frente al antiguo prado de fútbol recordando los recreos, las filas de buses. Siguen el viaje por la carretera destapada mirando las urbanizaciones nuevas, los edificios modernos que ahora llegan hasta los campos más alejados, allá donde, pocos años antes, ellos saltaban y jugaban trepando a los árboles.

Fer le cuenta que estuvo el día anterior con Chela, que fueron a Guatavita, pero que nada, que todo igual.

—Sigue en las mismas, viejo. Yo no sé qué hacer.

—¿Pero será que tiene un novio o algo así?

—No, yo le pregunté y me dijo que no —Fer fuma moviendo las manos, nervioso—. Yo creí que Guatavita sería perfecto. ¿Se acuerda cuando fuimos hace años?

—Sí, el día que a Arturo le dieron el pase provisional. Fuimos con Gladys, Carlos, Marcela, Arturo y Clarita, Chela. ¿Quién más?

—Alvaro, el novio ese de Marcela.

—Ah, sí.

—Vamos, por allá está lindo —Gladys saltaba entre los matorrales. Carlos la seguía jugueteando, acariciándole las piernas.

—Rueden esa botella, carajo —Arturo estaba feliz, tenía su pase, la mamá le había prestado el jeep y, como si fuera poco, nada de colegio durante una semana: siete días sin madrugar, siete días sin oír campanas ni ver a la profesora de física.

—¡Aquí! Vengan, vamos a bañarnos —Marcela estaba eufórica.

—¿Alguien trajo vestido de baño? —Chela se sorprendió, sintió un poco de vergüenza.

—Qué importa, nos bañamos en calzones —dijo Gladys llevándose la mano al cierre del bluyín.

—No, yo me quedo aquí —Chela se sentó en las raíces de un árbol que caían sobre el agua.

—Venga, no pasa nada —Fer la abrazó.

—Báñate tú si quieres. Yo los miro desde aquí.

Gladys, Clarita y Marcela se desvistieron y se tiraron al agua muy rápido; al segundo Alvaro y Arturo se reunieron con ellas y sólo quedaron fuera Chela y el pobre Jaime, que no sabía nadar y encima estaba medio resfriado.

—Ven, Chela, no seas boba. Está deliciosa.

Al final de mil ruegos la convencieron; Fer recuerda el estremecimiento que le produjo verla salir del agua. Era la primera vez que veía su cuerpo y tembló al vislumbrar la sombra oscura del pubis a través de la tela mojada.

—Qué épocas, hermano. Yo ni me daba cuenta de lo que tenía —suspira Fer.

—Fresco, camine a cine conmigo y verá que se le quita esa melancolía. El amor es un asunto de paciencia, hermano, ¿sí o no?

—¿De paciencia? Hm, si yo estoy que la vuelvo a llamar.

Jaime se siente transitoriamente feliz al ver que, en una situación referente a Chela, es él quien tiene la última verdad. Le sorprende su propia tranquilidad ante el asunto y, por primera vez, presiente que hay una lucecita al fondo de la oscuridad, que el camino que ha recorrido con tantos pesares y dolores comienza a llegar a su fin y, romántico que es, casi siente nostalgia de las épocas en que el sólo nombre de Chela bastaba para ponerlo melancólico, para lanzarlo de lleno en ese ánimo reflexivo que le hacía llenar cuadernos de máximas pesimistas, de proverbios chinos sobre la muerte y sentencias desconsoladas.

—Vamos a ver *Donde las águilas se atreven*, que es una super película. Vamos a llamar a Elorza y a Julián y luego nos vamos a la Taberna del Recuerdo a tomar unas cervezas, ¿bien o qué?

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (vii)

La hermana Pía terminó de copiar la carta que, entre toses y suspiros, el Superior había logrado dictarle. Al cerrar el sobre salió al corredor del patio y, desde el segundo piso, comenzó a llamar a voces a Crisanto para que la llevara a la oficina de Telecom.

—¡Crisanto, Crisanto!

Nadie respondía.

—¡Crisanto!

Caminó hasta el extremo de la balconada y vio a Demetrio

enjabonando un bulto de ropa en el lavadero.

—Demetrio, ¿dónde se metió Crisanto?

—Ni idea, hermanita. Por aquí no ha venido. ¿No está en la cocina?

Ajeno a las llamadas, Crisanto estaba en el excusado de la sacristía. Acoplado a él, el padre Carpió estaba a punto de arañar el cielo con los dedos. El confesor ya le sacaba varias puntas a la cincuentena y el joven no llegaba a los 25, pero esa desproporción de fuerzas se convertía en su contrario a la hora del débito; era siempre el viejo el que más reviraba, el que se mostraba más activo y frenético, tal vez consciente de estar rascando sus últimos momentos de gloria mundana. Y cosa curiosa, en lugar de convertir en pantano de aguas estancadas el interior de Carpió, estas relaciones prohibidas parecían dulcificarlo, darle alegría y frescura mental. Su consejo era siempre el más cauto, el más certero y agudo, su opinión la más lúcida, su ayuda la más eficaz. Misterio de misterios, la ponzoña que albergaba en lugar de agriarlo, de retorcer su espíritu, lo dulcificaba, lo convertía en néctar.

Cuando la sotana de Carpió volvió a tocar tobillo ambos escucharon los gritos de la hermana.

—¡Voy!

> Querido Hijo:
>
> Dios guarde tu imagen en Su seno y te proteja de la maldad donde quiera que te encuentres.
>
> En cualquier otra circunstancia debería ocultar lo que sigue, disimularlo al menos, pero dada la situación me veo obligado a poner por delante la dura verdad: la última carta que nos llegó de tu mano fue, y no te asustes, como dirigida por el Demonio. ¿Por qué? Llegó a nuestras manos en uno de los peores momentos: yo me encontraba en cama, con el hígado convaleciente y el estómago amotinado.
>
> Así las cosas, comprenderás que el efecto de tu narración no fue el mejor para mi salud y, aunque me duela decirlo, no ocultaré que algo influyó en la posterior recaída, la que aún me mantiene en manos de la ciencia, prisionero de éste mísero reducto horizontal.
>
> ¿Qué puedo decir cuando veo, o mejor, leo, que el cuidado que pusimos en darte una educación responsable se diluye ante un capricho mundano, se hunde como un navio ante la primera escaramuza de la realidad?
>
> Y digo bien, «capricho de tu voluntad», pues tú has

decidido por tu cuenta, sin escuchar mis consejos de prudencia, que esas criaturas son la encarnación de Cristo, sin ninguna prueba justificatoria más allá de tu vana pretensión, para luego envanecerte en una supuesta misión apostólica que, además de absurda en esencia por partir de un entimema, tiene como fin subirte a un pedestal de santificación y bondad que más tiene que ver con el Demonio que con la imagen que tú, según tu alocada y rápida visión, reivindicas.

Horacio, mi autoridad moral sobre ti me sugiere ordenarte el regreso, pero prefiero apelar a tu buen sentido, a tu devoción por el respeto, para pedirte que vengas a vernos, que pidas un permiso a tus superiores para pasar unos días en el claustro que, hoy más que nunca, necesitas.

Como habrás notado, es la hermana Pía la que copia esta carta, pues yo, carente de fuerzas, postrado en mi enfermedad, no poseo el impulso ni el ánimo suficientes para incorporarme; en atención a ella y a su infinita bondad, no me extenderé en otros mil asuntos que reclaman urgencia, y que espero tratar en breve contigo, de viva voz, en el mismo cubiculum en el que te enseñé a respetar y cumplir las virtudes teologales, a adorar los misterios divinos y los apotegmas de la fe.

Quedo entonces a tu espera, Hijito, y mientras tanto, con las fuerzas que me quedan desde mi lecho de enfermo, te prohíbo que sigas tratando a esos pobres seres para provecho de tu vanidad.

Dios te bendiga (ahora más que nunca) y conserve.

Reverenda Gracia

—Permiso, padre. Quería hablarle —Orlando entró al estudio del Superior mirando hacia el piso, tímido, sin atreverse casi a hablar.

—Sigue, Orlando. ¿Cuál es el problema? —le acercó una silla, lo invitó a sentarse—. Te veo preocupado.

—No soy yo, padre, es Horacio. Quería preguntarle si usted le ha notado algo raro últimamente —miró la mesa, la punta de su zapato. Le daba vergüenza la bizquera.

—Nada especial, ¿qué pasa, Orlando?

—Es que… Fíjese, padre, el martes pasado lo seguí a la salida de la universidad y, pues, lo vi juntarse con una gente muy rara.

—¿Qué tipo de gente?

—Locos, gamines, de esos que viven debajo de los puentes.

—¿Ah, sí?

—Sí, en la 26, y luego caminó hasta un lote vacío en la 3a y estuvo un rato largo en uno de esos tugurios de latas, padre, también con un loco enorme, lleno de mugre, y lo más raro es que ellos lo reciben como si fuera uno de ellos.

—Él quiere hacer algo por ellos, no creas que es el primero que intenta una cosa así.

De pronto Orlando se sintió ridículo, como si toda su preocupación fuera un malentendido, un frase que no supo comprender por estupidez o desatención.

—Tiene razón, padre, perdone por haberlo molestado con esto.

—La gente del campo siempre se impresiona por estas cosas, Orlando, pero no te preocupes. Tan pronto vea que no consigue nada le va a pasar la fiebre evangélica.

Orlando salió del estudio más preocupado. ¿Fiebre evangélica? Él nunca había sentido algo así; a lo mejor porque no era muy inteligente y porque sólo a los iluminados les sucedían esas cosas. De todos modos le preocupaba. Horacio ya no hablaba con nadie, sólo estudiaba y estudiaba, dormía apenas y se levantaba a rezar a las cuatro de la mañana. A lo mejor era un gran hombre, o un santo. Entonces pensó que él no había hecho nada en la vida para merecer lo que le pasaba: compartir el dormitorio con un gran hombre. Él había leído en Dostoievski que un solo hecho grande en la vida era suficiente para morir con la cabeza en alto: un ideal, por ejemplo, eso era algo grande, aunque fuera un deseo no realizado, o incluso una frustración; sí, todo eso daba grandeza, y se preguntó si la llegada de Horacio a la casa no sería una señal para él, una manera de Dios de decirle mira, aunque quieras pasar inadvertido por el mundo te hemos visto, nos hemos dado cuenta de ti, y entonces te lo hemos mandado para que te mires en él como los antiguos griegos se miraban en las aguas de la Pitia y el Helesponto.

> Recordado Padre, Su Gracia Altísima:
>
> Dios lo tenga en Su silla más alta y me lo cuide de los males que injustamente lo aquejan.
>
> Padre, leí con grandísima sorpresa su última comunicación. Prefiero suponer, y esto lo digo con una mano en el pecho, que la dolencia que padece le ha minado una porción de sus facultades. Sí, porque en lugar de animarme con consejos y palabras de aliento para que continúe con mi solitaria labor, pretende que deje, que claudique, que

abandone a la primera dificultad.

Temo que no vaya a gustarle lo que viene, Padre, pero pienso mantener mi propósito. Usted mismo me enseñó que el camino de Dios estaba sembrado de ortigas, que sólo lo difícil era estimulante y por lo tanto sagrado y que lo imposible era lo sacro a lo que debíamos aspirar. ¿Cree usted, con todo respeto, que la Santa Iglesia Católica sería lo que hoy es si Cristo hubiera hecho caso al primero que, con buena voluntad, le dijo «renuncia», «no te arriesgues», «te van a crucificar»?

Padre, usted no ha visto a estos hombres, no ha podido abrevarse en su inocencia, en su bondad natural y en su sentido de la gratuidad. Esto ha sido, para quien escribe, indigno siervo de Monseñor, el aliciente para combatir algunos de los prejuicios personales que, créame Su Reverencia, estuvieron a punto de hacerme desfallecer. Cuál sería mi sorpresa, Padre, al ver que la única persona de la que esperaba comprensión y apoyo, solidaridad, Su Gracia Altísima, me obliga a condenar a su suerte a estos desdichados, hijos de Dios también, herederos del que murió en el Gòlgota, acusándome de ceder a un capricho personal y a la megalomanía demoniaca.

La respuesta a todo esto sólo puede encontrarse en su salud, Monseñor. El hígado atrofiado produce humores malignos que se cuelan por las arterias al cerebro; el estómago, revuelto y sin control, segrega sustancias que impiden sopesar con claridad los propósitos, que esconden la minuta, la «letra pequeña» de muchas cosas que sin embargo están ahí y son buenas.

Le pido un esfuerzo para sobreponerse a sus males, Padre, y para que recuerde las palabras de Crisostomo a los idumeos cuando los previene contra la locura del calor de la sangre, que hace ver los árboles de color azul y el río verde y la montaña trasparente y el cielo terracota, porque es un mal que hace ver la creación confundida, trucada, y de igual modo las ideas, y para que recuerde también a san Jerónimo el Abogaleno, que en sus tesis contra Lautaro habla de cómo la inteligencia pasa por las visceras, y explica por qué unos alimentos producen ideas piadosas (los vegetales) y otros en cambio llevan a la herejía (la carne, las frutas rojas), y cómo ciertas bebidas como el agua de mar producen nostalgia y tristeza, o la sangre fría locura, o el agua bendita ceguera,

porque el ciego es el que mira para adentro buscando a Dios, y que el agua de lluvia da valor y felicidad.

Con esto, Padre, quiero ayudarle a recordar la importancia del cuerpo en la comprensión de las cosas del mundo y del alma, siendo éstas últimas las más importantes, para que entienda que su visión de mi empresa está alterada por el mal que lo aqueja y, quién sabe, no será el propio Demonio el que está aquí confundiéndonos a todos, a ver qué saca, pues es a él en definitiva a quien sí le perjudica mi labor.

Sobre una visita mía al claustro, Santo Padre, me veo en la penosa obligación de desilusionarlo. Aunque nada podría estar más cerca de mis deseos, el momento no es bueno y las tareas me llaman.

Le pido trasmita a la hermana Pía las gracias devotas que por ella siento, en la seguridad de que bajo sus cuidados Monseñor va a salir muy pronto de esas aguas negras que lo tienen cubierto, y que le impiden mantener de su puño y letra estas comunicaciones que con tanta desproporción de ganancias Su Reverencia accede a mantener conmigo.

Quedo en espera de su respuesta, rogando a Dios por su salud y por la de todos los hermanos del claustro.

Dios está con Monseñor. Siervo suyo,

Horacio.

La humillación mayor era la incontinencia de los músculos últimos, los encargados de llevar a buen término el accidentado periplo alimenticio. La hermana Pía y dos novicias mostraban un enorme estoicismo al tener que enfrentar a diario ese desastre orgánico.

«¿Por qué me castigas, Señor, sacando la basura de mis entrañas a los ojos de todos?», pensaba el Superior entre lágrimas. ¿Hay peor humillación? El Superior se recostaba hacia un lado del lecho mientras la hermana, con mano experta, retiraba la ponzoña, la sábana injuriada por la deyección enferma y maldita.

¿Por qué me acercas al Infierno, Señor, por qué lo traes a mi lecho haciéndolo salir de mis propias visceras?

Actitud distinta era la de Demetrio, encargado de lavar la ropa de cama, quien en la soledad del lavadero levantaba un dedo hacia Dios diciendo «¿y éste cuándo va dejar de cagarse en los calzones?».

Retirada la sábana, Pía escuchó en la puerta dos golpecitos tímidos, apenas audibles. Era Crisanto.

—Una carta del Joven, hermana, ¿se la dejo?

La hermana entreabrió la puerta, temerosa, y le hizo seña de entregarle la carta.

—Gracias, y shh, no hagas ruido. Tengo que cerrar.

Dudó qué hacer. Temía otra recaída, aunque, si leyera la carta antes, tal vez podría saber la conveniencia; pero no se atrevió. Mientras cavilaba escuchó un murmullo, un hilo de voz que llegaba desde el lecho.

—Démela, hermana. Ya nada peor me puede pasar.

Le entregó el sobre y fue a descorrer la cortina. Al terminar de leer, el Superior, muy tranquilo, mandó llamar al hermano Hilario.

—Sería mejor abrir un poco las ventanas antes de llamarlo, ¿no le parece Su Reverencia? —la hermana se alegró, ¿entonces eran buenas noticias?

Cuando el dormitorio estuvo en condiciones de recibir, el hermano fue notificado en la biblioteca.

—Te mandé venir, Hilario, porque quiero encomendarte una misión muy importante. Tiene que ver con Horacio. Entenderás que acudo a ti porque sé que eras su amigo.

—Sí, Monseñor. ¿Pasa algo con el Joven?

—Es lo que pretendo evitar, precisamente.

—Me asusta, Padre.

—Ven, acércate un poco más. Trae esa silla. No quiero que nos oigan.

El hermano se sentó, Pía los vio hablar y se retiró al otro costado del dormitorio, adivinando que en esa charla se estaba jugando el futuro y, quién sabe, la salvación del Joven.

Hilario sonrió al abrir su viejo armario. Vestidos de calle, zapatos deportivos, dos corbatas, un juego de mancornas con anclas y delfines. ¿Cuánto tiempo llevaban esperando este momento?

Puso la maleta sobre la cama y comenzó a llenarla, doblando bien cada prenda y recordando las épocas en que salía a la calle con ellas, antes de entrar al claustro y de hacer sus votos definitivos.

El Superior le prohibió revelar el contenido de la misión y, por eso, nadie entendió nada cuando se mandó a Crisanto a comprar un pasaje para la siguiente flota a Bogotá.

—Listo, Monseñor, ya Crisanto se fue a comprar el pasaje —Hilario se presentó una vez más al dormitorio del Superior.

—Bien, Hilario, bien. Toma este sobre, ahí tienes todo lo que te puede hacer falta, y en este otro están las direcciones y teléfonos

que te dije, y algunos consejos e instrucciones que no vale la pena que te diga aquí porque no los entenderías. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, Monseñor. ¿Cuánto tiempo me voy a quedar en la ciudad?

—Eso depende de cómo vayan las cosas. Pero eso sí, que sepas que vas sin afanes.

—Usted despreocúpese, Monseñor. Este asunto yo lo arreglo en dos patadas.

—Gracias, Hilario. Y no te olvides de llamar cada vez que tengas algo nuevo. Ve con Dios.

Salió contento, fue a la habitación por las maletas y al salir se encontró a Crisanto jadeando.

—Vine corriendo, Su Reverencia. La flota sale en 20 minutos. Aquí está el pasaje, y las vueltas.

Bajaron juntos hasta el portón.

—Que le vaya bien, Su Reverencia. ¿Se va a ver con Hamu?

—Quién sabe, si hay tiempo —habló con desconfianza.

—Déle saludes, entonces. Y cuídese mucho.

Ya subido en la flota comenzó a hacer un pequeño examen de memoria. ¿Qué recordaba de Bogotá? Hacía tiempos que no iba; pensó en la plaza de Bolívar, en el edificio de Avianca. ¿Qué más? Ojalá tuviera tiempo de ver el Museo del Oro, y las iglesias, la catedral y todo, pero lo que más deseaba, lo que verdaderamente le hacía ilusión, era ir al aeropuerto. Le gustaba mirar los aviones, preguntarse cómo era posible que esas moles gigantes flotaran en el aire; uy, se acordó, y el estadio El Campín. Hm, se dijo, con tantas cosas que hay por ver seguro no voy a tener tiempo, pero convino en que de todos modos era muy afortunado y se sentía orgulloso, no a cualquiera hubiera enviado el Superior a hablar con el Joven.

SIETE

A las siete de la mañana la avenida El Dorado está casi vacía. Algún camión, poquísimas flotas y algunos taxis que no pasarían de la zona del aeropuerto. Arturo recuerda que desde la apertura del nuevo terminal urbano los pullmans Expreso salen por la avenida Boyacá y, justo al llegar al cruce, ve cómo el tráfico aumenta.

—El doctor nos dio un montón de plata, mira —Natalia saca un sobre de manila y cuenta los billetes.

—Será para que invitemos a su hija.

—Me muero de curiosidad por verla. No sé, creo que vamos a ser buenas amigas.

Natalia se descalza para subir los pies al asiento y, mientras fuma un cigarrillo, se cepilla el pelo todavía húmedo. Arturo le da golpes al timón al ritmo de la música, un casete de Héctor Lavoe en el que suena, entre otros, *Periódico de ayer*. Natalia, ajena a las discusiones con su mamá, a Carlos, al mundo entero, sólo quería pensar en esa mañana, pensar en los días que tenía por delante, en Arturo.

Recuerda esa mañana, cuando la mamá la encontró en la puerta.

—¿Para dónde te vas con maletas, Nata?

—A la finca de Patricia. Vamos todas las de la tesis, ¿por qué te preocupas tanto?

—Es que estás muy rara estos días. ¿Ya hablaste con Carlos?

—Mamá, no te metas en eso —le da un beso en la frente, sale—. Te llamo para decirte cuándo vuelvo, ¿bueno?

La mamá la sigue hasta el ascensor.

—¿Con quién te estás viendo, Nata?

—Con nadie, chao.

La entrada a Villeta es un hervidero. Miles de personas cruzan el puente con carretillas de pescado, fruta y platos de comida. Ven pasar el río. En ambas orillas hay grupos de veraneantes haciendo piquetes, bañándose e intentando pescar.

Paran a tomarse una gaseosa. Natalia entra al baño.

—Ya falta poco —dice Arturo mostrando las montañas—. De aquí subimos al alto del Trigo, luego unos pocos kilómetros de bajada y llegamos. Como mucho una hora.

—No conocí esta zona. Es bonita —Natalia toma a sorbos largos una Bretaña. Se había quitado las medias y Arturo mira sus pies desnudos.

No hablaron de la noche del motel. Era como si esas horas se hubieran congelado en la memoria de ambos. Natalia pensó que era mejor así, porque sentía que con Arturo la comunicación era distinta.

Un poco más arriba encuentran un retén del ejército; pasan despacio y un agente les hace señal de parar. Estacionan al lado de un Simca amarillo repleto de niños.

—Buenas tardes, papeles por favor.

El sol pega fuerte, la familia del Simca se va. Un soldado revisa la parte de atrás del jeep y al poco tiempo les dan la señal.

—Pueden circular.

Llegan a la Hostería Colonial a media tarde. Una empleada les abre la puerta de la habitación y ambos respiran un aire perfumado de heléchos. Hay dos camas, una mesa de noche y un pequeño sofá. Natalia abre las contraventanas de madera y ve las palmeras de la plaza, las bancas, la gente paseándose entre los árboles.

—Qué lindo.

Entra a revisar el baño, abre los armarios y mira debajo de la cama.

—Está limpísimo —se deja caer en una de las camas—. ¿Cuál te pides?

—Me da lo mismo.

—Siempre hay que saber escoger.

—Bueno, me pido ésta —señala la que está al lado de la ventana.

Natalia abre la cómoda y ordena la ropa.

—Te dejo los tres cajones de abajo.

—Caray, parece que fueras a pasar aquí el resto de la vida.

—Bobo. Voy a ducharme.

Arturo recuerda una escena parecida: ¿qué libro? Ordena un poco sus cosas, coloca el librito del sacerdote sobre la mesa de noche y se recuesta, fumando. Cuando Natalia sale del baño él duerme sobre el maletín de viaje. Tiene una toalla anudada en el pecho, el pelo húmedo; se viste silbando una canción de Héctor

Lavoe.

—Aquí está el nombre de la calle, mira. No debe ser muy lejos —caminan hasta otra plaza más pequeña mirándolo todo, metiendo la nariz en los portales de las casas.

—Habrá que vigilarla —Arturo piensa: ¿Y luego? ¿Cómo iban a abordarla?

Caminan hasta la casa. Pasan varias veces por el frente pero no ven a nadie. Las contraventanas de madera están cerradas; no se oyen ruidos.

—Volvamos más tarde. No deben estar.

Regresan hacia la plaza despacio. Pasan por el convento en la cuesta que sube hacia el camino real y se paran a ver los jardines de la casa, la estatua de la virgen. Luego siguen hasta el almacén El Néctar y compran milhojas y bizcochos.

Pasaron el día de aquí para allá, mirando las tiendas, las casas, sentados en la plaza con ese vientecito fresco de las seis de la tarde. Natalia estaba contenta, sentía como si un gigantesco temblor hubiera partido su vida y ella se hubiera quedado entera del otro lado.

Arturo sube al cuarto cansado. Ella prefiere esperar un poco más en la cafetería del hotel. ¿Esperar qué? No sabe. Habían buscado a Claudia toda la tarde sin dar con ella. Recorrieron los restaurantes, las cafeterías. Fueron a los dos hoteles, El Palmar y el Condal, a ver si la encontraban, pero nada. Las luces de la casa ni siquiera se encendieron.

—Vámonos, se habrán ido de paseo.

—A lo mejor mañana.

Un rato después Natalia sube al cuarto; pasa frente a él sin mirarlo. Arturo finge dormir. Entra al baño y sale con la pijama puesta.

—Abre los ojos. Se te ve en la cara que estás despierto —se sienta a su lado, la pasa una mano por el pelo.

—¿En qué piensas? —pregunta ella.

—En nada, en Claudia tal vez.

—Mañana vamos a encontrarla, seguro.

—¿Y si ya no están acá? —Arturo se pone bocarriba y la mira.

—Pues damos media vuelta y chao.

—Lástima, el hostal está casi vacío.

—Te traje un regalo del jardín. Mira.

Saca una piedra y la mete entre sus manos. Un fósil. Arturo observa con interés la figura, un insecto de anillas enroscado.

—¿Te imaginas? Este pobre bicho se durmió hace millones de años. Ahora es una piedra más. De nada le sirvió la vida.

—Sí le sirvió. A lo mejor esperó millones de años para que esta noche tú lo encontraras.

Se miran a los ojos, se acercan despacio hasta besarse.

—No quiero ser como ese animal, Arturo. Ayúdame.

Se desnudan. Se aman frenéticos en esa habitación con vista a la plaza, iluminada con un bombillo pálido alrededor del cual vuelan miles de polillas.

* * *

Ahora el amor (viii)

—Repítamelo, mijo. Me parece que no le oí bien.

—Sí me oyó. Dije que me voy a casar.

La mamá dejó la cuchara, recostó los brazos en la mesa y lo miró entre sorprendida e inquieta.

—Pero… ¿y con quién?

Heberto bajó la vista.

—Es una señorita de Sasaima. Llevamos un tiempo de novios. Se llama Gaitana Cadavid.

—Mijo —un súbito impulso de rabia la invadió—:, ¿cómo se va a casar con una mujer que yo no conozco? Usté no sabe nada de mujeres…

La miró con una expresión de infinita paciencia y continuó cuchareando la sopa sin decidirse a tomarla.

—Si le sale mala luego va a ser culpa mía, mijo. Tráigala, dígale que venga a almorzar. ¿No se habrá comprometido ya, no mijo?

—Más o menos… —separó a un lado los fideos, al otro las habas.

—¡Qué es eso de más o menos! ¿Sí o no?

—Sí, sí me comprometí…

—¿¡Cómo se atrevió sin consultarme antes!? —levantó la mano para darle una cachetada, se contuvo—. Usté dirá que soy una vieja, ¿no? Que lo único que puedo hacer es de comer y virutear el suelo, ¿no? —él negó con la cabeza sin mirarla—. Sí, por eso no le importa faltarme al respeto. Si su papá estuviera vivo… Él sí sabía hacerse respetar, era un varón —comenzó a lloriquear—. Por eso lo mataron. Usté no es como él, mijo, a usté no le interesan los demás, usté sólo piensa en su vida, ni siquiera le importa respetar a esta vieja, a su mamá. ¡Usté me tiene que respetar, carajo! ¿¡Dónde la

conoció, qué hace!?

—Trabaja en el Banco Cafetero. Es secretaria —mintió.

—Míreme a los ojos cuando habla, mijo. ¡A los ojos!

—Cálmese, no es para tanto —la miró culpable—. Tiene 24 años. La familia es dueña de un restaurante en Sasaima.

—¿Un restaurante? Serán los meseros.

—La mamá es la dueña. El papá está muerto. Es un ángel, cuando la conozca va a ver.

—Ay, esos ángeles que andan sueltos por ahí son peor que los diablos.

—Espere a verla; si hasta creo que se van a hacer muy amigas.

—Es que usté está todavía muy jovencito. ¿Para qué quiere casarse? ¿Qué le falta?

—Ya tengo 35. En la oficina yo soy uno de los mayores, y el único soltero.

—La edad para casarse son los 40. Fíjese su papá, mijo. Se casó de 41 porque es la edad en que el hombre puede hacerse cargo de una familia. A mí me da miedo por usté, mijo.

—No va a pasar nada, cálmese.

Terminaron de almorzar. La señora recogió los platos, pasaron a la sala y Heberto descorrió un poco la cortina para mirar a la calle. ¿Podrá dejar sola a su mamá? ¿Aceptará Gaitana venir a vivir con ella? Entonces le pareció como si entre él y la felicidad hubiera una barrera alambrada que tenía que sortear. También estaba el asunto de la niña. ¿Qué iba a decir su mamá? Nunca lo aceptaría.

—¿Qué le pasa, mijito?

—Me duele un poco la cabeza. Nada más.

—¿Sí ve? Eso es porque no está seguro, porque hay algo que ni para usté está claro.

—Ya me pasa. No es nada.

—Yo soy su mamá, mijo. ¿No me va a contar a mí sus problemas?

—Cosas de la oficina, lo de siempre.

—Venga, recuéstese en su cama. Duérmase una siestica y verá. Voy a traerle una aspirina con leche. Y quítese la camisa, mijo, para que no se le arrugue.

—Sí, sí.

¿Matrimonio? ¿En serio? A ver, Huambisa, ¿y quién es la hembrita? Todos en la oficina se quedaron con la boca abierta. Nadie podía creer que el colega de la 6 tuviera espíritu de Romeo,

alma de Fígaro. Qué ejemplo, qué hombre. Habrá que hacerle una pachanguita a la altura —dijeron en secreto, casi picándose el ojo —. Que haga historia. Una despedida como nunca se ha visto en esta acrópolis, Atenas de Suramérica; Huambis, distinguido vecino, se lanza al ruedo de Canán con hembra desconocida. ¿Quién será la futura madam? Nadie, hasta ese día, le había conocido mujer; por eso cuando Contreras, de cuentas corrientes, llegó con el chisme a la cafetería, todos lo miraron con ojos de burla. ¿Y quién va a querer casarse con ese pendejo? Cuando ya la noticia había llegado a todos los rincones del primer piso, y hasta gerencia, vino el propio Huambis y soltó que ya tenía iglesia, cura y fecha. Que había sido difícil convencer a la mamá pero que al fin había torcido el brazo, después de varios almuerzos, eso sí con un poquito de mal agrado, y que andaba buscando padrinos y un localito barato para hacer la fiesta.

—A ver, ¿cuántos son al fin? —Gaitana repasó la lista y mordió el lápiz, intentando no olvidarse de nadie.

—Creo que están completos. Mire: la Señora, Malú, Lila; Laura, Claudia, la Pastusita, Contreras, el gordo Restrepo, Nieto…

—¿Nieto?

—Sí, de contabilidad. Es buena gente, del sindicato. Él me invitó a su matrimonio —le explicó—. Y bueno, nosotros, mamá, la niña, a lo mejor mi hermana puede venir. El gordo me dijo que a 800 cada puesto.

—Le queda lindo, mírese —Claudia le dio un abrazo al verla con el vestido en la tienda de alquileres, un localito modesto en una de las calles laterales de la plaza de Bolívar.

Claudia se probó un «ceremonia» muy elegante y al final los dejaron separados.

—A ver. A lo mejor alguno de los amigos de Heber te gusta, ¿no? Quién sabe si dentro de un tiempo estamos volviendo a alquilar —se agarraron del brazo y Claudia lloriqueó de emoción, esperanzada.

—A mí ya se me está pasando la época. Pero bueno, con esas cosas nunca se sabe.

Caminaron por la plaza de Bolívar y fueron a sentarse al borde de la fuente, mirando la catedral y los cerros.

—¿Y al final invitó a Laura?

—Sí, lo estuve pensando y me decidí. Al fin y al cabo es buena

gente.

—Ojalá no le dé por armar escándalo. Voy a decirle a la Señora que le aconseje un vestido.

—Todo va a salir bien, seguro. Del restaurante vamos a la casa de la suegra, bueno, de la mamá de Heber, y ahí tomamos un vinito.

—¿Siempre van a vivir ahí?

—Sólo al principio. Luego ella se vuelve a Sogamoso y nos deja el apartamento. Así nos sale más barato.

—Claro, porque si va a dejar el trabajo habrá que ajustarse un poco, ¿no?

—Para Heber va a ser casi igual. Fíjese, como él mantenía a su mami… Es un ángel, si viera cómo quiere a la niña.

—¿Y qué dice la suegra de Chelita?

—No quiere ni verla, pero no importa. Eso con el tiempo se le pasa —siguieron caminando hasta el palacio de Justicia y salieron por la 7a—. Heber le dijo que yo estuve casada por lo civil, que mi marido era militar y que lo mataron en el monte.

—¿Y ella le creyó?

—Sí, pero dice que yo le eché el lazo para que me criara a la niña.

Se demoraron en las vitrinas del Tía, entraron a mirar precios y Tati se sintió feliz paseando por la sección hogar.

—Le dijo que yo trabajo de secretaria en el Banco Cafetero y que todas ustedes son amigas mías más o menos de lo mismo. Ojalá que ninguna meta la pata.

—Por eso es mejor no dar trago.

—Eso es lo que está averiguando Heber, tiene un amigo que trabaja en la licorera de Caldas y a lo mejor nos dan algo con descuento. Eso sí, cositas suaves. Yo me imagino licorcitos de frutas y esas cosas.

Sin saber a qué horas llegaron a la 26, atravesaron los puentes y ambas miraron para arriba, hacia la torre Coltejer.

—¿Le va a avisar a su mami?

—A lo mejor le mando una participación. El problema es que vea el sobre y lo rompa.

—Ya pasó hartísimo tiempo. A lo mejor la perdonó.

—Usté no conoce a mi mamá. Cuando dice algo es para toda la vida. Así somos los de Sasaima.

—Acuérdese Huambis, casado pero no capado —le dijo Nieto

entre risas.

El Mesón de la Gallina estaba repleto de gente. El camarero iba y venía con tandas de cerveza.

—Otra ronda, jefe, y no se preocupe por la bulla —le dijo el gordo Restrepo, sudoroso, con la camisa bañada en las axilas—. Yo tengo un cuñado que es capitán.

—¿Le damos la sorpresa? —Contreras miró a Nieto, se rieron.

—Huambis, hermano —comenzó Contreras—. No hay despedida de soltero sin ida donde las putas. Antes del matrimonio siempre hay que mandarse pesar, ja ja.

Soltaron la carcajada y de las otras mesas asintieron levantando las botellas de cerveza.

—Tiene que probar el pájaro antes de echarlo a volar, hermano —dijo Restrepo—. No vaya a ser que no le funcione. ¿Sí o no?

Salieron y Heberto se dio cuenta de que llevaba la corbata a medio colgar. Estaba borracho, vio la carrera 13 como un túnel de luces que serpenteaba delante de su nariz e intentó negarse, pero lo llevaron arrastrando a la fuerza.

—Vamos al Diplomático, ahí las nenas son pura candela.

Entraron y fueron directo al bar, en medio del humo y las mesas. Las mujeres estaban en vestido de baño, sentadas con los clientes.

—¿De verdad que te casas, bizcocho? —una de ellas lo cogió del brazo luego de parlamentar con Contreras.

Pidieron whisky y Heberto sintió que iba a caerse, que el mundo era un carrusel. El humo le hizo llorar los ojos y el estruendo de la música le martilló el cerebro. El gordo sentó a una de las bailarinas en las piernas y la acarició las nalgas, coqueto.

—¿Cuánto por meterlo al garaje, churro? —ella le quitó la mano, se acercó a su oído y murmuró una cifra.

—Ah… ¿Y por la puerta de atrás?

La mujer empujó a Heberto hacia uno de los reservados y él se dejó ir, consciente de que estaba a punto de vomitar sus visceras.

—Camine, churro. Vamos a hacer el ensayo general.

—Bueno, señorita, está bien… Pero primero dígame dónde está el baño. Tengo que hacer pipí.

—Importante, papito. No me vaya a echar los orines dentro, ja —le señaló el corredor.

Heberto vio el camino libre, entró al baño y cerró la puerta con llave. Luego abrió la ventana y trató de mirar hacia afuera. Vio un patio. Se paró en el excusado, trepó por la pared como una lagartija dejando una marca negra en las baldosas hasta que alcanzó el

borde: una distancia de tres metros lo separaba del suelo. No hay vuelta atrás, pensó, y sintiendo un aire helado en el estómago saltó al vacío.

Cayó sobre una jardinera llena de rosales y, por un momento, se sintió como prisionero en el país de Liliput; un millón de espinas tiraban de su camisa, de su saco, de su pantalón, de las medias, hasta de la corbata, y cada vez que intentaba un movimiento sentía un rasgón en alguna parte de su cuerpo. Salió como pudo de la trampa y caminó por un oscuro patio que rodeaba la casa. Al final, detrás de una reja, vio la carrera 7a. Se sintió entonces a salvo.

Volvió a trepar por la reja y, cuando iba a mitad de camino, llegó un perro ladrando con la ferocidad de un dóberman asesino. Heberto pateaba, intentando levantarse con la poca fuerza que aún tenía, al tiempo que la bestia saltaba tirando mordiscos al aire, a milímetros de su zapato, rebotando como una araña amazónica y dando volteretas en el aire. Va a venir la policía, se dijo, y un terror infinito lo abrazó: ¿Se le iba a dañar la ceremonia? ¿Lo llevarían de la comisaría a la iglesia? Reflexionó si no hubiera sido mejor, después de todo, intentar una cópula rápida con la hetaira y salir por la puerta con sus amigos. No, se dijo, seguro lo hubieran llevado a otro sitio, y a otro, y al final sería peor. Lo único bueno era que con el susto se le había quitado la borrachera y, en un último esfuerzo en el que desgarró las costuras de la camisa, logró alcanzar el borde de la reja con uno de sus pies. «Me salvé», dijo aliviado, pero en el instante de saltar hacia el andén de la 7a su zapato izquierdo quedó enganchado y cayó del otro lado, donde fue devorado en dos segundos por el colérico animal.

Mierda. Fue dando saltitos hasta el borde de la calle, se alejó de la esquina hasta la altura de Los Doce Césares y al poco tiempo encontró un taxi que lo llevó a su casa.

—Que no te pase como a mí, Cielo. Que te vaya bien con él y tengas muchos hijos —la Señora levantó la copa de cherry y todas la siguieron, brindando en honor a Tati.

—Gracias —se ruborizó, se sintió feliz.

—Trae el regalo, Lila, y tú cierra los ojos hasta que digamos.

Le entregaron un paquete que ella palpó a ciegas.

—¡Ya!

Desempacó y vio una combinación de ropa interior finísima, unas medias veladas blancas y una liga.

—Para que te lo pongas mañana, mi amor, así vas a estar bien linda cuando él te vea.

—Está lindo, muchas gracias —se levantó en lágrimas y las besó a todas diciendo a borbotones que aunque se fuera iban a seguir viéndose, que las iba a invitar a la casa, que iba a pasar a verlas los días de poco trabajo, y ellas también, y la Señora, diciéndole ésta seguirá siendo tu casa y nosotras tu familia, hasta que todas comenzaron a lloriquear y a abrazarla.

—Vamos arriba, mi amor. Así recoges tus cosas —y todas subieron, incluido Poncho, pues aunque la Señora había dicho que era de mala suerte para una novia que la viera un hombre antes del matrimonio, él era considerado como uno de ellas.

Entraron al cuarto y se acomodaron en la cama para ver cómo empacaba. Cantaron algunas canciones mientras Claudia acunaba a Chelita y Malú rasgueaba una guitarra y, cuando terminó de vaciar los cajones, el ambiente se volvió a hacer triste; hubo más lloriqueos, sollozos, y al final todas se abrazaron en la cama diciéndole a Tati que les iba a hacer falta, pero en realidad, sin decirlo, ellas sabían que lo triste no era que Tati se fuera sino que ellas se quedaban, porque para ellas la vida iba a seguir siendo la misma, el mismo caldo de aguasal tibio en totuma y el seco de hueso sin carne, la misma vida, en suma, y lo de mañana no iba a ser más que una fiesta como otra, algo que a fin de mes ya iba a estar olvidado porque era un destino al que sólo podían asomarse como se asoman los empleados a las fiestas de los señores, con la nariz pegada al vidrio y la cabeza hirviendo de sueños.

—Bueno, ahora a dormir, no vaya a ser que mañana se nos peguen las sábanas —la Señora le había pedido a Tati y a las niñas que, por ser la última noche, se quedaran todas juntas en la casa y Tati aceptó contenta, porque además así podía decirle adiós por la mañana al chino Arbeláez, que siempre había sido tan gentil y educado con ella.

Esa noche, cosa excepcional, también Poncho dormía en la casa. Un catre de campaña abierto en trípode en la despensa y unas cobijas viejas le habían parecido más que suficiente, porque para él la verdadera fiesta estaba en los estantes; probó las mermeladas, metió el dedo en el tarro de leche condensada hasta empalagarse, comió plátanos, mandarinas, se anestesió con el olor del café molido y del cilantro, mordió pedazos de queso devastando el bloque por los lados para que no se notara y lo mezcló con bocadillo veleño y sorbos de leche.

Luego, con el estómago lleno y el corazón feliz, se metió entre las cobijas bien acurrucado y se entregó a su ejercicio de todas las noches: imaginar, uno a uno, los goles que iba a meter con la

selección Colombia cuando fuera profesional.

De pronto sintió unos golpecitos en la puerta y se levantó de un salto.

—¿Quién es?

—Soy yo, churro. ¿No me reconoce la voz?

Inmediatamente sintió un rayo que bajó por su espina dorsal y fue a depositarse entre sus piernas. Encendió la luz y abrió la puerta.

—¿Me deja ver otra vez eso que tiene ahí escondido, papito? —Laura le bajó los pantaloncillos y lo miró con curiosidad hasta que él no pudo más y la desvistió de un zarpazo.

Se tendieron en el catre y Laura reconoció lo que sentía a los 15 años cuando se acostaba con su vecino en el techo del establo de la finca en la que sus papás trabajaban: esa mezcla de felicidad y placer y miedo que daba el amor clandestino, y en una de las vueltas le dijo sin querer «mi amor», y a Poncho esa frase le sonó como uno de los poemas patrios que le hacían aprenderse de memoria en la escuela y que tanto adoraba.

Al final se recostaron uno al lado del otro, un poco avergonzados, con temor a mirarse a los ojos por todo lo que se habían dicho durante la cópula y porque el eco de esas palabras llegaba hasta ellos como un brazo de verdugo: frases y palabras frías.

Durmieron desnudos hasta el amanecer y, cuando sintieron los primeros rayos de sol entrando por la ventana, Laura salió en puntas de pie y volvió a su dormitorio, sintiendo escalofríos al recordar los pormenores de su segunda noche de amor, entendiendo que era la segunda de toda su vida.

OCHO

Al otro día la encontraron por casualidad en el mercado.

—Ése de ahí debe ser el inglés —dice Natalia en voz baja.

—Sí.

—Es bonita. Así me la imaginaba —dice Natalia.

Los camiones entran a la plaza cargados de fruta y hortalizas recién cortadas en las veredas cercanas. El olor del cilantro, de la tierra limpia y de la cáscara de mandarina se esparce por varias manzanas alrededor del mercado. También se venden pieles de animal, licores caseros y, en uno de los rincones, telas y confecciones voceadas por altoparlante desde el techo de una camioneta.

Por la tarde van a la piscina del hotel y ahí está Claudia, tomando el sol con sus dos amigos y otra muchacha de su misma edad que bebía con gesto distraído una gaseosa helada.

Se tienden cerca de ella y ordenan dos cervezas, luego Arturo se levanta y va a nadar.

«Al poco tiempo ya estábamos charlando —le cuenta después a Arturo—. Me preguntó por mi bronceador, si me depilaba, luego habló de sus problemas hormonales y sin más me confesó que no podía meterse al agua porque tenía la regla. Me contó que estaba ahí de vacaciones, que le fascinaba Guaduas y que no tenía ganas de volver a Bogotá.»

—¿Qué estudias? —Natalia se extiende el bronceador por los hombros y sonríe a los amigos de Claudia.

—Nada. Odio estudiar, odio aprender las cosas en los libros, en los salones de clase —dice Claudia con un tono sarcástico—. Además, yo no soy de las que necesitan estudiar para aprender cosas.

Para evitar el silencio abierto por la frase, Natalia extiende la toalla y se acuesta boca arriba, cerrando los ojos.

—¿Y vienes mucho por aquí? —pregunta otra vez Natalia.

—Más o menos —Claudia le da un trago largo a su vaso de

limonada con hielo—. La verdad es que hacía un montón que no venía, pero me encanta.

Natalia no sabe qué decir y decide terminar con las preguntas, simplemeñte seguir tomando el sol al lado de ella hasta la hora de irse y luego esperar un segundo encuentro. De pronto escucha la voz de Claudia.

—¿Es tu novio ése?

Señala a Arturo, que atraviesa la piscina nadando de espaldas.

—No, es un amigo.

—Ah, perdona, creí que era tu novio. Ya me imaginé que no podías tener tan mal gusto. Es feísimo, ¿qué tal persona es?

—Bien, es buen amigo —Natalia se siente ridicula por justificarse, siente rabia y ganas de dejarla con sus preguntas.

—Pero… ¿te acuestas con él y todo? Yo a veces me acuesto con mis amigos.

Natalia piensa en el doctor, en su promesa de ayudarle.

—Eso es algo… un poco personal, ¿no te parece?

—No, ¿por qué? Yo vivo en Estados Unidos y allá la gente se hace todo el tiempo este tipo de preguntas. ¿Te acuestas con él o no?

—Una sola vez. Y tú, ¿te has acostado con ellos? —señala a los dos amigos.

—No con los dos, sólo con Andy. Pero no somos novios. ¿Y siendo tan feo no te impresionó acostarte con él?

—Es que a mí no me parece feo.

—Eso es algo que me da un montón de curiosidad. ¿Qué se sentirá acostarse con un tipo que te da asco?

—Pues me imagino que dará asco, ¿no?

Natalia deja de mirar a Claudia; se tiende boca arriba intentando olvidar la charla.

—Una vez fui a un burdel de hombres en Los Ángeles —dice de pronto Claudia.

—¿Ah sí?

—Sí; y fue genial. ¿Te cuento?

—Bueno… —Natalia vuelve a abrir los ojos, se inclina hacia ella y enciende un cigarrillo.

—Entrabas y los elegías por catálogo; había negros, asiáticos, monos, hispanos, de todo. Cien dólares. Yo fui con una amiga y pedimos dos negros, fue una cosa increíble.

—¿Te gustó?

—Me dio un poco de asco al principio, pero después casi me

muero de la dicha. ¿Hay algún sitio así en Colombia?

—No sé —Natalia mira a la piscina deseando ver salir a Arturo.

—¿Estás enamorada de él?

—No sé, no…

—Es que esa mirada es típica, además una mujer que sigue con un hombre después de tirar termina enamorándose. ¿Estás enamorada o no?

—No, no creo.

—Seguro que sí, lo que pasa es que no lo quieres reconocer.

—Bueno… —Natalia sonríe y vuelve a tenderse en su toalla.

—Yo no sería capaz de acostarme con él, ¿sabes? Aunque nadie se atreva a decirlo, el físico es importante.

—Qué descanso. Entonces no me vas a hacer competencia.

—¿Tú eres celosa? A mí me parece que el sexo es lo más natural. Si amo a alguien y me acuesto con otro es igual que si adoro los plátanos y como peras. ¿Me entiendes? Una cosa no anula a la otra.

—No, claro.

Al fin sale Arturo. Natalia hace la presentación y él se recuesta al sol, sin añadir palabra, a leer su librito.

—¿Qué tal está el agua? —pregunta Natalia.

—Fresquita, rica.

—Nadas muy bien —dice de pronto Claudia.

—¿Y tú no vas a nadar? —Arturo le habla sin mirarla.

—No puedo. Tengo la regla.

—Ah, lástima. Tendrás que venir otro día.

Se volvieron a encontrar en la terracita de la hostería, que era linda porque quedaba al lado de las escaleras de la iglesia, frente a la plaza, y estaba cubierta por árboles de mango.

Claudia estaba sentada con sus tres amigos.

—Vengan, tómense algo con nosotros.

—¿Se están quedando aquí? —habla Claudia—. Es bonito pero debe ser aburridísimo, ¿no?

—Con lo de tranquilo ya es suficiente —contesta Arturo—. Las piezas son grandes, cómodas. Es barato.

—Yo me hubiera quedado en El Palmar. Aunque fuera sólo por la piscina.

—¿Y ustedes estudian? —pregunta la amiga de Claudia.

Se presentaron; Arturo dijo que estudiaba historia en la Universidad Javeriana, que no le faltaba mucho para terminar.

—¿Historia? —vuelve Claudia—. ¿Y para qué? Si yo estudiara escogería algo que sirviera.

—Sí…

Pasaron parte de la tarde mirando a la gente que entraba a la iglesia. Luego Claudia propuso ir al bar del hotel.

—Hay una fiesta esta noche en El Palmar. ¿Vamos?

Van al hotel. Había una orquesta, luces en el jardín alrededor de la piscina.

—¿Sabes? La primera vez que me acosté con un hombre en el mar sentí tanto placer que me tragué como dos litros de agua. Tuvieron que llevarme al hospital.

Se sientan en una de las mesas de afuera, al borde de la piscina. Piden una botella de aguardiente y cascos de mandarina.

—Sería cheverísimo que todo el mundo se empelotara y se lanzara al agua. Lástima, esas cosas sólo pasan en Estados Unidos.

La orquesta toca detrás de la piscina y Claudia se empeña en que Arturo vaya a pedirles música norteamericana.

—No creo que se sepan alguna, pero si insistes voy de todos modos. ¿Qué canción quieres oír?

—*Hotel California.*

Arturo se levanta y va a conversar con los músicos; al rato vuelve diciendo que es imposible, que no se la saben.

—Qué fiesta tan aburrida. Deberíamos irnos a la casa a oír música en el tocadiscos.

La casa era de la familia de la amiga de Claudia y el otro muchacho era su novio. Estudiaban arquitectura en Los Andes y se iban becados a Londres en dos meses.

—¿No conocen Europa? Es lindo, y baratísimo. Comparado con Estados Unidos, claro.

En la casa Natalia charla con Claudia.

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué aceptaste acostarte con Arturo. ¿Qué tal es en la cama?

—Bien….

—¿Qué cosas le gusta hacer?

—Lo normal, no sé…

—Tiene cara de gustarle cosas raras, por eso te lo pregunto.

—No, es normal —toma un trago de cerveza—.Y… ¿cuánto tiempo estuviste en Estados Unidos?

—Casi cinco años. Al principio llegué a Miami un poco despistada, imagínate, quería ser modelo publicitaria. Pero luego me fui a San Francisco, porque para tener éxito en Miami tenías que

dárselo a todo el mundo y con lo del Sida ya uno no puede confiarse. En San Francisco me sentí mejor. Aprendí a tocar guitarra y conocí a Andy.

—¿Por qué te fuiste a vivir allá?

—Fue una época horrible. Primero mis papás se separaron y luego mi mamá se murió en un accidente. Ella tomaba mucho y… En fin, se estrelló y se mató.

—Uy… —Natalia siente nervios, mira a Arturo y le dice con los ojos que ya están, que van por buen camino.

—¿Cuántos años tenías cuando te acostaste por primera vez?

—Diecisiete, creo —Natalia toma un trago de cerveza y decide parar ahí, para no precipitar las cosas.

—¿Y te dolió?

Se levantó al baño y, al salir, le hizo una seña a Arturo para que se fueran. Antes de salir Claudia vino corriendo.

—¿Vas a acostarte con él ahora?

—No sé… ¿Para qué quieres saber?

—Pues, como se van así, de pronto, me imaginé que era por eso. Si quieren pueden quedarse aquí, en mi cuarto nadie los va a molestar. Tengo condones y todo, ¿ah?

—Gracias, Claudia, pero estamos cansados. Si acaso nos vemos mañana, ¿bueno?

—¿Qué van a hacer?

—Vamos a ir a Honda, ¿vienes?

—Bueno. No conozco Honda. Pero sólo si no salimos muy temprano. Odio madrugar.

—No, podemos salir por ahí a las once. ¿Te parece?

—Sí. Vengan aquí a recogernos.

—¿Un traslado al Huila? —el capitán se ajusta las gafas para leer la carta, luego se levanta de la silla y mira a los ojos al sargento.

—Sí mi capitán. A La Plata. Yo estuve hace años en esa comandancia.

—Entiendo su situación, Cubillos, recién enviudado, solo —se acerca a la ventana y mira el tráfico de la 13—, pero eso no es suficiente motivo para que tire su carrera al piso. Usted es una persona joven, tiene futuro aquí en Bogotá. ¿Sabe cuánta gente se mordería el codo por un puesto como el suyo en la capital?

—Lo tengo decidido, mi capitán.

—Además es zona de guerrilla. Allá manda el ejército. Un

policía tiene la misma autoridad que un panadero.

—De todos modos me quiero ir, mi capitán. Si no me sale el traslado pienso pedir la baja. No quiero quedarme más tiempo aquí.

El ruido de la calle, buses, pitazos, frenones, entra a la oficina por los vidrios rotos de la ventana. La oficina es pequeña, pintada de azul y con unas enormes manchas de humedad en el techo.

—Lo veo muy decidido, sargento. ¿Me permite una pregunta personal?

—Claro, mi capitán.

—¿Su mujer era del Huila?

—Sí mi capitán. De Pitalito —mira al suelo—. Allá la conocí, en unas fiestas.

—Piénselo un poco más, sargento, no vaya a ser que luego se arrepienta y ya sea tarde. Venga a hablar conmigo la semana entrante, yo mientras tanto averiguo si es posible hacerle el traslado.

—Gracias mi capitán. También quería agradecerle las flores que hizo mandar a la funeraria.

—No es nada, sargento. La policía cuida y consiente a sus buenos agentes. Es apenas natural. Si se va a La Plata va a ser difícil nombrarle un remplazo.

—Gracias, mi capitán.

Sale esperanzado y va a la esquina a tomarse una cerveza. Ya había hablado con el propietario de su casa, acababa el contrato de arriendo a fin de mes.

Piensa que le daba lo mismo. Si no le hacían el traslado podía irse con la plata del finiquito y trabajar de capataz en alguna finca. Tenía conocidos.

Pasan el alto de la Mona y, luego de algunas curvas, ven el inmenso valle del río; las montañas de la cordillera al frente, el aire trasparente que lleva la vista a kilómetros y, abajo, la mancha alargada del Magdalena dirigiéndose hacia el puente, a la entrada de Honda.

—Anoche hice el amor con Andy, ¿sabes? —dice Claudia—. Y en un momento comencé a imaginar que él era Arturo y que yo era tú —Claudia y Natalia están sentadas en los puestos laterales del jeep; habían quitado la carpa porque hacía buen sol y el paisaje era bonito.

—Te vi a ti y lo vi a él, y entendí por qué lo haces. Yo tengo esa capacidad, es como un desdoblamiento. Un amigo fotógrafo de

Miami me decía que yo tenía poderes, que debería dedicarme a escribir. ¿Hiciste el amor anoche?

—Sí.

—¿Ves?

Cada rato, al borde de la carretera, encuentran puestos de fruta improvisados. Ventas de artesanía en guadua y telas de colores para adornar los vehículos. También canastos, fuelles, campanitas de cerámica.

—Me impresionó mucho lo que me contaste ayer de tu viaje a Estados Unidos —continúa Natalia.

—¿Por qué?

—No sé. Pienso que en esa situación debió ser durísimo. Yq me veo a mí misma y pienso si sería capaz de ir a otro país, de comenzar desde cero una vida nueva, con gente distinta, dejando atrás a la familia y a los amigos.

—Yo no dejé nada porque no tenía nada, pero tienes razón, yo soy muy fuerte. También eso me lo han dicho ya.

—¿No tienes ni siquiera familia aquí?

—No.

—¿Y tu papá? —Natalia traga saliva—. ¿No vive en Colombia tampoco?

—Yo no tengo papá.

—Ah… perdona. ¿Está… muerto?

—No, pero no tengo.

Se da vuelta hacia el paisaje y de repente se levanta, sosteniéndose de las varillas de la carpa. Un segundo después vuelve a sentarse al lado de Natalia.

—¿Con cuántos hombres te has acostado? —empieza Claudia.

—No sé, no los he contado —Natalia enciende un cigarrillo y comienza a fumarlo con trabajo, evitando que el pelo, revuelto por el viento, le tape la cara.

—Saca la cuenta, ¿no te acuerdas?

—Más o menos. A ver… Seis o siete.

—¿Solamente? —Claudia la mira con una risa entre burlona y sorprendida—. Yo voy en 19, y eso que sólo cuento penetraciones. Si contara caricias húmedas y besos no acabaría nunca.

—Qué bien. Has vivido mucho.

—Sí. Y eso que ahora estoy en un periodo de, digamos, fidelidad.

—¿Cuántos años tienes? —Natalia la mira.

—¿Cuántos crees?

—Veintidós.

—Casi, 23. ¿Y tú? Yo digo que tienes la misma edad.

—Sí. La misma.

—Con eso nunca me equivoco, ¿sabes? Es rarísimo, yo veo a una persona e inmediatamente se me viene un número a la cabeza. Lo digo y zuás, siempre es la edad exacta.

—Ese amigo tuyo de Miami debe tener razón, entonces.

—¿En qué?

—En lo de los poderes.

—Ah, sí…

Llegan al puente y deciden bajarse a almorzar en uno de los restaurantes al borde de la carretera.

—Lo mejor es el viudo de pescado, es una delicia aquí —dice la amiga de Claudia.

—¿Pescado? Gas cuchifó —protesta Claudia—. Yo nunca como carne, no me gusta alimentarme con el sadismo del hombre hacia el animal.

Natalia la mira con curiosidad.

—Sólo como carne de animales que han muerto de muerte natural o, como mucho, en accidentes inevitables. El resto me parece asesinato.

—Bueno, te puedes comer una ensalada —dice Natalia—. Por aquí hay unos aguacates deliciosos.

—El aguacate engorda y saca barros. Pero bueno, si hay que escoger prefiero el aguacate al pescado.

Después del almuerzo dan una vuelta por Honda, comen helados y van a ver la tumba de Gonzalo Jiménez de Quesada y el mercado. Por la tarde deciden ir a Mariquita a bañarse en la piscina del club de la Aeronáutica Civil.

—¿Y no tienes hermanos? —Natalia se tiende al sol junto a Claudia, Andy y Arturo nadan, y la otra pareja juega cartas a la sombra.

—No —contesta Claudia distraída.

—Lástima, a mí me dan envidia los que tienen hermanos. Yo también soy hija única.

—Tiene sus ventajas.

—Poquitas —insiste Natalia.

—Debe ser rarísimo un hermano. Una persona ahí, por el mundo, que es igual a ti. Que tiene los mismos papás, la misma educación. Que conoce todo de tu vida. Debe ser horrible.

—Exagerada.

—Yo prefiero saber que soy única.

Al atardecer deciden regresar. Una luz opaca hace que las montañas se vean cobrizas. El aire les trae los olores de la tierra caliente.

—Pero entonces… ¿Dónde vives en Bogotá?

—No tengo casa —Claudia mira a Natalia buscando una mirada comprensiva.

—¿Y cómo haces?

—Bueno, recién acabo de llegar. Como Ángela nos invitó a la finca no hemos tenido problema.

—¿Y después?

—Ni idea. Me gustaría encontrar un buen trabajo.

—¿De qué tipo?

—Cualquier cosa. Que me paguen bien y que me deje tiempo para mí y para Andy. Creo que lo quiero.

—Sí. Ayer estuvimos hablando. Está dispuesto a quedarse en Colombia conmigo. Bueno, a él no le importa el país, ya viste cómo es. Si estuviéramos en Los Ángeles o en Hong Kong a él le daría lo mismo.

—¿Y qué hace él?

—¿Ves? Es lo que detesto de aquí —encara a Natalia—. Todo el mundo tiene que hacer algo, si no no cuenta.

—Bueno, es que eso te da una idea de cómo es cada uno, ¿no? Si alguien es policía pues uno se imagina que será distinto de otro que es sastre.

—Tienes razón. Perdona lo que dije —se queda pensativa—. Él es un ciudadano del mundo, pero para mí es también un filósofo.

—¿Filósofo?

—Sí. Pero no como Platón y ésos. Un filósofo de los de verdad, de la vida, del mundo —piensa un poco—. Un filósofo natural.

Natalia mira a Andy en el puesto de adelante: dormía, cabeceando en cada curva.

—Él tiene una cantidad de ideas increíbles, y fíjate, en una época yo le decía que las escribiera pero me dijo que no, que escribirlas era traicionar al espíritu que se las sugería. ¿Entiendes?

—Sí, sí.

—Yo estoy segura de que sus ideas poco a poco se van a ir conociendo, a través de sus amigos. Yo también siento a veces que debería difundirlas, pero no estoy preparada. Todavía estoy en una fase de, digamos, aprendizaje.

—¿Tú también vas a ser filósofa?

—No sé, me gustaría.

Al llegar a Guaduas las luces de la plaza están encendidas y un río de gente sale de la iglesia. Van a sentarse a la terraza de la hostería.

—¿Y por qué no vives con tu papá? —se atreve a preguntar Natalia.

—Ya te dije que no tengo papá.

—Pero eso es un chiste, ¿no? ¿Cómo no vas a tener papá?

—Para mí es como si estuviera muerto. Lo odio.

Natalia guarda silencio y la mira comprensiva.

—Él mató a mi mamá —agrega, y se levanta de golpe, camina hasta la plaza y se sienta en uno de los bancos con las manos en las sienes.

—¿Qué le pasa a Claudia? —pregunta Natalia a sus amigos.

—Nada, ella a veces tiene eso —responde Andy—. Debe ser que alguna idea le vino a la cabeza. En esos casos es mejor aislarse para que la idea nos habite.

—Ah…

Jaime mira desde la ventana del cuarto de Fernando los árboles que cercan el club Los Lagartos; entre las ramas se ve la laguna de ski acuático en donde una lancha raquítica da vueltas sin alejarse del pequeño muelle.

—Jaque mate —dice por fin, volviendo su mirada al tablero y moviendo con elegancia uno de sus caballos.

—No lo vi.

—¿Comenzamos otra?

—No, no estoy concentrado.

—La combinación era imparable, viejo —agrega Jaime orgulloso —. Fischer-Spassky, Reykjavik, 1973, partida 12.

—No sé ni de qué me habla, hermano.

—La poesía del ajedrez. Usté no entiende de esto, man. El único con el que se puede jugar bien es con Arturo, a él sí le gusta esta vaina —Jaime lo mira burlón.

—Es sólo un juego de mesa, viejo. No exagere.

—¿Sólo un juego? Dos refutaciones; prima: el ajedrez es a los juegos de mesa lo que Francisco El Hombre y los rapsodas al correo, porque introduce un sistema simbólico; seconda: el ajedrez ha ayudado más al desarrollo de la humanidad que la física cuántica, porque enseña a moverse con precisión en el espacio y en el tiempo, y a proyectarse en la combinatoria; coda: es un arte. Mire a

Capablanca en las cortes europeas, un dandy al estilo Wilde. Hay un ensayito de Lezama Lima sobre él, y también está ese pasaje de Alberto Olaya, en *Paradiso*, ¿se acuerda?

—Nunca pude terminar de leer *Paradiso*.

—Sí, hombre. Ese capítulo en el que el tío de Cerní saca los papelitos de las fichas del ajedrez. Y el poema de Borges, que además conoció a Capablanca y, según dicen algunos, jugó con él.

—No invente, viejo.

—De verdad. No me acuerdo dónde lo leí pero sé que es cierto. Ahora, le confieso que sobre el tema lo que más me gusta es la novela de Zweig, *Una jugada de ajedrez*. Y eso sin contar a Nabokov, con *La defensa Ludjine*.

—No lo he leído.

—Cheverísimo.

—Viejo, perdone, pero el ajedrez me importa un rábano.

—¿Ah sí…?

—Sí —lo mira lamentándose—. Por lo menos por ahora, porque… ¿sabe qué?

—¿Qué?

—Voy a pedirle a Chela que se case conmigo.

Jaime ya no siente los dolores de antes, ni siquiera esa sorpresa melancólica de los primeros tiempos.

—¿Habló con ella?

—No. Pero tengo la esperanza de que acepte. Estoy seguro de que ella se niega a volver porque cree que la voy a tomar a la ligera, pero pidiéndole matrimonio va a ser distinto.

—Pues ojalá —se distrae un poco mirando el tablero, imaginando una jugada para coronar su peón al mismo tiempo que piensa en el tema de alguna novela en la que el amor y el ajedrez fueran el centro.

Fernando se sorprende del gesto de Jaime.

—¿Sólo eso me dice?

—Pues… ¿Qué más puedo hacer?

—Ayúdeme a analizar la situación, hermano. Para eso somos amigos.

—¿Sabe? —de pronto se siente fuerte—. Yo estuve Cagadísimo de Chela.

—¿Qué? —Fer se levanta como un resorte y lo mira con desconfianza.

—Lo que oyó, viejo —se pone un poco nervioso—. Desde cuarto bachillerato estuve tragado de Chela, desde antes de que usted y

ella se cuadraran.

Fer lo mira serio.

—¿De verdad?

—Sí —se levanta muy tranquilo, vuelve a la ventana y sigue mirando la lancha en el lago de Los Lagartos.

—¿Y ella sabe?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo qué?

—¿Desde cuándo sabe ella?

—Desde la semana pasada.

Fer palidece.

—¿Se le declaró?

—No, pero estuvimos hablando y se lo conté.

—¿Dónde?

—Cerca del Taller 5, nos encontramos y fuimos a almorzar.

—¿Y ella qué le dijo? —enciende un cigarrillo y se da cuenta de que las manos le tiemblan.

—Al principio no me creyó, pero luego sí.

—¿Y qué más?

—Nada. Sólo eso —vuelve a darle la espalda—. Estuvimos acordándonos de las épocas del colegio.

—¿Y dijo algo de mí?

—Lo normal. Nada nuevo.

—Pero… ¿no le habló de mí, si todavía me quiere o algo?

—No, de eso no hablamos —siente un temblor maléfico en la piel: es el ganador. Ahora Fer está en la trampa de la que él había salido—. Me contó lo que hacía en la universidad, sus proyectos.

—¿No dijo nada de mí?

—En todo caso, viejo, no me hubiera contado —un esquiador sube a la rampa y salta sin perder el equilibrio—. Ésas son cosas demasiado personales que, en todo caso, hablará con usted.

Fer lo mira con odio, mira indignado su espalda reposada y envidia su tranquilidad. «Es todo mentira» piensa Fer. «Si fuera verdad no sería capaz de hablar con esa indiferencia.»

—Ayer te dije una cosa que a lo mejor no entendiste —dice Claudia.

—¿Qué?

—Lo de que papá había matado a mi mamá.

—¿No es verdad?

Caminan por el borde de la carretera hacia las cataratas de Versalles, dejando a cada lado ranchos campesinos.

—En cierto modo sí.

Siguen unos metros en silencio. Al llegar a la curva ven un aviso de Colombiana y deciden tomar algo en una de las mesas de afuera.

—Papá tomaba mucho trago, y claro, ella comenzó a imitarlo hasta que ambos terminaron alcoholizados. Él trabajaba en el gobierno y parece que estaba metido en unos asuntos rarísimos —fija la mirada en la montaña del frente—. Había días en que llamaban a la casa muy tarde a amenazar, diciendo que él tenía la culpa de no sé cuántas cosas. Fíjate, me tuvieron que poner escolta, y encima intervinieron el teléfono para saber de dónde venían las amenazas.

Piden dos gaseosas.

—Por eso mamá se fue. Lo dejó porque ella le creía más a las llamadas que a él.

—¿Y tú?

—Yo me fui con mamá. Mejor dicho, ella me llevó. Me acuerdo que desde la puerta le dijo a papá «no puedo seguir viviendo con alguien que tiene las manos manchadas». Yo le pregunté siempre a mamá, ¿manchadas de qué? Pero ella no respondía. «Deja, Claudita, ésas son cosas mías y de tu papá.»

Se levantan, continúan el camino hacia las cataratas; los otros habían tomado la delantera en el carro y las esperaban bañándose en el pozo. Natalia comienza a sentirse nerviosa.

—Mamá hablaba con todo el mundo. Apenas se tomaba unos whiskys comenzaba a contarle al que fuera las cosas horribles que había hecho papá. Y él la vigilaba. Día y noche, y a mí. Donde mamá estuviera siempre había un momento en que el teléfono sonaba y un mesero venía a llamarla. Ella ya sabía que era él y se negaba porque, según mamá, él le decía cosas horribles, la amenazaba, le decía que se fijara, que por más que se fuera al fin del mundo él estaría siempre un pasito detrás de ella, y podría llamarla, y saber exactamente cómo estaba vestida y lo que hacía y con quién, y hasta lo que hablaba y casi lo que pensaba. Mamá entonces se ponía a llorar de miedo y pedía más trago. Una vez la tuvimos que llevar al hospital. Veía fantasmas, decía que papá era el diablo y que le había mandado una legión de muertos a espiarla… El teléfono sonaba siempre —Claudia adopta un tono neutro; Natalia no se atreve a mirarla y ambas tienen los ojos fijos en la arenilla del camino—. Las vacaciones de ese año nos fuimos al

Ecuador, sin decirle a nadie, a la casa de un amigo de la tía. Apenas dejamos las maletas en el cuarto mamá oyó sonar el teléfono y tuvo un ataque de nervios.

Llegan al pozo y ven a los otros bañándose. El agua cae con fuerza desde diferentes alturas y es rico ponerse debajo de los chorros. Se cambian muy rápido y se meten juntas al agua.

—El día del accidente yo le dije que no fuera sola, que me dejara acompañarla, pero ella me despachó diciendo que esos cocteles eran aburridísimos para una jovencita como yo —nadan hasta una piedra y se tienden al sol.

—Yo en todo caso pensé, si papá la sigue todo el tiempo no va a dejar que le pase nada, y me quedé tranquila… —se hace un silencio que Natalia no se atreve a llenar—. Cuando sonó el teléfono a las tres de la mañana yo me desperté con el nombre de ella en la boca. Era mi tía, me dijo que mamá había tenido un accidente y que estaba en la clínica del Country, que ya venían por mí.

Andy comienza a escalar las rocas hacia lo alto de la catarata; había visto una iguana y quería acercársele, tal vez cogerla. Al llegar a la altura donde está el animal se desliza despacio, pegado a la piedra como una serpiente. La iguana se despierta al sentirlo cerca y, sin más, salta al pozo. Los que se bañan dan un grito al ver caer el anfibio y en menos de tres segundos todo el mundo está fuera del agua.

Deciden volver y Claudia se enfurece con Andy, le grita que es un imbécil, que se tiró el paseo por un capricho, y al final lo trata de gringo huevón y provinciano y hasta de ignorante por dejarse deslumbrar por una iguana, que encima es un bicho . feísimo.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (viii)

El hermano Hilario bajó del bus en el terminal de Transportes de Bogotá y tomó inmediatamente un taxi en dirección al centro. El Superior le había dicho que podía quedarse en el hotel Nueva York, cerca del Palacio de Justicia. La hermana Pía le había hecho la reserva por teléfono desde Tunja.

Allá llegó, y luego de firmar el libro de huéspedes y ordenar su ropa en el armario salió a dar una vuelta por la ciudad. Estaba tan contento que olvidó cambiarse los hábitos del claustro por la ropa de calle, y por eso tuvo que devolverse corriendo escaleras arriba a vestirse de acuerdo con las costumbres modernas de la ciudad.

Volvió a salir orgulloso. Vestía un terno gris de solapas grandes, camisa azul celeste y corbata de cuadros. Al poner el pie en el andén se dijo orgulloso: «Soy un hombre de mi tiempo», y echó a andar.

Fue caminando por la 7a, devorándolo todo con los ojos sedientos de un hombre de libros, ansioso por descifrar la contradicción entre el conocimiento estático y calmo de la biblioteca y el bullanguero y móvil de la realidad. Al llegar al edificio de Avianca se estremeció. Lo recordaba tal como era, aunque no tan alto, y en un segundo le pareció ver las imágenes del Diario de Tunja con las fotos del famoso incendio: sintió la angustia de los que saltaron por las ventanas intentando alcanzar los edificios vecinos, la asfixia de los que perecieron en oficinas o ascensores, los horribles quemones de los que quedaron heridos, desfigurados por las llamas.

Luego pasó frente a una cartelera de cines y, tras rápido examen de conciencia y revisión de la hora en su citizen de bolsillo, tomó la decisión de entrar. Eran las tres de la tarde, hacía años que no veía una película y, sobre todo, sentía que la clandestinidad de su misión le daba franquicia para hacer cosas que en otro momento lo hubieran aterrorizado.

Vio *El escuadrón asesino*. A la salida, a pesar de que no le gustó por lo violenta, tuvo una idea de lo que eran los hombres de acción, los que vivían el «negativo», la antípoda de su existencia. Todo hay que conocerlo, se repitió, y fue a sentarse en una de las bancas del parque Nacional no sin antes haber localizado en una de sus esquinas la casa de filosofía de la Universidad Javeriana, de la que un poco más tarde saldría el joven Horacio.

—¡Su Reverencia! —el Joven lo vio acercarse por el andén de la 7a y no pudo contener la emoción—. ¿Usted aquí?

Se saludaron emocionados.

—Sí, hijito, fíjate cómo es la vida. Después de tantos años en la biblioteca me dije que merecía unos diítas aquí en la ciudad, y como de todos modos alguien tenía que venir para arreglar unos asuntos con el episcopado, pues aproveché. Hablé con el Superior y me dio el permiso. Él te manda muchas saludes, y la hermana Pía y todos. No te imaginas la falta que nos haces. ¿Cómo te va?

—Bien, Su Reverencia. Estudio mucho, trabajo duro. Aquí la vida es muy distinta.

—¿Y no te hacemos falta?

—Todos los días, Su Reverencia. Lo que pasa es que cuando a

uno se le ensancha el mundo hay que ponerse a la altura. Yo siempre pienso en Cicerón, cuando dice: «Si la calle se aleja, síguela, aunque te pierdas.» De todos modos mantengo correspondencia con el Superior. ¿Sigue enfermo?

—Está mejorando. Ahora que pasa un poco el mal tiempo ya puede salir a dar paseos, y eso le ayuda.

—Ah…

—¿A dónde ibas ahora? Tengo miedo de estar quitándote el tiempo.

—Voy a ver a los pobres con los que trabajo en evangelización.

Hilario pensó que ya no era el mismo; algo en la cara le mostraba que Horacio se había involucrado de frente en un destino.

—Ah, qué bien. ¿Y es cerca?

—Más o menos. De todos modos tengo todavía tiempo, podemos ir a tomar un tinto aquí a la vuelta.

Entraron a una tienda del otro lado de la 7a.

—¿Y los hermanos?

—Todos igual; Carpió en su capilla…

—¿El hermano Sangam sigue haciendo figuritas de barro para los pesebres? Yo guardo las mías.

—Sí, aunque ahora está haciendo figuras más grandes, en madera. A lo mejor lo autorizan a tallar varios santos para la iglesia del monasterio de La Candelaria. Es un artista.

—¿Y la hermana Pía?

—Sigue siendo la misma. Es el alma del claustro, la que nos cuida. Los muros se derrumbarían si faltara.

—Su Reverencia, leo todas las noches el libro de san Juan que usted me regaló. Ahora puedo darle las gracias.

—Es una tontería. Yo no soy más que un trasmisor.

Miraron el atardecer por las ventanas enrejadas de la tienda y, de pronto, Hilario sintió que debía marcharse. Tuvo miedo de revelar por descuido, entre tanta emoción, los verdaderos propósitos de su viaje.

—Tengo que irme ahora a revisar unos papeles, hijito. ¿Nos podemos ver mañana?

—Claro que sí, padre. Podemos vernos como hoy. Y el sábado podría venir a almorzar a la casa. Yo le digo al Superior para que me deje invitarlo.

—Gracias, hijito. Tú siempre tan generoso.

—Entonces hasta mañana.

Salieron.

Llegó al hotel y pidió el teléfono a la dueña.

—¿Para una llamadita a Tunja?

—Sí, un momento.

Lo hicieron seguir a una sala y la señora le alcanzó el teléfono.

—Buenas noches, Su Reverencia. ¿Cómo va ese estómago?

—Mejor, Hilario, mejor. ¿Viste ya a Horacio? —la hermana le había traído corriendo el teléfono al cuarto.

—Sí, Su Reverencia. Hace un rato.

—¿Cómo lo viste? ¿Está muy cambiado?

—Tiene una sombrita de barba en las mejillas, Su Reverencia, y el pelo un poco más largo. Pero con mirarlo a los ojos uno se da cuenta de que es el Horacio de toda la vida.

—Ah… —sonrió acomodándose en la cama—. ¿Y te preguntó por nosotros?

—Fue lo primero. Usted y su salud, y luego la hermanita.

—¿Y te dijo algo de lo que está haciendo?

—Más o menos, Su Reverencia. Dijo que estaba evangelizando.

—Sería importante que pudieras ir con él un día, a ver qué tipo de personas son, exactamente. Él te va a decir que no al principio, pero tú insístele.

—A la orden Su Reverencia, ¿qué otra cosa se le ofrece que haga?

—Nada más de momento, Hilario. No es necesario que hables con los. superiores de la residencia. Yo ya hablé con ellos y me dijeron que Horacio estaba de lo más bien, lo que me indica que no han notado nada.

—Me invitó el sábado a almorzar con sus compañeros de casa, y mañana tengo cita con él en la facultad.

—¿Y qué dijo al verte? ¿No le habrás contado nada de lo que hablamos?

—No, Su Reverencia, quédese tranquilo. Estaba muy contento de verme, le dije que venía a arreglar unos asuntos en el episcopado. Que usted me había dado permiso para quedarme unos días.

—¿Te preguntó si yo mandaba a decir algo?

—No, Su Reverencia. Mañana pensaba decirle que mi viaje era un poco en secreto, que usted me dio el permiso con esa condición para que los demás hermanos no sintieran envidia. ¿Le parece bien eso?

—Sí, Hilario. Tú dile lo que sea, lo que se te ocurra en cualquier situación con tal de que él no se dé cuenta de que vas de mi parte.

Terminaron de hablar, se despidieron, Hilario se levantó,

devolvió el teléfono en la entrada y subió corriendo a su cuarto. Se tendió en la cama y reposó 15 minutos, y luego, derrotado por el remordimiento de estar en la ciudad y quedarse encerrado en un cuarto de hotel, volvió a salir con la idea de comer en una cafetería que había visto cerca de la avenida Jiménez.

—¡Señor, señor!

Hilario abrió un ojo: ¿dónde estaba? Vio a una jovencita de uniforme que movía las manos frente a su nariz y volvió a la realidad de un golpe. Estaba en la cafetería, se había dormido.

—Ya vamos a cerrar, señor. Tiene que irse.

Le dolía la cabeza y sentía una opresión muy fuerte en la boca del estómago; sentía náuseas y ganas de orinar. Se levantó.

—¿Cuánto le debo?

—Setecientos cincuenta.

Hilario se quedó atónito. ¿Cuánto? La misma botella de anís costaba en Tunja la mitad.

—Si la hubiera pedido en la barra habría sido más barata —le dijo la empleada.

Cogió el resto de la botella y lo bebió de un sorbo, pagó y salió tambaleándose, canturreando entre dientes una canción de su época de escuela que siempre le venía a la cabeza cuando se despertaba.

En la calle lo recibió una ligera llovizna que lo reanimó, y entonces pudo pensar en lo que había hecho: se había gastado la plata de tres días en esa cafetería y lo peor era que seguía con ganas de tomar.

Hizo un esfuerzo de voluntad y enrumbó hacia el hotel pensando que de todos modos no importaba, que una vez en la vida no hacía daño y que al fin y al cabo estaba por cuenta del claustro.

Se levantó a las nueve y fue inmediatamente al Museo del Oro. Qué bien, se dijo, como la cita es a las seis tengo el día libre para pasear por la ciudad.

Recorrió todos los pisos del museo con una sorpresa y un orgullo sin límite: él era un descendiente de esos artistas, de esos geniales artesanos. La balsa muisca fue la corona; más de media hora estuvo babeando frente al vidrio, hechizado por mor de esa figura del tamaño de una mano que mostraba al cacique Guatavita en el momento del ritual, antes de sumergirse en las aguas cubierto de oro. La balsita daba vueltas y él comenzó a sentir un poco de mareo; los reflejos del oro lo deslumbraron y pensó que al salir se

tomaría una o dos cervezas contra los efectos del anís de la víspera.

Luego visitó algunas iglesias: Santa Clara, el Voto Nacional, Egipto, y se dio un salto por el parque de los Mártires en donde, según recordaba entre nebulosas, el brigadier Sámano había hecho fusilar a miles de patriotas. Vio San Francisco y almorzó con un plato que en la sencilla tienda llamaban ejecutivo, y que era un seco de fríjoles, arroz, papa y ensalada con sorbete de curuba. Se paseo por el barrio de La Candelaria, un poco triste por la cantidad de casas modernizadas y, entre suspiros de admiración, llegó como se llega a un templo a la casa natal de José María Vargas Vila, autor maldito y prohibido por su orden pero que él admiraba en secreto y que leía con el mismo esfuerzo de conciencia que le hubiera hecho falta para blasfemar, mentir o copular.

Las primeras horas de la tarde las pasó entre los comercios del barrio San Victorino, viendo la profusión de maletines de cuero y sucedáneos, así como de balones de fútbol, chaquetas norteamericanas y viseritas de tela de todos los colores. Pasó un rato largo frente a El Balín, un almacén donde se vendían bicicletas, abusando de la nostalgia al imaginar que él hubiera podido ser como el tigre Vieco, que subía el alto de Minas en menos tiempo que los omnibuses porque no le tenía miedo a las curvas y no tenía que frenar cuando se le atravesaban las iguanas. De ahí cogió un bus Carrera Treinta y se bajó en el estadio El Campín, admirado por el tamaño de la construcción y soñando con ver un partido del Santa Fe, y luego el coliseo cubierto,, diciéndose que ésos eran los santuarios de la vida moderna, la cual le estaba vedada como no fuera por estos esporádicos saltos a la ciudad.

—Su Reverencia, ¿cómo me le va? —el Joven tenía un montón de libros debajo del brazo y un pequeño maletín.

—Bien, hijito, bien. Todo lo que vine a hacer está saliendo fácil. Hasta tuve tiempo para hacer un poco de turismo.

—¿Ah sí…? Bogotá es inmensa, padre. No termina uno nunca de ver todo lo que tiene.

—Hijito, me gustaría que me contaras sobre ese trabajo que haces. Ayer me quedé con curiosidad, ¿dijiste que era una evangelización?

—Sí, padre. Con gente de la que nadie se preocupa. Olvidados.

—¿Y qué tipo de gente es?

—Les dicen locos, gamines. Simplemente son personas que viven en la calle. Sin familia, sin medios para vivir.

—¿Locos? —el hermano se felicitó interiormente, se dijo bien, lo

estoy haciendo perfectamente.

—La mayoría sí ha tenido problemas mentales, pero eso es muy relativo, Su Reverencia. Todos en la vida tenemos momentos de lucidez y momentos de locura, ¿no lo dijo el propio Luciano? Por eso no debemos burlarnos del loco sino respetarlo del mismo modo como respetamos al sabio, pues tanto uno como otro son caracteres del alma creada por Dios.

—Pero el alma también se enferma, Horacito, recuerda al propio san Agustín cuando en sus *epistolae finalis* nos habla de los males del alma, de cómo el cuerpo puede atrofiarla.

—Sí, Su Reverencia, pero san Agustín habla de forma metafórica pues entiende por enfermedad del alma el debilitamiento de la fe, que no tiene relación con la locura, y además, si vemos en la locura una separación del terreno de la razón, nada más cercano al mundo de las experiencias hondas del alma, como dice Bossuet en su *Sermón final*, y la primera de esas experiencias hondas es la de la fe, la del amor a Cristo y el respeto y temor de los dogmas.

Hilario se sintió un poco incómodo y, por un momento, sintió peligrar su misión. Sin embargo se repuso. Miró entonces con admiración al Joven y supo que estaba frente a alguien grande, frente a un alma elegida.

—Y… ¿cuándo me vas a invitar a conocerlos? Me muero de curiosidad.

—Es un poco difícil, Su Reverencia. Es gente muy diferente de nosotros —lo miró con frialdad—. Además usted se va a impresionar, Su Reverencia.

Hilario vio una débil puerta y decidió saltar a través de ella.

—¿Impresionar yo? No me conoces, Horacio. Cuando vivía en Bogotá yo siempre salía con los gamines. Jugábamos fútbol en el separador de la 30 y a veces me llevaban a recorrer las alcantarillas. Veíamos los excrementos flotando en los canales subterráneos, las arañas, las ratas nadando y dando horribles chillidos en esa agua oscura y cenagosa. Yo vi todo eso cuando tenía menos de 10 años, hijito, ¿crees que algo puede impresionarme?

—Nunca me había contado esa parte de su vida, Su Reverencia.

—Es una parte de la que no me siento muy orgulloso, por eso evito mostrarla. Pero contigo es distinto, Horacito, somos amigos —volvió a felicitarse, pues sintió que el Joven recibía ese argumento como bueno.

—De todos modos lo veo difícil —dijo Horacio concluyendo.

—Cuéntame un poco de tus compañeros de claustro.

—Son estudiosos, Su Reverencia, pero me parece que derrochan sus esfuerzos en una dirección equivocada. Recuerde ese argumento de Tácito, cuando expone la supremacía del deber sobre la pasión del hacer. Es eso, Su Reverencia. Son pura pasión, como un toro embistiendo en las tinieblas por un mal sueño.

—¿Pero tienes amigos?

—Pocos, porque es poco lo que puedo compartir con ellos —el Joven lo volvió a mirar a los ojos—. Sin embargo los aprecio, charlamos en las comidas y a veces vemos juntos la televisión.

—Entonces te sentirás solo, ¿no?

—Sí, padre. Pero está bien así porque Cristo está conmigo. Además, con la gente de la evangelización me sobra.

—Me estás haciendo dar mucha curiosidad, Horacito.

Bajaron hasta la Caracas a coger el bus. El hermano estaba contento por los progresos de su investigación pero, a la vez, algo lo alarmaba. Era esa frialdad en los ojos del Joven, esa especie de mirada que no se detenía en las personas sino que las atravesaba. «Será por el genio», se dijo, y volvió a pensar que por primera vez en su vida tenía en sus manos la posibilidad de hacer algo importante, no sólo de cara al claustro sino, quién sabe, también de cara a la propia Iglesia del mundo, pues sentía que Horacio era un santo y que él, hermano Hilario Portillo, podía salvarlo de algo muy grave.

* * *

Ahora el amor (ix)

—*In nomine patris et filiis et…* —la nave del templo del Voto Nacional estaba casi vacía y la madre de Heberto no paraba de mirar hacia atrás, un poco desconsolada al ver el inmenso recinto sagrado en el que el pequeñísimo grupo parecía aún más reducido.

—¿Cuándo van a llegar todos? —preguntó de todas maneras, pero la Señora, presentada como madrina de Tati, la desengañó diciéndole que ya estaban completos, y la consoló argumentando que las ceremonias chiquitas eran mejores porque, como se decía, lo bueno si breve dos veces bueno.

—¿Usted es…? —la mamá de Heberto la miró con frialdad.

—Madrina de Gaitanita, y además familiar política —se arregló el pelo y pensó que estaba feliz de estar ahí, representando esa hermosa comedia de amor—. Vengo a ser como tía segunda.

—Ah…—la señora de Huambisa volvió a mirarla con cierta

desconfianza—. ¿Y es usted la única pariente de la niña?

—Nooo… Lo que pasa es que, como fue tan rápido, los otros no pudieron venir. Con lo lejos que está Sasaima —se arregló el pelo por debajo de la malla negra—. ¿Y usted es la única por parte del joven?

—Bueno, sí, la niña mía, la hermana de mi muchacho, tuvo que cancelar a última hora el viaje por enfermedad. La familia es de Boyacá y, bueno, siempre un viaje a Bogotá es largo.

—Mi marido tampoco pudo acompañarnos —volvió a decir la Señora—. No pudo cancelar un viaje al extranjero, pero se fue tristísimo, me dijo que tomara muchas fotos porque él quiere a la niña como si fuera hija nuestra.

—Pues yo… Yo soy viuda…

—¿Viuda? —la Señora se mordió un labio y pensó, claro, por eso lleva dos anillos—. La acompaño en la pena.

—Hace cinco años —miró hacia arriba, lagrimeó un poquito y se agarró bien duro las manos—. No se imagina usté, una tragedia.

—¿Una enfermedad, a lo mejor?

—No, ojalá… Lo mataron. Usté se imagina, él se metía en política y…

—Sí, ya entiendo.

Todos se levantaron y el cura comenzó a leer. Laura y Malú estaban elegantísimas. Claudia tenía alzada a Chelita en la primera fila y Poncho se escondía en las columnas del fondo, con un vestido de corbata que le apretaba los brazos como cuero mojado.

Nieto, Contreras y el gordo Restrepo se miraban picándose el ojo, haciéndose señas de qué guayabo y mirando a Heberto con picardía por la forma como se les había escapado la noche anterior del Diplomático, con la hembrita contratada gritándoles «¡Me pagan lo mismo, carajo! Yo no tengo la culpa de que su amigo sea marica».

Claudia dejó caer unas pocas lágrimas al oír los síes, apretó a la niña y le dijo pasito al oído «mira, ese señor ya es tu papi». Chelita miraba todo sin entender, comiéndose la inmensa iglesia con sus grandes ojos negros.

Al salir Laura y Malú se adelantaron, metieron la mano en sus respectivos bolsos y, cuando la pareja llegó al atrio, lanzaron al aire varias manotadas de arroz gritando «¡qué vivan los novios!».

Al frente, un grupo de transeúntes se detuvo a mirar a la novia, y unos cuantos escribanos de la plaza de los Mártires dejaron encargada su Remington a algún embolador para acercarse a

curiosear.

Los tres taxis contratados esperaban sobre la calle, parqueados un poco más adelante. Al final habían decidido hacer una recepción en la casa de los Huambisa para que no les saliera tan caro y pudieran atender mejor a los invitados.

La pareja se montó en el carro de Nieto, acompañados por mamá Huambisa, Claudia y Chelita. Los demás quedaron repartidos a la suerte en los taxis, y ya Laura comenzaba a mirar al gordo Nieto porque a ella los gordos le gustaban y éste parecía educado y decente.

—¿Conoce hace mucho a Gaitana? —Contreras comenzó a charlar con Malú.

—Sí, más de cinco años —pensó bien: de acuerdo con el plan de la Señora ella trabajaba en una oficina de ventas, pero de repente sintió un vacío en el estómago, ¿ventas de qué? Se le había olvidado.

—¿Y la señorita a qué se dedica?

—Trabajo en una oficina de ventas —dijo con voz insegura.

—¿Ah sí? ¿Y ventas de qué?

—Pues de… pollos, pollos y gallinas.

—¿Y a la señorita cuándo le va a tocar el turno de pasar al altar?

—Quién sabe. Yo ya estoy como muy crecida para eso.

—¿Crecida? A ver, yo no le calculo más de 30. ¿Sí o no?

—A una mujer no se le pregunta la edad —reviró orgullosa.

—Perdone si le falté, señorita —Contreras sintió que un balde de agua helada le chorreaba por la nuca—. Es que de pronto me sentí en confianza.

—No se disculpe, está bien.

Subieron al fin a la Caracas y se encontraron en medio de un inmenso trancón. ¿Qué pasaba? Malú sacó la cabeza. Un poco más adelante vio varias camionetas de la policía.

—Es un retén, ojalá no nos hagan parar —pensó rápido en su cédula y dio un respiro, recordó que la tenía en la cartera.

—¿Otro retén? Lo único que hacen es molestar a la gente honrada —mamá Huambisa comenzó a quejarse.

—Tranquila, sumercé. En un momentico lo pasamos.

El gordo Restrepo charlaba muy animado con la Pastusita, metiéndole el ojo dentro del escote a pesar del dolor de cabeza y el guayabo de la noche anterior.

Al fin llegaron a la casa y, tan pronto pasaron la puerta, mamá Huambisa se metió a la cocina.

—¿Permite que le ayude? —la Señora se paró en el quicio, al lado dé la despensa.

Fue un trauma; era su cocina, eran sus ollas, su estufa y, sobre todo, el gran día de su hijo. Con gran esfuerzo aceptó, un poco presionada por la sonrisa de Heberto que moderaba la escena desde atrás.

—Así dejamos tranquila a la juventud, ¿no le parece? —continuó diciendo la Señora, y al ver que había ganado se remangó el vestido, se puso uno de los delantales y comenzó a manipular con sabiduría los pollos, la papa hervida, los sartenes aceitados para el patacón y la haba frita, el dulce de borracho que ya temblaba en su punto dentro de la nevera, al lado del postre de natas, el ají chivato para las empanadas y la ensalada de aguacate.

Mamá Huambisa puso a fuego lento el arroz atollado con legumbres y pedacitos de ternera y cerdo, y luego bajó la tabla para comenzar con la ensalada verde; la Señora la vio trocear un tomate y picar una cebolla en décimas de segundo mientras que ella batía una masa de harina y huevos con hierbas de olor y pimienta que mamá Huambisa le había puesto en las manos; luego un cocombro, que se convirtió en rodajas entre esos dedos ágiles que manejaban el cuchillo con la precisión de un arúspice azteca, de un banderillero andaluz en las ferias de abril.

—Trabajo en el banco, con Heberto —Nieto respondió a Laura acariciándole las piernas con la mirada y preguntándose de dónde había sacado Huambisa ese ramillete de mujeres.

—¿Debe ser un trabajo muy difícil, no? —sabía que la estaba mirando y cruzó la pierna una, dos, hasta tres veces para que la falda se subiera y asomara un poquito el muslo. También se pasaba cada rato la lengua por el labio, para que le brillara y se viera como una fresa mojada.

—No tanto como el suyo, eso seguro.

Laura había fingido ser la administradora de un almacén de balones de fútbol y ropa deportiva en los Barrios Unidos.

—¿El mío? Qué va, si casi nunca estoy.

—Así es que es rico. A mí en cambio me toca moler seguido, y lo que más me molesta es que todo eso es para que otros se hagan ricos. ¿Ha leído a Marx, señorita?

—No, pero sé que fue un filósofo, y que era comunista.

—Eso. Él se inventó lo de la plusvalía, que es cuando uno trabaja para que otros ganen, incluso pagándole a uno sueldo.

—Hm, horrible —dijo Laura, orgullosa de la conversación—. A

mí por eso no me gusta tener empleados.

El gordo Restrepo se metió un puñado de maní a la boca y tomó sorbitos de cerveza mientras charlaba con Malú.

—¿Y es difícil la venta de pollos?

—Uy, sí, dificilísimo —dijo segura—. Lo peor es cuando llegan los camiones de las fincas de crianza. Hay que contarlos, ver los que están desplumados, los que tienen heridas, porque esos viajes en camión son muy duros para los pollos.

—Claro, me imagino. Y muchos se marearán, ¿no?

—Poquitos, pero alguno sí.

El gordo se cambió a las papas fritas y repitió cerveza, luego manoteó también sobre el maíz pira.

—La fiesta está saliendo linda, Heber. Qué felicidad —Tati no le soltaba la mano a su esposo.

—Sí, porque estuvo bien escogida la gente.

Poncho jugaba con la niña en un rincón, enseñándole a rebotar una pelotica de goma que le habían dado de regalo, mientras que Contreras charlaba con la Pastusa.

—¿Y conoce el Ecuador?

—Un poquito. Tulcán, que es la frontera, y Otavalo —dijo la Pastusita—. Tienen una artesanía linda y la comida es rica. Hacen un seco de chivo que es para morirse.

—Yo conozco Venezuela, no más. He salido poco al extranjero.

—A mí lo que más me gusta es viajar. Yo sueño con ir a Europa, y a Estados Unidos. Lástima que sea tan caro. Yo no entiendo una cosa: si a todo el mundo le gusta, ¿por qué luego es tan difícil?

De pronto la puerta de la cocina se abrió y todos vieron salir a la Señora, sudorosa, entre vahos de sopa y aceite hirviendo.

—¿Mucha hambre tiene la juventud?

—Pero antes una foto, a ver, vengan, junto al ponqué.

—Claudia se levantó con la cámara y Tati y Heber se acomodaron junto a la mesa.

Una foto, otra más, una tercera con mamá Huambisa y Chelita, otra de las mujeres. Heber creyó que a la mamá le iba a dar en algún momento esa tristeza de siempre, pero no. Terminadas las fotos se olvidó del retrato del papá y volvió a la cocina con esa expresión de dureza satisfecha que era la única forma en que sabía expresar la alegría.

—Qué delicia. No sabía que tenía tan buena mano —Contreras probó el caldo del sancocho.

—Gracias, joven. Para lo poco que me lo aprecian aquí en la

casa.

Poncho repitió tres veces caldo y le puso tanto ají que casi se emborracha a punta de cervezas para quitarse la picada. En un acceso de tos dejó caer el tenedor que rodó debajo de la mesa. Se agachó a recogerlo y vio las piernas de Laura, y cuando ya se incorporaba sintió el pie buscándolo. Le tocó los dedos, el tobillo y el empeine, y de repente notó que Laura se movía en la silla para abrir los muslos. Entonces vio su sexo negro detrás de las mallas, las ingles desnudas debajo de la falda. «Se vino sin calzones», pensó, para que él pudiera montarla en el primer descuido, y volvió a sentirse un hombre suertudo, uno de esos que les sobran las mujeres y que siempre tienen una historia que contar en las partidas de billar.

El gordo Restrepo comía arroz y ensalada de aguacate con la avidez de una anaconda hambrienta del Punjab, sin apenas mirar a Claudia que, enfrente de él, hacía gestos y sonrisas y hasta contenía carcajadas cada vez que lo veía repetir, tripletir, cuadrupletir.

Laura hubiera querido que se bailara después del almuerzo, pero no hubo manera. Comieron el ponqué sentados en la pequeña salita, haciendo chistes sobre los recién casados y recordando anécdotas que habían oído decir aquí y allá sobre los chascos de los novios y mil historias de lunas de miel, aprovechando que mamá Huambisa se había metido a la cocina a hacer una olletada de café y otra de agua de hierbas.

En uno de los rincones Contreras ya había logrado ponerle la mano en la pierna a Malú, con el pretexto de una charla en la que le explicaba cómo se debía tocar la conga caribeña.

En un momento en que Tati estaba en el cuarto, la Señora entró y cerró la puerta.

—Amorcito, casi se me olvida —sacó un paquetico envuelto en papel de tienda—. Me lo dio el chino Arbeláez para ti.

Tati sintió una emoción enorme al ver salir del papel las figuritas de azúcar de dos novios arrodillados, con levita negra él y ella de vestido blanco.

—Ahora me da remordimiento no haberlo invitado, Madam.

—No pienses eso, cielo. Él aquí no hubiera venido de todos modos, porque se habría sentido mal. No es una cuestión de educación, Tatica, sino de la química de cada uno.

Heberto estaba contento; en el banco le habían dado el lunes y el martes, y así había podido reservar un cuarto en el hotel Yarco de Melgar para pasar la luna de miel.

A las cuatro comenzaron a sacar maletas y a llamar al taxi, y ahí

fue cuando a todas se les comenzó a llenar la cara de tristeza: era el final. Claudia se paseaba de la mesa a la ventana, y cada rato iba al baño a mirarse el vestido en el espejo. Le quedaba bien, de pronto ahorraba y se lo compraba.

Sonó el citofono y mamá Huambisa anunció que el taxi los esperaba en la calle.

—Apúrenle, si no les cobran carísimo —agregó.

—Vamos, vamos —Heber salió alzando a la niña con una mano y en la otra una maleta y un flotador de icopor para la piscina.

—¿Trae los pasajes, mijo? —Tati no acababa de dar besos y de agradecer a todos, porque aunque no hubo grandes regalos, la ceremonia y la fiesta habían sido mucho más lindas de lo que esperaba.

—Se cuida mucho, ¿me oye, mijo? —mamá lo abrazó, lo bendijo —. Nada de ponerse a hacer locuras.

—Acuérdense de los que trabajamos, ¿no? —Nieto le picó el ojo a Heber.

—Y aprovechen la piscina —se unió Contreras.

El comité de despedida bajó a la calle atorándose en el ascensor y por las escaleras, y en el portal se hicieron en grupo para despedirlos.

Poncho aprovechó para ponerse detrás de Laura y resbalar la mano entre los pliegues de su falda. Mientras les hacía emocionados adioses a Tati y a Heberto con una mano, acariciaba con la otra las nalgas desnudas de esa mujer que ya había conocido pero que aún le parecía extraña, haciendo desaparecer sus dedos entre los recovecos oscuros de esa carne tibia y perfumada.

Cuando el taxi arrancó mamá Huambisa los invitó a tomar un último cafecito, y de pronto hasta un licor. Malú, Lila y Claudia miraron entre suspiros a Nieto, que era el más buenmozo y el que tenía carro, pero ninguna se atrevió a preguntarle si ya tenía novia o algo que lo hiciera achantarse.

Llegaron al terminal de transportes y Heberto se adelantó con la niña de la mano para hacer la fila de la reserva de puesto mientras que Tati iba volada al baño.

—¿Tiene ahí los pasajes, Heber? —Tati revisó en su bolso, luego dejó el maletín en el piso y se perdió por el corredor central.

Mientras esperaba para entrar a la cabina del baño, Tati pensó que su vida había cambiado por completo; que era como en esa película que había ido a ver con Claudia en la que una pareja

naufraga en una isla y tienen que quedarse a vivir entre los micos y las palmeras. Un cambio de vuelta entera. ¿Se acostumbraría? Su vida pasada era linda pero incompleta, eso seguro, y lo único que arrastraba de una a otra, su cruz, era la condena de la madre. En la iglesia ya había estado a punto de soltar lágrimas dos o tres veces al imaginar lo bonito que hubiera sido estar con ella; sí, era su única cuenta pendiente, la única sombrita en esa vida clara y soleada de día de vacaciones en Sasaima que ahora llevaba. Estaba segura de que ahora, casada y con Chelita, la mamá sabría perdonarla. Ai principio se mirarían con ojos fríos, ella con miedo y la mamá con furia, pero luego, poco a poco, los ojos se irían calentando hasta que se abrazaran, y entre lágrimas de alegría y de tristeza por haber derrochado tanta vida vendría el ansiado perdón, y a partir de ahí la vida ya sería una cosa bonita y sencilla, y podrían vivirla sin siquiera darse cuenta, porque Tati había visto que con la vida pasaba lo mismo que con las medias, que uno sólo las siente cuando se las traga el zapato y nos forman callos, pero cuando no ni cuenta nos damos y es mejor así.

Regresó cuando Heberto ya comenzaba a preocuparse.

—Creí que me la habían robado, mijita.

—Es que había cola, pero sí me gusta que se preocupe.

Fueron hasta la salida marcada en los pasajes y subieron a un pullman de la compañía Expreso Bolivariano.

—La última vez que me subí a una flota fue hace siete años —dijo Tati, y recordó esa mañana en que subió al bus en Sasaima y bajó una hora y media después en esa ciudad fría e inhóspita que, sin embargo, poquito a poco le fue dando todo.

Cuando la flota empezó a salir de los parqueaderos del terminal Tati se recostó en el hombro de Heber y abrazó bien fuerte a la niña, y se fue así, mirando el atardecer bogotano desde la avenida Boyacá, con los colores ocres y lilas saliendo detrás de las montañas, pensando que ahora Bogotá era también su ciudad porque era ahí en donde había encontrado la verdadera vida, la que le había tocado.

—Bueno, ya es como hora, ¿no? —la Señora comenzó a recoger sus cosas: el bolso, la estola de zorro falsa que una prima la había traído de Buenos Aires y sus gafas de sol, que siempre llevaba, igual al mediodía que a las doce de la noche.

Mamá Huambisa lavaba y preparaba olletadas de agua hirviendo en la cocina, y cuando vio que la Señora se alistaba para irse corrió a pararla, a pedirle que se tomara un último cafecito, un tecito

siquiera, porque no quería quedarse sola en ese día tan especial, a merced de la tristeza que ya desde hacía un rato la andaba acechando.

Lila y Poncho charlaban y, al ver a la Señora preparar sus cosas, se levantaron. Laura charlaba con Nieto, dejando ver adrede el principio de las medias y los elásticos rojos del brassier, y al frente Contreras y el gordo Restrepo platicaban con Malú y con Claudia y parecía que solpaban para que las faldas se siguieran levantando.

—Todo estaba delicioso, mil gracias —mientras la Señora presidía el comité de despedida, mamá Huambisa hizo paqueticos con los restos del banquete, pero nadie los quiso aceptar porque eso sí que daba pena, hasta que Poncho dijo que bueno, que gracias, y la Señora le llenó los bolsillos de pedazos de torta y presas de pollo envueltas en papel de aluminio.

Contreras, en medio del barullo, se acercó al oído de Claudia:

—¿Acepta que la invite a tomar algo, señorita?

Ella sintió como un rayo que la paralizaba; ¿sería ahora su turno? Pensó que le daba vergüenza aceptar porque las compañeras la verían irse con él y al otro día en la casa se la iban a montar, pero dijo qué huevo, ahí está Tati que supo aguantarse todas las chanzas y mírenla, de luna de miel.

—Me da pena, fíjese, ¿qué van a decir mis amigas?

A Contreras se le paró, pues esa respuesta ya suponía una complicidad, un estar de su parte y un sí escondido.

—¿Y quién dijo que vamos a salir juntos? Cada uno por su lado, y luego nos encontramos en la esquina de la 13 con 57, o mejor, en el pasaje del Metro Riviera. ¿Qué dice?

—Pues… sí. No tengo nada que hacer.

Nieto se le acercó a Laura.

—¿Me permitiría que la invite a tomar un refresquito al Crem Helado?

Laura miró a Poncho y sintió que desde el fondo de esa cara de expresión dura había una profunda comprensión, y que en todo caso la relación que los unía era como esos maderitos a los que se agarran los que no saben nadar: un brazo para sostenerse mientras se llega a tierra firme.

—Si me promete no decirle nada a los otros le acepto.

—Tranquila, por esta boca no sale nada. Y además, si le gusta, podemos ir al cineparking del tercer piso.

—Me fascina.

Nieto se sintió como uno de esos niños a los que Superman

invita a dar un paseo por los aires, encima de la ciudad, y bajó la escalera mirando alto y recio, sintiendo que cada paso de los que él daba era oído y aclamado por una multitud.

El gordo Restrepo, en cambio, no se animaba a invitar a ninguna de las otras que quedaban; Malú le parecía buenísima, y por lo tanto inalcanzable, y Lila un poco vulgar. Finalmente se animó y fue a pararse al lado de Malú.

—Señorita, ¿será mucha indiscreción si la invito a tomarse un último licorcito a un sitio tranquilo? —la miró y trató de imaginársela en calzones, empelota, revolcándose y gritando ayes en una de las camas redondas y rojas del motel El Salto Mortal.

Malú se volteó hacia él.

—Y qué es para usted un sitio tranquilo, ¿ah? ¿Un sitio donde pueda hacer vulgaridades sin que lo vean? No señor, mejor váyase para su casa y se está con su mujer.

—Soy soltero —mintió avergonzado—. Además yo no quería ofenderla.

Malú salió a la calle orgullosa, pensando que ella no era una cualquiera. No señor.

NUEVE

—No sé qué tienes tú, Natalia, pero dan ganas de hablarte, de contarte cosas —dice Claudia—. O mejor dicho sí sé; es por que tú sabes oír, porque cuando uno te cuenta algo es como si se llenara de significados. Sí, es por eso, y además creo que lo he explicado bien y que se lo voy a contar a Andy en nuestra próxima charla filosófica. Tú también deberías hablar con él, es increíble.

Otra vez es domingo. Se habían encontrado en una de las bancas de la plaza, a la sombra de un grupo de palmeras.

—Anoche me quedé pensando, y me di cuenta de que hacía años no le contaba a nadie lo de mis papás. Creo que ni siquiera a Andy, porque él tiene la teoría de que preguntar es agredir, de que debemos conformarnos con lo que los otros nos dicen con total libertad, ¿tú qué piensas de esto?

—Es una buena idea, aunque a mí sí me gusta que me pregunten.

—¿Ves? Eso es lo que Andy quiere cambiar, ese sistema por el cuál uno depende del otro para hablar de sí mismo. A veces, cuando está solo en el cuarto, le cuenta sus problemas a la cortina, por ejemplo, o al sofá. Me explicó que lo hace para aprender a no depender de una respuesta exterior, para estimular sus mecanismos de autocontrol.

—Interesante.

Compran helados en la esquina de la plaza y caminan por el andén de la calle hasta la carretera; a Natalia le gusta el olor del campo al mediodía, esa mezcla de tierra y calor que llega con el viento.

—No entiendo una cosa de lo que me contaste ayer —se anima Natalia.

—¿Qué?

—¿Por qué dices que tu papá es responsable del accidente en el que murió tu mamá?

Los ojos de Claudia se vacían de pronto, una mancha helada aparece en sus pupilas.

—Ella estaba borrachísima esa noche. En el puente de la calle 100 perdió el control, se chocó contra la baranda y fue a caer a la 7a. Cuando vino la ambulancia todavía estaba viva, pero cuando yo llegué al hospital ya la habían llevado al quirófano. No la alcancé a ver.

Se quedan en silencio, cruzan la carretera y cogen el camino destapado que lleva al hotel El Palmar.

—Si papá la seguía siempre lo hubiera podido evitar, y a veces me pregunto si no habrá sido él el que la hizo chocar para evitar que siguiera contando sus secretos…

—¿Tan graves eran?

—Cuando mamá le dijo que no quería vivir con alguien que tuviera las manos manchadas se refería a la sangre, yo lo supe por una vez que la oí hablando por teléfono con mi tía. Ella dijo, «él tiene las manos manchadas de sangre, después te cuento», y yo nunca supe a qué se refería, pero desde ahí papá me comenzó a dar miedo.

Un Dodge Dart azul oscuro las pasa dejando atrás una polvareda que las hace toser y manotear en el aire.

En la siguiente curva ven la entrada del hotel. Se cambian en los vestuarios y van a sentarse al lado de la piscina.

—Mamá odiaba a papá, por eso le contaba a todo el mundo esos secretos. Ella quería destruirlo, acabar con su reputación —toma despacio una limonada—. Él la mató, ahora estoy segura.

—¿Por qué? —pregunta Natalia un poco nerviosa.

—Porque no soportaba las miradas de los otros en las fiestas, la forma como murmuraban a su espalda.

—A lo mejor eran chismes que habían llegado a las orejas de tu mamá, ¿cómo sabes tú que lo que decían de tu papá era cierto?

—Era cierto porque a él lo sacaba de quicio. Cuando mamá se lo decía en la cara él se quedaba callado, ni siquiera discutía, solamente la miraba con odio… Le salían góticas de sudor en el labio y no abría la boca.

—¿Y tú oías las peleas?

—A veces. Yo cerraba la puerta de mi cuarto y ponía música. Detestaba esos días.

El sol les da con fuerza en la espalda; algunos bañistas atraviesan la piscina entre niños que flotan en neumáticos inflados.

—¿Y cuánto tiempo vivieron así, antes de que tu mamá decidiera dejarlo?

—Casi dos años.

—¿Tanto?

—Sí… —Claudia le da la espalda, se levanta con una expresión de desagrado y va a zambullirse en las aguas azules de la piscina. Natalia se queda mirándola un poco extrañada, viendo brillar sus hombros mojados.

Sale por la escalerilla del otro extremo y regresa por el borde de la piscina moviendo las caderas con gracia.

—¿Te fijaste cómo me miraban?

—Era lo que querías.

—Te apuesto que a la mayoría se les paró al verme pasar. ¿Qué crees?

—No sé… Seguro.

El sargento llega al terminal a las siete de la mañana y va directamente a mirar los tablones de la flota Macarena. Ahí está, bus 764 para Neiva. Sale en 20 minutos; luego un Willys hasta La Plata y listo, piensa.

Se siente extraño en medio de tanta gente sin su uniforme. Se había identificado tanto con el traje verde oliva y con los cinturones blancos que ahora se siente desnudo; el vacío del peso de la cartuchera lo hace detenerse a cada rato a revisar, con la molesta sensación de estar olvidando algo.

No lamenta haber pedido la baja. «Me voy, capitán, yo tengo mis razones», le había dicho al saber que el traslado no era posible, y estaba seguro, y lo sigue estando porque siente que la vida le debe algo, y para recuperarlo no puede quedarse ahí, quieto, como esos animales heridos que se dejan rematar sin entender lo que les pasa.

Cae una llovizna fría y piensa que en La Plata por fin va a librarse de este tiempo de mierda; él es un hombre de tierra caliente, eso seguro.

Sube al bus pensando en su llegada a Bogotá, en ese amanecer helado en que vio por primera vez las luces de la ciudad, los faros encendidos en medio de calles neblinosas, el olor a caucho hirviendo de algunas calles, y se ve ahí, en ese instante, con su vida guardada en dos bolsas, igual que 12 años antes, cuando la sola mención de Bogotá le hacía doler el estómago porque sabía que era su meta, que algún día viviría allí.

Ropa vieja y recuerdos tristes, piensa, lo único que le saqué a esta ciudad. ¿Cómo habría sido su vida de haberse quedado en el Huila? A lo mejor tendría una tierra, hijos, tendría un prestigio entre la gente. Aquí no, él se marcha y mañana la ciudad va a

levantarse como todos los días, las calles a reventar de hampones y robos; nadie se va a dar cuenta de que falta, de que se ha ido. Todo igual pero sin él.

Ve cómo se pierde la silueta de los edificios del centro desde la avenida Boyacá, hacia el sur, y luego la zona industrial que bordea la salida hasta la represa de Usme.

Saca el pañuelo, se agacha y lo pasa sobre el lomo de los zapatos. «De esta ciudad no me quiero llevar ni el polvo», dice entre dientes.

Claudia se sienta de nuevo a su lado, se unta una capa de bronceador en los brazos y enciende un cigarrillo.

—Mamá dejó a papá porque lo odiaba, porque no soportaba que tuviera una vida secreta. Él era muy bueno con ella, nunca le gritaba, jamás la contradecía, pero eso era lo peor, porque su poder era silencioso, siempre estaba al acecho, como esos insectos que nos esperan en la sombra para saltar al cuello.

Escuchan los gritos de los niños jugando en la piscina; el chapaleo hace saltar gotas que de vez en cuando llegan hasta ellas, refrescándolas.

—¿Y cómo era contigo?

—Me daba todo lo que quería, pasaba los domingos conmigo y en vacaciones me llevaba a Orlando, a Miami, a visitar Disney.

—¿Y luego?

—Siempre fue igual. A mamá no le gustaba que fuera tan generoso conmigo. Decía que me compraba.

—¿Y nunca quisiste hablarle, verlo?

—No. Lo odio.

—Pero… ¿Lo odias sin saber por qué?

—Sí sé. Lo odio porque me violó.

Claudia se levanta; camina sin ganas hasta el borde de la piscina y salta al agua. Natalia se queda perpleja mirándola bracear entre los niños que juegan y, por primera vez, con ganas de no estar ahí, de salir corriendo hasta encontrar a Arturo y escapar a otro pueblo, ir a un hotel de Villeta o incluso a Bogotá, aunque en la ciudad esté ese mundo del que ahora se siente libre.

Claudia vuelve chorreando agua y Natalia ve su piel perlada de gotas, brillante por el protector solar.

—Papá fue el primero… Él me violó, poseso mamá y yo nos fuimos. Ella se dio cuenta pero no pudo hacer nada.

Natalia no se atreve a hablar, se limita a mirarla con una

expresión grave.

—Desde chiquita él venía a mi cuarto. Me daba besos, me acariciaba. Para mí era muy normal. Yo no me daba cuenta.

Ve otra vez la frialdad en sus ojos.

—Cuando crecí él siguió viniendo a verme por las noches. Me acariciaba durante horas sin decir ni una palabra. Yo lo dejaba hacer. Al final me decía que no le contara a mamá, que ella no iba a entender, que eso era una cosa especial entre él y yo que los demás no comprenderían.

Una nube enorme tapa el sol. Natalia siente frío y se envuelve en la toalla.

—Una noche, cuando yo tenía 15 años, mamá me llamó desde un coctel a avisarme que papá estaba borracho, que me encerrara, porque a pesar de todo ella se daba cuenta de que algo pasaba y tenía miedo de saber, de enfrentarse con la verdad. Me dijo enciérrate en tu cuarto, con llave, y no le abras a nadie, ni siquiera a papá. Fue la única noche que lo vi portarse así, agresivo; llegó a la casa y fue directamente a mi puerta. Mamá lo quiso parar pero él le dijo que quería hablar con su hija, entonces me hicieron levantar e ir a la sala. Ahí mamá siguió tomando whisky hasta que no pudo más y casi se desmayó. Papá fue a acostarla y luego vino a mi cuarto. Dijo que ese día era especial, que yo era ya una mujer y que me iba a dar una prueba de cariño… Se acostó desnudo junto a mí…

—Si te hace daño no me cuentes, Claudia, yo entiendo lo que pasó.

—No, óyeme. Se tendió desnudo, junto a mí, y comenzó a acariciarme el pecho, luego la barriga y al final el sexo. Yo sentí excitación pero también vergüenza, asco de mi cuerpo. Nunca me habían tocado de esa forma, yo misma me había acariciado algunas veces, pero eso era todo. Luego se recostó sobre mí y yo me asusté, comencé a llamar a mamá a gritos mientras él me decía al oído que no lo traicionara, que esto era algo entre él y yo y que los demás no iban a entender.

—Al otro día mamá se levantó y vino a verme. No tuvo que preguntar nada, le bastó con ver las sábanas manchadas de sangre para entender lo que había pasado. Él se había ido para no tener que enfrentar la vergüenza, porque él era así, cuando le pasaban los tragos se convertía en un ser débil, indefenso, lleno de miedo.

Se quedan un rato en silencio y Natalia se levanta de pronto.

—Voy a llamar al hostal, Arturo ya debió haber llegado.

El teléfono dé la cafetería no funciona y la hacen pasar a una de

las oficinas en el segundo piso. Marca varias veces el número mirando por la ventana las montañas verdes, el aire trasparente. Debajo de ella ve los bungalows del hotel que dan al campo de tenis.

El número del hostal está ocupado y tiene que intentarlo varias veces. Entonces ve un Dodge Dart azul oscuro estacionado frente a un bungalow y piensa que es el mismo que había visto pasar en la carretera; una de las puertas se abre y sale una figura gorda, con pantaloneta y gafas de sol, que Natalia tarda en reconocer. Un viento frío le sube por la espalda justo cuando la voz de Arturo suena al otro lado del auricular.

—¿Arturo? Alista todo, nos vamos ya mismo. Voy para allá.

Baja corriendo a la piscina y no encuentra a Claudia. Siente angustia, pero un segundo después la ve salir de las duchas.

—Tenemos que irnos ya, ven.

—¿Qué pasa? —pregunta Claudia con gesto perezoso.

—Después te explico. Vamos.

Salen del hotel mirando a todas partes y, en la puerta, contratan un jeep Carpati para que las lleve hasta el pueblo. «Rápido», dice, «estamos de afán.»

—¿Omar Cubillos? —don Ataúlfo tiene su nombre anotado en un pedazo de periódico.

—Sí, soy yo.

Desde que llegó a La Plata todo el mundo le dijo, «vaya a la finca de don Ataúlfo, allá siempre hay trabajo». Vio a algunos amigos, a un pariente lejano que ya tenía una cafetería en la esquina de la plaza de mercado, y pensó en todo lo que había perdido al irse de allí.

—Dicen que usté era policía.

—Sí señor, en Bogotá.

—¿Y por qué se salió?

—Motivos personales… Enviudé y, en fin, usted entiende —el sargento lo mira sin pestañear, con los ojos helados—. Aquí está mi hoja de servicios, esa firma es del capitán del distrito.

Don Ataúlfo la lee despacio, sin dejar de chupar su pipa de tuza de maíz y asintiendo con una humareda al final de cada línea.

—Varios premios de polígono, Cubillos, ¿le gustan las armas?

—Según para lo que se usen, señor.

Le dan un cuarto al final de la casa con los otros capataces, • delante de los establos donde dormía la peonada.

Se tomaba aguardiente, se jugaba al sapo o al dominó apostando las quincenas. A los pocos días de llegar, el sargento tuvo que llevar a dos peones heridos con machete hasta el hospital de La Plata. No hablaba con nadie, todos lo respetaban por haber sido policía y por venir de la capital.

Arturo se levanta al verla llegar y ella se abalanza sobre él.

—Tengo miedo, Arturo, vámonos de aquí —lo abraza fuerte.

—¿Qué pasó?

—Está aquí… Tenemos que irnos.

—¿Quién está aquí?

—Lemos, lo vi cuando te estaba llamando. Nos vigilan a nosotros también.

—¿Lemos?

—Sí, el detective. No confían en nosotros porque tienen miedo de lo que Claudia nos pueda contar.

Suben muy rápido al jeep y van a recoger a Claudia al otro extremo del pueblo. Ella y Andy se montan un poco aterrados, preguntándose qué pasa, por qué tanto afán.

—¿A dónde podemos ir? —pregunta Arturo.

—No sé —Natalia clava la vista en el retrovisor—. A cualquier parte, acelera.

Toman el camino que va a Honda y Claudia comienza a inquietarse.

—¿Qué es lo que pasa? ¿A dónde vamos?

—Claudia, tengo que decirte algo.

Le cuenta todo despacio, desde el principio. Claudia empalidece, sus ojos llamean de furia.

—¿Él te mandó a buscarme? —mira a Natalia con odio y con miedo, como quien descubre un escorpión agazapado en el plato de verduras que se dispone a comer.

—Sí, pero cálmate, yo no sabía nada de lo que tú me contaste. Yo creí que estaba ayudándolos, a los dos.

—Para, para aquí… —Claudia se cuelga del brazo de Arturo—. Me bajo.

Comienza a llorar, se abraza a Andy y empuña su maletín muy decidida.

—No seas boba, un detective pagado por él nos debe estar siguiendo. Si te dije que teníamos que irnos es por eso, porque no confían en nosotros, porque tenemos que escapar.

—¿Un detective?

—Sí, se llama Lemos.

Claudia se tranquiliza un poco, deja otra vez su maletín en el piso.

—Lo conozco, era el chofer de papá cuando trabajaba en el gobierno.

En una curva Arturo ve la trompa del Dodge Dart azul por el retrovisor.

—Vienen detrás.

—Acelera.

Lo único era intentar llegar a Honda y perderlos por las calles. Arturo bajó el alto de la Mona con el velocímetro a 80, haciendo chirriar las llantas en cada curva.

—Ellos pueden ir más rápido. Agárrense bien.

Atraviesan el puente sobre el Magdalena y enfilan hacia el centro. Arturo pasa semáforos en rojo, da media vuelta en contravía, hace saltar con el pito a los transeúntes que llevan canastas de pescado en la cabeza. Al final entran a una calle estrecha que los conduce a una carretera y a un letrero medio oxidado: *Armero 82 km*. Arturo acelera en esa dirección y Natalia se queda mirando la esquina sin ver aparecer el Dart azul.

—Parece que los perdimos, dale más rápido.

Comienza a oscurecer detrás de las montañas y otra vez es agradable el olor a tierra caliente. Un viento fresco les llega del campo.

Algunos kilómetros detrás, con un Nacional chupado entre los labios, Lemos y su ayudante ven aparecer delante de sus faros el mismo letrero de caracteres oxidados.

—Dele por ahí, Lizita —dice el detective al chofer—. Yo desde aquí puedo olerlos. Huyen de mí y yo soy las alas, como dice el poeta —y se congestiona con una bocanada de humo que se convierte en carcajada.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (ix)

Hilario pasó la mañana visitando la Universidad Nacional. Paseó por las facultades de medicina y ciencias humanas, vio la plaza del Che y el auditorio León de Greiff, la cafetería, la torre blanquísima del rectorado y, allá, al fondo de un prado verde, la capilla.

Siempre había querido estudiar en la Nacional, desde jovencito, pero la vida nunca le dio el chance. Desde que tenía memoria se

recordaba rasgando guitarras, tiples, soplando ocarinas.

Dio la vuelta al auditorio y, entre suspiros, se acercó a la entrada; poco a poco fue entrando al edificio, atraído por los retazos de melodías que escuchaba detrás de todas las puertas. Están en clase, pensó temblando de emoción.

Finalmente decidió empujar una puerta y entrar a un salón. Había cuatro estudiantes: dos violines, un piano y una flauta. Se sentó en uno de los pupitres del fondo y cerró los ojos, ya enlagrimados por la nostalgia; ¿cómo habría sido su vida si, a los 16 años, hubiera tenido el valor de enfrentarse a su mamá? Esa frustración que arrastraba era culpa de ella, de su beatería. «Los curitas le van a dar todo, mijo, tiene que ir, ¿luego usté no es católico?» Desde esa época no volvió a hacer sonar un instrumento, y se sintió desamparado al ver que lo más importante de su vida era esa frustración, y que no tenía nada del lado de las cosas buenas, ni siquiera los libros, que pudiera hacerle contrapeso a esa vocación perdida.

Estuvo así un rato hasta que fue interrumpido.

—¿Usté es el profesor nuevo? —Hilario abrió los ojos y vio a los cuatro alumnos a su alrededor.

—No, no… Sólo entré para oír, si molesto me salgo.

—No, por favor, quédese si quiere.

Salió desecho por la emoción y fue caminando hasta la salida de la universidad, en la calle 45. Pensó que tenía ganas de conocer Unicentro, y paró la primera buseta con ese cartel que pasó por la carrera 30.

A la hora convenida estaba sentado en el murito de piedra que daba a la casa de filosofía, esperando al Joven. Miró al cielo y le pareció que tenía ganas de llover, pero pensó que no importaba, que podía meterse a la cafetería a esperarlo.

Vio salir a algunos compañeros de Horacio y se levantó del muro. Caminó hasta la puerta, entró con vergüenza hasta uno de los salones en medio del río de estudiantes, pero nada, no lo vio. ¿Habrá salido más temprano? Preguntó a varias personas pero ninguno lo conocía. Al final vio a un muchacho bajito, bizco, con cara de seminarista.

—¿No conocerá por casualidad a un estudiante que se llama Horacio?

—¿Horacio? Sí, somos compañeros.

—Es que tenía una cita con él. ¿No vino hoy a clase?

—No —Orlando lo miró interesado—. ¿Usté es amigo de él?

—Sí, vengo del claustro de Tunja.

—Ah… Entonces venga conmigo, tenemos que hablar.

Se sentaron en la cafetería, pidieron dos avenas y Orlando lo miró con un gesto preocupado.

—No sabemos nada de él desde ayer.

—¿Qué? —se asustó.

—Sí, no vino a dormir, no avisó que se quedaba por fuera. En la casa estamos preocupados.

—Yo lo vi ayer, estuvimos charlando muy animados y nos dimos cita para hoy. ¿Qué le pudo haber pasado?

—No sé. Es que ya estaba muy raro últimamente, casi no hablaba con nadie. Esta mañana miré entre sus cosas y vi que faltaban unas figuritas de barro que él idolatraba y un libro de san Juan de la Cruz.

—Yo se lo regalé, sí, el día de su despedida…

—Por eso puede ser que se haya ido. Se llevó lo que más quería. Nuestro superior va a esperar dos días, si no vuelve le avisará a la policía.

Hilario sintió una contracción en el estómago: ¿qué iba a decirle ahora al Superior? Le dejó a Orlando el número de teléfono del hotel Nueva York recomendándole que lo llamara en cuanto supiera algo, y se fue pensando con temor en la llamada que tenía que hacer a Tunja. Para darse ánimo compró en una tienda una botella de anisado y un par de buñuelos, y subió a su habitación.

—No se pudo hoy, Su Reverencia, pero me prometió que mañana o pasado íbamos, que ya les había hablado de mí —la voz le tembló, era la primera vez que decía una mentira desde que hizo los votos.

—¿Y cómo lo viste, bien?

—Preocupado por Su Reverencia. Hoy me volvió a preguntar.

Se acomodó en la cama y agarró una lágrima justo en el momento de salir, sin temor a ser visto porque la hermana Pía no estaba en la habitación.

—En cambio me presentó a un compañero de la residencia y fuimos los tres a comer una empanada cerca de la universidad. Estuvimos acordándonos del claustro, y Horacio se pasó todo el rato contando historias.

—Qué bien, qué bien. Se ve que le está haciendo mucho bien tu compañía.

—Modestamente yo creo que sí, Su Reverencia —se mordió la lengua, tocó madera, le pidió perdón a Dios repitiéndose en la mente que lo hacía nada más que para evitar el sufrimiento.

—¿Te dijo si me había escrito?

—No sé, Su Reverencia, él es muy reservado con eso, pero yo' creo que sí.

—Bueno, Hilario, me has dejado con el corazón alegre. ¿Lo vas a ver mañana?

—Sí, prometió acompañarme a la Luis Ángel Arango.

—Pues si puedes llámame a la misma hora que hoy.

—¿Y de salud cómo va, Su Reverencia?

—Saliendo, Hilario, saliendo. Estas noticias son las que más me mejoran.

Colgó y pensó que, en últimas, el Joven había sido educado por él, y que alguien con esa educación tenía que responder al primer toque de campana. Recordó cuando Horacio era un bebé amoratado y llorón y reflexionó en la forma como había decidido hacer de él un gran hombre. Horacio, ahora lo sabía, estaba destinado a llegar allá donde él nunca pudo siquiera arrimarse, sí.

El hermano volvió a bajar por la escalera del hotel para salir a la calle, arrastrándose en medio de la noche hasta la cafetería para comprarse otra botella de anís.

—Le va a hacer daño, ¿cuál es el problema? —la empleada de la barra lo reconoció.

—No hay problema, estoy solo y me gusta tomar.

—¿Solo? Seguro que su esposa estará en la casa esperando bien preocupada.

—Gracias por la preocupación, señorita, pero no hay ni esposa ni casa. Estoy de paso en Bogotá, me estoy quedando en un hotel y estoy solo, le repito.

—¿De dónde es?

—De Tunja —tomó dos sorbos largos de la botella. Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—Si me espera un momentico lo puedo acompañar un poco.

No se atrevió a decirle que era un sacerdote. Estaba convencido de que, para las mujeres, los religiosos eran todos maricas, y le daba vergüenza.

Caminaron un rato, fueron hasta la plaza de Bolívar y bordearon la fachada de la catedral y la entrada de las antigüedades Cancino. Al poco tiempo él se dio cuenta de que tenía que irse, que no eran

horas para que un hombre como él anduviera por la calle, y menos en compañía de una señorita.

—Tengo que esperar una llamada, señorita, gracias por la compañía.

—¿Seguro que no le puedo ayudar en nada?

—No, si ya le dije que sólo voy a esperar.

—Pues déjeme que le ayude a esperar.

Entraron sigilosos al hotel y fueron hasta el dormitorio caminando de puntillas por los corredores.

Al despertarse al día siguiente, la vio durmiendo en la cama y tuvo un sobresalto; luego se vio encorvado en el sillón, tiritando de frío y cubierto apenas con el cubrelecho. La jovencita también se despertó.

—Uy, es tardísimo, me tengo que ir. ¿Viene a hacerme visita por la noche a la cafetería?

—Sí, sin falta.

—Lo peor no es eso, sino el tipo de gente con la que anda —el superior de la residencia de Bogotá miraba a Hilario preocupado—. Esa gente va de un lado a otro, por eso es tan difícil buscarlo.

Fueron a la estación de policía y dieron las señas. El muchacho bizco dio algunas indicaciones sobre dónde podían buscar.

—¿Un secuestro? —el capitán miró de forma rutinaria al superior—. ¿Han recibido ya alguna llamada?

—No, mire, el asunto es más complicado —el hermano Hilario le expuso con calma todo el caso. Cuando terminó, el capitán cruzó la pierna, echó una bocanada de humo y golpeó el escritorio con las dos manos.

—Esto lo arreglamos en un momento —llamó a un agente—. No se preocupe, padre, esta misma noche le devuelvo a su curita.

El superior le rogó que los dejara acompañarlos en la búsqueda, y tras una serie de razones cruzadas el capitán aceptó, «sólo por tratarse de ustedes».

Recorrieron todos los sitios escarbando hasta el último rincón, pero nada. El capitán, pasada la medianoche, los mandó a dormir diciendo que un grupo de agentes lo buscaría toda la noche.

El superior invitó a Hilario a quedarse en la residencia ya que el lugar de Horacio estaba libre. Él pensó en la muchacha de la cafetería, en la promesa que había hecho, pero al final aceptó por tratarse de un asunto de absoluta prioridad.

Ya en la habitación una idea le vino a la cabeza: destapó cajas

llenas de notas y se sentó en la mesa a leer los apuntes del Joven; quería estudiar bien su caligrafía. Luego abrió una carpeta en donde encontró los borradores de las cartas al Superior y las respuestas de éste, y con ese material se puso a trabajar, una vez más pidiendo perdón a Dios por lo que hacía.

Al día siguiente las noticias de la policía no eran buenas. Ni rastro del Joven, nadie daba razón de él y ya no se les ocurría dónde más buscarlo.

—El problema es esa gente, padrecito, como son todos locos uno puede reventarlos y no abren la boca.

—Siga buscando de todos modos, capitán. A ese muchacho hay que encontrarlo.

> Reverendo Padre Su Gracia Altísima:
>
> Dios me lo tenga en Su silla más alta y lo proteja de esos males que sin piedad y justicia lo aquejan.
>
> Padre, la compañía del hermano Hilario ha sido un verdadero bálsamo dentro de la rutina. Qué persona entrañable, noble e inteligente es nuestro bibliotecario. La charla diaria con él ha supuesto un avance notable en mi forma de valorar y comprender las cosas. Fíjese Su Alta Gracia, incluso estos pobres seres con los que trabajo han sentido el aura de la presencia del hermano y me solicitan a diario su compañía.
>
> El hermano me ha venido planteando una serie de cosas que quisiera comentarle, Su Reverencia. Según él, mis capacidades dentro del estudio y la preparación dentro de la jerarquía de la Iglesia superan con mucho el poco esfuerzo que me supone el trabajo con estos seres, y en consecuencia su consejo es que encuentre a alguien para que continúe con lo ya empezado y que, bajo mi tutela, lo desarrolle, de forma que la iniciativa no se pierda y yo pueda pasar a ocuparme de otras cosas más relacionadas con mi propio crecimiento y desarrollo en la fe.
>
> Debo reconocer que el trabajo con dichas personas me parece cada día más mecánico, menos enriquecedor. El entusiasmo que sintieron por el hermano Hilario, atribuible en su mayor parte a su brillantez y don de palabra, es una muestra de cómo mi trabajo ha logrado convertir a estos seres solitarios en personas receptivas, sociales.
>
> En cuanto a mis estudios, Su Reverencia, debo decirle que todo va de maravilla. Los compañeros me respetan y los

profesores se preguntan a diario cómo puedo conocer y disertar sobre temas que ni ellos mismos han imaginado.

Para terminar, debo decirle que un reciente trabajo mío sobre santo Tomás fue uno de los últimos beneficiados por la presencia del hermano; en poco tiempo, con su verbo capaz de iluminar allí en donde la oscuridad parece más aterradora, donde los nudos de tiniebla son más resistentes, me hizo ver claros los temas centrales y de mayor interés, con lo cual he empezado a redactar un pequeño articulillo, fuera de las aulas, claro, sólo como pasatiempo, y que más adelante le enviaré para que me dé su opinión.

Bueno, Padre, espero que esta carta le ayude a pasar su tristísima reclusión en la enfermería y, así, le deseo y pido a Dios por su pronto restablecimiento.

Indigno siervo de usted,

Horacio

Demetrio la llevó hasta la puerta y, como de costumbre, la entregó a la hermana Pía por una pequeñísima rendija.

—Carta del Niño, Su Reverencia. ¿Quiere leerla ahora?

—Sí, Pía, sí. Ábreme un poco la cortina.

La hermana se retiró al otro costado a leer su misal con los ojos clavados en las delicadas hojas de arroz, sin atreverse a mirar hacia el Superior. Cuando sintió que su respiración se alteraba un ápice corrió a socorrerlo.

—¿Otra vez malas noticias, Padre?

—No, Pía, no —se limpió rápido algunas lágrimas emocionadas —. Léela, al fin Dios comenzó a escucharnos.

* * *

Ahora el amor (x)

Pasaron el Boquerón y Heberto miró la quebrada con miedo; siempre le habían dicho que por ahí se habían matado miles de personas, y él recordaba haber visto una vez un jeep volcado, a milímetros del borde.

—Al final me dio no sé qué no haber invitado al chino Arbeláez, ¿sabe mijo? El de las tarjetas en la casa.

—Faltaba más, ahí sí que mi mamá se nos moría.

—Cuando volvamos voy a ir a hacerles una visita. ¿Se dio cuenta las caras de tristeza con que me miraron? Para ellas es

difícil.

—Bueno, ahora que ya no trabaja ahí no hay necesidad de que vaya a la casa, mija, yo entiendo que sean sus amigas, pero fíjese, ya la niña está crecidita, imagínese la influencia.

—Pero Heber, son mis amigas…

—Al menos véalas por fuera de la casa, los domingos; yo no tengo nada contra ellas, mijita, pero me da miedo por Cheli.

Tati tuvo un poquito de tristeza, pero al mismo tiempo se sintió contenta de ver cómo Heberto se sentía responsable de la niña. Lo miraba y luego daba gracias a Dios.

—Claro que sí, mijo, es mejor así.

La flota paró en una venta y todos se bajaron. Heberto fue a hacer pipí y de vuelta le compró una bolsa de achiras a la niña. Ya se sentía el calorcito, ya había ese olor a campo que a Tati le traía la imagen de Villeta, de Sasaima, y le daba la nostalgia por su mamá y volvía a prometerse que apenas volvieran viajaría a su casa para pedirle el perdón.

—¿Qué le pasa, mijita? De repente se puso triste.

—Nada, Heber, estaba pensando en mamá.

—Ahora sí la puede ir a ver. Si quiere yo la acompaño. Podemos ir con Chelita y decirle que es hija nuestra, que vivíamos lejos y no habíamos podido ir antes a verla, ¿le parece?

—Sí, Heber, sí.

—Ya no piense más en eso, que luego lo arreglamos.

Se abrazaron y abrazaron a la niña en esa oscuridad cálida y acogedorá, viendo de vez en cuando las luces de los carros que venían en sentido contrario y los cocuyos rojos de la cabina del conductor.

Claudia se paró frente al panel de fotos del Metro Riviera y fumó nerviosa. ¿Lo habría dicho para tomarle el pelo? Seguro, no vendría. A esa hora no había nadie, apenas una pareja que miraba los precios del grill, y se sintió aún más angustiada, porque sus pasos resonaban por la galería y eso le recordaba las películas de miedo.

Al fin vio venir una figura y dio un respiro. Era Contreras.

—Uy, señorita. Yo creí que no iba a venir.

—Ya le dije, como no tenía nada que hacer…

—La invito al Candelazo, ¿le parece? Es una tabernita que queda cerca de aquí.

—Bueno…

—Se puede bailar, es lo mejor que se me ocurre para digerir el tremendo banquete que nos dieron donde Huambisa.

—Sí, sí —Claudia sintió ganas de encender uno de los cachitos que llevaba escondidos en el forro de la cartera y se dijo que más tarde, que de pronto en la taberna, en alguna ida al baño.

Cogieron un taxi en la 13 y se fueron charlando.

—¿Le gusta el cine, señorita?

—Sí, mucho.

—¿Cuál fue la última película que vio?

—No me acuerdo bien. ¿Y usté?

—*La caída de Nueva York*, y me gustó porque, a pesar de ser ciencia ficción, es muy real. Fíjese, la guerra atómica y todo eso, son cosas que están a la vuelta de la esquina.

—¿Por ésta? —dijo el chofer del taxi.

—No, no, hablaba con la señorita —respondió Contreras.

—Ah.

—Pues a mí me gustan las del gordo Benjumea —reviró Claudia.

—Son chistosísimas, sí. ¿Y las de miedo? Como *Viernes 13* o *Pesadilla en Elm Street*. Me fascinan.

—A mí también, pero la verdad es que no voy mucho a cine, y por eso tengo que ver las películas de la televisión. Me gusta mucho *Kojak* y *Sábados felices*.

Llegaron a la discoteca. Subieron por una escalera estrecha, rodeada de espejos y luces.

—¿Qué quiere tomar?

Se sentaron en una mesa cerca de la pista.

—Una cervecita, ¿no?

—No sé si vendan. Podemos pedir un licor. ¿No le gusta el aguardiente, o el ron?

—Prefiero el ron, el aguardiente me da mucho mareo.

Dijo eso y Contreras sintió emoción; seguro se la comía, ya la tenía de un pelo.

—Entonces ron, ¿media botella?

—Bueno.

Salieron a bailar y Claudia, con el trago, se fue sintiendo cada vez mejor. En la primera vuelta fue al baño y, entre uno de los excusados, encendió un cachito y lo fumó rápido, sin nervios, porque al entrar sintió olor a bareta y seguro había más viejas metiendo.

Al salir ya se sentía francamente bien. Llegó a la mesa y sacó a

Contreras llevándolo de la corbata. Él estaba radiante, con una erección permanente al ver que se la amacizaba sin problema, que le soplaba la oreja y ella más lo apretaba.

Volvieron a la mesa y siguieron con el ron, y Contreras estaba feliz de ver cómo no tenía que estar convenciéndola para que tomara porque ella misma se servía unos vasos enormes. Se le fue acercando con la silla hasta que quedaron muy juntos y cantaron la canción que sonaba, un vallenato, y él se sintió fuerte y le puso la mano en la pierna, y comenzó despacito a mover los dedos al tiempo que le soplaba en la oreja con la disculpa de hacerle entender la letra.

Claudia volvió a tener un poquito de angustia y, dándole dos buches al vaso de ron, se disculpó para ir al baño. Al caminar por el corredor se sintió borracha: veía tres puertas en lugar de una y el sonido de la música le llegaba como si estuviera metida debajo del agua.

Fumó dos cachos seguidos agarrándose duro de una percha que había pegada a la puerta y volvió a salir trastabillando.

Al llegar a la mesa Contreras la sentó a su lado, en lo más oscuro, y sin mediar canción comenzó a subirle la falda y a chuparle el cuello. Al meterle la mano entre las piernas sintió un escalofrío: «Tiene el calzón mojado, o sea que le gusto», y comenzó a revisar en la mente los moteles de la zona.

Claudia no se daba cuenta de nada, se agarraba del vaso como si el siguiente trago fuera a quitarle la borrachera, y cuando sintió la presión de un dedo en su vagina comenzó a preguntarse dónde estaba, si en la casa o en sueños, o si estaba dormida, y de pronto una cascada de luces y un remolino de vértigo la hicieron volcar el vaso.

Se escurrió debajo de la mesa como una marioneta y Contreras comenzó a mirar alrededor preocupado.

—¡Señorita, señorita! ¿Se siente mal? —se agachó para acomodarle el calzón y las medias que él mismo había bajado hasta casi las rodillas.

—¿Me oye, señorita?

Claudia se debatía entre un charco de babas y vómito, negándose a mover un dedo. Al instante vino un mesero y le dijo a Contreras que se la llevara, que tenían que limpiar.

Salió arrastrándola hasta la calle y paró un taxi que, al principio, se negó a llevarlo con una mujer en ese estado, pero luego de ofrecerle una propina aceptó. Había encontrado en su cartera un documento con la dirección, y en un bolsillito las llaves.

Al llegar con ella al edificio no supo qué hacer, pero como Claudia seguía sin poder sostenerse decidió subirla. No había ascensor y tuvo que llevarla alzada por las escaleras hasta el tercer piso, y luego encontró fácil la puerta. La depositó en la cama dando un suspiro de alivio.

«La voy a hacer tomar una aspirina y salgo», se dijo, y fue al baño, pero no encontró nada y al verla tendida volvió a sentir que se le paraba; se sentó al lado y la miró dormir, comenzó a pasarle la mano por las piernas y, muerto de miedo, volvió a levantarle la falda. Poquito a poco le fue bajando las medias de nailon hasta los pies, oyendo los murmullos alcohólicos de Claudia entre sueños. Vio el sexo negro en medio de las piernas como una araña agazapada, las ingles atravesadas por diminutas venas azules. Al final decidió quitarle también el calzón y luego desabotonó lentamente la chaqueta. «Qué tetas», dijo al descubrirle el pecho. Entonces Contreras la empujó con suavidad hasta que estuvo boca abajo y vio con éxtasis las nalgas infladas, la escobilla del sexo en medio de los glúteos rosados y temblones, estriados por la marca del calzón. Pasó la mano acariciándola, comenzó a lamerle la piel hasta excitarse mientras ella seguía con sus sonidos babosos e inaudibles. Se recostó a su lado y le separó las piernas con suavidad. Se desabrochó el pantalón y, cuando ya se disponía a penetrarla, lo detuvo una oleada de lucidez. ¿Era una violación? Sí, se dijo, ni más ni menos. Vio su foto en El Bogotano, el gesto de horror de su hermana y su mamá al enterarse. Volvió a mirarla y tembló de placer al imaginar lo que sería meterse por ese orificio rosado y rugoso. ¿Qué hacer? Podía esperar a que se despertara, pero sería peor porque al verlo ella iba a imaginarse cosas. Entonces se decidió; de un salto se puso en pie y comenzó a vestirla; cerrando los ojos le volvió a acomodar la ropa y, al terminar, apagó la luz y salió por la puerta, avergonzado de lo que había estado a punto de hacer. En el taxi que lo llevaba a su casa lo seguían atormentando las imágenes de El Bogotano. ¿Se acordará mañana de que la estuvo acariciando, que la desnudó y le abrió las piernas y se recostó a su lado? ¿Lo acusará a la policía?

Llegaron al hotel y Tati soltó una lágrima. «Qué lindo», dijo, y tocó con respeto las puertas de madera pintada, la suavidad de las sillas de la recepción, mientras Heberto llenaba el libro de viajeros.

—Mira, mi amor —le dijo a Chelita—. Ahí hay un parquecito para que mañana salgas a jugar.

—Listo, el cuarto es en el segundo piso —vuelve Heberto.

—Es lindo el hotel, mijo, le debió costar una fortuna.

—No se preocupe, mamita, por la caja de previsión del banco nos sale por nada.

La habitación era grande y tenía el baño adentro. Detrás de la cortina había un balconcito que daba a una quebrada.

Al día siguiente Heber se puso su pantaloneta de rayas, su camisa de mangas cortas y unas gafas negras que se había comprado el año anterior en Anapoima. Tati iba al lado con un vestido amarillo muy fresquito, y la niña en sudadera, y así buscaron desayuno antes de darse una vueltica por el pueblo y luego, por la tarde, echarse a tomar el sol al lado de la piscina. Tati estaba avergonzada porque no sabía nadar, pero pensó que no importaba, que con quedarse en lo pandito ya estaba bien y, con la disculpa de cuidar a la niña, no tenía por qué ir a lo hondo.

Heber compró postales de Melgar en las que se veía la iglesia y la plaza, y fue a Telecom a mandarle una a la mamá y otra a la hermana, en Sogamoso. Tati le mando una a Claudia y otra a Isaura, en Bosconia, y estuvo dudando si mandar otra a la casa, pero al final dijo que no fuera a ser que se entristecieran.

Pasaron los cuatro días como entre un sueño y Tati no cesaba de dar gracias a Dios; qué manera de estar de acuerdo en todo, de no pelearse, de compartir hasta los más pequeños deseos y gustos. La gran curiosidad para Tati era ver cómo iba a ser la vida al volver a Bogotá; una nueva casa, no más trabajo, todo el tiempo para su esposo y la niña; pensó que a lo mejor estudiaba, pero luego se arrepintió al ver que ni siquiera había terminado los estudios de bachillerato.

De vuelta a Bogotá hubo varias cosas que fueron como manchitas negras; lo primero, la relación de mamá Huambisa con Chelita, pues la regañaba todo el tiempo, y lo segundo las indirectas con la plata. Heber le decía que tuviera paciencia, que mamá siempre había sido así y que, al fin y al cabo, dentro de poquito se iba a ir a Sogamoso con la hermana, o sea que era cuestión de esperar.

Laura caminó por la 57 hasta que sintió el pito del carro de Nieto y, con una expresión coqueta, se coló dentro de un salto.

—¿A dónde me va a llevar, entonces? —le dijo muy seductora.

—Vamos al Crem Helado, lo prometido es deuda.

Se estacionaron frente a uno de los postes de servicio y Laura pidió un banana split.

—Qué cosa tan deliciosa, si por mí fuera comía todos los días.

—Sí, señorita, si uno vive para hacer lo que no quiere. Todo lo que es echar bueno sienta mal para algo, y lo rico perjudica, engorda o cuesta caro o lo mete a uno en problemas. La vida está hecha al revés, ¿no le parece?

—Pero hay cosas que sí se pueden hacer, ¿no? —Laura le pica el ojo y Nieto siente inflarse el calzoncillo.

—¿Como cuáles?

—El amor, por ejemplo. Es el premio que se nos da por el resto. Es como en las frutas: lo dulce de dentro está en proporción con lo amargo de la cáscara.

—Usté dice cosas lindas, señorita.

—Tan montador…

—De verdad… Yo nunca había conocido a una mujer como usté.

—¿Lo dice en serio?

—Serísimo.

—¿Y en qué le parezco distinta?

—En su forma de hablar, de moverse. Usté es muy bonita, Laura, ¿ya se lo han dicho?

—Esas cosas siempre da gusto oírlas, pero qué va.

—En serio, ¿me permite que le haga una pregunta personal?

—Sí, siempre y cuando no sea muy difícil.

—¿Cómo es que una princesa como usté no está casada?

—La vida, ¿no acaba de decir usté que está mal hecha?

—Señorita, vamos a arreglar la vida, ¿me acompaña a un motel?

Laura se sintió burlada; como si una luz potente le mostrara la verdad de la escena. Pensó qué debía hacer, pero antes de acabar su examen de conciencia vio con sorpresa cómo su mano se levantaba y se estrellaba contra la mejilla de Nieto.

—¿Qué cree que soy, so marica, una cualquiera de la calle?

Ella misma no estaba muy convencida y sintió lástima de no poder volver atrás el tiempo, de no tener la posibilidad de empezar otra vez desde el banana split y que él fuera más galán y menos pendejo, o quizá más tímido, porque sentía que algo, o alguien, le había puesto conejo en esa historia.

Abrió la puerta del carro, salió y volvió a meter la cabeza por la ventanilla:

—Para mojar el pájaro, si es que tiene, hay mil sitios aquí cerca que no son muy caros. Adiós.

Salió con una carcajada, diciéndose que al otro día lo iba a contar a las demás mientras tomaba café, y pensó en Poncho, en lo

tonta que había sido al no irse con él.

Heberto pasó a contaduría y así pudo dejar ese horrible trabajo de cajero en la ventanilla; le decía a Tati, «un día voy a saltarle al cuello a un cliente», y además se ganaba un poquito más de sueldo por mes.

El problema comenzó con unos despidos en las sucursales de la 57 y de la carrera 9a: tres empleados que estaban a seis meses de jubilación. Se unieron, buscaron los contactos y Heberto comenzó a sentir que su lugar estaba en las mesas del sindicato. Él mismo presidió la marcha por todas las oficinas de la sucursal recogiendo firmas de solidaridad, e incluso subió a la gerencia, en donde el director lo miró como si acabara de romper un jarrón chino.

—Son unos malnacidos, mija.

—¡Heber! Qué son esas palabras delante de la niña.

—Perdone, mijita. Es que me muero de rabia. El pobre Cano, cuatro hijos en el colegio todavía. Es el único de los echados que conozco, pero no importa, si uno no se mueve se lo tragan.

—¿Y qué piensan hacer?

—Estoy organizando un paro. Si la cgt adhiere los vamos a hacer sudar sangre.

—Tenga cuidado, mijo. Acuérdese de su papá.

—Eran otras épocas.

Heberto decidió tomar las riendas de la negociación a los tres días del paro y, luego de un día y una noche de discusiones, logró que aceptaran otra vez a los despedidos. Por eso le ofrecieron un puesto en la mesa directiva del sindicato.

—No sé si aceptar, mijita, es una responsabilidad.

—Increíble ese man, uno lo ve en el ascensor y es una hueva hinchada, pero de frente a los jefes es puro Búfalo Bill.

—A ese hijueputa hay que tenerlo entre ojos, lo dejamos subir y ahora nos quiere meter el dedo por el culo. No señor.

—Tenga cuidado, mijo, acuérdese que usté ya no está solo.

—Lo ven a usté y les tiembla, man. Se les pone la cara como una arracacha. Usté es el man indicado, métale.

—No es cosa de política, no señor. Es pura justicia. Ustedes me acusan de comunista, de rojo, pero aquí la vaina es a nivel de gentes, de tres que le dieron la vida al banco y que ustedes quieren tirar como si fueran medias rotas.

—Eso fue el matrimonio lo que cambió a Huambisa. Claro, eso le da fuerzas a cualquiera. Antes ese huevón no era así.

Decidió aceptar el puesto en el sindicato del banco y ya nunca más volvió a oír esas chancitas en los corredores, en el ascensor o la fotocopiadora. Él seguía siendo el mismo, pero se daba cuenta de que había aceptado un destino y que ya no podía echarse para atrás.

El fin de semana que Tati se decidió por fin salieron madrugados de la casa, hicieron sandwiches para el camino y llevaron algunos regalos envueltos en papel de colores.

—Que no se me vaya a quedar el paquetico —llevaba un álbum de fotos de Chelita cuando recién nacida y de cuando el colegio.

Vistió a la niña diciéndole al oído «vas por fin a conocer a tu abuelita», y Cheli se puso feliz porque tenía una amiga en el salón que siempre le hacía fieros con la familia que tenía.

Salieron de Bogotá en flota y por el alto de la Tribuna ya la niña tenía mareo; Heber la alzó junto a la ventana para que le diera el aire, le pidieron bolsas al ayudante por si acaso y, al final, apenas comenzaron la bajada, se le pasó y se quedó dormida.

Tati sintió una opresión en el estómago al ver los viaductos de Albán, el desvío de la carretera, y volvió a verse esa mañana en la que, al lado de ese arbolito que ahora veía pasar, esperó el bus para irse a Bogotá.

Se bajaron en el centro del pueblo y, luego de dar una vuelta por la plaza y de entrar a la iglesia, caminaron hacia la carretera para ir al restaurante.

Tati pensó que lo mejor era que ella fuera delante, y luego, cuando hablara, hacer venir a Heberto y a la niña.

Vio de lejos la estructura de ladrillo y madera, los colgajos de guineo y las cajas de mango. Todo seguía igual. Vio el letrero: *Evite accidentes, no conduzca con hambre*, que ya estaba un poco descolorido por la lluvia, y la lista de platos escrita en tiza sobre un tablero de metal colgado a la entrada.

Al acercarse al mostrador vio a una muchacha que no conocía.

—¿Está la señora? —se muerde las uñas, se arranca pieles de los dedos por los nervios que siente.

—¿La señora? Sí, un momento. Ya se la llamo —salió por una de las puertas traseras y Tati hizo el trayecto en la mente: un escalón, vuelta a la derecha, correr la cortina y entrar al cuarto. Salió hasta el borde de la carretera y vio a Heber allá abajo, con la niña alzada; tomando gaseosa y leyendo el periódico.

—¿A la orden?

Sintió un vacío en el estómago y, al darse vuelta, quedó petrificada: no era su mamá, era una señora más joven. Miró el lugar y pensó qué raro, seguro que era ahí. Tuvo miedo de preguntar, pero después de un rato de estar callada se atrevió.

—Busco a la señora Graciela.

—¿Graciela? Ella ya no vive aquí.

Tati perdió el aire. Miró a todas partes con la esperanza de estar equivocada, de ver el restaurante otra vez en otra esquina y decirse qué tonta, cómo pude confundirme, pero no. No se había equivocado.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarla?

—No sé, creo que se fue a vivir a Bogotá, en todo caso por aquí no volvimos a verla.

Sintió venir las lágrimas, le dio la espalda a la señora y lloró, arrepentida de haber dejado pasar tanto tiempo antes de venir a buscarla.

—¿Usted es…?

—Soy hija de ella…

—Ah…

Tati alcanzó a adivinar una mirada de reprobación y, para sentirse más segura, le hizo señas a Heber de que viniera.

—Ahí viene mi marido con mi hija —dijo—. Se van a poner tristísimos.

Se sentaron en una mesa, la señora les sirvió café y llamó al marido, que salió por la puerta vestido con franela.

—Nosotros le compramos el negocio hace tres años y desde esa época no la vemos —dijo el hombre—. Yo creo que se fue a Bogotá, ella siempre hablaba de ir a Bogotá.

—¿Quién podrá darnos noticia de ella aquí en Sasaima?

—Quién sabe. A lo mejor el padre Llano, ella era muy beata.

Se despidieron al terminar el café y fueron caminando hasta la parroquia.

—¿Graciela? No sé, no. O mejor dicho, sé que se fue a Bogotá, pero de ahí para adelante ni idea —el cura la miró con ojos fríos—. ¿Usted es…?

—Soy la hija, éste es mi marido, y ella es la nieta de Graciela.

—Ah… —miró hacia el techo—. La última época de Graciela fue muy difícil, por eso se fue. Casi no tenía amigas, pobre. Vayan a hablar con la costurera, vive aquí arriba. Se llama Juana, ella y su mamá eran amigas.

Fueron buscando la casa hasta encontrarla; vieron por la puerta

entreabierta a una mujer vieja que cosía frente a un televisor encendido.

—¿Graciela? Sí, claro que me acuerdo. Ella se fue a Bogotá… Pero, ¿usté es Gaitanita?

—Sí.

La miró con cariño, le pasó la mano por la cabeza.

—Yo la alzaba cuando recién nacida, le regalaba dulces, y cuando la picó la culebra en el patio de la casa la estuve cuidando y le daba mamoncillos, ¿no se acuerda?

Tati se sintió confundida.

—Estaba muy chiquita.

Cogió de la mano a Tati y la llevó hasta un patio.

—Ella fue muy dura con usté, sí, y ella sabía. Una vez vino una mujer de Albán, otra, a contar la verdad, una que trabajaba en el mismo sitio que usté, y le explicó a Graciela que todo eso habían sido habladurías de la gente, que usté era una persona decente y formal. Ella le creyó, pero no quería aceptarlo porque entonces era como aceptar que había tirado una hija al río, que la había echado fuera de la casa por nada, y era difícil. Graciela sufría por eso, y para mí que si se fue a Bogotá fue un poco por escapársele a esos recuerdos, porque se sentía sola y al mismo tiempo sentía que era su culpa.

—Yo necesito encontrarla —dijo Tati entre lágrimas.

—Ahí está el problema, que ella se fue y no le dejó a nadie dirección ni teléfono ni nada.

—¿De verdad?

—Sí, Gaitanita.

Volvieron a Bogotá tristes, sin decir muchas palabras. Cuando Chelita le preguntó al oído «Mami, ¿dónde está la abuelita?», Tati casi se derrite en llanto. Entonces se propuso buscarla, aunque fuera ya para el resto de su vida.

PÁGINAS PARALELAS II

CURRÍCULUM VITAE

(Notas para una autobiografía)

Jaime (James Ihieronnimus) Palacios

24 de diciembre de 1964

Bachiller por el colegio Les frères Karamazov

Realizó estudios de filosofía en los dominios de

-La analogía renacentista
-La hermenéutica de la fe
-El tratado de los humores
-El eterno retorno
-El «tapis roulant universelle»
-La teoría de los ritmos
-Las vidas ejemplares
-Las teofanías herméticas
-Los logaritmos de la memoria
-El bosque y los símbolos

Fundador y socio de honor del semanario *Aporroia*, revista de pensamientos de alto vuelo.

En la actualidad prepara una novela sentimental (*Ahora el amor*), basada en la omnipotencia de este sentimiento, en la infinita vulnerabilidad del cuerpo y del alma, así como en la idea de la felicidad como única felicidad posible.

Es autor de *Entimema*, novela de misterio y horror ambientada en la Bogotá colonial en la que, a la vez, se hace un severo juicio de

ese periodo histórico.

A los 14 años escribe una de sus obras claves: *Confalón ortopédico*, en donde analiza los soportes de la vida de los hombres y desenmascara su artificiosidad y ligereza.

A los 16 años inicia su serie policial *El comisario Buriticá*, que incluye los siguientes títulos:

-El crimen del barrio Egipto
-Un espía en el Capitolio
-El atestado de Buriticá
-Avenida Chile, segundo piso, ascensor
-El visitante intempestivo
-Cadáver bajo el aguacero
-La gardenia del Chicó

A los 18 años, influenciado por las *Bucólicas* de Virgilio y las obras de Petrarca, escribe *Verdes boyacenses*, poema en seis partes en el que intenta dar una identidad mítica a esta zona del país.

Los 19 años suponen la entrada del autor al teatro; escribe dos piezas dramáticas, *Un aborigen en la gran urbe* y *Los sueños aurórales del cacique*, obras en las que se reflexiona sobre el ancestro indio y el choque cultural que, sin embargo, no gozan de la aceptación del público en sus únicas representaciones (salón de sexto de bachillerato del colegio Les frères Karamazov). Sin embargo, la pasión teatral continúa intacta y escribe, consignando su paso por el surrealismo, *El lápiz caído*, obra de resonancias sartrianas que le supone el aplauso del público y la renovación del amor de sus amigos.

A los 21 años, James Ihieronnimus D’Aquitanie comienza a mirar los problemas de su país desde una perspectiva histórica; testigo de este cambio de visión es su volumen de poesías *Oda a la urna electoral*, con la adenda final, a manera de apostillas: *¿Quién le teme a Navarro Wolff?*

De su interés por la ciencia ficción, por la confusión de tiempos y la figura eleata del espiral, surge una de sus obras más descarnadas, el volumen de memorias ficticias *Yo estuve con los incas*.

Con el tiempo, el autor vuelve a los elementos sencillos de la vida para descubrir en ellos el verdadero sustento de las grandes existencias. De ahí su obra *Con mis amigos del barrio*, curiosísima mezcla de géneros poéticos (letrillas, décimas, pareados y alejandrinos, verso libre, canciones) intercalados con collages y dibujos originales, así como recortes de mapas, avisos de cine, clasificados, cuentas de tabernas, descripciones realistas de elementos de la vida diaria (cacerías de ratas en el caño, guerra de escopetas de aire, construcción de carros de balineras, ventas de pan en Santa Ana), hasta llegar al tema del primer amor, que le vale un capítulo especial («Gelatina temblona»), en donde el autor nos narra una hipotética iniciación en este sentimiento.

Los elementos sencillos de la vida (soporte de las grandes existencias) lo vuelcan finalmente sobre el amor, tema de la novela ya citada en la que trabaja actualmente, intercalado con algunos ensayos: *Del aire como transmisor de la mirada enamorada*, y un proyecto de *Historia universal de la ternura.*

EL JOVEN SANTO

Déle vuelta, ¿sí? Para que le quede algo a Fermín cuando se despierte ahora que está así, con la pierna reventada de pus y carne podrida. A ver, Delia, la última chupadita y ya mientras les cuento: íbamos para El Dorado a ver salir los aviones cuando nos encontramos un taxi solo, sin nadie dentro. Fermín me dice venga, subámonos, vamos a jugar dentro, y cuando estamos ahí, jugando, dándole vueltas al timón, aparece el taxista y nos grita ¡carajo, bájense de ahí! Fermín salta y corre y yo también corro y el taxista enciende el carro y nos persigue por el descampado; entonces Fermín me grita ¡separémonos!, y yo veo que el taxista lo persigue a él hasta que lo alcanza y lo atropella, y cuando Fermín está tirado en el suelo llorando se le acerca con una cruceta y le da dos golpes en la pierna diciéndole por ratero, y yo me acerqué a ver si podía ayudarle pero el taxista me amenaza y le vuelve a pegar a Fermín en las rodillas y el pobre en el suelo aullando de dolor, y cuando el taxista se va voy a verlo y lo encuentro llorando, con la boca llena de tierra y la pierna sangrando. Lo subo al carro de balineras y lo comienzo a traer al centro para ir a un hospital o algo, y llego cansadísimo de empujar el carro porque Fermín casi se había desmayado, y luego lo alcé para entrarlo al hospital pero el portero nos sacó diciendo no señor, aquí no entran gamines, y Fermín me

decía que no sentía la pierna, que lo dejara chupar un poco de bóxer porque el dolor lo iba a matar, y yo dije ¿ahora qué hago?

Entonces lo llevé al barrio Egipto, a donde dicen que está ese señor que le ayuda a los pobres y a los gamines, ése que llaman santo, y hm, para subir esas cuestas con el carro de balineras y Fermín encima medio muerto, adormilado por el bóxer que se caía en cada curva, y sí nos recibió el man, y le hablaba a Fermín como si no fuera de la calle porque es un señor muy buena gente que tiene cara de rico pero se viste como cualquiera, y le dio pastillas y le limpió la herida y le dijo a Fermín que no volviera a chupar bóxer, porque eso le jodía los pulmones, y le puso también una venda, y todo sin cobrar porque dicen que hasta pide limosna para darle de comer a la gente, pero a Fermín todavía le duele porque apenas todo eso fue hoy, y a ver si mañana con las pastillas ya se le baja la hinchazón y le pasa el dolor, entonces dejémole un poquito, ¿bueno?

TERCERA PARTE

Vida de un joven sacerdote de provincia (x)

La casa quedaba detrás de las últimas viviendas de invasión, en las faldas del cerro de Guadalupe. La antigua propietaria, la señora Carmen Julia, le había dicho al padre Magaldi —párroco de Egipto — que a su muerte le dejaría la propiedad para que hiciera en ella alguna obra de bien; «un colegito, una guardería, aunque sea un centro de salud, algo que le sirva a la gente».

Los primeros días, cuando los del barrio vieron llegar a esa legión de zarrapastrosos trabajados por el mugre y las moscas, formaron grupo y se fueron a quejar a la parroquia.

—¿Por qué traen a esa gente aquí, padre? ¿No tenemos ya suficientes problemas?

—Imagínese para los niños, padre, qué ejemplo, esa piara de locos todos los días en sus narices.

—Y quién sabe si no serán peligrosos. Yo, desde anteayer que los vi venir, no duermo de pensar que se me van a meter en la casa.

—Entren, no se queden ahí en la puerta —el padre los recibió en mangas de camisa.

Les explicó que era una obra caritativa dirigida por un muchacho joven; una persona buena que había llegado al barrio hacía poco, con buenas intenciones y mucho amor a Dios. Les recordó la tradición del barrio Egipto, les habló de los Evangelios, de la honorabilidad de quien trabaja por el bien de los pobres y del espíritu de sacrificio del buen cristiano, haciendo énfasis en el deber de la hospitalidad.

—Además, si no funciona y hay algún problema, ya le advertí que tendría que irse.

—Usté siempre la tranquiliza a una, padre, pero yo no dejo de estar preocupada por los hijos.

—¿A ver, Josefina, usté tiene perro en su casa?

—Sí, padre, ¿por qué?

—Fíjese, no le da miedo que sus hijos convivan con un animal y, en cambio, rechaza a un ser humano que necesita ayuda.

—Bueno, padre, si usté lo pone así.

Tres días estuvo el Joven arreglando el interior con materiales

encontrados por la calle, regalados en demoliciones y obras, hasta que pudo hacer varios dormitorios y dos saloncitos separados.

El día que pintó en la pared del frente el nombre de *Casa Carmen Julia*, el padre Magaldi subió con un grupo de vecinos a entregarle dos canastos llenos de comida.

—Aquí una colaboracioncita de la gente, Silicio —como se hizo llamar, por temor a ser reconocido—, para que vea la bondad.

La idea del Joven era ir construyendo hacia atrás para hacer más dormitorios y poder albergar a más gente. De momento sólo tenía seis camas.

—Yo les pienso dar una primera instrucción religiosa. También enseñarles a leer y a escribir para que puedan estudiar. Luego ya se los iré mandando a la iglesia, padre.

—Hay que tener mucho cuidado, Silicio. Tú me inspiras confianza, pero de todos modos me da un poco de miedo.

A la segunda semana comenzaron los problemas con los alojados. Uno de ellos se escapó en la madrugada porque tenía sed y dos calles más abajo aterrorizó a un grupo de jugadores de dominó. Cuando fueron a despertar a Silicio ya subían al loco a los empujones para colgarlo en los árboles del cerro.

Cuatro días después otro alojado entró a una casa a buscar agua y asustó a una señora que, histérica, le tiró encima un cucharón de aceite hirviendo. Tuvieron que llevarlo al san Juan de Dios con las mejillas desleídas.

—Otra de éstas y vas a tener que irte, Silicio. Acuérdate, soldado advertido no muere en guerra.

—¿Qué es lo fácil en este mundo, padre? Todo lo que nace duele, y no se explica, se palpa.

Con el tiempo todos se fueron acostumbrando y los problemas terminaron. Silicio les enseñó a recoger agua en el chorro —con lo que se dio fin a los correteos nocturnos de los alojados—, a hacer canales a los lados de las calles para que la lluvia no hiciera surcos y se llevara la tierra, a limpiar, a recoger la basura y llevarla hasta el botadero. Así, poquito a poco, la gente del barrio comenzó a perderles el miedo.

Silicio se pasaba la noche en los restaurantes del centro recogiendo las sobras, pidiendo limosna en las calles para comprar el gasoil de la estufa. Nunca dormía más de dos horas. Se arrunchaba en una estera en uno de los costados del salón.

«Un día de éstos va a enfermarse», pensaba el padre Magaldi con miedo, «¿y qué voy a hacer yo con esa zarabanda de jumentos

piojosos?»

—A ese muchacho le debe faltar una tuerca, padre, ¿cómo es posible que alguien escoja por voluntad esa vida?

—Nadie sabe nada de él. Llegó un día y se instaló luego de hablar con el padrecito, porque eso sí se ve que es bien educado y que conoce de historia y de ciencias, porque dialogó con monseñor sin dejarse esquinar, y los nombres y las citas de la Biblia le venían a la boca como agua de la fuente.

—Yo oí decir que viene del Valle y que está pagando una promesa.

—¿Del Valle? Qué tontería, no tiene acento.

—Entonces del Huila. Tiene cara de andar guardando un secreto.

Los avisos de búsqueda del Joven fueron desapareciendo de los periódicos y la policía ya no sabía qué hacer para atender las exigencias de los superiores de las tres residencias cristianas.

—Debió irse de Bogotá, si no ya lo habríamos encontrado —dijo el comandante pensando: «Debe estar en una alcantarilla pudriéndose, ¿pero cómo se los digo?».

El hermano Hilario tomó un día la decisión de revelarle la verdad al Superior, cansado de mantener la farsa de las cartas con la firma del Joven.

—¿Desaparecido…? —el Superior se sentó sosteniendo la bocina como una imagen tallada y se acarició el estómago sabiendo que de un momento a otro algo iba a manifestarse.

—Sí, Su Reverencia, bueno… La policía lo está buscando y…

Le explicó todo desde el principio, con la seguridad que le daba el verse acorralado por la desgracia.

—Sólo vi al Joven dos veces, padre. El resto fue un puro invento; yo quería darle una alegría, Su Reverencia, y…

—¿Las cartas, entonces, son falsas?

—No, padre, sólo las tres últimas. Póngame cualquier penitencia, yo me arrepiento a pesar de que lo hice con buena intención —Hilario se vio en el Guainía, en una misión de la selva, matando serpientes en las duchas.

—Tú no hiciste ningún mal, Hilario, pero ahora colguemos, quiero descansar y reflexionar. Por cierto, vuélvete en el primer bus. Si la cosa está en manos del Superior de la residencia cristiana no veo razón de que te quedes.

—Como mande, Padre.

El Superior se levantó y fue despacio a su despacho; pasó al lado

del secretario y le dijo: «No me pases llamadas, voy a estudiar.» Al rato se escuchó un golpe seco, como de un bulto cayendo al suelo. El secretario fue hasta la puerta y golpeó una, dos, tres veces. Nada, no hubo respuesta.

—Su Reverenciaa…

Nada. Salió al corredor asustado y fue a buscar a la hermana Pía.

—¡Hermanita!

—¿Qué pasa, Luis? Qué susto me diste.

—Es el Superior, hermanita, creo que…

Fueron corriendo y golpearon de nuevo a la puerta. Nada.

—Las llaves, ¡traigan una copia! —acercó la boca a la puerta—. Su Reverencia, soy Pía, ¿me oye?

Luis subió al instante con Demetrio y comenzó a revolver cajones, a abrir ficheros, hasta que dieron con un manojo enorme de llaves.

—Aquí están, pero yo no sé cuál es.

—Las probamos todas, no importa —dijo la hermana con voz trémula.

Era imposible, la hermana no seguía ningún orden y con los nervios terminaba probando la misma llave dos y tres veces.

—Habrá que tirar abajo la puerta.

—¿Cómo? —preguntó la hermana.

—Yo puedo pasarme por la ventana, así es más rápido.

Demetrio abrió la ventana de la secretaría y miró hacia abajo.

—Sí, es fácil.

—Cuidado, Demetrio, no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad.

Salió por la ventana del corredor agarrado de la cintura con una cuerda y comenzó a pasarse.

—No mires para abajo —previno la hermana.

Llegó hasta la ventana, se agachó con cuidado e intentó abrirla.

—Está cerrada por dentro.

—Rómpela con el pie, no importa.

Le dio una patada al cristal y mil astillas volaron hacia el patio en el que ya los demás hermanos se habían congregado. Entró por fin y un segundo después abrió la puerta. La hermana pidió paso.

—¡Traigan la camilla!

Estaba caído en el suelo, al lado del escritorio, sosteniendo en el puño la bolsita de bicarbonato.

Lo alzaron entre varios para ponerlo en la camilla y luego volaron por el corredor hasta la enfermería.

—Demetrio, súbeme dos platones de agua hirviendo, y llama a Carpió.

Cuando el Joven habló con el padre Magaldi para que le ayudara en el proyecto ya llevaba varios meses escondido, durmiendo en las casetas de dulces del parque Nacional. Le llegaban las noticias de la búsqueda, de la manera como la policía entraba a los tugurios dando puntapiés y culatazos, y sentía vergüenza. Ellos lo protegían porque creían en él.

Sólo esa idea lo hizo perseverar: «Cristo me envió a ellos, yo soy el que soy porque ellos son», se decía, y entonces continuaba cambiando de escondite cada noche, disimulándose entre la gente del centro durante el día, pasando desapercibido entre las multitudes que iban y venían por los alrededores de San Victorino, Monserrate, el parque Las Cruces.

Al tiempo la tensión bajó y ya pudo frenar la vida nómada. Cada noche dos o tres vagabundos lo recibían en un lugar concertado, le tenían algo de comida, agua de panela caliente y una caja con periódicos para que pasara la noche.

Cuando supo que la señora Carmen Julia había muerto en el barrio Egipto y que había donado su casa a la parroquia fue de frente a hablar con el padre y le expuso su proyecto. Se presentó como un salvador devoto, apóstol dadivoso, con tan buen verbo que a la semana de discusiones logró el permiso para iniciar su tarea.

Lo último que hizo Hilario en Bogotá fue ir a la cafetería a despedirse de Conchita y darle un regalo: luego de dar vueltas entre los almacenes y las tiendas de la calle 23 se decidió por un casete de Óscar Golden y un juego de jabones de olor.

—Le recibo el regalito si me promete una cosa —la camarera lo miró a los ojos.

—¿Qué?

—Que no va a volver a tomar por soledad. Cada vez que le pase piense en mí, piense en lo que le dije.

—Prometido —y pensó, culposo, en la cantidad de buches de yogur y en los chicles que tuvo que mascar para que no se le notaran en el aliento las cervezas que tomó para tener la fuerza, el coraje de ir a despedirse después de esa noche en que ella durmió en su cuarto y él no fue capaz de tocarla.

Después fue a la Buchholz y compró algunos libros de filosofía, y de remate pasó por la librería de las Ediciones Cristianas y miró el hermoso volumen de la Biblia ilustrada por Doré, que en el claustro se consideraba pagana pero que él admiraba en secreto, y luego se fue otra vez al Tía, a comprarle algunos regalos a los hermanos y al Superior.

Por la tarde pagó en el hotel Nueva York y se despidió de la propietaria.

—Un caballero como usted siempre será bienvenido en nuestra casa.

—Gracias, señora, usted es una reina.

Llegó al terminal de Transportes a las cinco pasadas y, como le quedaba tiempo, se dio una vuelta por los comercios mirando corbatas, fotografías publicitarias de colonias, relojes y esferográficas, y sin saber cómo se encontró sentado en una lonchería. Pidió un aguardiente con limón y miró a los ojos a un marrano cocinado que yacía sobre una bandeja de metal con el lomo relleno de arroz, su propia carne, verduras y especias. Pidió media botella más y la bebió a sorbos cortos, pensando que ya no volvería a Bogotá en mucho tiempo.

La flota salió por la avenida Boyacá con dirección norte; rodeó la ciudad y fue a salir cerca de Suba, a la 127, para encontrarse con la autopista en la esquina del puente subterráneo. Vio pasar los Jardines de Paz, el castillo de Marroquín y el puente del Común mientras le daba sorbitos furtivos a otra botella que había comprado para el viaje.

El patiecito de atrás de la casa Carmen Julia ya no daba abasto para la cantidad de materiales que Silicio y sus muchachos traían de las demoliciones. Entonces decidieron utilizarlos en una ampliación de la casa hacia la parte del cerro, y así, los vecinos se acostumbraron a verlos trabajando desde muy temprano hasta bien entrada la noche, subidos en vigas, sacando puntillas torcidas y oxidadas de antiguos tablones y enderezándolas a martillo, limpiando de moho los enchapes, las baldosas, poniendo cal aquí y allá hasta colocar cada cosa en su sitio.

La comida la preparaba el propio Silicio en un fogoncito de gasoil que el padre Magaldi le había regalado, antigua propiedad de la casa cural. Se servían tres comidas al día, y cuando había mucho trabajo o llovía se hacía un café a media tarde con pan o galletas.

Todo el mundo estaba maravillado con la labor del Joven y, poco a poco, se fue convirtiendo en una de las personas más

respetadas del barrio.

—Hay que ver, es un santo.

—¿De dónde habrá salido?

—No hagas preguntas tontas, los indios no le preguntaron a Bochica de dónde venía.

Los alojados ayudaban a los vecinos; llevaban agua a las casas, hacían mandados, limpiaban y recogían basura, hacían arreglos. Sólo hubo un problema con uno de ellos, al que Silicio, con lágrimas amargas en el corazón, tuvo que expulsar. Se llamaba Ricardo y era uno de los más jóvenes.

En una de las casas del vecindario vivía un hombre inválido con su hija, una muchacha de 18 años. La joven lo cuidaba y, en ciertas épocas en las que el viejo se hacía trasladar a un hospital de caridad para hacer terapia, ella se quedaba sola en la casa. Pasó que el alojado se enamoró de la joven y, una mañana que ella estaba sola, se subió al techo para espiarla mientras se bañaba en el patio con una totuma.

—Yo lo vi en el techo y ni me dio miedo porque lo conocía y sabía que era bueno —contó después la joven—, pero de pronto saltó al patio, se bajó los pantalones y me mostró el pipí haciendo señas de que me acercara.

Los que estaban en la tienda se asomaron por los gritos cuando la joven salió a las volandas envuelta en una toalla, pero la toalla se enredó en la falleba de la puerta y por eso la vieron correr empelota y al alojado detrás, haciendo gestos babosos y dando saltos de pingüino con el pantalón por las rodillas, el culo al aire y la vista clavada en las nalgas bamboleantes de la muchacha.

Para Silicio este incidente fue una verdadera tragedia; lo expulsó con la dureza necesaria, pero contaron que después estuvo varios días sin hablar, y que una vez alguien le tocó el hombro en el chorro y él se dio vuelta con los ojos en lágrimas, y al preguntarle qué le pasaba se quedó en silencio, volteó a mirar para otro lado y echó a andar… Y claro, todos supieron que lloraba por Ricardo, porque era uno de los alojados que él más quería.

Pasado diciembre el padre Magaldi comenzó con los preparativos de la Semana Santa. El primero en quien pensó, claro, fue en su admirado Silicio.

—Nosotros ya tenemos los vestidos. Lo que falta es gente que nos ayude a montar las tarimas.

—Nosotros le colaboramos, padre, eso seguro.

—Algunos de los materiales nos los regalan en las fábricas. La próxima semana ya me toca comenzar a hacer las visitas —se sirvió otro café del termo y le ofreció al Joven, miró por la ventana la mancha blancuzca y grisosa de la ciudad, los edificios del centro clavados como postes.

—Yo quiero que cada año la representación sea mejor, más espectacular, más bonita. La Pasión es el evento más importante para nosotros aquí en Egipto. Más que la Navidad —los ojos le brillaban. Caminó hasta la ventana y se concentró de nuevo en la imagen de la ciudad—. Pero es un trabajo enorme, Silicio. Hay que reparar todo lo que se daña, todo lo que se deteriora en los sótanos. Las coronas de cartón plata, por ejemplo, casi todos los años hay que hacerlas nuevas, y las pelucas ni se diga.

—¿Qué cosas le faltan, padre?

—Todavía no sé exactamente. La próxima semana bajo a revisar porque lo tengo todo en cajas y, claro, con la humedad y la polilla, te imaginas.

—¿Y los actores?

—Es lo más difícil, necesito una cantidad enorme de personas y muchísimo tiempo para hacer los ensayos. Además está el eterno problema: nadie quiere hacer de Judas. No les gusta porque ha habido Judas apedreados en la escena de las treinta monedas —volvió a sentarse, cogió el termo y llenó las tacitas.

—Para los romanos también es difícil. Sólo se animan a la hora de probarse los vestidos, porque son los más bonitos. La gente de aquí es muy religiosa.

—¿Y usted nunca ha actuado?

—Una sola vez, Silicio, y fíjate, fue un grave error. No teníamos Pilatos y a mí se me ocurrió la tontería de hacerlo. Después de la representación la gente estuvo un tiempo sin venir a misa. Son muy impresionables, Silicio, ¿te das cuenta? Yo intenté inculcarles los principios del teatro, pero ellos tienen una visión directa, apasionada.

—¿Y quién hace de Cristo?

—Todos los años ponemos una lista en la puerta de la Iglesia para que se anoten los aspirantes. Luego hacemos ensayos con un jurado y se le da el papel al que mejor lo haga.

—¿Cualquiera puede anotarse?

—Siempre y cuando sea del barrio, sí; hago lo mismo con los apóstoles aunque viene menos gente, y es raro, a veces hay que hacerlo para el de los dos ladrones. No sé por qué atrae tanto.

El Joven imaginó la representación y la boca se le llenó de un sabor dulce; recordó sus lecturas de Lucas Fernández en la biblioteca del claustro; el *Teatro navideño* y los *Autos sacramentales* que representaba en su mente, ahí, acodado en las frías mesas de madera vieja.

—Avíseme cuando tenga el material, padre, nosotros le ayudamos en la construcción de los escenarios. Cualquier cosa que le haga falta dese una vuelta por la casa Carmen Julia. Allá tenemos mucho material almacenado.

—Gracias, Silicio. A veces pienso que fue una bendición que tú vinieras.

—No exagere, padre. Yo sólo soy un buen cristiano, un lector atento de los Evangelios.

—¿Por qué nunca hablas de tu pasado?

—El pasado no existe, padre, ¿no ha leído a los filósofos? Sólo existe ahorita, cuando usted y yo estamos hablando.

—Si no te conociera creería que hiciste algo malo, pero conociéndote no se me ocurre. ¿Estuviste en un seminario? ¿Dónde aprendiste tanta doctrina?

—Dese una vuelta por la casa, padre, ahí charlamos.

Salió y el padre lo miró pensativo; Silicio se fue alejando por la calle a paso rápido, mirando al suelo, como si tuviera muchos pensamientos en su cabeza, aporías qué resolver.

El Superior debió ser trasladado a un centro médico en la ciudad de Tunja y, a pesar de los reproches de la hermana Pía, ser atendido por gente extraña a la comunidad.

—¿Me puedo al menos quedar con él? —se despellejó los dedos mientras miraba angustiada al médico jefe.

—No sirve de nada que se quede, él va a estar igual. Usted en cambio está cansada, hermana, yo se lo siento. Váyase al claustro y duerma, trate de ocupar la mente en otras cosas. El padre está aquí en las mejores manos, no hay por qué tener miedo.

—Pero, ¿qué es lo que tiene?

—Varias cosas, hermana. Estamos haciendo análisis para saber exactamente. Tranquilícese, vaya a descansar y vuelva mañana.

—¿Mañana? Ni hablar, ¿y si se despierta? Tengo que estar con él, doctor, yo lo conozco mejor que nadie. Le advierto que si no me deja voy a estarme sentada en la puerta del hospital toda la noche.

Al final le permitieron quedarse; la hermana dio indicaciones a Demetrio y a Hilario sobre lo que debía hacerse en el claustro.

—Mañana hacen misa de devoción por la salud del Superior y luego se me vienen para acá. Y cuidadito con regar el cuento de Horacio, ¿bueno? Hilario, pégale una llamadita a la residencia de Bogotá, de todos modos.

—Como mande, hermanita.

Al día siguiente Carpió dirigió la misa a la salud del Padre Superior y, como cosa excepcional, todos comulgaron para reforzar la súplica.

Terminada la misa Hilario fue al despacho del Superior, pidió privacidad al secretario anunciando órdenes de la hermana Pía y fue al teléfono.

—Aquí Tunja, habla el hermano Hilario Portillo. Llamo a preguntar si hay noticias de Horacio.

—Nada, hermano, y lo peor es que la policía ya no está buscando. Dicen que se fue del país. ¿Por allá no ha aparecido?

—No, ojalá.

—En fin, entonces habrá que seguir rezando.

A las dos semanas ya estaban todos trabajando en el patio de la sacristía: el cura, Silicio, cinco alojados y varios monaguillos.

—¿Esto va con este color? —Horacio levantaba un pliego de papel plateado y un yelmo en papel crepé.

—Sí, le pones goma primero y después lo pegas.

Los alojados hacían el trabajo más difícil: serruchaban las maderas para hacer la estructura de una de las tarimas más importantes, la de Pondo Pilatos y el lavatorio de manos. Era difícil porque se necesitaban un montón de decorados, y además había que dejar espacio atrás para colgar las sábanas pintadas con los fondos. Daba gusto trabajar con ese material nuevecito, pensaba Silicio. Los alojados estaban felices.

—También tiene que alcanzar para las puntas de las lanzas de la Guardia Imperial, mira, ¿ves que son plateadas? —el padre le mostró los dibujos de su Biblia española ilustrada y Silicio reconoció el modelo de los vestidos, de los cascos, los colores de las túnicas.

—¿Todo lo saca de aquí, padre?

—Casi todo… Bueno, las ideas generales. Ya sabes que, al fin y al cabo, en todo lo que hacemos se cuela un toque personal, ¿no?

—Claro, padre.

Los ayudantes pintaban las sábanas de gris para hacer las paredes de mármol de la tarima de Pilatos. De vez en cuando el

cura, en mangas de camisa y overol de trabajador manual, iba a supervisarlos.

—Más oscuro aquí y aquí, para que se refuerce el efecto sorpresa.

Al día siguiente el Joven se levantó con una extraña sensación; tenía algo dentro, un deseo que se resistía a tomar forma. ¿Qué era? Toda la mañana estuvo nervioso, como temiendo aceptar una decisión que dentro de él ya estaba tomada. Durante el almuerzo apenas levantó la cabeza del plato, y en los trabajos de la tarde con el padre no hubo manera de arrancarle palabra.

Por la noche, desvelado, oyó una voz interior: «Tú quieres hacer el papel de Cristo, preséntate.» Le daba vergüenza pero, ¿por qué? A sus ojos era un capricho, una cosa vana. Recordó a su adorado Bossuet en su discurso contra los pusilánimes y sintió temor de ser uno de ellos, pero el deseo lo alteró de tal forma que no pudo negarse. Poco a poco, en la oscuridad de las calles, se fue dejando llevar por un impulso que lo condujo hasta la puerta de la iglesia. Allí, en medio de la noche y el viento y una ligera llovizna que comenzaba a calar, estampó su nombre en la lista, y luego regresó a la casa con paso apurado.

Al día siguiente el padre lo recibió con un abrazo.

—Te felicito, Silicio, no sabía que te gustaba el teatro.

—Es un capricho que tengo, padre, hasta me da vergüenza.

—Hiciste bien en anotarte, así compites con el resto. Eso sí, te advierto que contigo voy a ser muy exigente.

Siguieron trabajando entre sonidos de madera, clavos y golpes de martillo; de repente el padre Magaldi se volvió a acercar a Silicio.

—Cuéntame de la casa, ¿cómo van las cosas?

—Bien, ya terminamos la primera ampliación, imagínese, todo con el material que recogemos por las calles. Tenemos 14 camas y, no sé padre, estoy madurando una idea que quisiera comentarle pues, así de principio, me asusta un poco.

—¿Cuál? ¿No será algo peligroso?

—Fíjese, se trata de traer mujeres, de hacer una comunidad mixta, ¿me entiende? Porque yo creo que toda comunidad que aspira a la perfección debe ser un reflejo del mundo, y el mundo es mixto, vario. No podemos cerrarnos a la diversidad creada por Dios por prejuicios terrenos, ¿no le parece?

—En verdad que es una idea arriesgada. Si me pides mi opinión te diría que ni hablar, que vas a tener miles de problemas que,

claro, son del mundo y son humanos, pero que no por eso debemos ponernos a su merced.

—Todos los días reflexiono un poco, padre, quiero indagar en dónde comienza el pecado y cuál es su origen: ¿Está en el propio cuerpo? ¿Es un rasgo del carácter creado por la experiencia? ¿Cuál es el papel de la voluntad en el pecado?

—Lo que no puedes es convertir la casa en campo de experimentación de tus ideas, Silicio. La idea de la comunidad es buena porque cumple un papel, pero lo que ya no es tan bueno es servirse de eso para fines personales.

—No es un fin personal lo que pretende comprender las relaciones de los hombres, padre. Son ideas que me surgen en una ruta evangélica y que, en última instancia, van encaminadas a la mejora de mi trabajo. Yo considero, padre, que todo enriquecimiento que experimente será positivo para la casa Carmen Julia, y en esa medida el trabajo con las ideas es tan importante como el del serrucho y las vigas en las ampliaciones.

—Tú eres bueno para argumentar, Silicio. El problema es cuando la razón te hace ir por la vía contraria. Yo te pido que le des más cabida al sentido común. Hazlo durante unos días y verás que el problema se planteará de forma distinta.

—Gracias, padre, usted siempre con sus buenos consejos.

Al terminar la convalecencia, el Superior regresó al claustro. Cuando se abrió el portón de madera y entró la camioneta con el Padre en su interior todos los hermanos se mantuvieron en vilo.

La hermana Pía, Demetrio y el hermano Hilario alzaron la silla de ruedas y la pusieron en tierra y, una vez acomodado —con pantuflas, piyama, suéter, cachucha y ruana—, saludó levantando el brazo. Todos respondieron con cariño y alegría aun si estaban en lágrimas: el Superior era un costal de huesos, sus ojos estaban rodeados de un halo violáceo y sus venas parecían las de esos cadáveres de ahogados que, una vez cumplida su descomposición en el lecho del río, emergen a la superficie.

Pía iba delante fingiendo sonrisas, intentando disimular su enorme dolor.

—¿Cómo se siente Su Reverencia? —lo saludaron.

—Bien, bien. Contento de haber vuelto.

Al llegar al dormitorio el Padre pidió reposo por la gran emoción que había experimentado y, pasada una media hora, mandó llamar a Hilario.

—¿Hay noticias de Horacio?

—No, Padre, lamento decirle que no.

Hilario se sorprendió. El Superior olía a talco, como los bebés.

—¿Cuándo llamaste la última vez?

—Ayer. La hermana Pía me lo pidió.

—Ve al teléfono y llama a la residencia de la ciudad.

—Si hubieran sabido algo nos habrían llamado, fue la recomendación que les di.

—No te pedí tu opinión, Hilario. Ve al teléfono.

Salió y le contó a la hermana Pía. ¿Qué hacer? Fue al teléfono y llamó, pero nada.

—¿Qué le vas a decir? —Pía lo miró preocupada.

—Que no hay noticias, hermanita, es lo único. Las mentiras van a hacerle más daño.

* * *

Ahora el amor (xi)

Recibió la llamada como a las once, cuando Heber estaba en el banco y Chelita aún no llegaba del colegio. Se quedó sentada en la cocina viendo cómo las lágrimas le corrían por las mejillas hasta bajar por el brazo. Quiso seguir preparando la ensalada pero al segundo tiró todo y se fue al cuarto a llorar, desconsolada, sobre la colcha de su cama. Al poco rato reaccionó y fue a buscar en su libreta el teléfono del almacén de telas en el que desde hacía unas semanas trabajaba Claudia.

—¿Aló? —hizo un esfuerzo—. ¿Claudia Sarmiento por favor?

—Salió puro hace un momentico, ¿quiere dejarle razón?

—No, nada, gracias.

Fue al cuarto de Chelita a buscar un cuaderno, arrancó una hoja y escribió: «Mijo, fui a hacer una diligencia importante al centro. Luego le cuento.» Con el bolso y la chaqueta en la mano salió a la calle.

Vio que la dirección era lejísimos y comenzó a buscar ruta de bus en la Caracas con 45. Fue leyendo los letreros y al final subió a un Boyacá Real.

Mientras hacía el viaje pensó en todos los recuerdos de su mamá y, mirando la mañana un poco lluviosa de la ciudad, llegó a la conclusión de que el mejor era el del día en que cumplió 10 años: vestido nuevo, tenis para la clase de gimnasia, ponqué y una fiestica con los de la Concentración Escolar.

Al cruzar el puente sobre la autopista y llegar a la Escuela Militar Tati se preguntó cómo habrían conseguido su teléfono. A lo mejor ella lo tenía, lo pudo haber oído y copiado en los anuncios del radio.

Bajó del bus en un barrio que no conocía, muy lejos de su casa y del centro, y preguntó a una señora por la dirección.

—Es aquí a la vuelta, sí, el fuayé de charité es lo que busca, ¿no?

—Sí, creo…

Era un barrio lleno de talleres de mecánica y tiendas de abastos. Tati caminó por el medio de la calle mirando los números hasta que vio la casa. *Foyer de Charité El Divino Rostro*. Timbró.

—Soy la hija de la señora Graciela.

—Ah, entre… —una mujer vestida de negro la hizo seguir.

La casa estaba llena de flores. Atravesaron el corredor y entraron a la capilla.

—Padre, la hija de Gracielita.

El padre se dio vuelta y la miró con severidad. Era un hombre bajito, regordete y de pelo blanco.

—Mucho gusto, lamento tener que conocerla en esta circunstancia tan penosa —le dio la mano—. Soy el padre Santamaría. Mi sentido pésame.

—Mucho gusto. ¿Puedo verla?

—Sí, venga. Recién acaban de arreglarla.

Al lado de la capilla estaba el salón de velaciones. Cuatro ancianas vestidas de negro rezaban alrededor del ataúd.

—Esta señorita es la hija de Graciela… —el padre la presentó a las cuatro mujeres.

—Señora —corrigió Tati—, si me perdona.

—Disculpe, claro, no reparé en el anillo… Señora.

Tati se acercó al ataúd pero antes de tocarlo, nerviosa, echó para atrás.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí? —se atrevió a preguntar en voz baja.

—Casi dos años.

Las mujeres la miraban con reprobación, también el padre Santamaría; en sus pupilas podía leer sus preguntas: ¿Por qué abandonó a su mamá? ¿Por qué la dejó sola hasta la muerte? Se preguntó si sabrían las mentiras de Bosconia.

—¿A qué hora se murió?

—A la madrugada. Murió dormidita, como los ángeles —respondió una de las ancianas—. Se fue sin sentir nada, ojalá que a

mí también me toque así.

—De verdad, no oímos ni gritos ni nada —agregó la vecina.

Tati se levantó de pronto, como si una voz le hubiera dado la señal definitiva, y fue directamente al ataúd.

—Quiero verla, padre, con su permiso.

Levantó la tapa y vio a una viejita plácida, de pelo blanco y expresión serena. Era su mamá, sí, y entonces no pudo más y volvió a llorar porque la voz que la había hecho levantarse era una premonición, algo que le decía que debía ver el cuerpo porque a lo mejor no era ella; pero al verla la reconoció y en ese instante le cayó encima toda la verdad del momento: la persona que más quería en el mundo (con Chelita y Heber) estaba ahí, delante de sus narices, lista para ser enterrada. Para Tati la vida era un rompecabezas incompleto sin el perdón y el amor de la mamá, por eso hasta ese instante todo le parecía transitorio. Su sueño era encontrarla y ahora, en una mañana lluviosa y fría, la tenía muerta ante sus ojos dejándole la vida patas arriba, como un nudo ciego.

Corrieron a abrazarla y el padre Santamaría cerró el ataúd.

—Pobrecita, qué impresión tan fuerte —dijo una.

—Prepárenle un café; no, mejor una agüita de hierbas.

Cuando Tati se repuso pidió que le prestaran el teléfono.

—Tengo que avisarle a mi marido.

La llevaron hasta una salita vecina; el padre le pasó la bocina.

—¿Mijo? Sí… —habló con la voz quebrada, lloriqueó—. A mí nada, no se inquiete… ¿Vio la notica que le dejé en la cocina? Es que, me llamaron de una casa de reposo aquí en el Boyacá Real, mijo… Sí, por lo de mi mami… Pues imagínese, es que se murió… Sí, anoche… Gracias mijo… Yo bien, pues, un poquito triste… ¿La niña ya llegó? Anote la dirección… Un momento pregunto.

—¿Hasta qué hora va a quedarse ella aquí, padre?

—Todo el día y la noche, señora, el entierro va a ser mañana por la mañana.

—Todo el día, mijo. ¿Entonces viene? A ver, copie…

Le dictó la dirección y luego colgó, sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas.

—¿Por qué no me llamaron antes, padre? Hace tres meses que la ando buscando.

—Ella no quería. Aquí nos dijo que no tenía familia, y cuando comenzaron a salir los anuncios en radio Caracol juró que no era ella, que era una casualidad. Sin embargo anotó su dirección y cuando se enfermó escribió una notica diciendo que la llamáramos

a usted en caso de defunción. Fíjese, un último detalle tuvo, porque la muerte, que es la unión con Dios, sirvió también para reunir a la familia dispersa.

—Usted dice cosas muy bonitas, padre —y en ese instante volvió a sentir su' desamparo y lloró largamente. El padre le pasó el brazo por el hombro y trató de consolarla.

—Ella está ahora cerca de Dios, señora, no la compadezca.

—Es que lloro por mí, y por los últimos tiempos de ella, tan sólita.

—Aquí la queríamos mucho, se le dio todo el cariño y la atención que un ser humano ha menester.

—Yo se lo agradezco, padre.

—Tengo que decirle una cosa que, bueno, es fea de hablar pero necesaria, y a lo mejor le da tranquilidad por si ya lo ha pensado.

—¿Qué, padre?

—Es lo del entierro. Gracielita estaba obsesionada con eso y lo tenía todo arreglado. Con unos pesitos que tenía se compró un lote en los Jardines de Paz y, bueno, además de eso sobró alguito que…

—No quiero hablar de eso ahora, padre, de verdad. Luego cuando venga mi marido lo habla con él, ¿bueno?

Tati fue a sentarse al lado del ataúd y comenzó a rezar con un escapulario que había en la silla. Pensó, al tiempo que sentía las cuentas de madera entre sus dedos y pronunciaba en la mente las palabras del Padre Nuestro, del Credo y del Dulce Jesús mío, que la vida era una tienda de abastos: por una puerta daba y por la otra recibía, sólo que, se dijo entre lamentos, más le habían quitado en esta ocasión que todo lo que le habían dado desde siempre, y no se imaginaba de qué manera iba a poder tapar el hueco enorme de quedarse sin el perdón, sin la sonrisa y el abrazo y las lágrimas con que tantas veces soñó.

De pronto una mano se posó sobre su hombro y ella sintió el calorcito de la mano conocida, del tacto amado. Era Heber.

Volvió a atacarse en llanto mientras intentaba explicarle, pero el ataque y las lágrimas no la dejaban hablar y él la abrazaba acariciándole el pelo y diciéndole ya mamita, ya, ya estoy aquí, mija, ya no está sola, tranquilita.

Otra vez la llevaron al salón y otra vez le dieron agua de hierbas; Chelita también lloró, pues entendía que algo grave pasaba.

Al final se calmó y bajaron al salón de velación.

—Mira, cielito, ahí está tu abuelita —le dijo a la niña.

—¿Y por qué no podemos verla?

—Es que ya vivió mucho, y cuando una vive mucho pues se cansa y tiene que irse a reposar. Entonces a uno lo acuestan ahí, que es como una camita, y luego lo meten en la tierra para que uno pueda descansar tranquilo. Eso se llama que uno está muerto, ¿entiendes?

—¿Muerto?

—Sí, pero no te asustes que no es nada malo —la abrazó fuerte.

—¿Y entonces por qué llorabas, mami?

—Porque cuando alguien se muere quiere decir que no lo vamos a volver a ver, entonces uno llora por uno, porque a uno le da lástima que otros se vayan y nos dejen.

Pasaron el día en el fuayer y, por la noche, Heber salió con la niña a comprarle a Tati algo de comer. Al volver el padre Santamaría lo invitó a pasar a su despacho.

—Quería hablar con su mujer de unos pesitos que dejó Graciela.

—Lo escucho, padre.

—Ella, con la platica que trajo de Sasaima, se compró un lote en los Jardines de Paz. Fue lo primero que hizo. Siempre dijo que no le importaba no tener un sitio para vivir, pero que en cambio para después sí, porque, decía, «al fin y al cabo muerta voy a estar mucho más tiempo». Pobre, no hacía sino pensar en eso.

—¿Y el costo del entierro?

—Alcanza a cubrirse con esos pesitos, no se preocupe. Y le digo, todavía sobra. No es gran cosa, yo ya lo arreglé todo.

—Pues usted dirá…

—Sí, le digo, normalmente esa plata, digo normalmente, los familiares de las personas la dejan al fuayer, ¿me entiende? Es una forma de reconocer el trabajo que aquí hacemos y, al mismo tiempo, de dar una colaboracioncita…

—¿Cuánta plata es?

—Son 150 mil pesitos, imagínese, en los tiempos que vivimos, una nada.

Heber se levantó sin dar respuesta y fue a hablar con Tati.

—Mijita, venga un momento.

Tati dejó el escapulario y salió al patio con su esposo.

—El padre Santamaría me pide que dejemos la plata de su mamá como limosna.

—¿Y cuánto es?

—Ciento cincuenta mil pesos.

—Es plata, ¿no, mijo?

—Usted verá, mija.

—No sé, sí me gustaría ayudar, pero también pienso que con eso podría comprarle cosas a Cheli.

Al final dio 20 mil pesos al fuayer y conservó el resto. El padre Santamaría se mostró encantado.

—Qué generosidad, señora, si todo el mundo fuera como usted no habría esas cosas horribles que vemos todos los días.

—Usted es el generoso, padre.

Por la noche Heber y Chelita durmieron en el cuarto de la señora Graciela y, muy temprano, Heber llamó al banco.

—Doctor Cifuentes, es que estoy enterrando a mi suegra. Por eso le pido el día.

—Claro, Huambisa, no faltaba más. Eso sí, cerciórese de que la entierren bien al fondo, ¿sí? —soltó una carcajada por el teléfono—. Perdone, Huambisa, usted sabe que yo a todo le pongo humor.

Luego llamó al colegio de la niña para avisar que faltaría y, al rato, Tati se acordó de Claudia. La llamó.

—Imagínese, la misa es aquí en el fuayer a las doce —le contó todo, ya más tranquila—. ¿Quiere la dirección?

Al rato Tati recibió una llamada de la Señora, «te acompaño en el sentimiento», le dijo, y luego pasaron Laura, Malú, Lila, la Pastusa y Poncho.

A Heber se le ocurrió llamar a Sogamoso también. Luego de varios intentos pudo hacer la comunicación.

—Sí, sumercé, ayer. ¿Ella? Muy dolida pero bien, este mediodía es el entierro. Llámela, mándele algún sufragio, cualquier bobadita.

—Quédese tranquilo, mijo.

Llegó Claudia y se encontró a Heber en la entrada.

—Gracias por venir.

—¿Cómo está ella?

—Más o menos, a ratos le da por llorar y luego le pasa. Imagínese, con las ganas que tenía de verla esto le dio durísimo.

—Claro, todo ese tiempo buscándola para venir a encontrarla así.

La misa fue muy sencilla, en la pequeña capilla de El Divino Rostro, y luego, con la ayuda de varias personas del fuayer, Heber llevó el ataúd hasta la camioneta de la funeraria y de ahí a los Jardines de Paz.

Hasta Claudia, que no la conocía y que siempre pensó en ella como en una mala persona que había hecho sufrir a Tati, lloró un poquito mientras la bajaban al hueco. Chelita seguía sin entender

muy bien lo que pasaba y tenía un poco de miedo al ver la expresión dura y triste de todos.

De vuelta el padre Santamaría los invitó a tomar un sabajón en El Divino Rostro.

—Terminado todo, señora, no me queda más que darle esos pesitos de los que hablamos.

—¿Están en un banco? —Heber se reclinó sobre los documentos.

—Sí, en la cuenta de la fundación, para evitar problemas. Imagínense el lío si estuviera a nombre de ella: sucesión, impuestos, todos esos dolores de cabeza.

El padre les hizo un cheque por 130 mil pesos y Tati lo guardó en la cartera sin siquiera mirarlo.

—Gracias, padre.

Fueron de nuevo hasta el salón y allí se despidieron.

—Vengan a visitarnos de vez en cuando, gente como ustedes van a ser siempre bienvenidos aquí.

—Gracias, padre, seguro que sí.

Salieron y en la esquina tomaron un taxi; Tati hizo el viaje de vuelta recostada en el hombro de Heber, viendo la cortina de llovizna que cubría la ciudad y diciéndose que toda esa frustración, el perdón de la mamá y la vida que perdieron le iba a dejar un sabor amargo, pero que lo único que podía hacer era volcarse sobre su hija, hacer el camino a la inversa para intentar vivir enterrando el mal recuerdo.

Laura y Poncho oían radio metidos en la cama; era domingo, el reloj marcaba las once de la mañana y acababan de despertarse. Poncho tenía alquilado un cuarto frente al cementerio de Matatigres; un espacio pequeño con un colchón en el suelo y una mesa llena de revistas viejas y casetes. En la pared tenía pegadas fotos de mujeres empelotas y futbolistas, varios calendarios de Esso y Mobil y una imagen del Sagrado Corazón.

—Mierda, es tardísimo.

—¿Tenía algo que hacer, bizcocho?

—Sí, tenía partido en la Nacional a las nueve. Qué cagada, es la primera vez que falto.

—Por una vez no pasa nada, rey.

Laura se levantó y Poncho la siguió con los ojos mirándole el culo; se puso el calzón y fue a la esquina de la ventana a calentar un poco de café en el hornillo.

—Qué noche, Ponchito, si seguimos así no voy a poder trabajar

sino medio tiempo en la casa.

—Me da remordimiento faltar a un partido, Laura. Yo soy un deportista, mi sueño es llegar a Millonarios.

—Todos tenemos un sueño, rey, y créame, con tenerlo ya es suficiente —Laura se levantó de la silla, adolorida—. Qué palo me dio anoche, me duelen hasta las uñas.

Bajaron juntos a la calle y caminaron hasta la panadería de la esquina. Se sentaron en una mesa y Poncho ordenó dos cafés con leche.

—¿Por qué trabaja en la casa si lo que quiere es ser artista? —preguntó Poncho.

—Fácil, porque para ser artista hay que tener no sólo el arte sino también la condición. Yo me siento como en el parqués, cuando uno tira los dados y avanza y cada vez que va a entrar una ficha otro se la come y hay que volver al principio.

—Pero, ¿ya ha tenido oportunidades?

—Sí, pero siempre pasó algo…

Tomó un sorbo de café, miró por la ventana hacia la calle como reflexionando.

—Una vez canté en un café concert en Pereira, pero en el debut hubo una pelea entre dos que querían invitarme y se dieron bala. ¿Se imagina? No me volvieron a contratar. En Villavicencio, cuando tenía 25 años, estuve a punto de entrar en el Festival de la Canción, pero al final me corrieron para darle el puesto a otra que había pichado con el organizador. Y así siempre, cuando yo también decidí dárselo a todo el mundo para lograr un sitio ya era tarde, todas las que iban por delante estaban bien sentadas en sus puestos.

—Qué cagada.

—Así es la vida, no la he inventado yo —cantó—. Lo que sí es que no hay que perder el optimismo, Ponchito, por eso yo me digo que con tener una ilusión ya alcanza, uno sabe que no es como los demás y punto.

—Yo me sueño con los goles que voy a meter, Laura, hasta tengo una lista hecha, y me veo en la televisión con el número 10, que era el número de Pelé. Yo sé mucho de fútbol, pregúnteme por los campeonatos mundiales, yo le hago la lista de ganadores desde el primero hasta el último, o las alineaciones, ¿quiere que le diga la alineación del Brasil 70?

—No, Ponchito, yo no entiendo de eso.

—Por eso me da tanto remordimiento faltar a los partidos; porque si dejo eso al lado qué me queda.

—Venga, para quitarse esas ideas vamos a fútbol esta tarde y así me explica, ¿bueno? A ver, ¿qué hay esta tarde en el Campín? Yo invito.

La Pastusa y Malú habían salido juntas a ver en el México una de Capulina. A Malú no le gustaban por las vulgaridades, pero la verdad es que al final se moría de risa y, bueno, eso era lo que importaba.

Ya en la fila dos morenitos y buenos mozos las estaban pisteando; les hacían chistes, silbidos, las piropeaban, y ellas se decían muertas de risa «tan cansones, ¿no?». Al entrar a la sala se dieron cuenta de que las seguían, y cuando se sentaron los vieron acomodarse justo detrás de ellas.

—Ésos vienen por nosotras, hermana —dijo Malú en secreto.

—Secretos en reunión, mala educación —oyeron decir.

—Hm, ¿qué se creen? Aquí no hay ninguna reunión —dijo Malú en voz alta.

Los dos tipos se pasaron la película haciéndolas reír cacareando, mugiendo y hasta ladrando a pesar de que la acomodadora vino tres veces con la linterna a decirles que se callaran.

La película se terminó entre carcajadas en una escena en la que Capulina, colgado de una ventana, pierde los pantalones dejando ver unos calzoncillos largos y rotos.

Al salir las invitaron a tomar algo.

—Yo trabajo en un comercio de la 19, la fuente de soda El Burro Feliz —dijo uno.

—Yo soy constructor. ¿Y ustedes?

—Trabajamos en casa particular —contestaron al tiempo.

—Uy, qué mamera de trabajo, ¿y las joden mucho?

—Pues apenas. ¿Y a ustedes?

—Yo me divierto con mi trabajo —dijo el Negro—. Me gusta conocer gente, y el servicio al público tiene esa ventaja.

Terminaron el jugo y se disculparon.

—Tenemos que irnos. Gracias.

—Qué —dijo el Negro—, ¿nos vemos la próxima semana en el cine?

—Yo no me voy a repetir la película —contestó Malú soltando una carcajada y mirando a la Pastusa.

—Bueno, pues buscamos otra.

—De pronto.

—¿De pronto sí o de pronto no?

—De pronto, tan cansón…

Salieron a la 13 cogidas del brazo y secreteándose, muertas de risa y diciéndose que en esta ciudad ya no se puede salir sola siendo mujer, y cuando subieron al bus los vieron en la calle haciéndoles señales de adiós y tirándoles besos, y la Pastusa se animó a hacerles una sonrisa.

Hasta el día del cumpleaños de Chelita, dos meses después, Tati no volvió a sentirse contenta.

Preparó con Claudia un ponqué riquísimo e invitaron a las amiguitas del colegio de la niña. Heber se disfrazó de payaso y les hizo un teatro de marionetas que las hizo reírse montones. Cada una de las niñas le trajo un regalo a Chelita y ella se sentía feliz y sorprendida, porque era la primera vez que le hacían una fiesta. Tati puso cintas de colores en la casa, compró confeti y hasta una piñata enorme, llena de dulces y juguetes. Como había tenido buenas notas en el colegio, el regalo fue un triciclo que Tati compró con la plata de la mamá, y la niña casi lloró de alegría al verlo, y no había quien la bajara de la maquinita, para aquí y para allá por todo el apartamento.

A mitad de la fiesta sonó el teléfono.

—Heber, para usté.

—Gracias, mijita.

Heber pasó y Tati se dio cuenta de que el gesto le cambiaba, que arrugaba la frente. Terminó de hablar y la llamó al cuarto.

—¿Se va, mijo?

—Tengo que salir un momento, vuelvo para la partida del ponqué.

—¿Qué pasó, mijo?

—Nada, mijita, voy de urgencia al sindicato. Era Fercho, que volvieron a llegar anónimos sobre la reunión del martes.

—Cuídese, mijo, aquí lo espero.

Heber salió con la chaqueta en la mano, le dio un beso a Chelita diciendo «ya vengo» y bajó las escaleras a saltos.

UNO

Llegan a Armero al anochecer, cuando todos los quioscos de la plaza comienzan a encender sus luces. Hay fiesta y la gente del pueblo se prepara dando vueltas alrededor de las casetas. Muchos jóvenes, parejas y grupos de amigos charlan y fuman animados esperando la música.

Atraviesan el centro y van a buscar por las últimas calles una pensión donde pasar la noche. Justo al final, a unas cuadras del club social, encuentran un lugar discreto.

—¿Tú crees que nos va a encontrar? —pregunta Claudia.

—No sé, en todo caso no nos vamos a quedar aquí mucho, mañana temprano nos vamos para otra parte —Natalia fuma nerviosa.

—¿A dónde?

—No sé, a lo mejor Armenia, o Manizales.

—Me gusta esta aventura; además Andy está conociendo sitios lindos, ¿viste que en la plaza había una fiesta?

—Claudia, lo mejor es comer algo y volver al hotel. No vayas a proponer nada, por favor.

—Podemos ir un ratico, ¿sí? Sólo un momento, para ver lo que hay.

—¿No te das cuenta de que si Lemos viene a Armero el primer sitio donde va a buscarnos es ahí?

—Lemos es un empleado de mi papá… Él no va a hacerme ningún daño.

—¡Ah, muy bien! —dice Natalia colérica—. ¿Entonces para qué estamos aquí? En ese caso damos media vuelta, volvemos a Bogotá y tú arreglas con él.

—Era un chiste, perdona. Tú no tienes mucho humor, ¿no?

Comen pollo asado en un restaurante y regresan rápido al hotel.

Arturo coloca la almohada contra la pared y se recuesta con el torso desnudo sobre la colcha. Hace calor.

—¿Qué vamos a hacer mañana?

Ella lo mira despacio; él no quita los ojos de la ventana.

—Podemos ir a Manizales.

—¿Conoces a alguien ahí?

—No —Natalia se quita el pantalón y viene a sentarse junto a él.

—¿Nos queda suficiente plata?

—Yo creo que sí —enciende un cigarrillo.

—Tomemos mañana la decisión.

—Bueno.

Lo mira, se recuesta en su pecho y fuma con fuerza.

—Me siento bien aquí, ¿sabes? En este hotelito, contigo.

Arturo se demora en responder.

—No hables. Esto es una tarde de domingo, mañana va a ser otra vez lunes…

Le pasa la mano por el pelo, le acaricia los hombros despacio.

—No me importa; venir aquí, contigo, me ha hecho ver de frente la vida que llevaba. Carlos, la universidad, mamá, las amigas… Me repugna.

—No hables.

Continúan fumando sin mirarse, apenas rozándose los brazos desnudos.

—Es como si me hubiera pasado la vida construyendo un castillo de naipes. No sé qué hacer.

—No hagas nada.

—Miro a Claudia y a veces la envidio; ella cree en el amor, en el sexo, en la filosofía de su amigo, en la vida como una página en blanco. Pero yo no puedo.

—Estás nerviosa, Natalia, no hables.

—No crees ni una palabra de lo que digo, ¿verdad?

—Lo único que puedo hacer es estar aquí, oírte.

Arturo también piensa en su vida. Recorre el dormitorio cqn los ojos buscando algo que mirar y no ve nada, entonces vuelve a la ventana y se concentra en los puntos luminosos del cielo; le gustaría ver un avión para poder seguirlo, para poder imaginar que ahí dentro está ocurriendo algo que tal vez sea importante para alguien. Que tal vez algún aburrido viajero desee ser él: un hombre recostado en un cuarto de hotel al lado de una mujer que está nerviosa.

Oyen dos golpecitos en la puerta, se miran angustiados.

—Soy yo…

La puerta se abre y ven brillar los ojos de Claudia.

—Estamos aburridos y vamos a salir un ratico, ¿quieren venir?

—No —Natalia la mira con furia—. Si Lemos nos encuentra ahí te quedas tú con él, ¿bien?

Claudia sale dando un portazo y Natalia vuelve a mirar al techo.

—Ya no me importa que nos encuentren, en realidad nunca me ha importado, ¿sabes? Ahora veo que, para mí, este viaje ha tenido otro sentido.

—¿Cuál?

—No sé, otro. Siento que algo se rompe, como si tuviera una piel vieja que se descascara…

Arturo piensa que debería dormir. Mira el reloj: las once. Lo mejor es salir temprano para Manizales, pero no tiene sueño. Tal vez pueda continuar la lectura de ese extraño librito: ¿qué pasará al final con el joven sacerdote? Al volver a Bogotá se lo dará a Jaime, es el tipo de libro que le gusta: lleno de saltos, caprichoso, un poco como las cosas que él escribe.

Piensa en sus páginas escritas, allá, en el fondo de su escritorio. La desidia que le impide alargar la mano hasta el paquete de cigarrillos es la misma que no lo deja avanzar: quiere hacer una especie de memoria, pero al mismo tiempo siente que su vida es un hueso roído, un plato de migajas del que es imposible extraer nada.

Natalia ya duerme. El chicote apagado le cuelga de los dedos y él la mira. Piensa que es la primera vez que la ve dormir.

Al fin se levanta, enciende un cigarrillo y da vueltas siguiendo el borde de luz de la lámpara. Mira su sombra, mira la sombra del humo y piensa otra vez en el joven sacerdote del libro: le gustaría ser como él, escaparse de pronto, tener el valor de irse un día cualquiera con las manos en los bolsillos, sin voltear a mirar atrás. La diferencia con el joven sacerdote, se dice, es que él no tiene fe. No se puede vivir una aventura si no se tiene fe, y por eso él es incapaz de dormir, porque ni siquiera cree en las palabras de Natalia o en las angustias de Claudia. Todo es absurdo: Lemos, Armero y las preguntas que Natalia se hace sobre la vida sólo porque ha dormido con un hombre que no es el suyo. Detesta esa filosofía que nace de la culpa por haber copulado. Todo el mundo se siente un poco poeta después del amor, pero a él le horripilan las confesiones de alcoba.

Vuelve a mirar a Natalia: ¿Por qué sentirá la necesidad de seguirla? Tal vez porque eso lo arranca del mundo de sus pesadillas, de ese universo de preguntas eternas y ninguna repuesta.

—Hay un trabajito para usté, Ornar… —don Ataúlfo lo invita a sentarse y le sirve un aguardiente.

—No gracias, no bebo. ¿Qué será?

—Una cosita rápida, sencilla. A usté le gustaban las armas, ¿no?

—A mí me gustan las cosas claras, don Ataúlfo, dígame qué es.

—Usté es un hombre de bien, Ornar, y yo me digo, ojalá todo el mundo fuera así; pero ahí está el problema, que alguien como usté, que sirve de verdad a la patria, es difícil de encontrar y, en cambio, fíjese, tanto enemigo del país que anda por ahí suelto, es como para ponerse a llorar, ¿no?

—Hm…

—Yo estoy en contra de esa gente, de los que se voltean contra el honor de la patria, y fíjese, cuando puedo hacer algo, cuando se me presenta la oportunidad de suprimir a uno de esos traidores, en nombre del país… pues lo hago, porque es un servicio que le presto a lo que más honor merece, que es la patria, ¿no?

—Dígame quién es…

Vuelve al cuarto confundido, sin ganas de pensar. A las siete viene otro capataz a su cuarto y le explica el trabajo haciendo un plano.

—Él saldrá seguramente por acá, ¿se fija? No hay ningún peligro, ni siquiera creo que vaya armado.

Lo llevan en un Carpati con otros dos peones de la hacienda. Al llegar uno se baja y va caminando delante del carro. Se para en la puerta de una casa y golpea; cuando abren el Carpati baja las luces y echa a andar despacio, pegado a la acera.

—Ése es, Ornar, apunte bien —el chofer ve salir a un hombre mayor y lo señala con el dedo.

Cuando el Carpati llega a la altura de la puerta el peón arranca a correr. Ornar hace dos disparos. El hombre cae al piso.

—Buen tiro, hermano. A ése ya no lo levantan.

El Dodge Dart azul se parquea frente a la plaza de Armero y Lemos baja, sudoroso, con un Nacional colgando del labio inferior.

—Qué calor tan jodido, ¿ah?

—Sí, pero mire, hay pachanguita —Lizarralde lo sigue hasta una de la casetas.

—¿Una polita, jefe?

—Sólo una, Liza, aunque no parezca estamos de servicio, y la disciplina, como dijo el gran Julio César, debe comenzar cuando el sol se oculta y ya nadie nos ve… —reflexiona dos segundos—.

Bueno, algo así dijo.

En el centro, sobre una tarima, la orquesta comienza a tocar.

—Dan ganas de bailar con tanta animación —Lemos escruta el grupo de bailarines—. Vamos a dar una vueltica.

Claudia y Andy ya están de vuelta cuando ven el Dodge Dart.

—Mierda, éste es el carro —Claudia le aprieta el brazo—. Corramos.

Llegan volados al hotel y suben saltando escalones hasta el cuarto de Natalia.

—¿Estabas haciendo el amor con Arturo?

—No, estaba dormida. ¿Qué pasa?

—El carro de Lemos está en la plaza.

Natalia hace un gesto de preocupación.

—El problema es el jeep, pueden verlo.

—Voy a parquearlo en algún sitio oscuro.

Arturo sale y Andy se va a dormir.

—¿Seguro que no te vio?

—Seguro. El carro estaba solo y yo me fijé bien, nadie nos siguió.

—Ojalá, Claudia, pero quiero que hablemos —se sientan en la cama—. No vamos a estar escapando indefinidamente. Tienes que pensar bien qué quieres hacer, es imposible que no tengas a alguien.

—No se me ocurre nadie.

—Mañana vamos a ir a Manizales, pero de ahí ya no podemos seguir escapando.

—No te preocupes, esta noche pienso y mañana te digo.

Arturo vuelve y enciende un cigarrillo.

—Ya está, lo dejé a la vuelta en un callejón. Imposible que lo vean.

Se van a dormir.

—¿No los vamos a buscar, jefe?

—Si ya los encontramos, Liza, cuando el gato persigue sólo espera a que el ratón se manifieste.

—Entonces podemos tomarnos otra polita, ¿ah, jefe?

—La última, porque mañana hay que manejar hasta Manizales.

—¿Manizales?

—Sí.

—¿Y cómo sabe que van para allá?

—Ay, Liza, ¿por qué cree que yo soy el jefe aquí? Y todo gracias a ésta —se toca la nariz con el índice.

—Esas cosas suyas, jefe.

Natalia vuelve a dormirse y Arturo deja otra vez el libro sobre la mesa de noche. Se levanta. Abre la puerta del dormitorio y sale al corredor. Al fondo ve una puerta de vidrio que abre a un balconcito. Sale y siente el aire cálido de Armero, el olor a vegetación. Más allá ve una ventana iluminada: es la habitación de Claudia. Escucha un ruido y la puerta se abre. Son ellos.

Claudia y Andy están excitados, se arrancan a manotazos la ropa. Claudia tiene tatuada en la nalga derecha una cruz griega del tamaño de una llave. De la cruz sale una lluvia de estrellas doradas.

Andy se ve graciosamente flaco, de pie, mientras ella le mordisquea con picardía el sexo. Luego van a la cama y Claudia se sienta sobre él. Arturo deja de mirar pero algo le llama la atención: la joven saca una corbata del maletín, le rodea el cuello y comienza a apretar con las dos manos. Andy se va poniendo colorado, la corbata se le mete en la carne obligándolo a abrir la boca como un reptil en busca de aire. Claudia salta sobre él y aprieta cada vez más hasta que suelta un respiro y da un grito. Habían terminado.

Arturo regresa pensativo a su habitación.

Ve a Natalia, se acomoda al lado de ella y apaga la luz. Mira de pronto el reloj y ve brillar las agujas: es la una de la mañana.

Jaime se sienta en el murito y Chela se agacha a recoger un trébol.

—El problema con Fer es que es un orgulloso. No se ha dado cuenta de que ya no soy la misma.

—Él te quiere montones, Chelita, ¿por qué no le paras bolas?

—Porque es historia pasada. Yo miro para adelante.

—Mira, traje lo que te dije, ¿estás segura de que la quieres leer?

—Sí, me fascinan los libros. Nunca había conocido a un escritor.

Jaime tiembla al darle el manuscrito, tapa con la mano el título de *Ahora el amor*, que en ese instante le parece ridículo. Se siente inseguro, como si Chela tuviera en su mano el poder de borrar de golpe todos sus años de novelista clandestino.

—No sé si te va a gustar, es una historia muy romántica, llena de pasiones y esas cosas.

—A mí me gustan los libros de amor.

Jaime recuerda de pronto las sórdidas escenas de sexo que había descrito en algunos capítulos, y siente vergüenza.

—Te advierto que a veces hay vulgaridades, pero no creas que soy yo quien las dice. Es por los personajes.

—Bueno, no importa, si me parecen muy vulgares las salto y ya está, ¿no?

Jaime siente que se le derrite el alma al ver su situación; él, el amante clandestino, el héroe secreto de mil aventuras, comenzaba a salir a la luz; esa vida impostora de escritor a la que se había entregado daba por fin visos de realidad y, alegría de alegrías, justo por la mediación de su heroína más antigua, de, diríamos, su primera musa: Chela. De repente se da vuelta y escribe rápidamente en su libreta de ideas: «Escribir algo sobre esto de hoy, cuando la vida imaginaria comienza a mojar la real.»

—¿Qué escribiste?

—Nada, tonterías. A mí me gusta anotar ideas porque a veces tengo ganas de escribir y no se me ocurre nada.

—¿Escribes mucho?

—Más o menos.

—Cuéntame qué más has escrito.

—La próxima vez que nos veamos te doy un currículum que hice, ahí está todo.

—¿Un currículum?

—Sí.

—Estás loco, ni que me fueras a pedir trabajo.

—De verdad, así hoy podemos charlar de otras cosas.

Caminan por la 11 hasta La Porciúncula, entran al centro Granahorrar a comer un helado y miran las carteleras.

—¿Y si te gusta tanto el cine por qué estudiaste filosofía? —pregunta Chela lambeteando un peach melba.

—Porque uno es así, contradictorio. Y además está lo de la plata. Estudiar cine es carísimo.

—Si uno quiere puede.

—Sí, pero si uno no tiene no quiere. ¿Ya viste *Amadeus*?

Continúan charlando, perdidos entre la gente que sale de la sesión de matiné.

Salen de Armero a la madrugada, escondidos por las últimas tinieblas de la noche, en medio de una llovizna que parece refrescar el aire.

Al ver a Claudia, Arturo recuerda las imágenes de la ventana; se pregunta qué extraño juego era ése y trata de descubrir marcas en el cuello de Andy, pero él se cubre con un pañuelo.

Llegan a la carretera y, aún de noche, inician viaje. Todos llevan entre los dedos un cigarrillo y Natalia reparte pedazos de pan y

vasitos de café recién comprados en la calle.

Media hora después comienza a clarear. Las montañas aparecen, los árboles, y es como si el calor se colara por una rendija. Escuchan música y Andy bailotea con la cabeza.

—¿Sabes una cosa? —Claudia se acerca al oído de Natalia.

—Dime.

—Yo a mamá tampoco la quería.

—¿Y por qué?

—Porque me tenía celos.

—¿Celos?

—Sí, de papá. Yo me daba cuenta. Ella no soportaba que pusiera toda su atención en mí, y se ponía furibunda cuando él me daba regalos.

—Eso no necesariamente son celos.

—Sí, porque cuando le traía a ella se ponía dichosa y venía a mi cuarto a mostrarme el regalo diciendo «mira lo que me trajo papá», ¿sabes? Me lo refregaba en las narices como diciendo fíjate, hoy me tocó a mí.

—No te creo.

—Sí… Ella me sacó de la casa para alejarme de papá, porque no soportaba que él y yo estuviéramos juntos.

—¿Y lo que me contaste antes?

—¿Lo de papá?

—Sí.

—Eso es otra cosa. Yo lo odio por eso, y te juro, a veces quisiera matarlo.

Se duermen y Arturo enciende el radio. Le gusta manejar por las mañanas escuchando noticias, sentir el viento limpio de la cordillera al tiempo que el sol calienta el manubrio del jeep.

Ya no siente cansancio, la brisa lo despierta. Acelera y piensa que este viaje es como las caminatas nocturnas con sus amigos: paseos que no llevan a ningún lado, apenas ir poniendo el pie delante, atravesar calles, fumar sin siquiera charlar. Siente de pronto nostalgia de esos viejos amigos: ¿dónde estarán ahora?

—¿Qué hora es? —pregunta Natalia despertándose.

—Casi mediodía.

Entran a Manizales y Andy se sorprende al ver una ciudad reclinada, colgada de la falda del cerro. Se sorprenden también con la actividad, la vida de todos los días que a ellos les parece lejana.

Igual que en Armero, comienzan a alejarse del centro buscando un hotel discreto.

—Ése de allá, mira —Claudia señala un edificio de varios pisos del otro lado de la plaza—. Tiene piscina.

—Debe ser carísimo —la calla Natalia—. Busquemos otro.

—Ah…

Al final encuentran uno pequeño, el Lincoln, con piscina que en realidad era una pileta de aguas corrientes y garaje subterráneo.

—A mí no me importa el agua. Me gusta la piscina sólo para asolearme.

—Aquí vamos a estar bien, Claudia, y acuérdate, anoche me prometiste que ibas a pensar lo que querías hacer.

—Quiero volver a Estados Unidos. Ya estuve hablando con Andy. Él va a dedicarse a la filosofía y yo voy a tomar clases de música. ¿Qué te parece?

—Estados Unidos está bien, pero, ¿cómo piensas llegar hasta allá?

—No sé, déjame más tiempo para que lo piense.

Por la tarde Claudia toma el sol, Arturo lee la prensa en una tumbona y Natalia da vueltas de aquí para allá.

—No puedo pensar que estoy de vacaciones. Estoy nerviosa, no soporto esta situación.

—Ven —le aprieta las manos.

—Piensa que hoy estás aquí, que ayer ya pasó y que mañana será distinto. Toma el sol, lee, ¿qué puede pasar?

—Tengo ganas de que todo se aclare, pero me da miedo de que se termine y tengamos que volver a la vida de antes.

—No pienses que estás cambiando de vida, Natalia.

—No… Claudia me prometió pensar en una solución.

—No te preocupes. Al fin y al cabo la estamos pasando bien.

Se sienta con los ojos aguados, se deja acariciar el pelo mientras ve los muslos tostados de Claudia brillando al sol.

—¿Quieres leer algo? Tengo algunos libros.

—Sí, dame algo para leer.

Arturo le presta *El gran Gatsby*. Claudia se recuesta a leer sobre la toalla.

«Adoro ese libro —le diría a una amiga tiempo después—; la vida de Gatsby, la manera como ese personaje extraño, que es el vecino, lo va presentando desde afuera y se va aproximando a él despacio, mostrándonos cada vez un aspecto distinto de ese maravilloso misterio hasta que nos damos cuenta de que en el fondo hay una enorme frustración, que la vida de ese millonario enigmático ha estado siempre encaminada a tapar un hueco, a

cerrar una herida que se abrió en su juventud y de la que nunca ha podido curarse, ¿sabes? Y es el amor de Daisy. No conoces el libro, ¿me dijiste? Ahí sentí que era posible vivir de forma errónea y tuve por primera vez la impresión de que, de algún modo, el destino que nos toca vivir también está en nuestras manos. Quiero decir, que es posible que tú cambies y construyas lo que luego van a ser tus propias obsesiones, lo que te va a hacer infeliz. Desde ese día adoro la lectura.»

Claudia, perezosa, duerme al sol. La cruz griega tatuada en su nalga y las estrellitas pueden verse a medias, apenas cubiertas por la tela. Arturo mira a Andy y ve en su cuello una sombra violácea. Continúa leyendo el librito del joven sacerdote y se sorprende de su propio interés: había empezado a leerlo con distancia, pero a medida que avanzaba se iba acercando a ese curioso personaje, admirándolo y, secretamente, reconociéndose en él. Siempre lo habían atraído esos seres que ocultan su verdadero fondo, los que llevan una vida exterior que es apenas un iceberg, una señal de lo que esconden. Él también quería vivir en medio de una ficción, ser otra cosa de lo que absurdamente era, todos los días al levantarse y mirar su cara en el espejo: siempre el mismo Arturo. Tal vez Claudia era como el joven sacerdote, tal vez la cruz tatuada y el rito nocturno eran las manifestaciones de otra vida.

Deja el libro y va a nadar un poco sin poder borrar esas ideas de la mente. Tal vez él también esté cambiando en este viaje, se dice, porque nunca antes como ahora, braceando en la pileta, había sentido ganas de saltar al vacío, de entregarse del todo a sus obsesiones de soledad, de aventura, de símbolos. Sale y va a sentarse a la cafetería. Ordena un jugo de naranja y mira a la calle dándose cuenta de que la visión de Claudia y la historia del joven sacerdote lo habían hecho olvidarse de Lemos, de la fuga. Mira hacia el fondo de la calle buscando un Dodge Dart azul, pero no ve nada.

Natalia se duerme al borde de la piscina y deja caer el libro. Sueña con Carlos y su mamá; ambos están detrás de un estrado y ella, desnuda sobre un pequeño taburete, escucha las terribles acusaciones. Claudia aparece de pronto en medio de una intensa humareda y le quema la piel con un hierro ardiente. Detrás está Lemos. La efigie del doctor Medina aparece tatuada en su hombro cuando Claudia retira la tenaza.

Arturo llega al ascensor del hotel y se encuentra a Claudia secándose con una enorme toalla. Son las seis de la tarde. Al fondo del solar, detrás de la piscina, se ve una luz ocre coloreando las

nubes.

—¿Subes?

—Sí —Claudia lo mira a los ojos y él se pone nervioso. Ella está casi desnuda.

El viejo ascensor cierra las puertas con un chillido metálico. Claudia presiona el botón del cuarto piso sin mirarlo y comienza a revisar su bronceado.

—¿Te gusto? —dice de pronto.

Arturo tarda en responder.

—Eres muy linda.

—¿Te gusto o no?

—Sí, claro que me gustas.

—¿Te gustaría hacer el amor conmigo?

—Probablemente sí… —iba a decir «en otras circunstancias», pero ella lo interrumpe.

—Los ascensores me excitan —Claudia se le acerca estirando el elástico del bikini.

—Son el sitio ideal para charlar con desconocidos —Arturo siente a la vez una fuerte erección y un rechazo.

Claudia para el ascensor entre dos pisos y lo mira a los ojos.

—Ven, te deseo —se baja el bikini hasta los tobillos, flexiona las piernas mostrándole su sexo negro.

Arturo la mira y recuerda las marcas moradas en el cuello de Andy.

—Tápate —pone en marcha el ascensor—. Ya vamos a llegar.

—Tú también tienes ganas, no me vengas con cuentos —le pone la mano en la cintura y la resbala—. Mira, se te paró…

—Tápate, ya tenemos demasiados problemas.

Se cubre, lo mira ofendida; las mejillas se le tiñen de rojo oscuro y de los ojos salen llamaradas de furia.

—¿Se lo vas a contar a Natalia?

—No.

—Fue culpa tuya, tú fuiste el que me dijo que yo era linda, que te gustaría hacer el amor conmigo.

Claudia sale del ascensor y le da la espalda, camina hasta su habitación y cierra la puerta de un golpe. Arturo entra al baño, se desviste y abre la ducha pensando que tal vez había perdido la oportunidad de llegar al fondo de la historia.

—Le hizo un favor a su país, Ornar, lo felicito —don Ataúlfo le

alarga un fajo de billetes y él lo guarda sin siquiera mirarlo.

—Usté y yo vamos a llevarnos bien, Ornar, se lo aseguro.

—Gracias, don Ataúlfo.

—Eso es lo que le falta a este país, gente con huevos, como usté. Pero fíjese, con esa panda de maricas en el gobierno ni modo; si me dejaran yo arreglaría esto en par patadas; aquí lo que se necesita es mano firme, mano que no tiemble; hay que limpiar este país de putas, maricones, gamines y comunistas, ¿no le parece Ornar?

—Claro que sí, don Ataúlfo.

Por la noche Ornar va al pueblo; cuenta los billetes y empuja la puerta del San Remo. Se sienta en una mesa y le pide al mesero que le llame a una vieja: «Cualquiera de ésas, no importa.» Se toma una cerveza y sube al cuarto con la mujer, paga y vuelve a salir sin decir una palabra.

Deambula por el pueblo. Camina hasta la casa de la noche anterior y ve las luces encendidas. Se acerca a la ventana y ve a una mujer vestida de negro, llorando. Es una mujer joven, como de 35 años. Recuerda el bulto negro en la mira del rifle, el tirón del balazo y el cuerpo cayendo la noche anterior. Sí, ésa era la casa. Recuerda la muerte de su esposa y los días pasados en el hospital. Escupe el cigarrillo al piso y lo apaga con la suela del zapato. Se aleja.

—Ay Manizales del alma —canta Lemos al entrar a la ciudad—. Aquí se toman los mejores jugos de frutas, Lizita, espere y lo verá.

—Yo tengo una tía aquí en Manizales, jefe, ¿usté cree que tenga tiempo de verla?

—No sé, todo depende.

Se hospedan en el Gran Hotel Internacional, cerca de la Plaza de Bolívar, y con las llaves del cuarto en el bolsillo salen a dar una vuelta.

—¿Y cómo vamos a saber dónde están?

—Mire, Lizita, siempre hay un hilo entre las cosas, ¿verdad? El saber y lo sabido, el que conoce y lo conocido. Hay los que se acercan al objeto y hay los que esperan a que el objeto se acerque, porque es natural tanto lo uno en el primero como lo otro en el segundo. ¿Ve?

—No, jefe. Le juro que a veces usté es tan profundo que no le entiendo.

—Es fácil: como la manzana de Newton, ¿se acuerda? Él estaba echándose una siestica debajo de un árbol y de pronto le cayó encima nada menos que la ley de la gravitación universal. Los

mejores descubrimientos han venido así, sin buscarlos. Camine Lizita, vamos a tomarnos un sorbete de lulo a la plaza.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (xi)

Faltaba sólo un mes para la Semana Santa cuando el padre Magaldi hizo pública la fecha de la audición para el papel de Cristo:

> Todos los vecinos del barrio Egipto que evidenciaron su interés por participar en la representación de la Pasión con el papel de Cristo deberán presentarse el próximo sábado en el salón de juntas de la parroquia a las 9 a.m. con el papel aprendido SEGÚN LOS LIBRETOS YA DADOS A TODOS LOS ASPIRANTES, Cada uno de los cuales elegirá un pasaje del libreto y lo representará de modo libre frente a una comisión de vecinos y el suscripto, con una duración por aspirante de entre 15 y 20 minutos.
>
> importante: La sesión estará abierta al público, pero no se aceptarán en ningún caso barras personales o comités de aplauso, los cuales descalificarán ipso facto al candidato en cuestión.
>
> El resultado de la deliberación se hará público el mismo día después de la misa de siete.
>
> Atentamente,
>
> Padre Magaldi

El Joven comenzó a recordar los pasajes de la vida de Cristo que más lo emocionaban y, poco a poco, mientras viajaba en el esferado hacia los restaurantes de Chapinero, los fue recreando en su cabeza: la expulsión de los mercaderes, la oración en el Gólgota, los milagros, la última cena. Al final se decidió por un episodio que, no más evocado, le arrancaba lágrimas de emoción y ponía su piel erizada de pequeños cráteres lunares: la resurrección de Lázaro.

Comenzó sus prácticas en la casa en las poquísimas horas de descanso, con la ayuda de los alojados. La primera escena que practicó, de acuerdo con el libreto, fue el capítulo de la «expulsión de los mercaderes del templo». Organizó en el patio un camino y varios alojados hicieron el papel de vendedores. Fue recitando los diálogos, al principio un poco frío, hasta sentir que la sangre se calentaba en sus venas y que por su cabeza pasaba una especie de viento cálido, de aliento infestado de símbolos que le recordaba ese

primer soplo vital del que hablaban las Escrituras. Entonces saltaba, «¡Fuera! ¡Habéis convertido la casa de Dios en una plaza de comercios viles!», y su voz resonaba, enajenada, más allá de los muros de la casa Carmen Julia, hacia los primeros eucaliptos del cerro de Guadalupe.

En el claustro, los hermanos se fueron acostumbrando a la nueva situación y casi podría decirse que llevaban una vida normal. El único que tenía problemas era el hermano Hilario, pues a su regreso de Bogotá comenzó a sentir nostalgia de la vida seglar y de sus escapadas a la cafetería, junto a la hermosa camarera. El anís llegó a convertírsele en algo más de lo que ya era: un sustituto evocativo, una puerta, un pasaje de ida. Así, fue cultivando la costumbre de escapar del claustro un par de veces por semana para abrevar sus frustraciones en un bar llamado El otro farolito.

En El otro farolito, además de tomar anís, cerveza y todo tipo de licores, se jugaba al billar y al ajedrez. Allí iban policías de civil, empleados de ventanilla y algunos estudiantes desocupados.

Al principio el hermano Hilario no se atrevía a mirar hacia las mesas pues había visto que al final se cruzaban billetes manoseados, y eso era ilegal, pero luego se fue acostumbrando y a veces hasta se echaba una simultánea en la barra, apostando cigarrillos que él no fumaba y que podía comprar por unidades en un puesto de la entrada.

La enfermedad del Superior fue así, para el hermano Hilario, una feliz coincidencia, pues con la partida de Horacio prácticamente nadie hacía uso de la biblioteca y su trabajo se veía muy reducido.

Sólo Demetrio, que dormía cerca de la puerta haciendo las veces de portero, se daba cuenta de sus escapadas nocturnas.

—Su Reverencia —dijo Demetrio bostezando, tratando de peinarse por debajo de la ruana al tiempo que tiritaba con el viento frío que entraba de la calle—, ¿puedo decirle una cosa?

—Qué, Demetrio.

—Que está exagerando, ¿se fijó la hora que es?

—Ocúpate de tus cosas, Demetrio; con la enfermedad del Superior hay un montón de misiones secretas por hacer que tú ni te imaginas, pero que de algún modo nos salvan a todos. Ah… —se agarró la cabeza, tambaleante por los anises y los cigarrillos ganados en El otro farolito—, si tú supieras, pero qué vas a entender.

Cuando fue su turno, Silicio dio tres pasos al frente envuelto en una túnica cosida en la casa Carmen Julia que simulaba el manto de Cristo. El padre y varios de los jurados estaban al frente en bancas de madera y detrás, acomodándose en sillas y en el suelo, el poco público que a esa hora iba llegando.

—¿Qué parte vas a hacer, Silicio? —dijo el padre con las gafas escurridas sobre la nariz, un lápiz en una mano y la tablilla en la otra.

—La resurrección de Lázaro, padre. Por un lado voy contando la historia y por otro voy diciendo los diálogos, ¿le parece bien?

—Como tú quieras, Silicio. Empieza.

—Gracias, padre —miró a lo alto y habló—: Había un enfermo en Betania que se llamaba Lázaro. Cristo lo conocía bien porque tenía una hermana de nombre María que, en una ocasión, le había lavado los pies con pomadas en el río, enjuagándolos luego con su propio pelo. Entonces la hermana hizo llamar a Jesús el Nazareno con la siguiente razón: «Díganle que Lázaro, el que él ama, está muy enfermo.» Cuando Jesús oyó la razón se quedó mirando al mensajero sin dejar traslucir su angustia —Silicio dio dos pasos, con una mirada rotunda que se paseó entre los rostros de los jurados, y a continuación añadió—: «Esta enfermedad no es para que se muera, no, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella.»

La voz de Silicio llenó la sala hasta los últimos rincones. Incluso el libretista —que comprobaba si los diálogos eran exactos— tenía la sensación de que las palabras que él veía en su hoja y las que escuchaba eran distintas.

Silicio continuó:

—Vayamos otra vez a Judea —dijo Cristo a sus discípulos, cada vez más desconcertados por sus repentinas y temerarias variaciones.

—¿A Judea? —replicó uno de ellos—. Maestro, allá los judíos te quieren apedrear. ¿Para qué quieres ir a Judea?

Jesús se fue caminando delante.

—¿Acaso no son 12 las horas del día? El que camina de día no tropieza porque ve la luz del mundo. El que anda de noche, en cambio, tropieza porque no tiene luz.

Jesús se quedó callado un rato, como dejándose llenar por lo que acababa de decir, y luego añadió:

—Lázaro, nuestro amigo, duerme. Yo voy a despertarlo del sueño.

—Si Lázaro está dormido, Maestro, ya se despertará solo, ¿no?

Pero Jesús hablaba de la muerte y ellos creían que se refería al sueño.

—¡Lázaro está muerto! Vamos hasta él.

Entonces Tomás, al que llamaban Dídimo, se paró en medio de todos y gritó:

—Vamos también nosotros a morir con Él.

Cuando llegaron hacía cuatro días que Lázaro estaba enterrado. Varios judíos consolaban a María y, cuando ésta supo que Él llegaba, salió a recibirlo con estas palabras:

—Señor, si Tú hubieras estado aquí mi hermano no estaría muerto. Pero yo sé que todo lo que pidas a Dios Él te lo va a conceder…

Jesús le puso la mano en el pelo y se inclinó para susurrarle al oído:

—Tu hermano Lázaro va a resucitar.

Silicio dio dos pasos más hacia adelante mirando a lo alto. María lo miró a los ojos.

—Ya sé, Señor, pero eso será el día de la resurrección, el último día.

Cristo se adelantó a la mujer y le dijo:

—Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo el que vive y cree en Mí no morirá eternamente. ¿Crees tú todo esto?

—Sí, Señor —respondió María—. Porque Tú eres el Cristo Hijo de Dios, vivo, que ha venido al mundo.

Luego María fue a llamar a su hermana.

—El Maestro está aquí, ve a verlo.

Se levantó y fue a su encuentro antes de que entrara a la aldea. Los judíos que estaban con ella la siguieron creyendo que iba al sepulcro a llorar a Lázaro, y ésta, al ver al Señor, se tiró a sus pies.

—Si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto.

Jesús se conmovió ante sus lágrimas. Detrás estaban los judíos que habían venido con ella.

—¿En dónde lo pusieron? —preguntó el.

—Por aquí, ven.

El grupo lo fue dirigiendo hasta el sepulcro y Jesús comenzó a derramar lágrimas por Lázaro.

—Ved cómo lo amaba.

—Éste, que abrió los ojos al ciego, ¿no pudo evitar que Lázaro muriera? —dijo otro.

Jesús se acercó tristísimo, llorando, a la cueva que servía de

sepulcro, la cual estaba cerrada por una piedra.

—Quiten la piedra —ordenó Silicio.

Una hermana del difunto se le acercó al oído al Señor y le dijo:

—Es que ya hiede. Van a ser cuatro días desde que murió.

—¿No te dije que si creías ibas a ver la gloria del Señor?

Varios judíos comenzaron a mover la piedra y Jesús, alzando los ojos, volvió a hablar:

—Gracias te doy, oh Padre, por haberme oído. Ya sabía yo que Tú siempre me escuchas, pero lo hago por estos que están aquí, conmigo, para que crean que Tú me has enviado.

Y dicho esto gritó hacia el fondo de la cueva:

—¡Lázaro, levántate! ¡Sal fuera!

Un minuto después lo vieron salir con las ataduras en los pies y las manos, con las vendas y el sudario que le tapaba la cara. Jesús volvió a hablar:

—¡Desamárrenlo y déjenlo ir!

Los judíos que acompañaban a María comenzaron a aclamarlo y Silicio vio levantarse a los vecinos en medio de una cascada de aplausos. Entonces, de repente, dejó de sentir ese aliento cálido que lo había acompañado durante la representación y fue a sentarse a un rinconcito oscuro para ver a los siguientes y esperar la decisión final, un poco más tarde.

Al término de la audición el padre dio las gracias a todos y anunció que el jurado se iba a encerrar para las deliberaciones. Agradeció al público y cerró las puertas, para no molestar al comité elector que ya estaba en sus complicadas anotaciones, sumas y restas.

El Joven sonreía ilusionado; todos los que salieron con él, incluidos algunos alojados, le decían que había sido el mejor. Inclusive otro Cristo que pasó antes que él le dijo:

—De haberlo visto antes ni me habría presentado.

—Ese joven fue artista, eso se nota —dijo una señora—. Es competencia desleal, de todos modos.

A las siete el Joven dejó los trabajos de construcción en la casa Carmen Julia y fue a la iglesia a oír la misa. Los pasillos y las bancas estaban abarrotados de gente cuando él llegó y por eso prefirió quedarse en uno de los nichos laterales.

Acabada la misa, el padre Magaldi comenzó:

—Hoy es un día especial. Hoy, como todos los años, voy a decir el nombre del actor que encarnará a Nuestro Señor en la representación de la Pasión. ¿Por qué le doy tanta importancia a

este acto? Como todos ustedes saben, la celebración de la Semana Santa aquí en Egipto tiene una larguísima tradición y toda la ciudad está pendiente. Todos sabemos que muchas personas se desplazan desde barrios vecinos y lejanos hasta nuestras calles con la idea de ver representada una Pasión de altísima calidad. Sin embargo, como también vengo resaltando desde hace años, hay que destacar lo siguiente: si bien el papel de Cristo es importante por ser el centro de la representación, ha de saberse que todas las actuaciones que se hagan, desde el Cristo hasta el soldado, el judío o el apóstol menor, son definitivas. Todos los que fueron elegidos para actuar tienen que dar lo mejor de sí mismos porque hasta del papel más pequeño depende el éxito general.

El sacristán le alcanzó un vaso de agua y el padre lo bebió de un sorbo, mientras los ruidos de su garganta resonaban por el micrófono.

—Bueno, y ahora la parte que ustedes están esperando —tomó un sobre, lo destapó, sacó una hoja y volvió a colocarse las gafas—. Voy a ir leyendo los nombres con la puntuación del jurado, y les voy a pedir para cada una de las personas nombradas un aplauso, pues si por algo ya se está destacando este año el evento es por la altísima calidad de los aspirantes, lo que hizo difícil el trabajo de los jurados, según ellos mismos me pidieron que expresara. Bueno, dicho esto empiezo con los puntajes.

Un silencio palpable se extendió por toda la sala.

—Alfredo, 21 puntos —se levantó y recibió un aplauso—. Joselito, 32 —aplausos y un ¡bravo!—; William, 33 —ovación.

El Joven continuó escuchando los nombres y los puntajes agazapado, preguntándose si sería pecado ese deseo inmenso de ser elegido. Pensó que no se lo darían por ser nuevo en el barrio, que de todos modos lo volvería a intentar el año próximo, y así hasta que lo lograra, cuando escuchó al padre Magaldi pronunciando su nombre:

—Silicio, 183.

La iglesia cayó sobre él en aplausos, ovaciones y hurras; la gente comenzó a corear su nombre y la cifra que le había dado la victoria. Él se sintió lejano, como si observara la escena a través de un cristal opaco.

—¡Que hable! ¡Que hable! —comenzó a gritar la gente, y antes de que pudiera reaccionar un río de brazos lo alzó para llevarlo hasta el atrio, en donde el padre Magaldi lo esperaba sonriente:

—La elección de Silicio me permite decir antes unas palabritas —dijo volviendo al micrófono—. Este joven que está aquí, delante

de ustedes, es mucho más que un gran artista. Quisiera destacar la labor que realiza en la casa Carmen Julia y el esfuerzo por ayudar a sus vecinos y a su barrio. Éste es el momento para que yo, que no participé en las deliberaciones del jurado y que por lo tanto estoy limpio de influencia, te dé mi agradecimiento público por esa labor gratuita y sacrificada en la que, modestamente, me siento comprometido al haber confiado en ti desde el primer momento.

—¡Que hable, que hable! —gritaba la gente enajenada y el Joven sentía que su estatura disminuía a medida que aumentaba la emoción en la iglesia. El padre Magaldi lo jaló de una manga hasta el micrófono y lo dejó ahí, solo, mientras pedía a manotazos y gestos silencio al auditorio. Horacio tenía la mente en blanco y, en busca de sosiego, dirigió sus ojos hacia arriba clavando la pupila en las lámparas y la cúpula del techo.

—Yo… —comenzó a decir en voz baja— no merezco este reconocimiento que se me hace. Mi única idea es ayudar al padre Magaldi para que la Pasión de este año sea buena —miró hacia el techo—. Cristo es la figura del Hombre divino, la Luz en el agua del estanque…

El padre lo miró perplejo y Silicio despertó de esa instantánea ensoñación a la que lo habían llevado los gritos de la gente y la luz de las lámparas.

—Sólo quería decir que… representar a Cristo es lo más hermoso que alguien como yo puede desear. Ojalá nadie se sienta defraudado.

Un nuevo aluvión de aplausos vino a sepultarlo. Otra vez, varias manos anónimas lo levantaron por encima de las cabezas y, de repente, se vio saliendo de la iglesia en hombros de una muchedumbre que coreaba su nombre y el de Cristo; lo acompañaron en comitiva hasta la casa Carmen Julia y allá lo depositaron después de varios hurras, entre la mirada medio ausente y medio orgullosa de los alojados que trabajaban en las obras de la nueva remodelación.

Al día siguiente, a las diez, comenzaba el trabajo en la sacristía: el padre reunió a todos los actores y les colgó del cuello un letrerito con el nombre del personaje.

—Siéntense y oigan —el padre, en sudadera y tenis, leyó toda la Pasión con voz segura, penetrante y animosa.

—A ver, el que no tenga libreto que se arrime a otro, vamos a comenzar la lectura.

La leyeron una vez completa para calcular la duración. Luego pasaron a lo más difícil: ponerse de acuerdo con los horarios de

ensayo y trabajo. Se decidió que no habría reuniones de conjunto hasta que no estuvieran montadas todas las partes por separado, y así el padre hizo complicadas divisiones anotando fechas y nombres en su libretita.

Silicio debía ensayar las primeras partes los días lunes, miércoles y domingo a las seis de la tarde. Sus ensayos eran siempre con los 12 apóstoles, salvo en la parte de Judas y los 30 denarios.

Un día tenía que pasar. El Superior se levantó muy temprano, más que de costumbre, luego de una noche infestada de pesadillas, perros de tres cabezas y lenguas de víbora. Antes de saludar a la hermana ya estaba preguntando por el Joven.

—¿Se sabe algo nuevo de Horacito, Pía? —babeaba al hablar, mascando la saliva.

—No, Su Reverencia. Usted ya sabe que no —lo miró comprensiva, ojerosa y flaca por la angustia y las noches en vela atenta a sus más mínimas dolencias, para salirles al paso antes de que él mismo las sintiera—. El niño va a volver, Su Reverencia. Eso seguro… Pero estas cosas toman tiempo.

—Llama a Hilario, me gustaría hablar un poquito con él —la astilla clavada en la conciencia del Superior era el secreto mantenido por él sobre el origen del Joven. Él le había revelado una parte de ese origen con una piadosa mentira: la muerte de la madre y la desaparición del padre. Temblaba ante la posibilidad de irse del mundo sin decirle la verdad, y ésos eran sin duda los íncubos que lo correteaban en las pesadillas y que picoteaban como horrendos cuervos sus intestinos. La solución era algo simple y prudente: trasmitirle a Hilario el secreto. «Sí», se dijo. «Si Dios me lleva se lo puedo dejar dicho con Hilario.»

La hermana golpeó en la puerta del bibliotecario pero no hubo respuesta. Miró el reloj y vio que aún faltaba una media hora larga para el primer toque de campana. Volvió a golpear y tampoco escuchó nada; entonces se atrevió a empujar la puerta.

Lo vio durmiendo en el suelo al lado del catre. Junto a la cabeza vio un pequeño charco de babas que la alarmó.

—Hermano, hermano… —le tocó el hombro y él se dio vuelta abriendo un ojo.

—Hermano, venga. El Superior lo llama.

—¿Qué? —al abrir su boca la hermana sintió un olor agrio y penetrante que llenó sus fosas nasales.

—El Superior te llama, ven, levántate.

—Jaque mate… —balbuceó el hermano entre vaharadas de aliento alcohólico, y se dio vuelta para seguir durmiendo.

La hermana fue al baño y llenó una cubeta con agua; regresó al cuarto, le levantó la cabeza y comenzó a rociarlo con agua fría.

—¡¿Qué hora es?! —el hermano se incorporó de golpe, con la cabeza mojada como un pichón.

Un rato después estaba en pie, disculpándose con la hermana y en camino hacia el dormitorio del Superior.

—Hilario…

—Dígame Su Reverencia.

—¿Hay alguna nueva noticia de Horacito?

—No, Su Reverencia —el sabor agrio del anís llegaba por momentos a su boca y le hacía perder el equilibrio.

—Pero… ¿hablaste ayer con los hermanos de la ciudad?

—No, Padre, no hubo comunicación con la capital por culpa de la tormenta —se escuchó hablar y sintió miedo de sus mentiras.

—¿Qué tormenta, Hilario?

—La tormenta de anoche, Su Reverencia.

—¿Sentiste alguna tormenta anoche, Pía?

—Un poquito, Su Reverencia. Es que ahora los teléfonos se dañan con nada.

—Acércate, Hilario.

El bibliotecario se inclinó sobre el cuerpo disminuido del Superior.

—¿A qué hueles?

—No sé, Su Reverencia.

—Yo sí sé. Apestas a alcohol.

—Ja, Su Reverencia, ¿a alcohol…? Qué raro, fíjese. Anoche el padre Carpió me invitó a probar una copita del nuevo vino y… ¿usted cree que sea por eso?

—Que sea la última vez, Hilario. Y ahora vete a dormir.

A las doce el hermano Hilario volvió a levantarse, ya repuesto, y fue a mojarse la cara frente al espejo; vio su cráneo desnudo y sintió angustia. Recordó esa frase de su abuelo, «a unos les sigue creciendo el pelo después de muertos, nosotros los calvos, en cambio, comenzamos a pelarnos vivos». Volvió a la habitación del Superior y entró con sigilo.

El Superior parecía dormido; Hilario se acercó hasta el borde de la cama y miró las venas estiradas de su cuello, sus manos huesudas y llenas de pecas.

—¿Te sientes mejor ahora, Hilario? —sin abrir los ojos el

Superior habló.

—Sí, Su Reverencia.

—Pienso pasar por alto lo de esta mañana con la esperanza de que no se repita.

La habitación olía a talcos y el hermano Hilario comenzó a sentir gases en el estómago que lo atormentaban.

—Quiero que me hagas un gran servicio, Hilario. Tú has seguido de cerca la historia de Horacio, eras su amigo y, entre tú y yo, serás tú el que seguramente tendrá oportunidad de volver a verlo.

—No diga eso, Su Reverencia, no es verdad…

—Te agradezco, pero escúchame. Cuando lo encuentres, cuando todo vuelva a la normalidad, tú vas a llevarlo un día a la biblioteca, lo vas a sentar en la banquita que hay junto a la ventana, desde donde se ven los campos y el cerro al fondo, y le vas a trasmitir estas palabras mías: su padre no ha desaparecido, era un hermano del claustro llamado Nicolás Simba, y la madre no murió al nacer él, fue enviada a una misión en el Casanare, se llama Soraya Jafel y hoy debe tener unos 45 años. ¿Se lo dirás por mí?

—Claro, Su Reverencia, pero descuide, usted mismo podrá decírselo.

—Dile que yo lo oculté por su bien. Y si me equivoqué dile que mi intención fue la contraria: hacer de él un hombre de espíritu y criarlo en el respeto y el amor de los símbolos. Todo esto dile.

—Sí, Padre. Descuide.

—Ahora déjame reposar.

Hilario salió con el alma triste. En el corredor lo esperaba la hermana que, con una sonrisa comprensiva, le deslizó en la mano una servilleta con dos aspirinas.

—Para tus males, Hilario, a condición de que te cuides.

Las mejillas del Joven ya estaban cubiertas por una barbita rubia que hacía sonrojar a las adolescentes, y el pelo, que siempre lo usaba un poco largo, le llegaba ahora al hombro y lo usaba recogido en una coleta.

—Cada día te pareces más al Redentor, Silicio. Creo que este año la Pasión nos va a salir muy buena.

—Espero que sí, padre. Pero le confieso que yo me pregunto, ¿no será todo esto una vanidad?

—No, Silicio. Lo que pasa es que tú eres un santo —el padre pensó en las palabras de Silicio el día de su elección y reflexionó: él no era una persona como las otras, tenía algo.

—A ver, padre. Vamos a repetir el pedacito del juicio.

Llamaron a los actores —que tomaban mogolla con Popular en el quiosco vecino— y volvieron a empezar la escena. Cristo entraba escoltado por dos guardias que lo conducían ante Caifás, el sumo sacerdote. Buscaban un falso testimonio contra Jesús para darle muerte y, al fin, por la izquierda del proscenio, entraban dos actores con la palabra traidora.

—Éste ha dicho: yo puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días —dijo uno señalándolo con el índice levantado.

—¿No respondes nada, acusado? —gritó Caifás; luego se le acercó y lo miró de arriba a abajo, con desprecio. Silicio no sintió rencor hacia el sumo sacerdote, sino piedad. Permaneció callado.

—Yo te conjuro de parte de Dios vivo a que nos digas si eres o no Cristo el Hijo de Dios.

—Ya pronto me van a ver sentado a Su diestra, sobre las nubes del cielo, y así podrán ver que yo era el Hijo de Dios.

Caifás dio un paso al frente y, con enérgico gesto, se rasgó las vestiduras.

—Más ímpetu, William —gritó el padre Magaldi desde su banca —, que se vea la crueldad.

Caifás dio un paso al frente y, con enérgico, impetuoso, histérico, colérico y horripilante gesto, se rasgó las vestiduras.

—Bien William, así —volvió el padre—. ¡Sigan adelante!

—¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Ya todos oyeron la blasfemia, ¿qué les parece?

Un coro situado por detrás del telón gritó «¡Reo de muerte! ¡Reo de muerte!». Los juristas escupieron sobre el rostro de Cristo, lo hirieron con el cuchillo y le dieron golpes. Luego, por indicación del padre, se saltaron la escena de la negación de Pedro, y pasaron directamente a la escena de Poncio Pilatos.

Jesús, atado y escoltado, fue empujado delante del trono del presidente.

—¿Eres tú el rey de los judíos? —Pilatos se agachó, lo miró con un gesto de burla.

—Usted lo dice… —Silicio se dejó caer, arrodillado.

—Estos hombres te acusan. ¿Conoces tu delito? —Pilatos señaló a Caifás y a los demás príncipes pero Jesús nada contestó, sólo miró con inmensa piedad.

Ese día el presidente acostumbraba liberar a algún condenado a petición del pueblo. Entonces se levantó y fue hasta el balcón.

Pilatos habló a la multitud:

—¿A cuál quieren que deje libre, a Barrabás o a Jesús, llamado Cristo? —Pilatos, por consejo de su sabia esposa, no quería problemas con el que se hacía llamar rey de los judíos, pero los príncipes y los sacerdotes habían convencido al pueblo para que pidiera la libertad de Barrabás.

Volvió a gritar Pilatos:

—¡¿A quién quieren que suelte?!

Y el pueblo, enajenado (voz detrás del telón oscuro), respondió:

—¡¡Barrabás!! ¡¡Barrabás!!

Pilatos volvió a preguntar:

—¡¿Y qué hago con Jesús, llamado Cristo?!

—¡¡Que lo crucifiquen!!

El presidente pidió silencio y volvió a hablar.

—¿Qué mal es, pues, el que hizo este hombre?

Pero el pueblo seguía gritando, cada vez con más fuerza, enajenado.

—¡¡Que lo crucifiquen!! ¡¡Que lo crucifiquen!!

Así que Pilatos, viendo que no adelantaba nada, mandó traer un tazón con agua para lavarse las manos.

—Yo soy inocente de la sangre de este justo —dijo señalando a Silicio—. Allá ustedes con él —y sumergió las manos en el platón que, según una idea del padre Magaldi, debía contener agua con tinte rojo; al ser vaciado delante del público se veía el agua convertida en sangre.

—¡¡Caiga su sangre sobre nosotros!! —gritaba el pueblo—. ¡¡Sobre nosotros y sobre nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos!!

Los soldados condujeron a Silicio al pretorio y allí lo azotaron y le cambiaron las ropas por un mantón de costal que hería la carne.

Cuando el padre Magaldi encendió las luces y se acercó a Silicio con una sonrisa, él sintió un vacío; vio el salón, las bancas, los muros desconchados del salón de reuniones.

Se despidió y fue a caminar por ahí, al azar de las calles, pensando en la figura del Redentor. Sin saber cómo llegó hasta el cerro de Guadalupe y comenzó a trepar por el monte. Estuvo más de dos horas caminando de arriba a abajo, repitiendo sus diálogos y haciendo milagros, abriéndole los ojos a ciegos que eran piedras, curando leprosos que eran ramas de pino o arbustos.

* * *

—Ayer volvieron a llegar amenazas. Cuéllar dice que va a haber que parar la reunión de Neiva —Heber estaba recostado en la cama, jugueteando con la niña mientras veían las noticias de las siete.

—Hágale caso, mijo. Mire, con todo lo que está pasando… ¿No pueden dejar eso para más adelante?

—Ahora no, mija. Usté no entiende. Además va a venir gente de todo Colombia, imagínese para volver a cuadrarlos. Imposible.

—Acuérdese que usté no está solo, mijo.

—Bueno, no vamos a armar una tragedia —Heber tomaba despacio el agua de panela, soplando el humo—. Total, siempre que se hace algo mandan pasquines, y fíjese, nunca ha pasado nada —se levantó, se puso la chaqueta y agarró el maletín.

—¿Por qué no se queda, mijo, para qué salir a esta hora? —Tati lo miró suplicante.

—Qué más quisiera yo, pero no se puede.

—Lo que no me gusta, mijo, es que de esas reuniones siempre vuelve oliendo a cerveza.

—Si no se trata de eso. Usté me conoce.

—Al menos cuídese. Yo aquí lo espero despierta.

—Casi no cojo bus, qué pena por el retardo —Heber se sentó y le hizo una seña al mesero señalando una de las botellas de Águila acumuladas frente a Cuéllar.

—Ya está todo cuadrado para el domingo; a ver, muéstreme el pasquín ése.

—Mire, dice: «El que tiene gasolina no ha de jugar con candela, señores sindicalistas.» Firmado, «Muerte a los Comunistas» —el gordo Restrepo escrutó los ojos de Heber.

—Acusándonos de comunistas les salió redondito, ahora quién sabe si las amenazas no son de ellos mismos.

—Es igual que los otros, si le tuviéramos que creer a cuanto papel nos cae encima por la calle andaríamos en pantimedias.

—No sé, man. A mí me da un poco de miedo —el gordo encendió un Nacional—. Esta vez sí puede haber peligro —estornudó una, dos veces, y volvió a concentrarse en la botella de Águila.

—Lo que pasa es que es el momento perfecto para jodernos. Si nos paramos ahora nos van a meter el dedo por el culo —Cuéllar manoteó sobre la mesa y acabó por decidirse—. En todo caso hay un servicio de seguridad, ¿no? Se le puede decir a la policía de Neiva. Yo me encargo.

—Mañana lo sacamos a votación, entonces. Eso sí dejando ver que nosotros estamos a favor de mantener las fechas —Heber pensó que Tati le iba a sentir el olor, se quitó la chaqueta y la puso lejos de la mesa.

—Esta vez el trabajito va a ser un poco más difícil —don Ataúlfo lo mira y él siente esa desconfianza fría de todas las veces.

—De qué se trata.

—Comunistas, Ornar—suelta una carcajada—. Son como los conejos, entre más uno se los baja más salen.

—Hábleme claro, don Ataúlfo. De qué se trata.

—Ya, ya, Omar. Ya sé que usté es de pocas palabras. Yo no sé qué filósofo fue el que lo dijo, pero es cierto, yo que hablo tanto me gusta es la gente callada.

Camina hasta la ventana, mira el jardín:

—Es un salón en el que va a haber mucha gente, en Neiva. Pero no hay peligro. Yo ya lo tengo arreglado con los de seguridad. Luego el capataz le muestra el plano. Eso va a ser como capando leprosos, usté ya sabe que esos comunistas son puro blablablá. Delante de un hombre se cagan, los muy maricas.

—Yo lo acepto, don Ataúlfo, pero le digo que va a ser la última vez.

—Eso es cosa suya, Ornar, allá usté con su conciencia.

Cuando Heber la llamó diciéndole que cogiera a la niña y se fuera para Sogamoso en la primera flota, Tati ya había oído la noticia en el radio. Se quedó como hipnotizada a pesar de que él le había jurado estoy enterito, mija, no me pasó nada, si quiere le paso a Cuéllar que está aquí junto y le pregunta.

—¿Y qué hago con todo lo de aquí, mijo? —Tati lloraba alzando a Chelita.

—Ni piense, eso después yo lo arreglo. Córrale mijita, vuélese al terminal.

—¿Y usté cuándo va a venir? —las lágrimas rodaban por el brazo.

—Por ahí en tres días, cuando la cosa se calme un poco.

—¿Me jura?

—Claro que sí, mijita. ¿Cómo la voy a dejar?

Tati echó un par de mudas en un maletín y salió corriendo a la calle. Paró el primer taxi que le pasó delante y dijo «al terminal» con voz temblona; hizo el viaje con la niña alzada, abrazándola

fuerte, viendo en cada cara un rostro enemigo, en cada esquina un peligro, y además miró al cielo y no vio sino nubes negras y un ventarrón de polvo que tapaba las fachadas de las casas, que ensuciaba el aire hasta hacerlo irrespirable.

Subió a la flota del Gómez Villa y se fue a sentar al fondo, asustada al ver a la gente y angustiada por Heber. ¿Será que lo iba a perder ahora que eran felices? Así era la vida, pensó, tener que irse de Bogotá por la puerta de atrás, como escapando, como si le debieran algo a la justicia. Del fondo de la mente le vino una idea que la tranquilizó: ya había vivido cosas duras, ya se había visto al borde del precipicio varias veces y siempre le había podido escurrir el bulto a la mala suerte. Había que tener fuerza, se repitió al ver las luces de los carros en el tercer puente; ella era joven, podía volver a empezar, y además no estaba sola; con Heber y Cheli al lado podía caerse el mundo. Y entonces comenzó a dormirse, porque con los nervios y la angustia no se había dado cuenta del cansancio.

Los bajan de la camioneta con pancartas y banderolas con consignas que Ornar ni siquiera leyó; las armas las llevan debajo de los sacos, porque ya les habían dicho que no se podía entrar a la sala con ruana. A él no le importa, sólo piensa que con la plata de este trabajo se va a ir al Ecuador.

—Ustedes por ahí —el capataz los va repartiendo en tres grupos.

Ornar entra por la puerta delantera y pasa la requisa con un carné falso. Observa el salón con ojos fríos, sin ganas de demorarse en ninguna cara ni de mirar a nadie a los ojos. El arma le hace presión en el vientre y comienza a imaginar cómo será su viaje a Quito, qué cosas verá y de qué manera se le resolverá la vida. Va a sentarse en la tercera fila, como le habían dicho, y al otro lado del salón alcanza a reconocer algunas de las caras que venían con él en los carpatis de la finca. La señal es el himno nacional; apenas se termine y la gente comience a sentarse hay que empezar la chumbimba. Está tranquilo, tres tragos de aguardiente le hicieron bajar esos golpes en el pecho; como agente ya se había visto en situaciones peores y había salido.

Tiene que disparar hacia la mesa, a los dos del centro según el plan. Está previsto, tres ráfagas sin levantar mucho el arma y luego salir por la puerta lateral. Al fondo de la calle los espera un Willys verde; a los cinco minutos el jeep arranca con los que hayan llegado.

Mira hacia el bombillo para no encontrarse con ninguna cara,

para mantener la cabeza fría y el pensamiento limpio de palabras. Cuando el himno comienza mete la mano por debajo de la chaqueta, toca el arma y, por primera vez, mira de frente a los que tiene que matar. Escucha los compases y se coloca en el hueco que dejan los dos de adelante. Ya está: mira de frente y aprieta el gatillo al tiempo que escucha un estruendo de fogonazos y el olor a pólvora se le mete por las narices. Siente que el arma tiembla y se calienta en su mano en medio de los gritos, y cuando ve caer a los dos del centro deja de disparar, se tira al suelo y comienza a reptar hacia la salida por encima de las sillas volcadas y la gente aterrorizada. Casi llegando a la puerta se da cuenta de que ha perdido el arma y, al darse vuelta, la ve en la mitad de la sala. Vuelve sobre sus pasos impulsado por una obediencia demente a las reglas. Se siente fracasar. Una señora lo señala espantada y él duda un segundo antes de enviarle una ráfaga, la última que le queda en el proveedor. Al llegar a la puerta siente un quemón en el hombro y otro en las piernas y cae al suelo. Se arrastra por el asfalto mojado y ve a lo lejos la sombra del Willys. Sus piernas están destrozadas pero no siente dolor. Con la mente muy fría calcula la distancia y se dice que sí, que llega; «cinco minutos, tengo cinco minutos». De repente una sombra pasa corriendo a su lado y él alcanza a reconocer a uno de sus compañeros. No es capaz de pedir ayuda. Baja a la calle arrastrándose y piensa que es cuestión de metros, pero antes de subir al otro andén ve que el Willys arranca y se dirige hacia él. «Me salvé, vienen por mí.» El jeep pasa a su lado y él siente dos fogonazos, luego un tercero y, sin dolor, se lleva las manos a la cabeza para luego bajarlas llenas de sangre. Su cuerpo queda tendido sobre el asfalto. Comienza a lloviznar sobre sus ojos abiertos mientras varios autos se detienen frente a él y lo iluminan con los faros.

Heber se sentó en su lugar muy serio, apretando en la mano los tres folios de su intervención. A su lado el gordo Restrepo y, más allá, Meneses, de Valledupar. Pensó en Tati y en Chelita, en que al volver a Bogotá irían a pasar un domingo a Monserrate porque la niña tenía que hacer un trabajo sobre los milagros del santuario para su clase de sociales.

—Ése de allá es el duro —le susurró Cuéllar señalándole a un señor calvo y bajito—. Ése con pinta de muerto de hambre es el que siempre me quiebra la cabeza con objeciones y mariconadas.

—Fresco —contestó Heber—, la cosa está hecha con el apoyo de los de la costa.

—¿Y ése de allá quién es? —el gordo señaló al fondo.

—Debe ser de los de Pasto, con esa cara de huevón, ja… —Cuéllar contuvo una risotada y se puso de pie con los primeros compases del himno nacional.

El primer disparo le rozó a Heber el cuello y lo hizo resbalar hacia atrás, mientras un millar de astillas se rompían delante de sus ojos. Cayó sobre la tarima y rodó hacia un lado un poco aturdido, como si despertara de un sueño en medio de la • noche. La mente le daba vueltas y él sentía, de pronto, que el mundo era así, que la vida estaba hecha de cada uno de esos impactos que estallaban en su cabeza, y cuando se terminaron sintió angustia por ese silencio tan enorme, tan lleno de chirridos de silla y de pequeños gemidos.

El primero en levantarse fue Cuéllar.

—Huambis, Huambis… —sintió una mano en el hombro y se contrajo—. Soy yo, Huambis, ¿no me reconoce?

—Sí, fresco… ¿Qué pasó?

Sienten de pronto otra ráfaga y ambos se dejan caer. Heber mira y ve a un hombre de pelo cano correr hacia la puerta agarrándose con fuerza una pierna.

El salón volvió a quedar en silencio y Heber sintió que su cuerpo estaba paralizado; el pecho le saltaba como si fuera a estallar. Rogó por Cheli, por Tati y su mamá, y creyó que ya estaba muerto, que la vida se había quedado allá atrás, antes del himno nacional, en ese salón en el que debía leer unas páginas redactadas a toda prisa en una de las oficinas del banco.

—¿Huambis…? —volvió a oír la voz de Cuéllar—. Esos hijueputas hablaban en serio esta vez.

No pudo responder; quiso hablar y los músculos no le respondieron.

—¿Huambis?

—Aquí estoy… —se esforzó.

—Salgamos, hermano, ya se fueron.

—No, no.

Quejidos y gritos comenzaban a alzarse por la sala, llantos, sonidos de cuerpos frotándose, escapando hacia la salida. Una voz dijo «¡van a volver!» y hubo un momento de pánico. «Calma, calma», se oyó. Al fondo, detrás de los muros, un estruendo de sirenas se acercaba.

Salieron a las cinco de la mañana en el carro de Cuéllar y Heber pensó en la voz llorosa de Tati, en el saludo de Chelita

preguntándole por el teléfono «¿Qué pasa, por qué llora la mami?»

—¿Qué vamos a hacer ahora, hermano? —Cuéllar manejaba con la pierna vendada.

—Lo mejor es no arrimar por Bogotá en unos días—Patiño fumaba al lado de Heber y Meneses—. Pobre gordo, lo dejaron como un colador.

—Esta mierda fue culpa mía, yo los metí en esta vaina — Heber habló mirando pasar las rayas blancas de la carretera—. El gordo no quería que se hiciera la reunión, él tenía el presentimiento. ¿Ya le habrán avisado a Mema?

—Ni idea. Seguro que sí.

Siguieron callados por la carretera hasta llegar a La Línea y, antes de iniciar la subida, se dieron cuenta de que no sabían adonde ir.

—Vamos a Girardot —propuso Cuéllar—, ahí podemos quedarnos unos días. Yo tengo familia.

Encendieron el radio y oyeron la noticia una vez más: siete muertos, uno de los asesinos había sido dado de baja en la calle.

Después de la requisa de la policía y la noche en el juzgado habían podido salir de Neiva; el propio juez les recomendó no ir a sus casas, dispersar a las familias.

—Yo le dije a mija que se fuera a Sogamoso —confesó Heber—. No sé qué voy a hacer después.

—Buena suerte en todo caso —replicó Meneses—. Piense que podría estar ahorita con los pies fríos.

—Lo peor va a ser mi mamá. Ella siempre me dijo que no me metiera en política después de lo que le pasó a mi taita.

—¿Qué le pasó?

—Era del sindicato del Acueducto, él sí tenía carné del Partido. Una noche le pegaron cuatro puñaladas, llegó vivo a la Hortúa pero se quedó en la operación.

—Qué cagada, Huambis —Cuéllar lo miró comprensivo.

—Eso ya fue hace tiempos.

Tati llegó a Sogamoso y mamá Huambisa estaba esperándola con Elvia, la hermana de Heber.

—¿Qué noticias hay de mijito?

—Él está bien, me llamó y me dijo que estaba bien.

—Yo sabía, es la misma historia… —mamá Huambisa arrugó la cara.

Fueron a la casa. Les habían arreglado un cuarto al fondo, contra

el patio, y Tati se sintió protegida por primera vez en las últimas horas. Luego de instalarse fueron a misa con la niña y después se volvieron a la casa para ver si recibían noticias de Heber. A medianoche sonó el teléfono y era él.

—¿Cómo está, mijo? —Tati pasó al teléfono asustada.

—Bien, pasado mañana voy, ¿bueno? Dígale a mamá que todo está en orden, que me tengo que demorar por los asuntos del juzgado y esas vainas.

Heber llegó una semana más tarde a Sogamoso, justo el tiempo para arreglar todo lo de las declaraciones con la policía.

No había pasado por Bogotá y su ropa avejentada y la cara pálida, larguirucha, lo hacían parecer como si arrastrara un guayabo de varios días.

—¿Qué fue, mijo, qué le pasó? —mamá Huambisa se le tiró al cuello, lo tocó, le puso las manos en la cara y las bajó hasta el pecho.

—Nada, sumercé. Para mí fue más el susto, no me pasó nada.

Chelita vino a darle un beso.

—¿Por qué no volvemos a la casa, papi?

—Porque vamos a estar unos días con la abuelita, ¿no le parece rico?

Tati sintió los ojos rasgados, quebrados, como bolsas de agua congeladas al sol. Lo vio y se puso a llorar, con esa propensión que ella tenía al llanto y que tanto le disgustaba porque nunca la dejaba estar ni contenta ni triste ni decir todo lo que quería decir.

—Mijito…

Por la noche fueron a dormir temprano; él estaba cansado del viaje.

—Al gordo lo quemaron ahí mismo, Urrea se murió en la ambulancia y Nieto quedó inválido. Qué asesinos.

—Mijo, demos gracias a Dios que a usté no me le pasó nada.

—Hay que ver cómo quedó el gordo, echaba sangre hasta por las orejas.

—¿Y cogieron a los sicarios?

—A uno lo mataron, los demás pudieron volarse. Eran una cantidad, al menos ocho. No nos mataron a todos de milagro.

—El presidente habló ayer sobre el atentado, mijo, y lo lamentó. Hasta aquí en Sogamoso todo el mundo habla de eso.

—Mala cosa, a ver si me van a seguir la pista.

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?

—Mija, después de la masacre tiraron unos volantes en los que

decían que nos mataban a todos, uno por uno, si seguíamos con las reuniones. En Bogotá me dijeron que habían recibido amenazas contra mí y los del grupo. Yo creo que vamos a tener que quedarnos aquí un tiempo largo.

A Tati no le parecía mal vivir en Sogamoso. Era una ciudad chiquita, tranquila, y además los boyacenses le parecían simpáticos y honrados. No hubo problema para que Cheli entrara a la escuela y en par patadas ya tenía un montón de amigos.

—Bueno, mijo, habrá que acostumbrarse a la nueva situación.

Heber no encontraba trabajo y cada noche volvía extenuado de andar por ahí, de puerta en puerta.

—Quién me iba a decir a mí que iba a terminar viviendo en Sogamoso —decía Heber.

Al fin la mamá habló con el párroco y se le pudo conseguir un cargo de contable en la oficina de la Caja Agraria, eso sí, con un sueldito pequeño.

Mamá Huambisa terminó por contentarse con Tati y, predicción de predicciones, se hicieron amigas. Incluso llegó a verse a mamá Huambisa alzando a Chelita, comprándole caramelos y maleducándola con algodón dulce y frunas.

Entonces Tati se dio cuenta, una vez más, de que las tragedias más escandalosas tenían su vuelta, que todo era como un espantaperros y que nunca había que hacerle caso al mal destino. Su nueva vida le gustaba porque le recordaba Sasaima, Bosconia, y tuvo como un segundo aire en su vida de campo. Bogotá le hacía falta, sí, pero qué diablos, ahí tocaba seguir para adelante, como se dice.

—Qué susto me da pensar que usté se hubiera podido fijar en otra, mijo —Tati le dio un beso, lo abrazó fuerte—. Imagínese.

—Qué bobadas, mijita, si yo desde que la vi dije ésta es, y así salió.

DOS

«Era tarde, ya estábamos dormidos —le diría después Natalia a su amiga Patricia—. Yo había pasado el día pensando en mí, en mi vida y en todo lo que tenía hasta ese momento; vi a Carlos, a mamá, todo el pasado me cayó encima y lo único que pude hacer fue intentar disecarlo, partirlo en pedacitos para comprenderlo y no sentirme una impostora. Estábamos dormidos, te decía, y de pronto oigo un golpe en la puerta. Me levanté entre bostezos y abrí sin más porque creí que era Claudia para alguna de sus ridiculas confesiones. Pero no: una lámpara se encendió. Entraron de golpe.»

—¿En dónde está? —oyen una voz muy fuerte, amenazante.

—¿Quiénes son ustedes? —Arturo se levanta pero un brazo lo contiene.

—¿Qué es esto?

—Se acabó el jueguito aquí… —es una voz desconocida, pero Natalia siente en su interior que se trata del doctor, que es Lemos, que los habían encontrado.

—[Me van a decir ya mismo en dónde está la niña secuestrada! —brama la'voz.

—¿Pero qué son estos modales, caballeros? —ambos reconocen el tono pausado de Lemos—. A ver, enciéndame esa luz, suelten al muchacho, ¿qué es este disparate?

Natalia se mete en la cama y se enrolla al lado de Arturo. El detective Lemos se les acerca y les pide a los colaboradores que salgan.

—Discúlpenlos, son unos patanes —saluda con la mano—. Bueno, lo importante es que estamos aquí charlando porque… al fin y al cabo trabajamos en equipo, ¿no? Permítanme una preguntica, ¿para qué vinieron a Manizales con la niña? ¿No estaba convenido que la iban a llevar a Bogotá?

Oyeron golpes afuera, un ruido de muebles por el piso, un objeto de vidrio pulverizándose en el suelo y luego los gritos de Claudia.

—¡Salgan de aquí, hijueputas! ¡Malparidos de mierda, lárguense!

—Esa niña es una tromba, ¿no les parece increíble la naturaleza? El doctor tan tranquilo, tan formal…

—¡Déjenme!

De pronto la luz se hace más intensa y Natalia empalidece: el doctor Medina entra por la puerta.

—Natalita, a que no te esperabas verme…

Ve su expresión dura y esa cara como replegada en un gesto. Siente miedo.

—Te agradezco que me hayas ayudado a encontrar a mi hija. Sé que no fue fácil para ti pero ahora ya puedes dejarlo todo a mi cargo.

Natalia enmudece, las palabras se congelan en su boca y no puede reaccionar.

—Otra vez te doy las gracias, Natalita, y perdona haberte metido en tanta cosa extraña… —deja un sobre en la mesa, hace un gesto a Lemos para que salga y cierra la puerta.

—Déjalos, al fin y al cabo nosotros no íbamos para ningún lado —Arturo la mira sin expresión—. Esta noche pasa lo que tenía que pasar hace un montón de tiempo entre el doctor y Claudia. Déjalos que arreglen.

De nuevo gritos, llanto, un drama terrible en el corredor. Claudia no paraba de maldecir, de intentar zafarse, huir. Podían oír al doctor que le proponía que fuera a su casa unos días, sólo mientras arreglaba para irse a cualquier otra parte. Natalia pensó en Andy, en su aire perdido, e intentó imaginarlo en medio de esa discusión.

—¿Se puede? —la voz de Lemos.

—¡Salga de aquí, no quiero verlo! —grita Natalia.

—Tenga paciencia, señorita, el odio sólo genera enemistad, y es malo para el organismo porque hace secretar insulina y bloquea el sistema parasimpático.

—¡Qué quiere!

—Hacerles una preguntica, no más que una.

—Diga.

—¿Para dónde pensaban ir después? —Lemos los mira ansioso, casi suplicante.

—A ninguna parte, no sabíamos —responde Natalia.

—No sabe el gusto que me da oír eso, señorita, ¿y sabe por qué? Porque yo tampoco podía imaginarlo, y por eso estaba preocupado. Yo me dije, si ellos ya saben adonde van a ir y tú no lo sabes es que ya estás poniéndote viejón.

—Váyase, Lemos, por favor.

—Yo no la malquiero, señorita, pero eso sí, no la entiendo… ¿Por qué hizo esta pendejada?

—Váyase, no quiero oírlo.

—Todo le enseña a uno, ¿no? Hasta lo más terrorífico… —vuelve a abrir la puerta y sale dejando un halo de tabaco negro tras de sí.

Natalia y Arturo se miran sin saber qué hacer; los gritos son ahora más apagados y, al poco rato, escuchan un ruido de maletines y bolsas arrastrándose por el suelo al tiempo que perciben las voces, ya más tranquilas, alejándose hacia una zona de silencio que ambos reconocen como el ascensor. Se van. Todos se van.

«A la mañana siguiente, bajamos a la piscina sin mucho convencimiento y ninguno se atrevió a soltar palabra; yo pagué una noche más en el hotel y traté durante todo el día de evitarlo, de no encontrarme con sus ojos porque había visto que en ellos estaban todas las preguntas que yo no quería hacerme, insoportablemente, y me mantuve al sol, con mis gafas oscuras que escondían la zozobra y me hacían parecer más fuerte, casi una mujer feliz. Seguía preguntándome por mi mundo y lo único que saqué en claro después de una tarde de silencio fue que no sabía nada, que mi vida era un cajón de preguntas, como el morro de cartas del trivial, igualito; y no te creas, me sirvió saber que no sabía lo que quería, que no sabía por qué había estado con Carlos, por qué estudiaba enfermería si me daban asco los enfermos, ¿ves? Y así con todo: pensé en mamá y te juro, me dieron náuseas, esa manera de obligarme a ser como ella para llegar a su edad y estar sola; vi a Arturo y me di cuenta de que estos días habían sido lo más sincero que había vivido, pero sabía que no sería capaz de mantenerlo porque yo era igual a lo que tanto odiaba. Yo era ellos, mamá y Carlos y las compañeras de tesis, y en cambio Arturo era sólo un grano, algo chiquito, como esos ponqués deliciosos de los que sólo podemos comer una pizca. Pensé que la tarde de domingo se terminaba y que mañana volvería a ser lunes y que todos los días de ahí en adelante serían lunes hasta encontrar algo, otra puertica entreabierta con luz adentro como la que había querido ver un par de días atrás.»

Arturo termina de leer el librito del joven sacerdote en el patio del hotel, pero al llegar a la última página comienza a retroceder páginas, a señalar párrafos. Tal vez era verdad lo que había leído, tal vez no había esperanza para esos destinos que, vistos desde afuera, parecen infalibles. Pero él no tenía nada que arriesgar. La

noche anterior le había mostrado que en toda esta aventura él tenía el papel del paje, el que sólo aparece en escena un minuto para alcanzarle un traje nuevo al Gato con Botas. En suma, que la aventura no era suya, que él era uno de esos indios que caen del caballo en las películas del general Custer, y que la historia sigue sin él, como Viernes en su isla: usurpadores de destinos. A él también le gustaría tener un destino, estar en el centro de una vida. ¿Qué hacer? Se ve de nuevo en una de esas noches de preguntas sin respuesta y vuelve al librito esperanzado, queriendo encontrar en alguna de sus páginas una señal, algo que estuviera dirigido a él, nada más que a él, y que fuera el principio de algo. Recuerda una frase de Alfredo Bryce: «Me he pasado la vida buscando un lugar en donde comenzar una nueva vida», y sigue retrocediendo en el librito, señalando obsesivamente frases, párrafos enteros, releyendo aquí y allá. Tal vez debería buscar en su pasado, ir, como hacía con el libro, páginas atrás, retroceder en el tiempo de su vida, páginas de vuelta, con la esperanza de encontrar un inicio.

«Al otro día por la mañana subimos las maletas al jeep e iniciamos el regreso; música, cigarrillos, varias paradas para almorzar, para bañarnos en un río o simplemente tomar una gaseosa y decirnos que éramos felices ahí, en ese instante y en ese pedacito de universo al lado de la tristísima carretera que nos llevaba de vuelta a Bogotá. Pasamos el Boquerón, Silvania, volvimos a ver las nubes enredadas en la montaña y entramos a la inmensa curva que baja rodeando la represa. Vimos las primeras casas, la zona industrial de la ciudad.»

Bogotá ya no es la misma, piensa Arturo. Ahora es la ciudad a la que vuelve como un anónimo fantasma, un hombre más entre la muchedumbre que se apelotona en las calles.

La avenida 68, la avenida El Dorado, un poco más allá el parque del Salitre y ambos siguen en silencio, esperando tal vez que, en una esquina, algo se manifieste. Arturo mira el cerro de Guadalupe y vuelve a pensar en el joven sacerdote. Para el héroe del librito la ciudad había sido algo distinto: el terreno de una búsqueda. El sacerdote había sido vencido en una de esas hermosas derrotas que sólo los suceden a los héroes, y él continuaba avanzando por la 100 sin que nada pasara.

Estacionó frente al edificio de Natalia y ella dijo no, llévame a otro sitio, pasemos todavía una noche juntos. Con los últimos billetes de ese segundo sobre que el doctor les había dejado en Manizales fueron a comer y luego a dormir al Estadero del Norte. Hicieron el amor por última vez, como dos desconocidos, y a la

mañana siguiente se vistieron el uno frente al otro con vergüenza, como si todo hubiera sido una larga noche de alcohol.

«Él no hacía preguntas, y cada nuevo silencio era para mí una cadena más difícil de quebrar. Pensaba en las discusiones con Carlos, en su odiosa forma de no dejar un hueco sin rellenar con sus estúpidos discursos. Arturo no, él apenas me miraba desde el borde de la cama mientras yo me vestía, un poco con esa angustia y ese frío en la piel del primer día de algo que se parece mucho a la vida de todos los días.»

—Chaíto —Natalia le da un beso que él prolonga y que ella trata de evitar.

—Llámame —Arturo se monta de un salto y cierra la puerta.

«Lo vi irse muerta de tristeza. Ya desde esa época sabía que me iría de Bogotá, te juro que sí.»

—¿Y por qué te gustó? —Jaime mastica una barra de regaliz mirando a Chela.

—Porque es sencilla, porque el tema es bonito y aunque parezca simple esconde cosas emocionantes.

—No exageres…

—Sí, y además lo de las groserías que dijiste ni lo sentí… De verdad, te digo que me gustó.

—Qué bien…

—Fíjate, te confieso que me gustó tanto que se la hice leer a una amiga, ¿y sabes lo que me dijo? ¿Te lo puedo decir? —Chela se sonroja un poquito y Jaime asiente—. Que debías ser buen amante, ji.

Una nube de abejas africanizadas se planta en sus mejillas y lo pica con sus aguijones envenenados y asesinos: así se sintió.

—Es pura invención todo, qué bobada.

—¿Tienes más escritos?

—Sí, pero ya ninguno me gusta. Toma, te traje mi currículum —le entrega un papel—. Prométeme que lo lees después de que nos despidamos.

—Bueno.

Caminan por la 15 hasta el parque de las Flores y van a tenderse en el pasto, al lado del caño. Un poco más allá hay un grupo de niños pateando un balón de fútbol. Hace sol, viento. En ese instante Jaime decide que su próximo trabajo será algo aún más romántico.

—Al final es un poco triste, de todos modos.

—¿Triste?

—Sí, o por lo menos te confieso que yo me preocupé.

—Si quieres lo cambio, señálame la página. Cuando lo escribí yo era un pesimista y ahora…

—No, yo leí no sé dónde que el lector no tenía derecho a modificar la obra, que podía sólo recrearla… ¿Dónde lo leí? Creo que fue en unas fotocopias para algo de la universidad.

—No importa, a mí no me importan las fotocopias… Dime lo que quieres que cambie y yo lo cambio, para la próxima semana te lo tengo listo.

—Bobo, si ya te dije que así me gusta.

Se levantan y dan una vuelta más por los almacenes, compran dos helados y caminan hasta el Almirante; Jaime había decidido entrar a vespertina y quería mirar desde ahora los carteles.

—*Moby Dick*, listo —se frota las manos—. ¿Te gustaría?

—No puedo, tengo cita con mi prima. Le prometí acompañarla a probarse su vestido de matrimonio, ¿sabes que se va a casar?

—¿Tu prima la Beba, la del colegio?

—Sí, se casa con Óscar, ¿te acuerdas de él?

—¿Uno con el pelo por aquí, medio hippie?

—Ése. Se casan y luego se van a Los Ángeles a tener allá el niño. Mi tío tiene hartísima plata.

—De buenas.

Se paran en un semáforo.

—Cuéntame de Fer, ¿cómo le va?

—Está perdido, y ahora con las vacaciones ni idea.

—¿Por qué no me acompañas a la fiesta de la Beba? ¿Te gustaría? Se supone que hay que ir con parejo.

—Bueno, si ahorro lo suficiente para alquilar un vestido de corbata.

Vuelven a la 15 y se despiden.

—¿Entonces te llamo el sábado para lo de la Cinemateca? —Jaime levanta la mano.

—Sí, por ahí a las once. No muy temprano.

* * *

Vida de un joven sacerdote de provincia (xii)

Los ensayos avanzaban. El padre Magaldi estaba feliz con la actuación de Silicio, a tal punto que llegaba a hacerlo repetir escenas por placer. Los decorados estaban casi terminados y la mayoría de los alojados pasaba el día entero en el salón de juntas de

la sacristía serrucho en mano, con la boca llena de puntillas o barriendo el aserrín del piso, para dejar limpio y no dar mala impresión.

Por ese tiempo la casa Carmen Julia comenzó a prestar el servicio de guardería infantil por las mañanas y ya la gente del barrio no sabía cómo agradecer; la fama de santo de Silicio comenzó a extenderse y de muchas partes venían a verlo con donaciones.

La idea de la guardería le surgió a Silicio después de una tragedia en una casa vecina; dos niños solos quisieron encender la cocineta para divertirse o hacer café o agua de panela, y no se supo cómo llegaron hasta el bidón de gasoil y lo hicieron explotar; la casa se derritió como un juguete de plástico y los niños se quemaron vivos. Silicio estuvo llorando y rezando toda una noche; nunca había visto nada semejante: los dos cuerpos, aceitados por las enfermeras del hospital San Juan de Dios, como indefensos renacuajos brillantes, con las arterias y las venas y la carne chamuscada, y detrás de esas costras unos ojos vivos, resplandecientes de dolor y tristeza.

Al día siguiente, antes de que se supiera que habían muerto en medio de horribles sufrimientos, Silicio tomó la decisión de recibir a los niños en la casa; pasó de puerta en puerta entregando un papelito con la propuesta y pidiendo que pasaran la voz, y la gente casi se santiguaba al verlo, y todos querían que entrara y se estuviera un rato, que se tomara un café o que probara lo que habían cocinado.

Pasado el mediodía se daban las clases de lectura y escritura, y luego el Joven volaba al salón de juntas para los ensayos con el padre.

—¡Dios te salve, rey de los judíos! —los soldados del presidente lo habían azotado, le habían quitado las vestiduras y lo habían cubierto con una manta de grana; en la frente le pusieron una corona de espinas, hiriéndole la piel. Alguien, a su lado, le entregó un cetro que era un palo de caña. Los soldados se reían de él, le escupían en la cara cubriéndolo de blasfemias. Entonces venía la salida para la escena del Gólgota.

—¡Bien, bien! ¡Majestuoso! —el padre se emocionaba en su sillín de director y daba saltitos manoteando hacia Silicio—. Mañana ya comenzamos con los ensayos en la calle. También hay que ir llevando para allá las tarimas y todo. Uy, San Isidro —se dirige al cielo—, que no llueva.

—¿Y la cruz, padre, ya está hecha?

—Ésa yo la tengo guardada, Silicio. Usamos la misma desde hace años, ¿ah? Y te confío un secreto, tiene pegada en la parte de arriba un pedacito de la verdadera Cruz, una astillita, claro, pero con los papeles de autenticidad del propio Vaticano.

Silicio sintió que el orden de los planetas se invertía; que el padre Magaldi estaba a su lado y, a la vez, a cientos de años; no pudo evitar una especie de dilatación en las pupilas, un gesto como de animal antes de lanzarse sobre su presa.

—¿Te sientes bien?

—Sí, padre. Es el cansancio.

Silicio salió al patio a respirar y, reflexionando sobre su pasado, vio la línea que lo llevaba hasta ese día. Entendió, con una falsa indiferencia, que su vida tenía un sentido, y recordó la palabra griega ananké. Eso sí, él sentía que la fuerza que lo manejaba no estaba dentro de su cuerpo, que era algo externo. Corrió al monte a ver el atardecer y a repasar los nuevos diálogos, con la sensación de que cada movimiento de su mano desprendía una luz, una especie de rayo que se extendía por toda la tierra.

La Semana Santa comenzó entre festejos y ollas populares cocinadas en los parques y plazas de las iglesias más devotas. Para el barrio Egipto, que tenía la mención del arzobispado de barrio *sacrosancto*, fue la gran apoteosis. Como se esperaba, más de dos mil personas vinieron de todo Bogotá a ver el primer día de actuaciones en escenarios naturales, para terminar en la gran misa, a cargo del padre.

Silicio estaba radiante, iluminado, mientras atravesaba la muchedumbre montado en su burro con traje de Jesús y mirada lánguida, como de santo atacado por las iras de Adriano; luego la subida al monte Getsemaní, y todo el público desplazándose detrás de los actores, por todos los escenarios, y detrás . de ellos los vendedores con sus carritos de dulces, algodón de azúcar y helados.

Cristo, mirando el pequeño paisaje que se divisaba desde el monte, da comienzo a la oración:

—Mi alma está triste hasta la muerte. Quédense aquí a velar conmigo —Silicio entiende en ese momento, de un golpe, todos los porqués que nunca había entendido en años y años como estudiante de teología, de cristólogo devoto y tembloroso, y ve la línea, una vez más, que lo condujo hasta ese instante. ¿Cuál era el papel de los otros? ¿Del Superior, del hermano Hilario, del claustro entero? Sintió entonces, al terminar su examen de conciencia, la seguridad que sienten los propietarios de un destino, y continuó mirando a sus

compañeros con su mirada entre angélica y torva.

—Padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz. Mas no se haga como yo quiero sino como quieras Tú.

Las personas que lo escuchan sienten como si un ángel les entrara en la boca; todos enmudecen, la piel se les pone de gallina al contacto con esas palabras.

Cristo se levantó y fue a ver a sus compañeros que velaban. Los tres dormían.

—¿No pudieron velar una hora conmigo? Velen y oren, para no entrar en tentación. El espíritu está siempre dispuesto a recibir la verdad, pero la carne, en cambio, es débil.

Terminada la jornada, luego de la apoteosis de los últimos aplausos, el padre Magaldi le rogó a Silicio que viniera a comer con él y otros invitados al salón de juntas.

—Gracias, padre. Usted sabe que no puedo. Los alojados me están esperando en la casa, tengo que ir a hacerles la comida.

—De verdad que debe ser cierto lo que dicen por ahí, eso de que eres un santo. ¿No puedes hacer una excepción?

—No, padre, hasta mañana.

La hermana Pía estaba muy preocupada. El Superior parecía haber llegado a un límite en el que lo único humano era el brillo de sus ojos y el timbre de su voz. El resto de su cuerpo era de una materia más cercana a lo mineral.

—Todo está en que se interese otra vez por la vida, en que le vuelva el optimismo —decía la hermana.

Las únicas preguntas que se le escuchaban eran sobre Horacio: ¿Qué noticias había? ¿Cuándo fue la última vez que hablaron con la ciudad? Y algunas mañanas, en las que seguramente el sueño se le trepaba un poco sobre las horas en que ya estaba despierto, pedía a Demetrio o a Pía que lo llamaran antes de que fuera a su instrucción matinal, frases ante las cuales ellos hacían la vista gorda para no tener que aceptar que el Superior ya estaba muy minado y que la enfermedad del estómago comenzaba a llegarle a la cabeza.

Ni siquiera los oficios de la Semana Santa le interesaron, nada. Hizo las oraciones en su lecho y, por primera vez, el claustro comenzó a respirar un aire de sucesor.

Pía se negaba a trasladarlo definitivamente al hospital con el argumento de que «aquí está todo lo que él ama en este mundo, ¿cómo lo vdmos a alejar?» Todas las mañanas, en la capilla, las oraciones estaban dedicadas a él, y antes de comenzar la

celebración el padre Carpió daba desde el altar mayor el parte sobre el estado de Monseñor.

Su abulia llegó a su punto más alto cuando no volvió a interesarse en la lectura; un día le pidió a la hermana que se llevara todos los libros que había acumulado sobre la mesa de noche y, como si fuera poco, los de la repisa del frente de su cama.

—Tanto libro es lo que me está asfixiando, Pía; llévatelos lejos y no me vuelvas a traer ninguno.

Ella obedeció con dolor, y tuvo que contentarse con subirle todos los días el periódico de la ciudad y, de vez en cuando, algunas revistas.

Hilario, por su lado, continuó haciendo sus escapadas nocturnas a El otro farolito hasta convertirse en experto ajedrecista; ahora pasaba las horas en la biblioteca rehaciendo las partidas de los grandes maestros y leyendo las biografías de Capablanca y Alekhine, todo con la esperanza de mejorar su estilo. Se había hecho amigo de todo el mundo y había comenzado a adorar la charla deportiva, las discusiones sobre fútbol o ciclismo, e incluso, de vez en cuando, arrimaba la oreja cuando algunos contaban historias de entrepierna en el Miramar o el Pico Pico. Se fue dando cuenta, en suma, de que la vida era mucho más amplia de lo que él había supuesto, que el mundo y la realidad eran, contrario a su convicción de años, una cosa interesantísima de ver, palpar y conocer, y se sintió feliz, como un colegial de pantalón corto.

Fue lo malo durante la Semana Santa; aunque era un bar, El otro farolito estaba en Tunja la virreinal, lo que le impedía quedarse abierto esos días hasta muy tarde en la noche. Fueron horas que Hilario gastó caminando con su cantimplora de anís y su ajedrez de bolsillo, parándose en las bancas de la calle a practicar alguna ocurrencia o darle un sorbo a ese licor perfumado que tanto lo hacía maldecir por las mañanas pero que hacia el mediodía se convertía una sonrisa para el espíritu.

Pasada la Semana Santa, la vida volvió a su curso y todos dieron un respiro: Hilario volvió a El otro farolito, Pía pudo volver a concentrarse en la salud del Superior y todo el claustro reanudó los rezos diarios y vespertinos dedicados exclusivamente a la salud del Padre.

Era por la mañana cuando Demetrio subió los periódicos; cantaban los pájaros, el sol entraba por la ventana y la temperatura era agradable. La hermana silbaba contenta, intentando traspasar optimismo al Superior, pero él parecía tan absorto como siempre en la lectura de anuncios clasificados y de cines, o en las ofertas de

empleo. Las cortinas abiertas y el sonido de los azadones desde el campo vecino daban una hermosa sensación de actividad y de vida que iluminaba los objetos de la habitación. La hermana, dejándose llevar por el optimismo, decidió cepillar el traje de ceremonia obispal del Superior; lo sacó con cuidado, lo extendió sobre la consola y comenzó a pasar sobre él las cerdas finas del cepillo de tela.

El ruido fue muy apagado esta vez, como un globo que se desinfla en medio del viento; la hermana se dio vuelta por casualidad y lo vio con los ojos muy abiertos, buscando el aire a un palmo de su boca. Una vez más Pía salió a la puerta dando gritos, llamando a la gente mientras intentaba colocarle al Superior la mascarilla del oxígeno. Cuando todos llegaron ya no se movía, y en ese instante la hermana se dio cuenta de que la bala del preciado oxígeno estaba vacía.

La ambulancia llegó cuando ya nada podía hacerse: el Superior había muerto. La hermana se desmayó, todos lloraron y la voz comenzó a extenderse por las parroquias a golpe de campana. Pía decía que era su culpa, se sentía responsable por no haber cambiado el oxígeno y, en el colmo de su crisis, se acusó a sí misma de haberlo matado e insistió en entregarse a la policía.

—Tranquila, hermanita, tranquila. Esto no es culpa de nadie —le dijo el jefe de la ambulancia dándole un calmante.

En el hospital confirmaron el oscuro veredicto.

—Muerto, hermana, hay que ser fuertes —corroboró el médico.

—Pero, tiene que poder hacerse algo, con lo que ha avanzado la medicina, yo sé que siempre en estos casos, cuando se trata de gente importante, se puede hacer algo.

—Se puede ir a la capilla, hermanita. Es lo único.

De regreso al claustro fue al dormitorio del anciano; comenzó a recoger las cosas envuelta en oleadas de llanto, a tender la cama, a ordenar las medias y la ropa interior en bolsas de plástico. Al lado encontró la pila de periódicos del día y, curiosa, se detuvo en una de las fotos de primera página.

—Pero… —salió gritando al corredor—, ¡Hilario! ¡Hilario!

La caravana fue avanzando y los gritos de ¡muera! y ¡reo! se iban haciendo cada vez más fuertes. Cristo llevaba al hombro la cruz y sólo podía ver la cuesta, el piso pedregoso que se clavaba en sus pies haciéndolo sangrar, con el corazón lleno de dolor al ver el repudio de los hombres. ¿Por qué? Pensó que ya pronto se reuniría con su Padre, y que los hombres que hoy clamaban su muerte serían

los mismos que durante siglos lo llorarían. ¿Avisarles? ¿Decirles que él era el Unigénito? ¿Que llevarían ese pecado a cuestas hasta el fin de los tiempos? No podía hacer nada, sus palabras serían recordadas y poco a poco llegarían a los oídos de todos. Sintió la sangre corriendo por su cuello y secándose en su manto, pero sintió también que su cuerpo ya no era el suyo, como si ese rígido envoltorio estuviera a punto de liberarlo. La garganta le ardía y, juntando fuerzas, logró remontar la cuesta final del Gólgota sintiendo el cuero en su espalda.

Cayó desmayado en medio del fango. Varias manos anónimas le quitaron las ropas dejándolo sólo con una tela en la cadera. Lo tendieron sobre la Cruz y comenzaron a clavarle las extremidades, pero él no sentía dolor; el hierro atravesaba su carne destrozando nervios, huesos, reventando tendones. Escuchó algunos gritos y vio a su lado a los dos ladrones con los ojos desencajados de angustia ante los clavos filudos.

El sol lo cegaba, apenas podía ver lo que sucedía sobre él. Un hombre vino y, de varios golpes, clavó una tableta sobre su cabeza con la inscripción «Éste es Jesús, rey de los judíos». Lo izaron y él sintió un descanso porque el sol dejó de herirlo; entonces pudo ver a la multitud, los miles de hombres y mujeres que habían acudido a su sacrificio.

—Ah, tú, el que destruye el templo de Dios y en tres días lo reedifica. ¡Sálvate a ti mismo! —gritaba uno alzando el puño, enloquecido.

—A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de. Israel, que baje ahora de la cruz y entonces le creeremos.

—Puso en Dios su confianza; si Dios de verdad lo ama que lo libere ahora, ¿no?

—Sí, porque él dijo: soy el hijo de Dios y, si de verdad es el hijo, ¿cómo es que no lo ayuda, que lo deja morir?

Los ladrones también le gritaban blasfemias con la esperanza de ser perdonados. Entonces el cielo comenzó a ennegrecerse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó—. ¿Por qué me has abandonado?

Los soldados apresuraron su muerte divirtiéndose: mojaron una esponja con vinagre y la pusieron al final de una caña para llevarla hasta su boca. Él la mordió esperando aplacar su sed pero lo que sintió fue un ardor aún mayor, una llama que le entró en la garganta. Otro soldado se acercó con su lanza y lo hirió en el vientre ante la mirada enajenada y colérica de la muchedumbre. Sintió gritos, más gritos. ¿Qué pasaba?

El padre Magaldi estaba completamente fuera de sí. Iba, venía, daba la mano a todo el mundo con una perpetua sonrisa colgada en los labios y se dejaba entrevistar por las cadenas radiales de la ciudad diciendo sí, claro que sí, ésta es la mejor Pasión que hemos hecho, y de ahí saltaba a otro grupo y hasta se tomaba sus sorbos de vino entre tanta alegría y felicitación. Más tranquilo, fue hasta la cruz a saludar a su actor.

—¡Te felicito, Silicio! ¿Oíste cómo nos aplaudieron? Espera que ya mando para que te bajen —el padre llama a un asistente para que lo ayuden a bajar.

Él lo mira preguntándose: ¿Silicio?

—Vengan, traigan una escalerita —vuelve a llamar.

Llegó William con un trípode, subió y comenzó a soltarle el nudo de una de las manos. De pronto Silicio, con la agilidad de una cobra, le dio un rodillazo en las partes que lo hizo volar por los aires, y volvió a congelarse en su posición de crucificado.

—Pero… Silicio, ¿qué pasa? —el padre puso de nuevo la escalera e intentó subir hasta el Cristo que ahora parecía una estatua, pero al llegar a media altura sintió un puntapié relámpago que lo hizo caer.

—¡Silicio! ¿Estás jugando? Bájate ya de ahí, hombre.

Silicio pateó la escalera y, sin mirarlos, evitó a puntapiés y rodillazos que lo descolgaran de la cruz.

—No pasa nada —dijo el padre a un grupo de curiosos—. Todo esto es normal.

Otros dos intentos fueron rechazados por Silicio que continuaba en la cruz, en la tradicional pose, con la cara mirando hacia el cielo.

Una hora y media después, cuando ya casi oscurecía, el padre, resignado al escándalo, aceptó la intervención de la policía.

—Bájenlo con cuidado, es un buen muchacho.

Los policías debieron recurrir a toda su fuerza para atravesar la barrera de rodillazos y puntapiés y, una vez abajo, maniatado, lo cubrieron con un chaquetón. Cuando lo levantaron para llevarlo a la radiopatrulla, Silicio logró escapárseles y, luego de mil correteos, pudo alcanzar de nuevo la cruz. Lo cogieron cuando ya se trepaba; esta vez lo esposaron con las manos en la espalda.

—Yo me hago cargo, déjenme —bramaba el padre intentando acercarse al Joven—. Déjenme.

Cuando el padre Magaldi llegó hasta Silicio y se agachó a hablarle, éste lo miró con ojos desencajados; y cuando intentó

hacerse reconocer Silicio lo golpeó en plena nariz con un rápido movimiento de cabeza y lo hizo rodar por tierra, para luego volver a la posición inicial, la misma que tenía cuando estaba en la cruz.

Una semana después, en la clínica, el padre se enteró de toda la historia del Joven mientras tomaba un té con la hermana Pía y el hermano Hilario.

—Yo sabía que él no era común —dijo el padre—. Yo me di cuenta desde el principio de que era especial.

—Lo doloroso es que no haya querido contarnos lo que hacía —se quejaba la hermana, entre lágrimas—. Yo lo quería como a un hijo.

—Bueno, lo importante es que ya lo recuperamos.

Al día siguiente Hilario y Pía fueron a verlo en su habitación acolchada, desde una ventanita superior. Ambos se impresionaron muchísimo: era un joven fuerte, barbado, un hombre. Estaba recostado en el piso con los brazos extendidos hacia los lados y el rostro con una expresión ausente, como mirando al cielo.

—¿Es muy grave lo que tiene, doctor?

—Digamos, hermanita, que no hemos podido bajarlo de la cruz.

—¿Y cuánto tiempo le va a durar?

—No se sabe, no se sabe.

Dos semanas después era inminente el traslado al centro de Sibaté.

—Déjeme hablar con él —dijo la hermana—. Yo sé que cuando me vea va a reconocerme.

—Es peligroso, pero si usted quiere…

Abrieron la puerta metálica y lo vieron avanzar, atorado entre una camisa de fuerza, en una silla de ruedas empujada por un enfermero.

—Tenga cuidado, hermanita, es muy ágil para dar golpes con la cabeza —la previno.

—Horacito… ¿No me reconoces? —tenía la esperanza, al verlo de cerca, de que el muchacho que el Superior había visto en la foto no fuera el mismo, pero al tocarlo y sentirlo lo reconoció.

No cambió su expresión lejana, ni siquiera movió la cabeza de su posición, inclinada hacia atrás, con la barbilla a la altura del hombro, mirando hacia los cielos.

—Horacito, soy yo… ¡Mírame! ¿No me conoces?

Fue inútil; ambos lo vieron subir al furgón de Sibaté. Les dieron los horarios de visitas y la lista de lo que podían llevarle; luego, de

regreso a la residencia, decidieron volver a Tunja.

La hermana Pía no paraba de lloriquear, sonándose a cada rato con su pañuelo ya húmedo por las lágrimas.

—Yo creo que el diablo se nos metió al claustro, Hilario, ¿no crees? Es que no puede ser tanta mala suerte.

—Nadie se libra, hermanita, fíjese, yo saqué una enseñanza de todo esto.

—¿Cuál?

—Que ni el destino lo salva a uno del destino.

—No te entiendo, Hilario.

—Yo tampoco me entiendo muy bien, hermanita, pero así me vino la frase.

Iban por la carretera, en la camioneta de los Hermanos Cristianos, viendo alrededor los prados verde oscuro de las montañas.

—Era un santo, Hilario, fíjate lo que hizo en ese barrio. Yo creo que fuimos nosotros los que no supimos entender.

—Tanta cosa que uno no entiende, hermanita, y que por eso nos pasa así, zip, delante, sin que la veamos.

—Lo único que me tranquiliza… ¿Sabes qué es?

—No, hermanita, ni idea.

—Que ya no se me ocurre qué otra cosa puede pasarnos.

—Eso es cierto, sí.

Y siguieron callados el resto del viaje, oyendo el ruido de la llovizna en el techo metálico y viendo cómo se hacía de noche sobre los campos.

* * *

Ahora el amor (xiii)

Un fin de semana Claudia bajó a Sogamoso a visitarlos; Tati se fue feliz a esperarla a la flota y estuvieron como media hora abrazadas de felicidad y mirándose a los ojos, húmedos por la emoción.

—Yo no sabía que fuera tan lindo aquí —decía Claudia mientras caminaban por el andén de la calle, maleta en mano, hacia la casa.

—Sí, y la gente es buena, y ayudadora. Después de la desgracia con lo de Heber no se imagina cómo se han portado de bien.

Al llegar se metieron al cuarto y se pusieron a charlar echadas en la cama, como dos amigas de colegio. De pronto, pasado el primer momento de alegría, la cara de Claudia se oscureció.

—Cerraron el almacén y me quedé sin trabajo, imagínese.

—¿Sí…?

—Sí, y hace 15 días entré a trabajar a una casa como empleada pero eso ha sido para problemas. El hijo de la señora se me ha metido dos veces al cuarto.

—Acúselo, así se evita líos.

—Qué va, si lo acuso la señora va a decir que soy yo y me echa. Estoy jodida. Bueno, qué importa.

Luego comenzaron a acordarse de la casa, de Laura y de Malú y de la Señora y con eso a Claudia se le volvió a aclarar el semblante. Sin embargo al ratico la tristeza y la preocupación le volvieron a llegar.

—¿Sabe? Fui a pedirle trabajo otra vez a la Señora…

—No…

—Pero no se preocupe, me dijo que no, que ya no servía… Ahora está sacando a las veteranas para meter peladitas de 18 y así. Ni siquiera por ésas.

—Fresca, eso siempre sale algo mejor, tenga confianza.

Tati se entristeció también al ver que no podía hacer nada; la felicidad que sintieron cuando Claudia pudo salir de la casa se había volado como de un soplo. Ahora estaban en las mismas, o quién sabe si peor. Pensó que lo malo de la alegría era que siempre lo alejaba a uno de los que estaban mal, y que no era como un suéter o un par de zapatos, que uno puede compartir.

—Si quiere quédese aquí un tiempo —dijo Tati cogiéndole el brazo—. No es mi casa pero yo puedo hablar, a mí no se me olvida cuando usté me recogió de la calle.

—Usté ya tiene una vida distinta, Tati, no hay caso. Yo aquí me voy a sentir rara.

Estuvo feliz de ir a esperar a Cheli a la salida del colegio y luego fueron a pasear por el pueblo con Heber. Por la noche, Tati no podía encontrar el sueño.

—¿Qué pasa, mijita, por qué no se duerme?

—Es que… Pobre Claudia, está en la calle.

Le contó la historia y hablaron sobre lo que podía hacerse.

—No es que yo la malquiera, y usté sabe, pero si ella se queda aquí mucho mamá va a comenzar a poner problema. Usté la conoce.

—Ella me dio techo cuando yo llegué a Bogotá, mijo, pero en todo caso no se preocupe, yo le ofrecí y no aceptó.

—Por ahorita la cosa no es tan grave —Claudia hablaba llevando a Cheli de la mano—. Por ahí tengo unos pesitos

ahorrados.

—Si necesita plata escríbame, yo le mando de donde sea.

El domingo por la tarde se despidieron entre lágrimas y promesas; quedaron de mandarse una carta cada semana para estar en contacto y, a la primera oportunidad, Tati iría a Bogotá a estarse unos días con ella.

Heber devolvió el apartamento de Bogotá y, en varios viajes con una camioneta alquilada en Sogamoso, hizo el trasteo. Habían conseguido una casita con antejardín en las afueras del pueblo y por fin habían podido comenzar una vida independientes.

—Otra vez las cosas se arreglaron, mija, ¿sí ve?

—Eso es lo que me angustia, mijo, que seamos todo el tiempo como tan felices. Es como si algo malo se estuviera preparando.

—No sea pesimista, mija, mire que eso no es bueno.

Un día Tati se desmayó mientras hacía unas compras en el mercado; la ayudaron a recuperarse, le echaron agua en la cara y la acompañaron a la casa, y ahí pasó el resto del día marcadísima y con vómitos a cada rato.

Se pusieron felices con la noticia, y también mamá Huambisa. Como sabían que Chelita no era de él, ya comenzaba a decirse que Heber había «salido silencioso».

—Está viniendo un hermanito, Cheli, por eso me ves que engordo —la niña le tocaba la barriga y no entendía, mientras que Tati le hacía ver que no iba a dejar de quererla ni una pizca.

El tiempo pasaba entre visitas de mamá Huambisa y cartas de Claudia, que seguía sin trabajo fijo pero que siempre lograba conseguir algo aquí o allá y que estuvo feliz de saber que la familia crecía.

Cuando tuvo el niño ambos estuvieron seguros, tenía que llamarse Heberto, como el papá, y aprovecharon la ida al registro para poner también a Cheli porque al final nunca habían hecho la diligencia del apellido. Mamá Huambisa volvió a tener algunos roces con Tati; todo el tiempo la corregía, le decía así no se hace, el niño tiene hambre, el niño está enfermo, y la pobre Tati a llenarse de paciencia. Cheli lo quería y, a pesar del miedo que tenían, no tuvo celos del hermanito.

El trabajo de Heber era tranquilo y sin sobresaltos; hacía de contable para los préstamos agrícolas y en todo el tiempo que llevaba nunca había desaconsejado a un cliente a la gerencia. Con

él, todos los demandantes de créditos eran solventes, lo que lo hizo llenarse de buenos amigos.

—Aquí como todos son godos no hay problema, mija, le tienen más miedo a un pago atrasado que a un ataque de almorranas.

—Mijo, qué cosas dice, ¿ahora le dio por volverse grosero?

—No sea tan seria, mijita.

Una noche Tati se soñó con los dos mongolitos de Bosconia y, a pesar de que fue un sueño bueno, se despertó asustadísima: ¿Sería normal Hebercito? Al día siguiente, por la mañana, se fue volada al hospital con el niño para que le hicieran exámenes. Habló con varios doctores, pidió que le hicieran las pruebas y se pasó la tarde mordiéndose las uñas mientras le entregaban los resultados.

—El niño está buenecito, señora, no se preocupe.

Volvió a la casa feliz, como liberada, pero esa idea de que algo malo estaba acechándolos no se le iba de la cabeza. Tenía razón, una mañana mamá Huambisa amaneció muerta. Elvia la había ido a despertar y la encontró tiesa, abrazada a la almohada. Le había fallado el corazón en pleno sueño.

—A mí me da tristeza —decía Heber—, pero me alegro por ella, porque al fin descansó.

—Y además murió dormida, sin pasar dolores.

Le hicieron un entierro solemne, con dos vueltas a la plaza del pueblo y gran sermón que arrancó lágrimas a muchos vecinos. Después del entierro se hizo una comida en la casa y por primera vez Heber se sintió que era de ahí, que Sogamoso era su pueblo.

La mala noticia vino por el lado de Claudia. En las últimas, y sin más trabajos, se había metido a una casa de citas del barrio San Carlos, y ella, que siempre se contentó con todo, decía en la carta que «es un poquito sucia y fea, pero qué hacemos». Entonces Tati se decidió: iría a Bogotá a convencerla para que se viniera ahora que tenían su propia casa.

—Déjeme acompañarla, mami —le rogó Heber—. Mire que esa zona es peligrosa, llena de gamines y atracadores.

Heber le daba vueltas a Tati mientras hacía la maleta como una posesa, como si estuviera escrito en su libro que ahí, ese día, ella tenía que irse sola para Bogotá.

—Esto lo arreglo yo, mijo, tranquilo. Usté quédese con los niños. Yo vuelvo el viernes, pero es que no quiero que Claudita pase un día más en ese basurero.

Cogió flota esa misma tarde y dejó a Heber tan sorprendido y perplejo por su determinación que hasta se le pasó el miedo y

volvió a la casa con Chelita de la mano y empujando a Tito en el carro.

—¿Y si se coge alguna enfermedad qué, ah? —Tati se fue tomando el café a sorbitos, respirando fuerte por la impresión al ver el salón del Cobra, la casa donde Claudia trabajaba: una barra pintada de rojo con manchas de vómito y chorriones de trago o quién sabe qué, un tapete deshilachado, vallenatos y un olor a inodoro que se metía por la nariz.

—No me queda de otra.

—Sí, camine para Sogamoso. Allá hay trabajo, cualquier cosa que le salga va a ser mejor.

—Yo no soy de allá, además usté ya tiene su vida y yo qué me voy a meter.

—Tan boba, ni que no fuéramos amigas.

Le insistió hasta la hora de irse a trabajar y ahí volvió a impresionarse.

—¿Tiene que vestirse con eso?

Claudia se ponía un vestido de baño debajo de la ropa, con medias veladas brillantes.

—Sí, así nos toca.

—Hm…

Quedaron de verse a las siete para ir a comer y Claudia le prometió que iba a pensarlo mientras trabajaba. Tati se fue a comprar unas cosas para los niños al Tía y al Tampico, y luego se fue al Only de la 13 para ver la ropa. Como a las seis y media cogió un bus para ir a recoger a Claudia.

La misma señora de por la mañana le abrió la puerta y otra vez el olor a inodoro la intimidó; también había un olor agrio, como de cerveza. Pasó al salón buscando a Claudia entre parejas que bailaban y mujeres en vestido de baño que charlaban en las mesas con los clientes.

—¿Claudia, por favor?

—Debe estar arreglándose en el cuarto, siga.

Le indicaron el corredor, al fondo. Entró sin golpear y se quedó de una pieza: Claudia tenía en la mano un cacho de marihuana encendido, un olor dulzón llenaba toda la pieza.

—¿Qué es eso? —Tati no lo podía creer y Claudia lo escondió detrás de la espalda. Se miraron a los ojos y ambas lloraron. Claudia corrió a esconderse al baño.

Salieron sin hablarse, con lástima de que eso hubiera pasado

pero sin ganas de tratar de explicarlo.

—Yo no voy a dejar que usté se quede en este chiquero, Claudia.

—Es que luego va a ser peor; más vieja y más gorda no me van a recibir en ningún lado, y yo no quiero hacer la calle.

—Tan boba, para qué dice eso.

—A mí me fue mal en esta vida, Tati. Qué se va a hacer.

—En Sogamoso hay una costurera que la puede emplear, ¿ah? Yo puedo hablar con ella.

—Es que a mí la vida de pueblo no me gusta, hermana. Prefiero ya quedarme aquí, trabajando en esto, total ya se vio que es lo único que puedo hacer bien.

—Qué…

Salió tristísima cuando Claudia, al final, se negó a acompañarla a Boyacá. Al otro día bien temprano, sin esperar siquiera que Claudia llegara, se fue al terminal.

Quería volver a su casa porque ella sí se reconocía en ese pueblito sencillo, y aunque no tuviera culpa, se hizo una imagen de Bogotá que ya no le gustó. A Claudia se la había tragado, y de pronto le dio por pensar que lo del accidente de Heber pudo ser una señal para que se fueran, algo que les mandaban para encaminarlos hacia el pueblito en donde a lo mejor estaba la verdadera vida: pensó que a sus hijos los iba a educar bien recticos, para que nunca tuvieran que vivir las cosas que ella vivió y vio, aunque eso sí, de nada se arrepentía porque todo había sido a punta de trabajos y esfuerzos y humillaciones. Pensó que le gustaría ver a Hebercito de médico, por ejemplo, trabajando en un hospital y respetado por todos, y Chelita bien casada con un señor bueno, como Heber, sí, y se le ponía la piel de gallina del orgullo imaginario, y le salían lágrimas por el derecho con que se sentía a soñar esas cosas.

Se fue quedando dormida en la flota, como siempre le pasaba, y soñó que ya había llegado a Sogamoso, que ya estaba en esa vida de todos los días que se pasaba como sin sentirla pero que ella sabía que era la buena.

TRES

«Fue pura cobardía —cuenta Natalia—, claro, y lo más doloroso es que nunca lo volví a llamar… Bueno, qué se va a hacer ahora. Apenas llegamos a Bogotá, apenas subí a saludar a mamá y vi el apartamento, mi cama, mis afiches, mis discos, todo, me di cuenta de que yo no podía cambiar, que… ¿cómo decirte? Que lo que había pasado estaba por fuera, ¿me entiendes? Afuera de algo a lo que yo pertenecía, por suerte o por desgracia, pero que no me sentía con fuerzas de cambiar.»

—Ahora que viniste llámate a Charly, Nata, seguro que se muere por oírte —la mamá la recibe con abrazos y besos, le dice ingrata, todo este tiempo y ni una llamadita.

—Luego, mami, más tarde.

—No seas mala, ya lo hiciste sufrir bastante.

«Esa misma noche lo vi, fuimos al apartamento de la avenida Jiménez y fíjate, todo fue igual, como si yo me hubiera ido el día anterior para la universidad y ahora volviéramos a vernos. Yo odiaba todo eso, pero al mismo tiempo sentía que la vida se colocaba en su sitio y, además, que todo era culpa mía; aceptaba las recriminaciones de Carlos, y hasta me disculpé diciéndole que tenía razón, que me había portado mal.»

—Todo el día pegado al teléfono, todo el día esperando verte, Nata, ¿por qué me hiciste esto?

—No sé, pero perdona, yo también tenía ganas de verte.

La besa, le muerde las nalgas. Siente que la vida está ahí, en ese cuerpo en el que se dispone a entrar.

—¿Hubo alguien?

—No me preguntes…

—Entonces sí hubo…

—Carlos, por favor.

Ve la imagen de Arturo al sentir las caricias, ve la ventana de la habitación de Guaduas con sus batientes de madera abiertos y las palmeras de la plaza, al fondo, meciéndose al viento como en los

poemas. ¿Tendría el valor de volver a llamarlo? ¿Todo eso iba a perderse?

Arturo se da vuelta en la sábana. Había bebido la noche anterior y ahora siente náuseas, dolor de cabeza, la garganta quemada por el cigarrillo. Se había emborrachado mirando por la ventana del apartamento de Sofía las luces de los carros, los demás edificios. Había intentado escribir mientras ella llegaba, un párrafo apenas, por detrás de la solapa del librito del joven sacerdote.

Se levanta y va a la sala, relee y se da cuenta de que ha escrito las mismas palabras que vienen a su mente cuando está insomne. Va a la cocina y se sirve un vaso de agua. Mira el reloj: la una de la tarde. Es domingo, la gente atraviesa la 7a en bicicleta, se oye música. Abre la ventana y respira el aire ya cálido por el día. Tal vez Natalia esté ahí, piensa, en medio de toda esa gente que sonríe y se saluda. Tal vez, pero él siente que no debe bajar a buscarla.

—Nati, Nati —la mamá entra al cuarto—, al teléfono, te llama una tal Claudia.

¿Claudia? Natalia siente un poco de miedo.

—¿Aló?

—¿Quihay? ¿Por qué pones esa voz de sorprendida? —Claudia parece contenta— No te alegra oírme.

—Sí, ¿en dónde estás?

—Te llamo desde la calle, estoy en Bogotá. Viajo mañana a Nueva York y quería despedirme, ¿tienes tiempo para que nos veamos un rato?

—Sí, claro… ¿Y Andy?

—Divino, se fue hace dos semanas, me va a estar esperando en el aeropuerto cuando llegue.

Quedaron de encontrarse en una de las cafeterías del último piso del centro Granahorrar, en la avenida Chile.

—Cuéntame de Arturo, ¿estás viviendo con él?

—No…

—¿Se separaron?

—Sí.

—Yo nunca quise decírtelo, pero siempre me pareció un mal tipo, sobre todo para ti que eres tan delicada, tan fina, tan bonita.

—Cuéntame de tu papá, ¿qué pasó?

—Él me dio la plata para el viaje, y una pensión para vivir allá.

—¿Aclaraste todo con él?

—Un poco, al principio fue violento, pero luego mejor. Desde que se fue Andy hablamos mucho. Te separaste de Arturo por problemas de sexo, ¿no?

—Nada de eso. ¿Por qué haces esas preguntas?

—Yo soy así, ya me conoces.

—Cuéntame más de tu papá, ¿sigue tomando?

—Poco, en verdad casi nada. Yo se lo prohibí y él hace todo lo que yo le digo.

Natalia la mira con interés. De pronto la ve rebuscar en el bolso hasta encontrar una moneda.

—Espérame un segundito, tengo que hacer una llamada.

Se pierde por el corredor circular y Natalia siente el peso del encuentro; tiene ganas de salir, de no prolongar más esa absurda despedida.

Al volver la cara de Claudia está iluminada.

—Perdóname, ¿me demoré mucho?

—No, está bien.

Vuelve a sentarse pero Natalia la nota impaciente.

—Me contabas de tu papá…

—Ah, sí… Fíjate, incluso me dijo que le caía bien Andy. Él, que al principio no quería que estuviera, terminó por ponerse triste cuando se fue —no para de mirar el reloj—. Te confieso que al final fui yo la que arregló para que Andy viajara antes, ¿sabes? Me di cuenta de que sólo podía arreglar con papá estando solos. Y bueno, la cosa funcionó más o menos.

—Me alegro.

—Y ahora te dejo, tengo cita con un amante que me conseguí —la mira picara, suelta una risita de niña y se levanta de la mesa.

Natalia sale un poco después y la ve parada en la puerta principal; camina por el lateral de La Porciúncula a la carrera 11 y luego sube hasta la 9a para ir a la 127, a la casa de Carlos.

De repente ve llegar al semáforo el Mercedes del doctor y se extraña al ver a Claudia sentada a su lado. ¿No iba a recogerla un amigo? Se ríe al pensar que es otra de sus historias. La luz roja del semáforo los obliga a detenerse y, a la distancia, le parece ver que ella lo abraza, que busca sus labios para trenzarse en un beso largo y confuso que la deja perpleja. El semáforo cambia a verde y los ve alejarse despacio, sin quitar la vista del auto azul marino hasta que se pierde al final, entre el tráfico de la tarde.

PÁGINAS PARALELAS III

(Epílogo)

FELICES TARDES

Poncho corrió por el centro y se metió al área empujando al defensa; Zute voló por la esquina y, cuando la bola casi salía y el juez de línea estaba con el banderín listo, pudo colocarla con el empeine: Poncho la vio venir y dijo mía, frenó en seco, se echó hacia atrás y pegó un salto mirando el balón; el golpe de cabeza le salió desde el alma y la bola fue a estrellarse contra el travesaño superior; el público del estadio, que apenas comenzaba a sentarse porque era un partido de relleno mientras comenzaba Millonarios-DIM, soltó un rugido de emoción que a Poncho le hizo hervir la sangre. Eso, lo que había sentido segundos después de dar ese salto y errar por un pelo el gol de su vida, le dio justificación después, en las duchas del vestuario del estadio El Campín, para olvidarse de Laura, para decirse convencido que el deporte y las hembras se la llevan mal, que es mejor ser buen deportista que borrachín y cachador.

MÁS SECRETOS

Claudia, Clarita, ¿qué diferencia? Éramos idénticas, ni siquiera mi mamá podía saber cuál era cuál. Mire las fotos, ahí se ve, impresionante, ¿no? Lo único era el carácter, ahí sí mi hermana gemela y yo éramos el día y la noche. Ella le ayudaba a mamá en la cocina, a tender camas, a colgar la ropa. Yo en cambio me pasaba el día entre los del barrio jugando trompo, golosa, tirando piedra, recogiendo tapas de gaseosa para jugar pista en los morros de arena de las obras.

Cuando teníamos 10 años nos dio la enfermedad, y fíjese, yo ni supe lo que era. La misma enfermedad que nos botó a la cama semanas, quién sabe si meses. Pero ahí fue lo malo; cuando yo me ponía bien ella se empeoraba, y al revés. Yo llegué a estar gravísima, y ella me decía que no, que fuerza, hasta que comencé a

mejorar, pero ella se fue yendo abajo, cada día, hasta que una noche, sin más, se murió. Yo me acuerdo que estaba dormida y de pronto me desperté de un golpe; la miré junto a mí, muerta, la abracé, lloré y todo, porque mi hermana Clarita era lo que yo más quería.

La enterramos en un ataúdcito blanco, en Usaquén,y ya desde el entierro yo tenía miedo de encontrarme con los ojos de mamá. Yo sabía que ella hubiera preferido que la muerta fuera yo, y como nos parecíamos tanto, cada vez que yo llegaba de la calle ella me miraba y se ponía a llorar, porque era como si estuviera viendo a Clarita, y a cada rato se acordaba y peor se ponía. Un día oí que le dijo a una vecina: «Perdí un ángel y me tocó quedarme con el diablo.» Yo tenía ya 13 años, salía con hombres y volvía tardísimo a la casa. Yo me echaba la culpa de estar viva, de no haberme muerto dejando a Clarita aquí. Me miraba al espejo y le hablaba a ella, y yo ya no sabía quién era quién.

Me fui de la casa para quitarle a mamá esa cosa tan fea de estarse acordando a cada rato de la hija muerta, el «angelito muerto», como ella le decía a Clarita. Yo me dediqué a la calle para castigarme, ¿sabe?, y hasta intenté matarme, mire, mire estas marcas de cuchilla. Yo sabía que me estaban castigando por haber dejado morir a Clarita, y ya casi ni pienso en eso, pero sigo viéndola a cada rato, y sigo hablándole, y cuando me sueño con ella la vuelvo a ver como era cuando niña. Allá en la casa me sentía bien, ¿me entiende? Además nadie sabe lo de Clarita. Usté es la única, hermana, es la primera vez que lo cuento.

PÁGINAS DE VUELTA

¿Está otra vez dormido? No, es ese instante en que aún no se sabe, en que los objetos del dormitorio siguen a la vista pero ya mezclados con extrañas ficciones, sombras que atraviesan las cosas. Un tirón del músculo lo vuelve a despertar: ¿qué pasa? En la ventana una paloma aletea asustada por el ruido y tropieza con las cuerdas de la ropa: ya debería estar durmiendo (¿cuántas veces se lo decía durante la noche?). Salta de la cama, enciende la luz y va a la mesa. Coge las últimas hojas de un montón ordenado a la izquierda y lee, lápiz en mano, subrayando de vez en cuando alguna frase, suprimiendo palabras y anotando al margen. No hace calor por el viento del Llano, hay poco ruido, una polilla vuela alrededor del cable atraída por la luz.

Piensa en esos últimos días en Bogotá, antes de que ella se fuera; la había querido, la quería, la recordaba, ¿qué otra cosa podía hacer

sino recordarla? La volvió a ver después de esas dos semanas pero siempre de lejos. Natalia trotaba en la cancha de atletismo; él se colocaba cerca del bosque de eucaliptos y la miraba correr, los ojos fijos en esa figura esbelta que evolucionaba de aquí para allá. Nada le había pedido y nada le dio; nada excepto ese recuerdo, la posibilidad de llegar a él una y otra vez de forma obsesiva, de intentar delinearlo de mil formas, de buscar detalles que con el tiempo ya no podía saber si habían sido ciertos. Todavía la quería, claro.

Gentilly, 13 de marzo de 1994

SANTIAGO GAMBOA
PÁGINAS DE VUELTA

Páginas de vuelta, la primera novela de Santiago Gamboa, es la historia de tres búsquedas que pueden ser la representación de todas las búsquedas. Es la vida de Jaime, Arturo y Natalia, pero también es la semblanza de muchas vidas posibles. Es la historia de una ciudad que puede ser muchas ciudades a la vez: una por cada una de sus caras. Una por cada una de las miradas.

Este libro es múltiple, hermoso y peligroso como las variedades de la serpiente. Nos hipnotiza y puede inocularnos un veneno cargada de nostalgia y de deseos. En estas páginas la tragedia está marcada por lo cursi, al igual que en nuestras vidas. Aquí no se pueden ubicar los límites de la risa y el llanto. Todo sucede de forma tan real que no nos parece que pueda ser posible. Esta novela es un melodrama y una fotografía cruel y descarnada al mismo tiempo.

En estas vidas noveladas nadie está esperando a Godot, nadie está esperando, realmente, nada. Pero la inercia de la esperanza se pega a las pieles de los personajes, se nos desliza como el veneno invisible que algún sacerdote puso en las páginas de un libro prohibido en *El nombre de la rosa*. Quien lea este libro estará ya advertido del riesgo, pero con toda seguridad, después de terminar la primera página, continuará y aceptará gustoso la dulce condena que lo obligará a volver a reírse de su propia vida, a volver a afirmar impúdicamente sus sueños. Este es un libro para no olvidar. Esta es una novela para no olvidarnos.

NOTAS

[1] Ver la edición crítica del profesor Asino publicada por el Fondo Para la Dispersión de la Cultura en 1921.

[2] YUMISEBA, Medardo, Paradigmas bolivarianos: lectura apócrifa de muchas batallas. Universidad de Quito, 1956.

[3] En la última página (desprendible) del presente método, el estudiante encontrará un impreso de suscripción a la revista Letras Empórikas Actuales (ed. bilingüe).

[4] LONGISLAND, Casimiro, The New Emporik, an essay. Fondo para la Dispersión de la Cultura, fdc, 1968. Otros títulos del autor: The Emporios Cuide [fdc, 1963] y Language arid Freedom [fdc, 1970].

[5] Emporik Language Convention. Reunión efectuada en Belgrado en 1967 bajo la égida del Uperihda y patrocinada por el fdc y la Unesco. Entre sus organizadores y principales ponentes se encontró el doctor Casimiro Longisland, filólogo empóriko de la Universidad de Singapur.

[6] Ver Actas, tomo 11, págs. 654-677.

[7] Ver Actas, tomo 111, págs. 569-629.